

subjetividad y procesos sociales

tramas

**Experiencias
subjetivas e
identitarias
en la vejez**

57

Enero-junio / 2022
año 33

tramas

subjetividad y procesos sociales

tramas

subjetividad y procesos sociales



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
José Antonio de los Reyes Heredia, *Rector general*
Norma Rondero López, *Secretaria general*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA, UNIDAD XOCHIMILCO
Fernando de León González, *Rector de la Unidad*
Mario Alejandro Carrillo Luvianos, *Secretario de la Unidad*
María Dolly Espínola Frausto, *Directora de la División de Ciencias Sociales y Humanidades*
Silvia Pomar Fernández, *Secretaria académica*
Alicia Izquierdo Rivera, *Jefe del Departamento de Educación y Comunicación*
Miguel Ángel Hinojosa Carranza, *Jefe de la Sección de Publicaciones*

Comité editorial

Leticia Flores / Verónica Alvarado / Aída Robles / Carlos Pérez /
Silvia Carrizosa / Marina Lieberman / Nadina Perrés / José Antonio Maya González

Comité internacional de asesores

María Isabel Castillo (Universidad Diego Portales, Chile)
Silvia Emmer (Universidad de Buenos Aires, Argentina)
Lucio Gutiérrez (Sociedad Chilena de Psicoanálisis, ICHPA, Chile)

Directora

Nadina Perrés Pozo

Coordinadora de este número

Aída Robles Rendón

Agradecimiento

Alejandro Klein (Universidad de Guanajuato, División de Ciencias Sociales y Humanidades, México).

Producción editorial DEC

Sin responsable

Apoyo editorial

Hanna Díaz Lara / Génesis Fuentes Marcos / Jesús Emmanuel González Martínez /
Martha Elena Jiménez Calzadilla / Diego Partida Coéllar / Ana Karen Romo Vázquez

Fotografía de portada

Diana Gabriela Terán Hernández

Modelo de fotografía

Eugenio Díaz Ambrosio

Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales aparece en los siguientes índices, bases de datos y colecciones:
Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, El Caribe,
España y Portugal (LATINDEX), Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades (CLASE).

TRAMAS. SUBJETIVIDAD Y PROCESOS SOCIALES

D.R. © Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco

TRAMAS. Año 33, volumen 2, número 57, enero-junio 2022, es una publicación semestral de la Universidad Autónoma Metropolitana a través de la Unidad Xochimilco, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Educación y Comunicación. Prolongación Canal de Miramontes 3855, colonia Ex-Hacienda San Juan de Dios, Alcaldía Tlalpan, C.P. 14387, México, Ciudad de México y Calzada del Hueso 1100, colonia Villa Quietud, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04960, México, Ciudad de México, Teléfonos 5483-7015 y 5532 5514. Página electrónica de la revista www.tramas.xoc.uam.mx y dirección electrónica: tramas@correo.xoc.uam.mx. Editor Responsable: Teseo Rafael López Vargas, Jefe del Departamento de Educación y Comunicación. Certificado de Reserva de Derechos al Uso Exclusivo del Título No. 04-2021-050419432600-203, ISSN en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número, Nadina Perrés, Departamento de Educación y Comunicación, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Unidad Xochimilco. Calzada del Hueso 1100, colonia Villa Quietud, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04960, México, Ciudad de México. Fecha de última modificación: 28 de julio 2022. Tamaño del archivo 8.4 MB. Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Universidad Autónoma Metropolitana.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN. 9

TEMÁTICA

Biopoder y gubernamentalidad de la vejez en México 17
Fabiola Escamilla Femat

Ni invisibles, ni inservibles: cuerpos viejos de la resistencia
en contextos semiurbanos de Chiapas 45
Araceli Dennise Díaz Pedroza
Karla Jeanette Chacón Reynosa

Las redes de apoyo social y su impacto en las subjetividades
de la vejez en Tlaxcala 73
Montserrat Olvera Grande
María de la Luz Martínez Maldonado

Vejezes que resuenan: experiencias del envejecer alrededor
del son y el huapango tuxtecos 97
Diana Gabriela Terán Hernández

Experiencia y significación de la vejez
en comunidades zapotecas 127
Guillermo César Vadillo Abarca

“Lo peor que le puede pasar a un gay es ser viejo y pobre”:
imaginarios y experiencias respecto de la vejez no heterosexual. . . 153
Abraham Nemesio Serrato Guzmán

“A estas alturas del partido...”: experiencias identitarias y gestión
sexo-afectiva en las vejezes lésbicas 185
Ana Margarita Fernández de Castro Peñaranda

Cuerpos vivos y envejecidos en un contexto de migración
indocumentada y retorno de hombres migrantes 219
Angélica Rodríguez Abad
María Alejandra Salguero Velázquez

La diversidad en el curso de vida: axiomas para repensar
el envejecimiento gitano en Argentina 253
Fernando Rada Schultze
Mariana Cataldi

Imágenes de la vejez: la urgencia de una representación
plural y propositiva. 289
Dulce María García Lizárraga

CONVERGENCIAS

Infancias invisibles: la vulnerabilidad de niñas, niños
y adolescentes ante la pandemia de Covid-19 323
Yolanda Corona-Caraveo
Carlos Pérez y Zavala

DOCUMENTOS

Envejecimiento y bienestar en el México del siglo XXI 351
Myriam Cardozo Brum

Las putas viejas: exclusión y pobreza en el trabajo sexual
de calle en la Ciudad de México 383
Virginia Ramírez Jiménez

Mujeres en Organizaciones de Mayores: nuevos liderazgos
y procesos de subjetivación femenina. 405
Corina Soliveres
María Julia Xifra

RESEÑAS

Indicios visionarios y la práctica psi 423
Raquel Aguilar García

ALGO MÁS

Tengo vejez. 431

María Guadalupe Hernández Romero

Adriana María Ulloa Hernández

Un lugar azul. 433

Leticia Flores Flores

Experiencias subjetivas e identitarias de la vejez

Presentación

El presente número de *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, titulado *Experiencias subjetivas e identitarias de la vejez*, nos invita a reflexionar y cuestionar aquellas significaciones que conciben la *vejez* como sinónimo de desgaste, decrepitud, debilidad y pérdida de fuerzas, para dar lugar a nuevas formas de significación articuladas a la riqueza y diversidad de experiencias en una multiplicidad de contextos en los que se desarrolla la vida de las y los adultos mayores.

Consideramos, en sintonía con lo que se propone desde planteamientos teóricos y metodológicos como los conocimientos situados, que es imposible referirnos a la vejez de manera homogeneizante y sin reconocer las singularidades que remiten a contextos histórico-sociales particulares, procesos identitarios, ámbitos familiares, afectos, entre otros.

Es necesario referirnos a las *vejeces*, en plural, reconociendo la necesidad de dar lugar a otras formas de significación no estereotipadas que den cuenta de la diversidad de experiencias y modos de subjetivación que dotan de sentidos distintos la vida de quienes experimentan esta etapa de la vida. ¿Cómo significar la vejez? ¿Cuáles son sus trayectos subjetivantes, expresados en prácticas singulares y/o colectivas? ¿Cómo se experimenta la vejez desde el género y la orientación sexual no heteronormada?

Muy poco conocemos de estos otros modos de experimentar las vejeces, así como de sus implicaciones en las formas de vincularse, su participación comunitaria, sus expresiones de resistencia y su sexualidad.

De esta forma, los artículos que presentamos en este número abordan de manera crítica las formas en las que se ha entendido la vejez y como éstas se cristalizan en políticas gubernamentales, imágenes visuales y lingüísticas estereotipadas, discriminadoras y violentas.

Por otro lado, también nos presenta experiencias situadas de mujeres y hombres que, por medio de prácticas concretas, de vínculos, música y apropiación de sus cuerpos y su sexualidad, así como de experiencias colectivas, resisten a dichas significaciones.

En este sentido, Fabiola Escamilla reflexiona sobre el significado de la vejez a partir del planteamiento foucaultiano sobre la biopolítica y profundiza en el discurso de la medicina, en tanto disciplina normalizadora que configura los cuerpos sanos y jóvenes como deseables y a la vejez como una enfermedad, algo que debe ser tratado. Así, se da lugar a la medicalización de la vida de las y los adultos mayores, diagnosticados como cuerpos enfermos. No obstante, Escamilla resalta la relación existente entre las fuerzas del poder disciplinario y la voluntad de los sujetos que resisten a ello.

Araceli Dennise Díaz y Karla Jeanette Chacón continúan la reflexión sobre las formas en las que el cuerpo es significado en un sistema capitalista que privilegia la eficacia, la belleza y la salud, atributos asociados a la juventud, por encima de la vejez. Los cuerpos envejecidos son objeto de violencia y discriminación, estereotipados por la edad y en negación de su capacidad para el trabajo y su vida sexual. Desde narrativas propias de mujeres y hombres en contextos semiurbanos de Chiapas, las autoras reflexionan sobre las formas en que cuestionan estas significaciones, recreando prácticas corporales que resisten a la invisibilización de sus cuerpos y de su agencia.

Por su parte, Montserrat Olvera y María de la Luz Martínez nos presentan un análisis muy pertinente que enfatiza la necesidad de distinguir entre el envejecimiento como un proceso y la vejez como una etapa. En este sentido, insisten en que es necesario reconocer una diversidad de procesos que, siempre situados socialmente, producen diversas subjetividades y discursos que nos permiten comprender la vejez como una experiencia social. Al incorporar la perspectiva de género, las autoras dan cuenta de la importancia de las redes de apoyo social y el impacto que tienen en las formas de subjetivación en las vejeces, en Tlaxcala, México. En esta diversidad de vejeces, resaltan, también, aquellas que resisten o buscan transformar su realidad.

Sin duda, el arte, y en este caso particular la música, configura un modo de subjetivación, una forma de habitar el mundo y de otorgar sentido a la propia experiencia. En este sentido, Diana Gabriela Terán nos adentra al mundo del son y el huapango tuxtecos, al recuperar los relatos biográficos de distintas personas mayores que, a partir de la experiencia musical compartida, posibilitan encuentros intergeneracionales, vínculos y saberes que dotan de sentidos diversos su vivencia en relación con la vejez.

Por su parte, Guillermo Vadillo nos transporta a las comunidades zapotecas de El Rincón en la Sierra Juárez de Oaxaca. El autor acompañó durante varios años a la banda de viento Morelos, de Santiago Yagallo, en su participación en distintas fiestas patronales de la región. A partir de los relatos de los músicos y de la comunidad, Vadillo reflexiona sobre el significado de la vejez, desde la memoria colectiva y el cuerpo.

Por otra parte, respecto de una experiencia poco reconocida y nombrada en la vejez, Abraham Nemesio Serrato y Ana Margarita Fernández, reflexionan sobre las experiencias sexo-afectivas no heteronormadas en esta etapa de la vida. En el primer caso, el autor da cuenta de las reflexiones de un grupo de hombres homosexuales y gais, sobre temas como la salud, la jubilación, la familia, entre otros, todo ello atravesado por una orientación sexual o identidad de género no normativa. Por su parte, la autora recurre a la gerontología feminista para desmitificar y repensar la vejez, a partir de las historias de vida de ocho mujeres lesbianas, mayores de 60 años, que radican en Bogotá. Lesbiana, adulta mayor y vieja serán las significaciones a partir de las cuales estas mujeres se distancian, en tanto que, de acuerdo con la autora, operan mecanismos de desidentificación a lo largo de la vida, configurando otras formas de referirse a sí mismas con relación a su edad y su lesbianismo.

Como ya referimos antes, la vejez en tanto experiencia está siempre situada; en este sentido, Angélica Rodríguez y María Alejandra Salguero, desde una metodología cualitativa, la narrativa gerontológica y el método biográfico-narrativo, recuperan las experiencias, los significados y las vivencias de ser un hombre, viejo y migrante indo-

cumentado. El análisis articula los efectos del trabajo en el cuerpo y la salud mental, así como los aprendizajes en torno a la masculinidad.

Fernando Rada y Mariana Cataldi se remiten a las experiencias de la comunidad gitana con relación a su vejez para reflexionar en torno a la etnia, el género y la discriminación como aspectos importantes que inciden en las formas en las que se experimenta la vejez, de manera diferenciada y en este caso en particular, al pertenecer a una minoría que ha sido históricamente estigmatizada.

Por otro lado, Dulce María García Lizárraga nos propone reflexionar sobre las formas en las que se construye un imaginario social sobre la vejez, reforzando estereotipos y discriminación. Para ello, reflexiona a partir de iconografías lingüísticas y visuales, incorporando referentes de la literatura, la pintura y la cultura popular. Así, cuestiona las formas de representar la vejez para construir nuevas maneras no estereotipadas y limitantes.

En el apartado de Convergencias, Yolanda Corona-Caraveo y Carlos Pérez destacan los impactos que la pandemia por Covid-19 ha tenido en niñas, niños y adolescentes. Ante las medidas de confinamiento declaradas, algunos de los derechos de esta población se vieron trastocados, lo cual ha tenido efectos en su desarrollo. De esta forma, la autora y el autor reflexionan sobre la importancia del juego, la escuela y el espacio doméstico a partir de los testimonios de niñas y niños sobre su experiencia en este contexto.

En la sección de Documentos, Myriam Cardozo caracteriza a la sociedad mexicana como una sociedad de envejecimiento, examina el concepto de vejez y compara, a partir del análisis de datos demográficos y entrevistas, las condiciones de vida de quienes siguen laborando y quienes se han jubilado. En este contexto, reflexiona sobre las condiciones materiales de las y los adultos mayores, y los efectos de esto en su salud emocional.

Por su parte, Virginia Ramírez nos presenta algunas reflexiones derivadas de su experiencia de campo con mujeres Cis y Trans de la tercera edad que se dedican al trabajo sexual. Aborda el problema de la precarización y las violencias que estas mujeres han sufrido a lo largo de la vida, así como la manera en que experimentan su vejez.

Desde otras latitudes, Corina Soliverz y María Julia Xifra nos llevan al contexto argentino para resaltar la importancia y el valor positivo que tienen los centros de jubilados como espacios de inclusión, pertenencia y resistencia. Así mismo, destacan la necesidad de analizar el fenómeno del envejecimiento desde una mirada interseccional que reconozca género, clase social, entre otros, para visibilizar la diversidad de vejez. En este sentido, enfatizan en la experiencia de las mujeres y destacan el papel del género en los procesos de envejecimiento.

Para cerrar este número, Raquel Aguilar nos invita a “arriesgar nuestras certezas” al adentrarnos en el libro de Zenia Yébenes: *Indicios visionarios para una prehistoria de la alucinación*; María Guadalupe Hernández y Adriana María Ulloa nos acarician con un poema que transmite las interrogantes sobre la vejez, y Leticia Flores nos transporta al misterio de *Un lugar azul*, su capacidad de borrar lo gris y provocar los encuentros menos pensados.

Aída Robles Rendón

temática

Biopoder y gubernamentalidad de la vejez en México

*Fabiola Escamilla Femat**

Resumen

En el presente artículo se reflexiona sobre la vejez desde una mirada foucaultiana. En la primera parte se abordan los conceptos de biopoder, anatomopolítica, biopolítica y gubernamentalidad. Posteriormente se reflexiona, a partir de estas nociones, cómo se ha llevado a cabo una gubernamentalización de la vejez por medio de políticas públicas y la circulación de discursos, sin dejar de lado el papel que desempeñan los sujetos del poder.

Palabras clave: vejez, biopoder, anatomopolítica, biopolítica, gubernamentalidad, resistencia.

Abstract

The present paper reflects on old age from a Foucaultian perspective. In the first part, the concepts of biopower, anatomopolitics, biopolitics and governmentality are addressed. Subsequently, from these notions, we reflected on how governmentalization of old age has been carried out through public policies and the circulation of discourses, without neglecting the role played by the subjects of power.

* Maestra en Comunicación y Política por la UAM-Xochimilco. Correo electrónico: [mcp@correo.xoc.uam.mx].

Keywords: old age, biopower, anatomopolitics, biopolitics, governmentality, resistance,

Prólogo

Nuestra sentencia no es aparentemente severa. Consiste en escribir sobre el cuerpo del condenado, mediante la Rastra, la disposición que él mismo ha violado. Por ejemplo, las palabras inscritas sobre el cuerpo de este condenado —y el oficial señaló al individuo— serán: HONRAR A TUS SUPERIORES.

Franz Kafka, *La colonia penitenciaria*

Durante los últimos años, el tema de la vejez ha cobrado relevancia internacional debido a que la población en edades avanzadas aumenta con rapidez. Para darnos una idea del panorama, pensemos en los datos que nos ofrece el estudio de proyección del Consejo Nacional de Población (Conapo) que se hizo en 1998, el cual, entre otras cosas, nos dice que en 1950 en México las personas de mayor edad eran un total de 811 000, que representaba 3.1% de la población total. Esta cifra fue incrementándose hasta llegar a un total de 3 124 000 adultos mayores en 1990. Sin embargo, para el año 2007, según datos del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi), esta población ascendía a 8.5 millones, y de seguir así, según Conapo, para 2050 el número de personas envejecidas podría alcanzar los 32 524 000 de personas, esto es 24.6% del total, es decir, una cuarta parte de la población mexicana (Conapo, 1998). Actualmente, en México la población de personas mayores de 60 años alcanza alrededor de 15.1 millones de habitantes, que representan 12% de la población total (Inegi, 2021).

En las últimas cuatro décadas del siglo xx, en México y en varios países en vías de desarrollo se adoptaron políticas de población cuyo propósito era disminuir y adecuar la dinámica demográfica. Esto trajo como consecuencia cambios en el incremento de la esperanza de vida, disminución de las tasas de fecundidad y decremento de los ritmos de crecimiento demográfico que, a su vez, generaban volúmenes

y estructuras de población de menos presión social, económica y ambiental. A la par, se producía un aceleramiento en el incremento de la población envejecida, lo cual trae consigo un mayor número de gastos para los Estados en materia de pensiones y acceso a la salud, es decir, una mayor intervención del poder gubernamental sobre este sector social.

Dicho lo anterior, considero pertinente abordar la temática del envejecimiento poblacional a la luz de los conceptos de biopoder y gubernamentalidad propuestos por Michel Foucault. Ambas nociones apuntan al control de las poblaciones para que el Estado pueda operar sobre ellas, instaurando saberes específicos de las mismas y haciendo de las instituciones un componente básico en las estrategias de control de los colectivos. A la par, esto induce identidades y provoca una sectorialización de la población con políticas diferenciales; como podemos suponer, la vejez no escapa a estas últimas, aunque, claro está, no sin cierto grado de resistencia (la cual también se abordará en algún momento a lo largo de este artículo).

Del poder de hacer vivir y dejar morir

En su libro *Defender la sociedad*, Michel Foucault nos habla del tránsito de una sociedad disciplinaria a una sociedad reguladora o de control: la primera enfocada en la individualidad de los cuerpos y la segunda centrada en la población. Bajo esta lógica, las problemáticas que ocuparán al poder soberano, occidental y burgués girarán en torno a la “optimización” de la vida humana, logrando así que las poblaciones cumplan los fines o las metas fijados por los Estados, como la regulación de las tasas de natalidad y mortalidad, de la migración o la relación entre los recursos naturales y la población, etcétera (Foucault, 2002b).

Dicha transformación, según el autor, se dio en un primer momento gracias a que las tecnologías de poder se transformaron del *poder del soberano* a las del *disciplinamiento de los cuerpos individuales*. Simbolizado por la espada, el poder del soberano residía en el derecho

de *hacer morir o dejar vivir*, y era, ante todo, derecho de captación de las cosas, del tiempo, de los cuerpos, e incluso de la vida, pues se tenía el privilegio de apoderarse de ella para suprimirla; se refería en un principio al poder del soberano de hacer morir: decidir sobre perdonar la vida o no. Posteriormente, nos dice Foucault, se dio una de las transformaciones más masivas del derecho político del siglo XIX, que consistió en invertir el poder de *hacer morir y dejar vivir* en poder de *hacer vivir o dejar morir*. A esta nueva lógica del poder que se enfocaba ya no en la muerte, sino en la vida, tanto en sus rasgos biológicos como en la administración de la misma, Foucault (2006) le dio el nombre de *biopoder*:

El conjunto de mecanismos por medio de los cuales aquello que, en la especie humana, constituye sus rasgos biológicos fundamentales podrá ser parte de una política, una estrategia política, una estrategia general de poder; en otras palabras, cómo, a partir del siglo XVIII, la sociedad, las sociedades occidentales modernas tomaron en cuenta el hecho biológico fundamental de que el hombre constituye una especie humana. Esto es, en líneas generales, lo que llamo, lo que he llamado biopoder (2006:15).

Este poder político, que ponía el acento en *hacer vivir*, se proponía como tarea fundamental la de administrar la vida; en un primer momento la de los individuos y, posteriormente, la de las poblaciones. Concretamente, nos dice el autor, ese poder sobre la vida o biopoder se desarrolló desde el siglo XVII en dos formas principales, que no son contrapuestas, sino que conforman dos polos de desarrollo, enlazados por todo un haz intermedio de relaciones: la *anatomo-política* (disciplinas del cuerpo) y la *biopolítica* (regulaciones de la población).

Uno de los polos, el primero en formarse, fue centrado en el cuerpo como máquina: su educación, aumento de aptitudes, el crecimiento de la utilidad y su docilidad, su integración en sistemas de control eficaces y económicos; todo ello quedó asegurado por medio de procedimientos de poder característicos de las disciplinas. A esta forma

de biopoder el filósofo francés la llamó *anatomopolítica del cuerpo humano* (Foucault, 1998). El método del que se vale la anatomopolítica para poder incidir en los cuerpos es la disciplina, mejor dicho, el poder disciplinario. En su conocida obra *Vigilar y castigar*, Foucault define a este último como “una modalidad mediante la cual el poder político y los poderes en general, logran, en última instancia, tocar los cuerpos, aferrarse a ellos” (2002a:60). Según Foucault, en las sociedades modernas el poder tiene un objeto específico, a saber, el cuerpo, el cual es el producto de las relaciones políticas y de poder. El cuerpo, en tanto que objeto de poder, es producido con el fin de ser controlado, identificado y reproducido. Bajo esta lógica podríamos decir que el poder radica en los cuerpos, pues sobre ellos recae su ejercicio: *para ejercer el poder hay que incidir sobre los cuerpos*, sobre el goce de éstos, sobre su dolor, sobre la enfermedad, sobre su representación, así como su forma de moverse y estar en el mundo, es decir, se trata de disciplinarlos y hacerlos normales (Foucault, 1998).

Vemos formarse una política de las coerciones que constituyen un trabajo sobre el cuerpo, una manipulación calculada de sus elementos, sus gestos y comportamientos: una “anatomía política” que es igualmente una “mecánica del poder”. Esta anatomopolítica define cómo se puede hacer presa en el cuerpo de los demás, no sólo para que hagan lo que se desea, sino para que operen como se quiere con las técnicas, según la rapidez y la eficacia que se determina. La disciplina fabrica así cuerpos sometidos y ejercitados, “cuerpos dóciles”¹ (Foucault, 2002a:127). En resumen, la disciplina es un tipo de poder, una modalidad para ejercerlo, que implica todo un conjunto de instrumentos, de técnicas, de procedimientos, de niveles de aplicación y de metas; es una “física” o una “anatomía del poder”, es decir, una tecnología (2002a:199).

El segundo polo del poder sobre la vida o del biopoder se formó un siglo más tarde y se pudo incrustar gracias a la técnica disciplinaria previa (anatomopolítica). Esta nueva tecnología también se aplica

¹ “Es dócil un cuerpo que puede ser sometido, que puede ser utilizado, que puede ser transformado y perfeccionado” (Foucault, 2002a:125).

a la vida de los sujetos, pero ya no como individuos, sino como especie que es afectada por procesos de conjunto propios de la vida. Desde este enfoque el cuerpo sirve de soporte a los procesos biológicos de la vida: los nacimientos, la mortalidad, los niveles de salud, la duración de la vida y la longevidad. Con todas las condiciones que pueden hacerlos variar, estos problemas quedan a cargo de una serie de intervenciones y controles reguladores, a los cuales Foucault (1998) llamó *biopolítica de la población*. Esta última se ocupará, por un lado, de la proporción de nacimientos, muertes y tasas de reproducción, es decir, la demografía; mientras que, por otro, se encargará de las enfermedades endémicas, de la naturaleza, de la higiene pública, de las enfermedades reinantes en la población, de la vejez, de las enfermedades que dejan al individuo fuera del campo de trabajo, de los seguros, de la jubilación y, finalmente, de las relaciones con el medio geográfico y el clima. En términos generales, esta nueva tecnología se encargará de regular a las poblaciones.

De esta manera, la *anatomopolítica* (disciplinas del cuerpo) y la *biopolítica* (regulaciones de la población) constituyen los dos polos alrededor de los cuales se desarrolló la organización del *biopoder*, poder sobre la vida, cuya función ya no se enfoca en hacer morir, sino en hacer vivir y normalizar la vida entera de los sujetos y de las poblaciones. Para el biopoder la muerte sólo se puede admitir mediante lo que Foucault denominó *un racismo de Estado*, refiriéndose con ello a la eliminación del peligro biológico. Al respecto comenta:

en el *continuum* biológico de la especie humana, la aparición de las razas, su distinción, su jerarquía, la calificación de algunas como buenas y otras, al contrario, como inferiores, todo esto va a ser una manera de fragmentar el campo de lo biológico que el poder tomó a su cargo; una manera de desfasar, dentro de la población, a unos grupos con respecto a otros (Foucault, 2002a:230).

El racismo de Estado pondrá en función una relación de tipo guerrero: “si quieres vivir, es preciso que el otro muera” (Foucault, 2002b:231). Es importante aclarar que el autor concibe el *dar muerte*

no sólo refiriéndose al asesinato directo, sino también a las formas indirectas de propiciarla, como son: “exponer a la muerte, multiplicar el riesgo de muerte de algunas o, sencillamente, la muerte política, la expulsión, el rechazo, etcétera” (Foucault, 2002b:232).

Ahora bien, Michel Foucault nos dice que, a grandes rasgos, en Occidente han existido tres grandes formas de economía de poder: el Estado de justicia, el Estado administrativo y el Estado de gobierno. En primer lugar, fue el *Estado de justicia*, nacido en una territorialidad de tipo feudal, que correspondería a una sociedad de ley basada en sancionar y fijar un castigo a quien la infrinja, y obedeciendo de esta manera a un *mecanismo legal o jurídico*. En segundo lugar tenemos al *Estado administrativo*, que nació en una territorialidad de tipo fronterizo y corresponde a una sociedad de reglamentos y disciplina (escuela, hospital, prisiones); esta forma obedece a la ley pero encuadrada en mecanismos de vigilancia y corrección, es decir, además del acto legislativo que fija la ley y el acto jurídico que castiga al culpable, se despliega toda una serie de técnicas contiguas policiales, médicas y psicológicas que corresponden a la vigilancia, el diagnóstico y la transformación eventual de los individuos (éste es el *mecanismo disciplinario*). Por último, aparece el *Estado de gobierno*, que ya no se define por su territorialidad, sino por la población que lo ocupa, lo cual significa que el territorio pasa a ser un elemento más a considerar en torno a la población, mientras que el gobierno recae esencialmente en la población y se refiere a la instrumentación y utilización del saber económico que correspondería a una sociedad controlada por el *mecanismo de seguridad* (Foucault, 2006).

El Estado de gobierno, que controla por medio del *mecanismo de seguridad*, ya no pondrá el acento en hacer castigar al individuo que viola la ley (por medio de la tortura, la pena de muerte, el encarcelamiento y/o la corrección del sujeto a través de la disciplina, la vigilancia, la moralización y la culpa). En el Estado de gobierno el problema fundamental estará ligado a la economía y a la población, y al estar ligado a éstos se preguntará, por ejemplo, por los costos de la delincuencia y la represión: cuánto cuesta tener

un preso por día, cuáles son los índices de delincuencia, etcétera. Por ello podemos decir, siguiendo al autor, que si la ley prohíbe y la disciplina prescribe, entonces la seguridad, sin prohibir ni prescribir, tiene la función esencial de responder a una realidad de tal manera que la respuesta la anule o la regule. Es esta *regulación*, en el elemento de la realidad, lo fundamental en los *dispositivos de seguridad* (Foucault, 2006).

Se perfila entonces una técnica que ya no trata de obtener la obediencia de los súbditos para la voluntad del soberano, sino influir sobre cosas aparentemente alejadas de la población. A partir del análisis y la reflexión estadística, esta tecnología puede actuar en concreto sobre la población y su deseo; pues, según Foucault, el deseo es la única invariante de la población tomada en su conjunto, y es por medio de él que se opera para poder regular a la población: “el deseo impulsa la acción de todos los individuos y es el motor de acción de la población” (Foucault, 2006:92). Los instrumentos que el gobierno va a darse para obtener esos fines, que son de algún modo inmanentes al campo de la población, se encontrarán en la población misma, ya que sobre ella (y su deseo) actuará de manera indirecta mediante técnicas que van a permitir, por ejemplo, estimular (sin que la gente lo advierta demasiado) el índice de natalidad, o bien dirigir hacia tal o cual región, o tal o cual actividad los flujos poblacionales (Foucault, 2006).

Esto no quiere decir que una forma de poder haya ocupado y suprimido el lugar de la anterior. Ni tampoco que el Estado de justicia, representado por la ley y el poder soberano, haya reemplazado al Estado administrativo (enfocado en el disciplinamiento de los sujetos) y éste, a su vez, sea sustituido por una sociedad de gobierno (enfocada en la gestión gubernamental), sino, por el contrario: soberanía, disciplina y gestión gubernamental forman un triángulo y son complementarias (Foucault, 2006).

Ahora, cuando Foucault alude a una sociedad de gobierno, se refiere a modos más o menos sistematizados y regularizados de poder, los cuales van más allá del ejercicio espontáneo de poder sobre otros y siguen una singular forma de razonamiento. Gobernar, nos dice

el autor, no es forzar a que los sujetos hagan lo que los gobernantes desean, sino *regular las conductas* por medio de la aplicación más o menos racional de los medios técnicos apropiados. El gobierno no sólo se refiere única y exclusivamente al poder surgido y ejercido por el Estado, sino que abarca esferas primordiales y anteriores a éste, tales como el gobierno de sí mismo, el gobierno de la familia, el gobierno de la economía o el gobierno de la moral. En estos términos, podemos decir que el gobierno es una modalidad de poder y el Estado un tipo entre otros de gobierno. En otras palabras, el gobierno corresponde a una dimensión de la experiencia constituida por todas aquellas maneras de reflexión y acción dirigidas a delinear, administrar o regular la conducta de los individuos con base en ciertos principios y objetivos (Foucault, 2006).

Estas formas de reflexión son *gubernamentales*, porque tienen el objetivo de hacerse prácticas, esto es, conectarse con varios procedimientos y aparatos concretos. Siguiendo lo anterior, podemos entender por gubernamentalidad “la manera de conducir la conducta de los hombres” (Foucault, 2007b:217). En este sentido, la diferencia entre gobierno y gubernamentalidad consiste en que esta última es el campo estratégico de las relaciones de poder, en cuyo seno se establecen los tipos de conducta que caracterizan al gobierno. Al respecto Foucault nos dice:

Gubernamentalidad, con esta palabra aludo a tres cosas. Entiendo el conjunto constituido por las instituciones, los procedimientos, los análisis y las reflexiones, los cálculos y las tácticas que permiten ejercer esa forma bien específica, aunque muy compleja, del poder, que tiene por blanco principal la población, por forma mayor de saber la economía política y por instrumento técnico esencial los dispositivos de seguridad. Segundo, por *gubernamentalidad*, entiendo la tendencia, la línea de fuerza que en todo Occidente no dejó de conducir, y desde hace mucho, hacia la preeminencia del tipo de poder que podemos llamar “gobierno” sobre todos los demás: soberanía, disciplina, que indujo, por un lado, el desarrollo de toda una serie de aparatos específicos de gobierno y, por otro, el desarrollo de toda una serie de saberes. Por último, creo que habría que entender la *gubernamenta-*

lidad como el proceso, o mejor, el resultado del proceso, por el cual el Estado de justicia de la Edad Media convertido en el Estado administrativo durante los siglos xv y xvi, se “gubernamentalizó” poco a poco (2006:136).

Como podemos notar, la gubernamentalidad será vista como interna y externa al Estado, puesto que son las estrategias de gobierno las que hacen posible la definición continua de lo que está dentro y fuera de la competencia de éste, es decir, de lo público y de lo privado. De esta manera, si el gobierno es una modalidad de poder entre otras modalidades, y el Estado un tipo de gobierno entre otros, la gubernamentalidad sería un concepto contenedor de ambos. Por otra parte, hay que recordar que es en el seno de la gubernamentalidad donde se establecerán los tipos de conducta que caracterizan al gobierno y, por lo tanto, será el campo estratégico de las relaciones de poder (Foucault, 2006). De esta forma, las prácticas gubernamentales nos remitirán a todos aquellos esfuerzos sistemáticos orientados a la producción inseparable de subjetividades, es decir, a todos los esfuerzos desplegados para guiar conductas.

Gubernamentalidad en la vejez

Con lo dicho hasta el momento, podemos entender como *gubernamentalidad de la vejez* todos aquellos esfuerzos que apuntan a la observación y el análisis de las nuevas artes de gobierno asociadas a la vejez y su segmentación administrativa; mientras que podemos hablar de *prácticas gubernamentales* aludiendo a los esfuerzos desarrollados para guiar las conductas de las personas más envejecidas.

Si observamos el progresivo envejecimiento de las poblaciones en los diversos países de América Latina y del mundo, podemos ver que han sido producto de los grandes cambios demográficos y sociales experimentados en el siglo xx. Esto último ha dado origen a la denominada *transición demográfica*, “proceso durante el cual un país pasa de una etapa de altas tasas de mortalidad y fecundidad a otra de bajos

niveles en ambas²² (Narro y Moctezuma, 2001:161). Dicho proceso se puede definir como producto de la lógica del biopoder y la gubernamentalidad que, por medio de toda una serie de regulaciones en materia de población, ha traído, a su vez, una serie de problemas que en la actualidad ponen sobre la mesa de discusión el tema del envejecimiento poblacional o demográfico.

Como efecto del descenso constante de la mortalidad en la población, se produjo un paulatino *envejecimiento demográfico*, es decir, un gran número de personas mayores comenzó a alcanzar edades cada vez más avanzadas que sus antecesores, lo cual se vio reflejado en el incremento de la esperanza de vida que pasó de 30 años en 1910, a 50 años en 1950, 72 en 1990 y 74 años para el año 2000 (Inegi, 2001). Actualmente, el aumento de la esperanza de vida en la población ha traído consigo una prolongación de las etapas de la vida: cada día los hijos tardan más tiempo dependiendo económicamente de los padres y éstos se mantienen laboralmente activos hasta edades muy posteriores a los 65 años. En palabras de Teresa Bazo, “se está produciendo un envejecimiento del envejecimiento” (Bazo, 1992), es decir, un incremento del grupo de personas que llegan a vivir más de 85 años y un rejuvenecimiento de las personas catalogadas burocráticamente como ancianas, cuya edad oscila los 60 años en adelante (Montes de Oca, 2010).

Aunado a lo anterior, dichas políticas poblacionales también generaron una *transición epidemiológica*, fenómeno sumamente relacionado al envejecimiento de las poblaciones y que hace referencia al desplazamiento en las causas de la morbilidad y la mortalidad: se trata de una menor incidencia y letalidad de las enfermedades

²² Se han descrito en la literatura cuatro etapas vinculadas a las transiciones demográficas experimentadas en los diversos países del globo. La primera etapa, transición incipiente, se caracteriza por altas tasas de mortalidad y fecundidad. La segunda, transición moderada, se caracteriza por una alta tasa de fecundidad y la mortalidad comienza a descender. La transición plena, la tercera, está caracterizada por las tasas de fecundidad y mortalidad que se encuentran en disminución. Finalmente, la cuarta etapa de transición avanzada o muy avanzada se caracteriza por la franca caída de las tasas de fecundidad y natalidad (Moya, 2013). México se encuentra transitando la fase de disminución de la fecundidad y mortalidad.

infecciosas y parasitarias, que son más comunes en la infancia y la juventud, así como un aumento de las enfermedades crónico-degenerativas y los accidentes que son más característicos de la vejez. Dicha transición se dio gracias a que las políticas de salud pública se dieron a la tarea de “eliminar” las enfermedades infecciosas que aquejaban a la niñez.³ De esta manera, las generaciones comenzaron a sobrevivir con más frecuencia la infancia, dando como resultado el incremento en la esperanza de vida de la población. Sin embargo, en materia de seguridad y riesgo, lo anterior implica un mayor número de enfermedades crónico-degenerativas en la vejez, que a su vez generarán mayor demanda de servicios de salud al Estado por periodos de tiempo más largos (Ham, 1995).

Además, la inversión de la pirámide poblacional propicia lo que los demógrafos han denominado *dependencia demográfica*, fenómeno que engloba a la población económicamente inactiva que depende de la población económicamente activa. Se consideran demográficamente dependientes a los menores de 15 años y a los mayores de 60 años, con base en el supuesto de que los “más jóvenes y los ancianos no son autónomos económicamente” y por ello “son dependientes de las personas que se supone deben sostenerlas con su actividad” (Inegi, 2005).

Al respecto, Teresa Bazo nos dice que resulta paradójico que la prolongación de la vida de las personas, sueño tan perseguido por la humanidad, se haya transformado en una pesadilla, ya que el incremento del volumen y la proporción de las personas mayores no aparece como un logro, sino como una carga social. De acuerdo con Bazo, este problema resulta medular para la vejez, ya que el aumento de las personas ancianas, en especial las de más edad, conlleva un

³ En contextos rurales y de pobreza siguen siendo relevantes, en términos de mortalidad, las enfermedades infecciosas. “De acuerdo con la información generada mediante el Sistema Nacional de Vigilancia Epidemiológica, en 1991, las principales causas de enfermedad entre los indígenas, a nivel nacional, fueron de origen infeccioso en el 80% de los casos. El primer sitio estuvo representado por las infecciones respiratorias agudas con 59.8%, seguidas de infecciones intestinales con 31.8% [...] Los grupos de edad más afectados por los padecimientos infecciosos corresponden a los extremos de la vida, en particular los menores de cinco años” (Mendoza, 1997:121). De acuerdo con esto, podemos decir que no se puede hablar de una transición epidemiológica de forma generalizada.

incremento en los costos sanitarios y sociales, pues este segmento de la población precisa más atención y más cuidados (Bazo, 1992).

En 2006 la directora nacional del DIF (Desarrollo Integral de la Familia), Ana Rosa Payán Cervera, declaraba lo siguiente:

Actualmente en México hay 8.5 millones de ancianos, un millón más de lo previsto, debido a que se incrementó la esperanza de vida en las últimas décadas [...] lo grave de esta estadística es que la mitad de las personas de la tercera edad se encuentra en situación de pobreza, y casi 2 millones de ellas, en pobreza extrema o miseria. Debido a que México se encamina a una población de adultos mayores –se estima que en el año 2050 en el país habrá más de 40 millones de ancianos– si no se realizan las reformas suficientes en los sistemas de pensiones y ahorro para el retiro, el Estado se colapsará, pues será insuficiente para responder a la demanda de este tipo de prestaciones (Morales, 2006).

Bajo esta lógica, la población en edades avanzadas es vista como una problemática que a la larga genera “crisis” en el sistema económico, que afecta a la población joven, la cual tiene que aportar sus impuestos para sostener los costos de seguridad social para el grupo de mayor edad, personas que además acaparan los recursos de las instituciones de salud, dadas sus condiciones de enfermedad y deterioro (Arroyo, 2010). De hecho, el tema de las pensiones es un problema que ha preocupado al gobierno del país desde hace ya algunos años, como lo demuestran las declaraciones de Payán Cervera, y que aún hoy en día sigue siendo objeto de interés primordial para la actual administración (basta con recordar la reforma de 2021 al sistema de pensiones). A grandes rasgos, podemos decir que la seguridad social de los ancianos ha sido y es vista por el Estado como “una amenaza”, por poner en “riesgo” al resto de la población.

En ese tenor de ideas, el tema del envejecimiento poblacional comienza a cobrar sentido en agencias internacionales como problemática de riesgo. Recordemos que el Estado de gobierno, al estar ligado a la economía y a la población, se preguntará por los costes de las pensiones, por quiénes se encargarán del cuidado de las personas

mayores, por los costos que día a día generan dichos cuidados, las enfermedades que desarrolla esta población, así como el costo, la duración y el tratamiento de las mismas, etcétera. En resumen, el Estado de gobierno, que controla por medio del mecanismo de seguridad, tiene la función esencial de responder a estas problemáticas de forma que la respuesta las elimine o las regule (Foucault, 2006).

De esta manera, las perspectivas generadas desde el ámbito internacional respecto al envejecimiento lo suelen posicionar como una “nueva anomalía social”. Anomalía, en tanto fenómeno a nivel demográfico, cuyas consecuencias dimensionadas, en especial por los expertos de las diversas áreas de conocimiento, estarían asociadas a la inestabilidad social y a la merma económica de los Estados (Moya, 2013).

Por ejemplo, el Fondo Monetario Internacional (FMI) señalaba que “el riesgo de que la gente viva más de lo esperado” afectará a las economías a nivel mundial, pues al ser el envejecimiento de la población una problemática subestimada en cuanto a su magnitud, disparará el coste previsto en decenas de billones de dólares a escala global, al propiciar de esta forma una amenaza para las finanzas públicas (Moya, 2013). Es por ello que la discusión en torno a la dirección en que se orientarán los compromisos y esfuerzos tanto del Estado como de la sociedad civil y el sector privado se debate entre si el Estado debiera ser el que regule las fuerzas del mercado y las necesidades sociales, o bien debiera ser el mercado el que se encargue de esta tarea. En consecuencia, los Estados buscan deslindarse del cuidado de los ancianos y los costos que puede conllevar dicha etapa de la vida, quedando éste nuevamente a cargo de la familia y del propio sujeto.

En el caso de México, dentro del contexto del neoliberalismo, podemos observar todo un despliegue de mecanismos, prácticas y discursos que buscan empoderar a la población más vulnerable, al tiempo que intentan, de esta manera, hacerlos responsables de su propia pobreza y exclusión. Así, la necesidad de los gobiernos neoliberales de mantener activa y participativa a la población envejecida, tiene por finalidad que dicho segmento de la población se mantenga

de manera autónoma el mayor tiempo posible. El principal desafío, señalado tanto por las agencias internacionales como por los Estados, apunta a que el coste de su mantenimiento es el mayor riesgo identificado. Sobre esto, Moya (2013) nos dice que “la instrumentalización de la vida, en este caso, de la vida del viejo, tiene un claro objetivo: la búsqueda y mantención del equilibrio social producto de la amenaza cada vez más creciente de la vejez” (2013:10). Además, como hemos visto, dicha regulación se llevará a cabo por medio del disciplinamiento y el control de la conducta de la población más envejecida.

Sobre prácticas gubernamentales y medicalización en la vejez

Anteriormente dijimos que el Estado de gobierno, que opera por medio del mecanismo de seguridad, tiene la función de eliminar o regular los riesgos para la economía y la población. En este sentido, podemos mencionar el creciente número de personas en edad avanzada con enfermedades crónicas, ya que esto implica un riesgo para la economía de los Estados, pues genera un mayor gasto en materia de salud (se incrementa la demanda de medicamentos, cirugías, atención médica y cuidados, las cuales debe garantizar el Estado, dado que su función es brindarnos seguridad).

Pensemos en la diabetes. Al respecto, Nora Arganis (2005) nos dice que esta enfermedad es una de las primeras causas de muerte en muchos países del mundo. En México se encuentra entre las enfermedades crónicas más comunes, pues según datos de la Encuesta Nacional de Salud y Envejecimiento (Enasem) ha ido en aumento desde 2001 hasta 2018, en relación con las otras dos enfermedades crónicas más comunes que padecen los ancianos: la hipertensión arterial y la artritis. En general, 27.3% de las mujeres y 21.8% de los hombres envejecidos padece de diabetes; 18.5% de las mujeres y 9.5% de los hombres, de artritis, y 52.4% de las mujeres y 38.7% de los hombres, de hipertensión arterial (Inegi, 2018).

La incidencia de estas enfermedades implica una grave problemática social, pues estos padecimientos son incurables y de larga duración, además el tratamiento que puede ofrecer la biomedicina⁴ requiere de toda una serie de cambios en el estilo de vida de los sujetos y muchas veces suele fracasar en el control de dicha enfermedad, debido a la complejidad propia del tratamiento (Arganis, 2005:12). Por otra parte, enfermedades como la diabetes pueden, con el paso del tiempo, ocasionar invalidez e incapacidad, lo que genera dificultades para desarrollar actividades de la vida diaria de forma autónoma y, por lo tanto, requiere de los cuidados de otras personas, ya sea que los brinde el Estado, las empresas o, como suele suceder, las familias (en específico las mujeres de la familia).⁵

En México, según la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH) del 2012, del total de personas con discapacidad, 51.4% tiene 60 años o más; una de cada tres personas de 60 años o más tiene alguna discapacidad, es decir, 31.6%. También se encontró que la mayor parte de los ancianos (71.9%) presenta dificultades para caminar, moverse o subir y bajar; le siguen las dificultades para ver aun usando lentes (32.1%) y oír incluso usando aparato auditivo (21.8%) (Inegi, 2012). Sobra decir que esta situación va mermando poco a poco la autonomía de los sujetos, lo cual los pone en situación de dependientes.⁶

Ahora bien, recordemos que cuando hablamos de prácticas gubernamentales nos estamos refiriendo específicamente a los esfuerzos

⁴ “La biomedicina también es conocida como medicina científica, occidental, académica o alopática; explica la enfermedad haciendo mayor énfasis en los procesos biológicos” (Arganis, 2005:12).

⁵ Los cuidados de las personas mayores en el caso de México y otros países de América Latina han estado a cargo de las mujeres integrantes de la familia, a este fenómeno se le conoce como *feminización del cuidado* (Huenchuan y Roqué, 2009).

⁶ Autores como Casado y López (2001) definen a una persona dependiente como aquella que “durante un período prolongado de tiempo requiere de ayuda para realizar ciertas actividades cotidianas. Podemos distinguir dos grupos de actividades que requieren de ayuda, por una parte, las que están orientadas al cuidado personal que son actividades de la vida diaria como comer, ir al baño, vestirse, etcétera. Y un segundo grupo lo constituyen las actividades que tienen el propósito de mantener el medio ambiente de una persona, actividades instrumentales de la vida diaria, como comprar o preparar la comida” (2001:24).

desarrollados para guiar conductas, en este caso de las personas más envejecidas, con base en ciertos principios y objetivos. Para poder incidir en los cuerpos y guiar sus conductas, el método que utilizan las prácticas gubernamentales (anatomopolítica) es la disciplina. A su vez, estos dispositivos disciplinarios tienen el objetivo de normalizar a los sujetos, es decir, sujetarlos a la norma vigente y homogeneizarlos. Lo anterior se verá materializado, por ejemplo, en la propagación de discursos respecto al autocuidado, estilos de vida saludables, chequeos médicos, etcétera.

De acuerdo con la Organización Mundial de la Salud (OMS), se puede definir el autocuidado como “la capacidad de las personas, familias y comunidades para promover la salud, prevenir enfermedades, mantener la salud y hacer frente a enfermedades y discapacidades con o sin el apoyo de un profesional de la salud” (OMS, 2022:3). Esto incluye: la promoción de la salud, la prevención y el control de enfermedades, la automedicación, la atención a personas dependientes, la búsqueda de atención primaria de salud (especializada u hospitalaria cuando sea necesario), así como la rehabilitación, incluidos cuidados paliativos (OMS, 2022).

Dicho organismo recomienda intervenciones de autocuidado como medio fundamental para alcanzar la cobertura universal, promover la salud, preservar la seguridad mundial y servir a las poblaciones. Todo esto como consecuencia de las cifras presentadas por el organismo, en las que se estima que para 2030 habrá una carencia de aproximadamente 18 millones de profesionales de la salud en todo el mundo. Además, nos dicen que en la actualidad al menos 400 millones de personas en todo el mundo carecen de acceso a los servicios de salud más esenciales. Por otro lado, se estima que cada año unos 100 millones de personas se ven sumidos en la pobreza, debido a los gastos que implica costearse la atención de salud (OMS, 2022:1). De esta manera, dichas políticas apuntan a que la población más envejecida llegue a una edad avanzada en las mejores condiciones posibles, a la par que delegan a las familias el cuidado y los padecimientos de dicho sector poblacional, buscando con ello una reducción en el gasto de salud por parte del Estado.

Por ejemplo: los discursos referentes al autocuidado y control de la diabetes por parte del Instituto Nacional de las Personas Adultas Mayores (Inapam), órgano rector de las políticas públicas dirigidas a este grupo poblacional en México, giran en torno a una alimentación balanceada (baja en grasas y alta en fibra), realizar actividades físicas de manera regular, bajar de peso, monitorear los niveles de glucosa en la sangre, evitar el consumo de alcohol y tabaco, así como seguir las instrucciones que el médico señale para evitar complicaciones en ojos, riñones, corazón o vasos sanguíneos (Inapam, 2020b). Esto último está relacionado con los cuidados referentes al control de la diabetes en personas diagnosticadas y quienes se encuentran en tratamiento o pretenden llevar un proceso de autocuidado. No obstante, también existe toda una serie de padecimientos que no están diagnosticados o que se encuentran relacionados con el deterioro del cuerpo por el paso de los años, vinculado al tipo de actividades que desarrollaron las personas durante su vida.

En su obra *Némesis médica. La expropiación de la salud*, Iván Ilich (1975) nos dice que la medicalización de las edades sucede cuando las personas aceptan como “verdad” que necesitan atención médica sistemática por el simple hecho de que van a nacer, están recién nacidas, en la infancia, en edad avanzada, etcétera. De tal modo que transforman su vida en una sucesión de diferentes etapas de salud, mejor dicho, en una serie de periodos en los cuales requieren de distintos tratamientos (1975:54). Así, diversos sectores de la población, como el de las personas mayores, son destinatarios, consumidores y usuarios de productos y servicios de salud.

Un ejemplo de estos tratamientos diferenciales, según la etapa de vida y de salud, lo podemos ver reflejado en un artículo del Inapam titulado “Importancia de la hidratación en las personas mayores”, en él se menciona que el cuerpo humano está constituido en 65% por agua, sin embargo, en la vejez este porcentaje se reduce a niveles entre 45 y 55%, aumentando así la posibilidad de padecer deshidratación. Por ello recomiendan: “ingerir líquidos regularmente, aunque no se tenga sed, tomar agua durante las comidas, para favorecer la ingesta de alimentos, beber entre 6 y 4 vasos de líquidos entre comi-

das, acompañar la toma de medicamentos con, por lo menos, 180 ml de agua, consumir frutas y verduras, que son alimentos ricos en agua” (Inapam, 2020a). Otro ejemplo referente al autocuidado y la prevención de enfermedades lo podemos encontrar en la publicación “Actividad física en las personas mayores”, también del Inapam. En dicho artículo se señala que el ejercicio físico en las personas mayores contribuye a controlar y prevenir enfermedades; refuerza su autonomía y, por ende, disminuye los cuidados familiares (Inapam, 2019).

La medicalización de la vida, nos dice Iván Ilich, se manifiesta como la intrusión de la asistencia a la salud en el presupuesto, la dependencia respecto a la atención profesional y el hábito de consumir medicamentos. Para el autor, mediante estos procesos de medicalización los individuos son convertidos en pacientes, al ser considerados como enfermos o enfermos potenciales (1975:53).

En ese tenor de ideas, Foucault nos dice que la intervención autoritaria de la medicina, en un campo cada vez mayor de la existencia individual o colectiva, es un hecho característico de nuestro tiempo, ya que la medicina tiene un poder autoritario con funciones normalizadoras que exceden con mucho la existencia de las enfermedades y la demanda del enfermo (Foucault, 1999b:353). En este sentido, podemos recordar que para Foucault (1999b) el ejercicio moderno del poder es principalmente del orden de la normalización de los individuos y de las poblaciones. Si esta normalización de los cuerpos se ha podido producir, ha sido gracias al papel que ha jugado la medicina moderna:

si los juristas de los siglos xvii y xviii inventaron un sistema social que debía estar dirigido por un sistema de leyes codificadas, se puede afirmar que los médicos del siglo xx están por inventar una sociedad de la norma y no de la ley. No son los códigos los que rigen la sociedad, sino la distinción permanente entre lo normal y lo patológico, la empresa perpetua de restituir el sistema de normalidad (Foucault, 1999b:353).

Al ser medicalizada, la vejez comienza a ser vista como una enfermedad o “como algo a tratar”, mientras que a las personas mayores

se les ve como enfermos o enfermos potenciales. Un claro ejemplo de esto lo podemos ver en la Clasificación Internacional de Enfermedades (CIE-11) por parte de la OMS de 2020, en la que la vejez es catalogada como enfermedad. Este tipo de acciones implica un discurso deficitario sobre el envejecimiento y la vejez, además homogenizan a las personas envejecidas sin tomar en cuenta que cada persona envejece y se amolda a la vejez no sólo por cuestiones biológicas y funcionales, sino según su contexto, condiciones económicas, culturales y psicológicas, es decir, la vejez por sí sola no representa un problema relacionado con la salud, pues una persona puede llegar a esta etapa de la vida de diferentes maneras. Además, considerar a las personas mayores como enfermas, implica asumir que todas las personas en edades avanzadas se encuentran en esa situación (Montes de Oca, 2022).

De esta manera, como podemos apreciar, a la vejez se le ve como una problemática de salud, mientras que al anciano se le posiciona en calidad de problema geriátrico, etiqueta que reduce sus posibilidades de envejecer con independencia, al tiempo que lo coloca en calidad de minoría (Ilich, 1975:54). Esto motiva que la enfermedad, como señala Bryan Turner, puede ser vista como una conducta desviada o anormal, pues ante ella nuestro cuerpo se vuelve anárquico, amenazando su gobierno y el sentido de nuestro yo. Como señala el autor, muchas veces la propia enfermedad traerá consigo una estigmatización social que pondrá en riesgo nuestra identidad, dado que se encuentra fuertemente estructurada por las categorías culturales que legitiman o normalizan la desviación como condición médica (Turner, 1989:222), sin descontar que los patrones clínicos de la normalidad se han asociado con el bienestar.

Cabe mencionar que si este tipo de políticas médicas se han podido implementar en el cuerpo de la población ha sido gracias al papel de bisagra que juega la familia entre “los objetivos generales referentes a la buena salud del cuerpo social, y el deseo o la necesidad de cuidados de los individuos” (Foucault, 1999a:336). Por ejemplo, a la problemática de la mortalidad y natalidad infantil se añadió el problema de la infancia, es decir, la supervivencia hasta la edad adulta, así

como las condiciones físicas y económicas de esta supervivencia, las inversiones necesarias y suficientes para que el periodo de desarrollo sea útil, etcétera. De esta forma se comienzan a organizar los cuidados médicos en torno a las infancias, cuya responsabilidad moral recae en la familia, al igual que una parte económica. Así, la familia pasa a ser el agente más constante de medicalización y blanco de una aculturación médica (Foucault, 1999a:334, 336).

Si durante la infancia se añadió el problema de la supervivencia hasta la edad adulta, podemos decir que en la vejez se añadió el problema de la supervivencia hasta la muerte, así como sus condiciones físicas, económicas y la responsabilidad moral de la familia de proporcionar los cuidados que requiera el anciano para reinstaurar su salud. En este sentido, será la familia la que se encargue de hacer cumplir las normas establecidas para el cuidado y restauración de la salud en las personas mayores.

A diferencia de lo que podríamos pensar, para Foucault la familia no pertenece al orden del poder disciplinario, sino al poder del soberano (poder de hacer morir o dejar vivir). La familia opera como bisagra, es el punto de enganche absolutamente indispensable para el funcionamiento de todos los sistemas disciplinarios. En otras palabras, “es la instancia de coacción que va a fijar de manera permanente a los individuos a los aparatos disciplinarios, que en cierto modo va a inyectarlos a ellos” (Foucault, 2007a:105). De esta manera, si la obligación escolar ejerce su papel y los niños llegan a ser individualizados, disciplinados dentro del sistema escolar, es porque hay familia; para poder estar obligados a ir a la escuela, es preciso que actúe esa soberanía que es la de la familia (Foucault, 2007a). De igual manera podemos decir que si los ancianos son obligados a ir al médico, a hacer ejercicio, tomar agua con frecuencia, o bien llegan a ser internados en un asilo, es porque la familia actúa y ejerce su poder soberano sobre ellos. En resumen, es la familia la que muchas veces toma decisiones fundamentales referentes a la vida de las personas mayores.

Prácticas de gobierno y prácticas transgresoras (o de resistencia) en la vejez

Hasta aquí hemos visto algunos ejemplos de gubernamentalidad y prácticas gubernamentales en la vejez, los cuales nos han ayudado a dilucidar los mecanismos de poder que son implementados sobre los sujetos de edad avanzada. A su vez, dichos ejemplos dan cuenta de cómo los adultos mayores se posicionan en un estado de dependencia que disminuye considerablemente su autonomía. Sin embargo, el hecho de que un sujeto dependa de los cuidados de los otros no significa que su voluntad desaparezca.

Al respecto, es importante no olvidar que toda relación de poder implica dos polos: el que lo ejerce y el que lo padece (sin descontar que quien lo padece también puede ser quien lo ejerza, y viceversa). Por otro lado, todo sujeto que es objeto del ejercicio de poder no lo es de forma pasiva, pues siempre existe la posibilidad de resistir, de transgredir. Entonces, ¿a qué resisten los ancianos?

Los adultos mayores resisten a la familia, a los cuidadores, a los médicos, a las instituciones, al sistema de pensiones, al Estado, al capitalismo, a la lógica de la modernidad. La suma de factores hace más complejo el problema. Si partimos del supuesto de que el poder es una relación de fuerzas, en tanto relación tiene una doble dimensión: tiene la capacidad de afectar o de ser afectado. Al ser afectado por el ejercicio de poder, el sujeto provoca la capacidad de resistencia.

Con base en lo anterior, encontramos en Foucault dos tipos de experiencias en torno al poder: una *de gobierno*, constituida por todas aquellas maneras de reflexión y acción dirigidas a delinear, administrar o regular la conducta de los individuos (gobierno de sí mismo, gobierno de la familia, etcétera) y que se vería materializada en *cuerpos dóciles*, sujetos que han sido normalizados y cuyo destino es hacer que sigan funcionando los engranajes del sistema de producción, servir a determinados intereses económicos y políticos. Otra experiencia pertenece a una voluntad obstinada, a una libertad que

no quiere ser dirigida por el ejercicio de poder, que no quiere delegarse, una *experiencia transgresora o de resistencia*⁷ (Foucault, 1988).

Por ejemplo, imaginemos un adulto mayor que padece diabetes y quiere comer algo que le ha prohibido el médico por cuestiones de salud. La labor del médico operará según una estrategia desplegada desde el gobierno que apunta a la salud de los ciudadanos, a la población como masa para mantenerlos vivos y, así, por medio del trabajo, tener una mayor producción que se vea reflejada en términos económicos. A su vez, esta estrategia de gobierno será difundida por medio de discursos que se repiten desde diversas instituciones, como “mantener una dieta sana y equilibrada para tener una vejez exitosa”, discursos que en el ámbito familiar, en la escuela, los hospitales, etcétera, serán apropiados o reapropiados por los sujetos. Entonces, nuestro sujeto tiene dos opciones: la primera implicará dejar de lado su antojo porque en la familia, en el hospital, entre los amigos y por supuesto él mismo, le dicen que le hará daño comer *x* cosa; ésta es una *experiencia de gobierno*. Mientras que la segunda podrá ser *transgresora, de límite o de resistencia*, esto es, comer lo que se le antoja porque quiere, porque supone que no le hará daño, porque es su vida y quiere decidir por sí mismo, “voluntad obstinada y una libertad que no quiere ser dirigida por el ejercicio de poder, una libertad que no quiere delegarse” (Foucault, 1988:231).

De esta manera, si bien existe todo un despliegue de estrategias gubernamentales para poder incidir en la vida de los sujetos, esto no significa que aquéllos sean pasivos y acepten todo lo impuesto por el gobierno y las prácticas gubernamentales, por el biopoder. En realidad, implica una relación de fuerzas entre el poder disciplinario y la voluntad de los sujetos. Además, muchas veces puede ser que la familia imponga en la vida de las personas prácticas disciplinarias

⁷ La experiencia límite o de transgresión (también llamada experiencia política, resistencia o pensar de otro modo) es definida por el autor como “experiencias fronterizas a partir de las cuales se pone en cuestión eso que ordinariamente es considerado como aceptable” (Foucault, 1988:231). Se trata de una experiencia basada en la transgresión (de la moral, del saber, de la estética, etcétera) como el único lugar donde puede darse esa soberanía o autonomía del sujeto que libra las limitaciones de las experiencias sometidas.

(gubernamentales), pero también puede ser que la misma familia ayude a las personas más envejecidas a resistir a dicho poder. Un claro ejemplo lo podemos ver en el uso de la medicina tradicional como alternativa o complemento de la biomedicina.

A grandes rasgos, podemos decir que si bien la tecnología de poder en su forma de biopoder ha podido incidir sobre los sujetos gracias al papel de bisagra que juega la familia (perteneciente a las tecnologías de poder del soberano), ya que actúa como enganche de todos los sistemas disciplinarios, además de permitir la circulación de los individuos de un sistema disciplinario a otro (escuela, asilos, hospitales, psiquiátricos, etcétera). También puede darse el caso en el que sea la propia familia la que resiste a las instituciones, por ejemplo: puede ser que la familia decida no darle determinado medicamento a la persona adulta mayor a su cargo, debido a la gran cantidad de efectos secundarios que puede generar el fármaco, recurriendo, a su vez, al uso de la medicina tradicional como alternativa de la biomedicina; o pensemos también en los casos en donde las familias respetan la voluntad del adulto mayor con respecto a decidir sobre su propia alimentación, aun yendo en contra de la dieta prescrita por los médicos.

Conclusiones

Si bien lo expresado hasta ahora consiste en un ensayo de ideas que, como tal, carecen de suficiente profundidad, pues podrían volverse más precisas con un estudio más amplio; considero que resultan suficientes para poder abrir un debate no sólo en torno al tema de la vejez, sino también sobre la pertinencia y la utilidad que representa el andamiaje teórico de Michel Foucault con respecto a la problemática del envejecimiento en México.

Como pudimos ver, el biopoder también afecta a los adultos mayores, tanto en su aspecto anatomopolítico como en el biopolítico. Por ejemplo, en el caso de esto último, podemos recordar que la OMS ha catalogado a la vejez como una enfermedad, de esta

manera propicia, casi de forma automática, una dependencia de las personas más envejecidas con respecto a sus familiares o a las instituciones médicas, pues ¿quién es más dependiente que un enfermo?, pero, a pesar de este tipo de discursos y los mecanismos de poder que implican, Foucault también nos enseña que los sujetos del poder tienen capacidad de transgresión o resistencia, la cual se manifiesta mediante esa voluntad que desobedece, que no acepta doblegarse.

Además, retomando el aspecto discursivo, la teoría foucaultiana también nos puede ayudar a pensar en discursos transgresores. Por ejemplo, las reflexiones de Richard Sennett en torno a la vejez nos ayudan a pensar la autonomía como una forma de gubernamentalidad, la cual sugiere, desde la lógica del neoliberalismo y el liberalismo, que los sujetos se hagan cargo de su propia vejez y pobreza. Sennett nos señala que en nuestras sociedades modernas la dependencia se vive de manera diferente en el ámbito público que en el ámbito privado. En el ámbito público, nos dice el autor, la dependencia se muestra como vergüenza; mientras que en el privado la dependencia une a los individuos, además de generar vínculos entre ellos. La creencia de que la vergüenza degrada proviene, nos dice el autor de *El respeto*, de un determinado concepto de madurez, sostenido principalmente por el sistema de bienestar social, el cual señala que “la dependencia, es un estado incompleto de la vida: normal en el niño; anormal en el adulto” (Sennett, 2003:111). De lo anterior bien podríamos deducir que el concepto de dependencia conlleva una *infantilización de los ancianos*, al sostener que aquella hace que los adultos mayores se comporten como niños (Sennett, 2003).

Sin embargo, siguiendo las reflexiones de Sennett, podríamos pensar entonces la dependencia de una manera más digna, no ya como esa forma estigmatizada por el liberalismo de la ilustración, sino como *interdependencia*, es decir, basándonos en la idea según la cual todos dependemos de todos: “La dependencia supone incompletitud en uno mismo; la completitud necesita de los recursos de otro al que bien puede ocurrir que no entienda” (Sennett, 2003:131).

Bibliografía

- Arganis, Elia Nora (2005), “La autoatención en grupos de ancianos con diabetes residentes en Iztapalapa, D. F.”, *Cuicuilco*, vol. 12, núm. 33, pp. 11-25.
- Arroyo Rueda, María (2010), “El cuidado en la vejez avanzada: Escenarios y tramas de violencia estructural de género”, *Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, vol. v, núm. 10, pp. 1-21.
- Bazo, María Teresa (1992), “La nueva sociología de la vejez: de la teoría a los métodos”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 60, pp. 75-90.
- Casado, David y Guillem López (2001), *Vejez, dependencia y cuidados de larga duración. Situación actual y perspectivas a futuro*, Fundación La Caixa, Barcelona.
- Consejo Nacional de Población (Conapo) (1998), *La situación demográfica de México*, Conapo, México.
- Foucault, Michel (2007a), *El poder psiquiátrico*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Foucault, Michel (2007b), *El nacimiento de la biopolítica*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Foucault, Michel (2006), *Seguridad, territorio, población*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Foucault, Michel (2002a), *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- Foucault, Michel (2002b), *Defender la sociedad*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México.
- Foucault, Michel (1999a), “La política de la salud en el siglo XVIII”, en *Estrategias de poder. Obras esenciales*, vol. II, Paidós, Barcelona, pp. 327-342.
- Foucault, Michel (1999b), “¿Crisis de la medicina o crisis de la antimedicina?”, en *Estrategias de poder. Obras esenciales*, vol. II, Paidós, Barcelona, pp. 343-361.
- Foucault, Michel (1998), *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, Siglo XXI Editores, Madrid.

- Foucault, Michel (1988), “El sujeto y el poder”, en Hubert L. Dreyfus y Paul Rabinow, *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, UNAM, México, pp. 227-244.
- Ham, Roberto (1995), “Epidemiología del envejecimiento: una fase más de la transición demográfica”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 10, núm. 3, pp. 687-705.
- Huenchuan, Sandra y Mónica Roqué (2009), “A modo de introducción: los cuidados como una necesidad en aumento”, en *Envejecimiento y sistemas de cuidados: ¿oportunidades o crisis?*, Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Santiago de Chile.
- Illich, Iván (1975), *Némesis médica. La expropiación de la salud*, Barral Editores, México.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2021), *Estadísticas a propósito del Día Internacional de las Personas Adultas Mayores (1º de octubre)*, México, Inegi.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2018), *Encuesta Nacional sobre Salud y Envejecimiento en México (Enasem-2018)*, Inegi, México.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2012), *Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH-2012)*, Inegi, México.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2005), *Los adultos mayores en México. Perfil sociodemográfico al inicio del siglo XXI*, Comunicado de Prensa núm. 547/21, Inegi, México.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2001), *Indicadores sociodemográficos de México (1930-2000)*, Inegi, México.
- Instituto Nacional de las Personas Adultas Mayores (Inapam) (2020a), “Importancia de la hidratación en las personas mayores” (*blog*), Inapam, México.
- Instituto Nacional de las Personas Adultas Mayores (Inapam) (2020b), “Diabetes Mellitus en personas mayores” (*blog*), Inapam, México.
- Instituto Nacional de las Personas Adultas Mayores (Inapam) (2019), “Actividad física en las personas mayores” (*blog*), Inapam, México.
- Márquez, Soledad y Ricard Meneu (2007), “La medicalización de la vida y sus protagonistas”, *Eikasia. Revista de Filosofía*, vol. 11, núm. 8, pp. 65-86.

- Mendoza González, Zuanilda (1997), “¿Enfermedad para quién? Saber popular entre los triquis”, *Nueva Antropología*, núms. 52-53, pp. 117-140.
- Montes de Oca, Verónica (2022), “La vejez no es una enfermedad. Cambios en la Clasificación Internacional de Enfermedades (CIE-11). Reflexiones y críticas”, Foro Internacional, UNAM, México.
- Montes de Oca, Verónica (2010), “Pensar la vejez y el envejecimiento en el México contemporáneo”, *Replones*, núm. 62, pp. 159-181.
- Morales, Andrés (2006), “En la pobreza, la mitad de los ancianos en México: DIF”, *La Jornada*, 12 de septiembre.
- Moya, Mario (2013), “Genealogía de una vejez no anunciada: biopolítica de los cuerpos envejecidos o del advenimiento de la gerontogubernamentalidad”, *Polis. Revista Latinoamericana*, vol. 12, núm. 36, pp. 431-451.
- Narro, José y David Moctezuma (2001), “La transición demográfica en América Latina. Algunas consideraciones sobre el caso mexicano”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Nueva Época, vol. 44, núm. 181, pp. 161-179.
- Organización Mundial de la Salud (OMS) (2022), “Directrices de la OMS sobre intervenciones de autocuidado para la salud y el bienestar, revisión 2022. Resumen ejecutivo”, OMS, Ginebra.
- Sennett, Richard (2003), *El respeto. Sobre la dignidad del hombre en un mundo desigual*, Anagrama, Barcelona.
- Turner, Bryan (1989), *El cuerpo y la sociedad. Exploraciones en teoría social*, Fondo de Cultura Económica, México.

Fecha de recepción: 15/03/22

Fecha de aceptación: 29/05/22

DOI: 10.24275/tramas/uamx/20225717-44

Ni invisibles, ni inservibles: cuerpos viejos de la resistencia en contextos semiurbanos de Chiapas

*Araceli Dennise Díaz Pedroza**
*Karla Jeanette Chacón Reynosa***

Resumen

El cuerpo encarna un sistema capitalista altamente competitivo, y en él las categorías de juventud y vejez aparecen como relacionales, puesto que se ha optado por reproducir visiones occidentalizadas hegemónicas de un cuerpo joven como máquina de bienes, belleza, salud y vida, en las cuales los cuerpos viejos han quedado sometidos a una posición de declive, letargo e inclusive muerte. A partir de un estudio fenomenológico-hermenéutico centrado en las narrativas proponemos visibilizar cuerpos viejos en contextos semiurbanos chiapanecos que desestabilizan las fronteras del “deber ser”, cuerpos que irrumpen y resignifican, desde las categorías de trabajo y sexualidad, la edad avanzada, demostrando que es una construcción sociocultural que va más allá de una mirada reduccionista biológica y de escuetas imposiciones.

Palabras clave: cuerpo, abyección, trabajo, sexualidad, resignificaciones.

* Universidad Autónoma de Chiapas, Facultad de Humanidades, campus VI. Correo electrónico: [dennise_diazpedroza@hotmail.com].

** Universidad Autónoma de Chiapas, Facultad de Humanidades, campus VI. Correo electrónico: [karlachaconreynosa@gmail.com].

Abstract

The body embodies a highly competitive capitalist system, and in it the categories of youth and old age appear as relational, since it has chosen to reproduce hegemonic westernized visions of a young body as a machine of goods, beauty, health and life, where old bodies have been subjected to a position of decline, lethargy and even death. Based on a phenomenological-hermeneutical study focused on narratives, we propose to visualize old bodies in Chiapas' semi-urban contexts that destabilize the borders of what "ought to be", bodies that break in and resignify, from the categories of work and sexuality, demonstrating that the advanced age is a socio-cultural construction that goes beyond a biological reductionist look and short impositions.

Keywords: body, abjectness, work, sexuality, resignifications.

Introducción

El cambio en la pirámide poblacional, producto de un notable aumento en la esperanza de vida, en combinación con una disminución considerable de la tasa de natalidad y mortalidad, da cuenta de un proceso que inició en la sociedad industrial y que ha comenzado a acelerarse en los últimos años, tornándose imposible ignorar su impacto analítico en el campo de las ciencias sociales y humanas desde una perspectiva analítica.

Desde las sociedades occidentales, el cuerpo es significado a partir de un sistema capitalista y altamente competitivo, en el que las categorías de juventud y senectud son opuestas y relacionales, puesto que se ha optado por reproducir visiones hegemónicas de un cuerpo joven como máquina de bienes, belleza, salud y vida: "en un mundo en mutación en que las máquinas tienen una carrera muy corta, los hombres no deben servir demasiado tiempo. Todo lo que excede de 55 años debe ser arrumbado" (Leach, 1968, citado en Beauvoir, 2011:13).

Las discriminaciones, violencias y exclusiones sobre los cuerpos viejos son evidentes y naturalizadas; según Pallarés (2020), es un ismo postergado (después del racismo y sexismo) que afecta y afectará en gran medida a las personas, independientemente de su edad. El *edadismo*¹ es un término que ni siquiera es reconocido por el diccionario de la Real Academia Española (RAE), pero permanece presente en nuestras cotidianidades y se experimenta como discriminaciones y violencias naturalizadas hacia los cuerpos viejos en diversos espacios de la vida social pública y privada, al estereotipar y marcar a quienes llegan a los 60 años como cuerpos inservibles. A esta discriminación se suman pequeños actos que pasan desapercibidos e incluso se normalizan desde las cotidianidades, que son igualmente denunciables y reprochables:

Estar en la fila de un supermercado y que alguien empiece a resoplar porque una persona mayor tarde unos minutos más en pagar o en recoger su compra que un joven con prisas criado en la cultura de la inmediatez; comparar a los mayores con los niños; las fotos que eligen los medios de comunicación para ilustrar las noticias sobre mayores, generalmente personas sentadas en bancos; llamar abuelos a los mayores sin tener ese rol familiar; hablar en alto a los mayores sin que tengan ningún problema de audición y dar por sentado que alguien mayor no va a saber mandar un mensaje de WhatsApp solo por su edad, son solo algunos ejemplos (Olavarría, 2019: s.p.).

Los estereotipos por la edad (que evocan la pérdida del vigor sexual y la habilidad para el trabajo) son evidentes a través de dichos y refranes populares que discriminan y aluden satíricamente la experiencia de los cuerpos viejos: “capaz se va a morir en el acto”, “ya ni se le para”, “que asco, toda arrugada”, “este lugar ya no es para él/ella”, “ya está chocheando, que mejor se vaya a su casa a dormir”, “sólo

¹ De acuerdo con la Organización Mundial de la Salud (OMS), el término hace referencia a la forma de pensar (estereotipos), sentir (prejuicios) y actuar (discriminación) con respecto a los demás o a nosotros mismos por razón de la edad. Fue el gerontólogo y psiquiatra Robert Butler quien acuñó el término en 1968 para referirse a la discriminación de viejos/viejas basada en prejuicios y estereotipos respecto a la edad.

sirve para tejer y ver la televisión”; dichos estereotipos son visibles en el contexto donde se desarrolla esta investigación: Tuxtla Gutiérrez y San Cristóbal de las Casas, como lugares de enunciación.

Sin embargo, estos prejuicios que etiquetan también han sido aprehendidos e incorporados por los propios viejos y viejas debido a sus posibilidades e imposibilidades en la vida cotidiana, al expresar temores propios o ajenos, así como desafíos en la vejez: “para qué aprendo si ya estoy más pa’allá que pa’acá”, “de joven cirquero, de viejo payaso”, “ya no estoy para esos trotes”, “vive al máximo ahora que eres joven, porque luego...”, “de algo me voy a morir”, “vieja ridícula, si en mi juventud no me vestí así, ahorita menos”, “a mis años... es ya imposible”, “a mi edad ya es malo pensar en hombres, yo me dedico únicamente a mis nietos”; estas frases revelan una máxima del sistema capitalista neoliberal: la glorificación de la juventud.

Justamente, nuestro interés está centrado en presentar un análisis contextual de la vejez desde las prácticas de resistencia de las personas mediante sus cuerpos viejos frente a una sociedad neoliberal que los percibe como inservibles, contexto que ubicamos particularmente en Chiapas, un estado que de forma acelerada incrementa su población mayor (y la que futuramente envejecerá) en dos municipios que presentan las cifras más altas: Tuxtla Gutiérrez y San Cristóbal de las Casas.

Para el análisis presentamos las narrativas de aquellos cuerpos interpelados desde una percepción de “viejos/as improductivos/as” que se resisten a continuar incorporando el estigma en cuanto a que tienen una fecha de caducidad, creando y recreando prácticas corporales que se oponen a la invisibilización para tomar como propias su sexualidad y práctica laboral, categorías que permanecen íntimamente asociadas y capitalizadas con mayor énfasis² en los cuerpos jóvenes.

² Nuestro interés está en el diálogo con determinadas vejeces emergentes en contextos semiurbanos. No pretendemos generalizar la vivencia de las vejeces, sino, más bien, matizar cómo se manifiestan ciertas resistencias al edadismo desde las categorías de sexualidad y trabajo.

Estos cuerpos rompen con los estereotipos establecidos socialmente y demuestran que la edad es una construcción cultural que va más allá de la biología o la anatomía de los órganos y sistemas, sin embargo, ¿qué representa para ellos y para ellas vivir desde estos cuerpos que son conceptualizados como caducos e inservibles?, ¿cómo han sobrellevado un contexto que constantemente les señala y limita?, ¿qué re-significaciones han obtenido ante lo hegemónicamente establecido?

La sociedad semiurbana chiapaneca, en los casos concretos de Tuxtla Gutiérrez y San Cristóbal de las Casas, ha visto expectante cómo determinadas viejas y viejos resisten todos los días desde sus contextos, lo que nos lleva a replantear la idea homogénea de un cuerpo viejo. No habitan el cuerpo, *son* ese cuerpo; ese cuerpo que ha contenido años y ha hecho frente es: “un nudo de estructura y acción, el lugar de la vivencia, el deseo, la reflexión, la resistencia, la contestación y el cambio social, en diferentes encrucijadas económicas, políticas, sexuales, estéticas e intelectuales” (Esteban, 2004:59).

Es importante virar hacia un grupo que ha permanecido invisibilizado; comprender y leer desde las pieles de los actores principales qué representa verdaderamente para ellos y para ellas ser viejo/vieja, y la manera de proyectarse ante el mundo. El interés no está en generalizar una determinada vejez de Chiapas, ni siquiera entenderla como un colectivo altamente indiferenciado, sino, más bien, concentrarnos en conocer cuáles son las prácticas de contingencia de estos cuerpos envejecidos en su red de relaciones: el contexto frágil y susceptible al determinismo neoliberal y biológico de los cuerpos, de cómo la edad es una evidencia de la obsolescencia, apatía y vulnerabilidad en el término de una “vida productiva”.

A continuación, se problematizan los sujetos de estudio desde la socioantropología del cuerpo, al analizar el cuerpo –base de sentido de la acción social– situándolo como una estructura diferenciada simbólica y materialmente por género, clase social, edad, trabajo, sexualidad y por el poder que la cultura inscribe y reinscribe en ellos, desde el cual desarrollan técnicas propias de cuerpos viejos y aprenden una manera de llevar el cuerpo y de hacerlo para la

sexualidad, el erotismo y la calificación para el trabajo como medio de resistencia corporal.

Discriminación de los cuerpos viejos: lo abyecto que se revela en la edad

Todas las personas tenemos un cuerpo, habitamos un cuerpo, somos un cuerpo, pero no para todos/todas representa lo mismo ante nuestros propios ojos, ni ante la mirada expectante de una sociedad que impone cánones (de belleza, productividad, etcétera), los cuales, estandarizados, se convierten en norma; esto abre paso a la configuración de lo abyecto que emana desde las corporalidades y que se traduce en la repugnancia e indignación que genera exclusión, violencia física, laboral o simbólica sobre los cuerpos.

Cuando nos referimos a la *abyección*, destacamos lo planteado por Carlos Figari (2009) cuando expresa que “la diferencia en sí misma encierra el germen de la abyección. Todo proceso de diferenciación supone una ontologización en términos binarios, lo cual a su vez se expresa en términos de semantización de opuestos” (2009:131). La relación binaria (hombre/mujer, joven/viejo, blanco/negro, bueno/malo, legal/ilegal, etcétera), naturalizada desde el cuerpo, permite dilucidar la necesaria existencia de un Otro que otorga sentido de oposición, desde la cual es posible observar una ventaja y una desventaja, un valor y una discriminación, algo deseable y algo repugnante, lo inspirador y aquello que es temido; todo esto que se traduce, de acuerdo con Figari, en términos de *subalternidad*:

La subalternización supone relaciones en posición de alteridad en las que el “otro” siempre es construido por el *grande-autre*, en cuyo mirar el sujeto se identifica. La relación de alteridad formulada en los términos “Otro-otro” especifica la dialéctica de autoconstrucción del Otro dominante en la medida que produce los “otros” sujetos subalternos (Spivack, 1985, citado en Figari, 2009:132).

En el binarismo joven/viejo encontramos que la subalternidad no implica únicamente una relación de oposición, sino que dicha oposición se encuentra cargada de valoraciones y emociones, “el tipo y la densidad de las emociones implicadas en la relación subalterna, determina si tal relación supone la generación de un sujeto denominado abyecto” (Figari, 2009:132). El cuerpo viejo es abyecto y carga la opresión, enfermedad, improductividad, desesperanza y repugnancia, frente a los cuerpos jóvenes que han sido conceptualizados dentro de las sociedades capitalistas como cuerpos del deseo, del dominio, de la productividad, la salud, la esperanza y la ilusión. Son los cuerpos abyectos, impensables, marcados como invivibles (Butler, 2006), construidos a partir de la exclusión. Los cuerpos abyectos e invivibles son necesarios para establecer la normalidad de los otros cuerpos, ya que los cuerpos jóvenes eróticos perviven para constituir a los otros, a los pensables, a los vivibles.

En el terreno de las emociones, lo abyecto sería representado desde la repugnancia, la cual, según Nassbaum (2006, citado por Figari, 2009), nos sitúa en el campo del asco, de aquello que nos remite al no ser y a la falta de humanidad; todo aquello que debe ser evitado, segregado, discriminado e incluso eliminado; lo peligroso, lo inmoral, lo no deseable. Canas, arrugas, condiciones de salud/enfermedad, letargo, jubilación, aislamiento, viudez, todo, reducido a cuerpos abyectos, cuerpos de la repugnancia que alteran y amenazan la sensación de identidad.

El ser abyecto, o poseer un cuerpo de la abyección (en este caso, un cuerpo viejo), refiere precisamente la otredad, una otredad contenida a través de una configuración universal que se enmarca en un sentido hegemónico y dominante; sin embargo, ese otro se sustenta como necesario en una relación binaria (joven/viejo) que permite seguir (re)produciendo dominaciones, discriminaciones y racismos..., ese otro que es ineludible para la conformación de lo correcto, de lo “normal”, lo bello, lo deseable.

Con relación a la discriminación sobre los cuerpos, Restrepo (2012) menciona que, contrario a lo que muchas personas pudieran considerar como algo históricamente superado, sigue constituyendo

una realidad persistente en las sociedades contemporáneas. El racismo y la discriminación son fenómenos con profundos alcances estructurales que atraviesan no sólo acciones, sino pensamientos en la cotidianidad, de forma que se naturalizan y pasan casi desapercibidos por el resto de la población. La discriminación hacia los cuerpos viejos supone una coyuntura de exclusión ante un favoritismo implícito de los cuerpos jóvenes relacionados con características positivas, como belleza, vida, producción, capacidades, ilusiones, futuro, etcétera. De acuerdo con Restrepo (2012), los cuerpos están en un sistema de clasificación y tipificación que:

Implica la clasificación de una persona o colectividad de tal manera que la distingue claramente de otras personas o colectividades. Esta diferenciación recurre a una serie de imágenes y concepciones existentes de antemano por parte de quien ejerce la discriminación. Los estereotipos son algunos de las más extendidas imágenes o concepciones previas sobre las que se establece este acto de diferenciación propio de la discriminación. Los estereotipos suponen ideas prefabricadas que alguien proyecta sobre todo un grupo de personas por su origen, su condición o apariencia (2012:174).

La existencia de estereotipos relacionados con la edad avanzada no sólo constriñe a los cuerpos, sino que origina una dislocación social de viejas y viejos, de acuerdo con Thomas McGowan (citado en Mingorance, 2014), en la cual los roles y el estatus social existentes hasta el momento se pierden, lo que restringe la participación en el manejo de su vida, sus roles económicos, familiares, laborales y sociales. Se detalla que en culturas en las cuales el prejuicio tiene un lugar preponderante, el envejecimiento es objetivado como algo altamente negativo, lo cual produce una devaluación que puede tomar formas de discriminación interpersonal (micro) o institucional (macro) hacia los cuerpos viejos.

Significaciones del cuerpo viejo desde una construcción sociocultural

La transición demográfica y sus efectos (económicos, tecnológicos, educativos, de salud, etcétera), masificados en todo el mundo, sin duda trazan desafíos ante lo que se ha normalizado e internalizado durante décadas, muchas veces, sin ser lo mínimamente cuestionados. El envejecimiento de la población efectivamente nos exhorta a replantear y examinar las condiciones sociales de un colectivo específico que aumenta considerablemente; a visualizar el poder inmerso en las pocas o nulas oportunidades existentes para el desarrollo libre, integral; e inclusive nos invita a estudiar la forma en la que hemos decidido nombrarlos y posicionarlos en una sociedad que pareciera no detenerse a mirarlos.

Diversos autores desde múltiples ramas científicas insisten en hallar una definición única para la “vejez” y los procesos que experimentan los cuerpos viejos; no obstante, aún permanecen ignoradas las experiencias y los sentidos del grupo poblacional más amplio y heterogéneo (que oscila entre los 60 y 100 años, dependiendo de la esperanza de vida del contexto que se aborde), se encuentra expuesta la problemática mediante múltiples términos que pelean entre sí para ser considerados como únicos, aunque su definición siga siendo reduccionista y abordada desde una edad puramente cronológico-biológica, basada en patologías, fármacos, órganos y funcionamiento de sistemas, dejando fuera la cultura y a sus sujetos. De esta manera, hoy en día es posible escuchar discursos sobre: senectud, tercera edad, etapa de oro, entre otros muchos más, pero ¿bajo qué situación y en qué condiciones abordamos a los cuerpos viejos?

Georges Minois responde en la introducción de su libro *Historia de la vejez*, que “vejez” es un término impreciso y cuyo sentido sigue permaneciendo difuso:

Biológicamente los hombres comienzan a envejecer desde su nacimiento, pero con ritmos muy distintos. La situación social, el modo de vida, el entorno cultural acelera o retrasa la evolución bio-fisiológica y nos in-

roducen en la vejez a edades muy diversas [...] la vejez es una realidad, rechazada por los que aún no han llegado a ella y mal vivida a menudo por los ancianos (1987:43).

Si consideramos al cuerpo como una construcción social, hablar de envejecer es hablar entonces de un cuerpo que se expresa de distintas maneras y por medio de distintas vías, sin embargo, objetivar un término homogéneo basado en reducciones orgánicas parece una tarea sumamente llana; tal como lo expresan Alvarado y Salazar (2014):

Lehr, Laforest, Gómez y Curcio coinciden en tratarlo como un proceso dinámico, multifactorial e inherente a todos los seres humanos. Mientras que la Organización Mundial de la Salud (OMS) lo define como el proceso fisiológico que comienza en la concepción y ocasiona cambios en las características de las especies durante todo el ciclo de la vida; esos cambios producen una limitación de la adaptabilidad del organismo en relación con el medio. Los ritmos a que estos cambios se producen en los diversos órganos de un mismo individuo o en distintos individuos no son iguales (2014:58).

De esta manera, la mayoría de las definiciones relacionadas al envejecimiento y a la vejez se encuentran cargadas de biología, fisiología y morfología, y olvidan e ignoran el papel que juegan los aspectos sociales y culturales en la construcción holística de los cuerpos que envejecen. Vale mostrar las divisiones que se han utilizado para abordar al cuerpo, generando miradas duales muy marcada aún en nuestros tiempos, que imposibilitan una mirada holística de los cuerpos viejos. Rábade (2003) expresa:

—Primero: por cuerpo entendemos un organismo físico o fisiológico con unas estructuras determinadas: esqueleto, sistema nervioso, sistema arterial, venoso, etcétera. El cuerpo así entendido es un objeto físico, de especiales características, similares, en definitiva, a las de otros seres vivos complejos. De tal cuerpo podemos hacer estudios científicos de diversa índole, someterlo a cuantificaciones, analizarlo de diferentes maneras, en una palabra, objetivarlo desde plurales perspectivas.

—Segundo: por cuerpo tenemos que entender también eso indefinible que sentimos, vivenciamos, experimentamos, en casi total inmediatez; algo que no podemos objetivar, porque, al objetivarlo, dejaría de ser el cuerpo sentido, vivenciado, inmediatamente experimentado (citado en López, 2008:47).

Martínez (2004), por su parte, refiere una dualidad (cuerpo como unidad física y cuerpo como expresión máxima del ser) que tuvo sus inicios en la sociología, en donde la sociobiología se encargó de una consideración del cuerpo mediante una base biológica y presocial sobre la cual se crearon estructuras del yo y de la sociedad; mientras que autores como Douglas, Goffman y Foucault se inclinaron por una mirada constructivista que concebía al cuerpo como algo que pertenece íntimamente a la cultura y no a una condición biológica excluida. Una de las razones por las cuales los teóricos sociales descuidaron el cuerpo como objeto de estudio fue la concepción de que la biología no pertenece a la cultura, por lo cual debía ser explicada únicamente con base en el funcionamiento de los órganos y sistemas: “El cuerpo es una construcción simbólica, no una realidad en sí mismo. El cuerpo y su simbolización dependen de su cultura y de su visión del mundo, a través de ella comprenden y vinculan su persona, sus enfermedades y sentimientos, se posiciona ante el otro y ante la naturaleza” (Le Breton, 2008, citado en Cervantes, 2011:107).

En *La voluntad de saber*, Foucault (2002, citado en Moya, 2013) plantea empezar a virar la mirada hacia el desarrollo del interés político por la vida misma a partir del siglo xvii, y propone dos maneras particulares para lograrlo: la primera, centrada en el cuerpo como máquina (con implicancias anatómicas y políticas), que se materializa con el sometimiento y la corrección del cuerpo; la segunda, desde mediados del siglo xviii, cuyo objetivo es el cuerpo visto desde la especie, centrada en la generación de medidas de intervención y gestión sobre las tasas de natalidad, el manejo del binomio salud/enfermedad y la postergación de la muerte. Desde esta concepción, el cuerpo constituye una organización estructurada que regula los poderes sobre la vida. Ambas conceptualizaciones que propone Foucault permanecen

unidas, formando parte de una complementariedad que permite iniciar el análisis de un colectivo que ha permanecido en la sombra de una sociedad que tiene puestas sus ilusiones en patrones de producción y de estética, en una belleza del y para el consumo. Como lo expresa Pera (2012) a finales del siglo xx, el cuerpo se convirtió, impulsado por los intereses de sociedades del y para el consumo, en el punto central de una de las preocupaciones más dominantes de nuestra sociedad: alcanzar cuerpos sanos, libres de menosprecios, fuertes, etcétera, que reproduzcan el canon estético dominante, en los que se retrase lo más posible o se disimule el deterioro biológico.

Mary Douglas (1988, citado en Martínez, 2004), por su parte, enfoca sus fuerzas en reconocer la existencia de dos cuerpos que están moldeados por la interrelación de ambos: el cuerpo físico y el cuerpo social; afirma que el cuerpo social restringe el modo en que se percibe el cuerpo físico. Douglas establece el hilo conductor para hacer visible las implicancias que tiene lo social y lo cultural en la constitución de un cuerpo envejecido; cuerpos que, marcados por los años, expresan una presión social dentro de un contexto que privilegia lo joven e invisibiliza y silencia lo viejo por considerarlo feo, débil, enfermo, moribundo, triste, etcétera. Debido a esto, Becerril, Bores y Rey Niño (2017) exponen:

Cohabitamos dentro de una complicada red de factores y situaciones culturales que influyen en la imagen social de la vejez. Partimos de la idea de que el “rechazo cultural y estético de lo viejo y de lo feo” lleva a asignar connotaciones negativas a las personas viejas, genera desigualdades y excluye a las personas mayores de los sistemas normalizados de participación social. Nos desarrollamos en una cultura en la que se esconde (consciente o inconscientemente) lo viejo, lo feo, y se evita visibilizar la vejez como una etapa más en la vida (2017:141).

Así, la situación social que se experimenta y se reproduce en la vejez se instaura en el cuerpo, ciñéndolo y convirtiéndolo en un símbolo de ésta; esos cuerpos pasan a ser simples entes receptores de cuidados, fármacos, *spots* publicitarios de pañales para adultos, casas

de retiro, estambres, hilos, etcétera, invisibilizando las heterogeneidades que se presentan en esa etapa del curso de vida; la vejez como herramienta útil del neoliberalismo en tanto que:

prejuicio de un grupo contra otro, se aplica principalmente al prejuicio de la gente joven hacia la gente vieja. Subyace en el viejismo el espantoso miedo y pavor a envejecer, y por lo tanto el deseo de distanciarnos de las personas mayores que constituyen un retrato posible de nosotros mismos en el futuro. Vemos a los jóvenes temiendo envejecer y a los viejos envidiando a la juventud. El viejismo no sólo disminuye la condición de las personas mayores, sino la de todas las personas en su conjunto. Por último, por detrás del viejismo encontramos un narcisismo corrosivo, la incapacidad de aceptar nuestro destino futuro. Estamos enamorados de nosotros mismos jóvenes (Butler, 1993, citado en Mignorance, 2013:46).

Ser viejo/vieja en Chiapas

El proceso de envejecimiento no tiene vuelta atrás y debe asumirse como un desafío, esto significa que se tendrá menos tiempo y se dispondrá de menos recursos para adaptarse a las consecuencias económicas, sociales y culturales, destacando las siguientes (Vázquez, 2004):

- La insuficiencia financiera y actuarialmente deficitaria de la seguridad social y los sistemas de retiro y pensiones.
- La inequidad y desigualdad en la distribución de la riqueza.
- El desplazamiento hacia edades mayores en la composición de la fuerza de trabajo y su repercusión en los mercados laborales ante la globalización económica, la transformación y tecnificación de los métodos de trabajo y los cambios en los modelos de desarrollo.
- El cambio en las relaciones familiares cada vez con más miembros envejecidos (especialmente mujeres) que hacen cada vez más difícil soportar las necesidades de apoyo.
- La falta de tolerancia, justicia y armonía en nuestra sociedad sobre todo cuando estas transformaciones no sólo se espera que

continúen, sino que se aceleren y que las alternativas en cuanto a políticas públicas sean tan endebles todavía.

Sin embargo, este proceso demográfico no ocurrirá de manera homogénea dentro de cada una de las 32 entidades federativas de México. Ser viejo o vieja en Chiapas, particularmente en Tuxtla Gutiérrez y San Cristóbal de las Casas, no es semejante a ser viejo o vieja en Finlandia, porque en Chiapas el contexto implica:

- Precarización e inseguridad laboral, acompañada de un sistema de pensiones raquíticas (en algunos casos nulos por los altos índices de empleos desempeñados desde la informalidad) que imposibilita imaginar mejores formas de vivir los últimos años del curso de vida.
- Múltiples patologías crónicas degenerativas envueltas en un sistema de salud colapsado, carente y sumamente edadista.
- Un trato impersonal desde una posición infantilizada, que obliga a realizar determinadas actividades (como la crianza de otros miembros de la familia) sin tomar en cuenta su parecer o deseos.

La Ley de los Derechos de las Personas Adultas Mayores en México, que fuera creada durante el sexenio de Vicente Fox Quesada (2002) con el objetivo de garantizar derechos a la población envejecida y establecer disposiciones para su cumplimiento, a 18 años de su formulación, el panorama no es tan distinto ni esperanzador en Chiapas. El capítulo I de dicha ley reconoce como principios fundamentales la autonomía y realización, equidad, corresponsabilidad, atención preferente y participación —esta última entendida como la inserción plena de viejas/viejos en todas las esferas la vida pública—, promoviendo su presencia e intervención en temas que les conciernen. Sin embargo, desde las diversas realidades que experimentan algunos viejos/viejas chiapanecos/as, se reconoce una sociedad que ha callado las voces de aquellos cuerpos que “ya no importan”, que “no tienen nada nuevo o interesante que ofrecer”, convirtiéndolos únicamente en receptores asistencialistas y no en sujetos de derechos, e

ignorando su capacidad de agencia para actuar en y desde su propio contexto. Tal como lo menciona Joaquín (73 años), colaborador de esta investigación:

Yo creo que nosotros aún tenemos mucho por decir, por hacer y por actuar, pero ya nos consideran como unos viejos tontos, anticuados o pasados de moda; creo que cada vez más gobernantes están llegando al poder muy jóvenes y creen saber todo de la vida, pero les falta aún mucho por vivir, por caerse, por levantarse y por volver a tropezarse... nosotros eso ya lo vivimos y aquí seguimos, vivos [entrevista].

Las condiciones en las que envejecen algunas personas en contextos semiurbanos, como los de Tuxtla Gutiérrez y San Cristóbal de las Casas, orillan a pensar e imaginar a la vejez y a las propias viejas y viejos desde la marginalidad, en la precariedad, porque el problema de fondo radica en la dependencia, la manutención y el cuidado:

Para un sector importante de ancianos, la experiencia de envejecer se encuentra cara a cara con la experiencia de vida en un contexto adverso, donde las posibilidades de una vejez autosustentable puede llegar a ser inasequible, incluso para quienes tienen algún tipo de seguridad social (Osorio, 2016:141).

Derivado de esto, se torna necesario enfatizar la gran heterogeneidad de ese colectivo etario, puntualizando que, para algunos casos, desde contextos rurales y en zonas indígenas, las viejas y los viejos representan sabiduría, victorias y respeto, lo cual es perceptible en la imagen de las viejas curanderas, los chamanes, las parteras y los Consejos de Ancianos.

Sin embargo, estas poblaciones también se encuentran experimentando el debilitamiento del poder que la edad avanzada representaba, afrontando un panorama violento, discriminatorio y hostil para las personas mayores:

Hoy día, varios pueblos han perdido esta figura o al menos no existe en su concepción original, sino que sus funciones han sido restringidas

principalmente a ámbitos de carácter religioso y, en menor medida, a actividades sociales, donde poco o nada influye en la toma de decisiones político-comunitarias ejercidas desde el cabildo, la asamblea y otras formas de organización social como el comisariado de bienes comunales o el ejido (Reyes *et al.*, 2013:10).

El momento de gloria de viejos y viejas se vivió en épocas más primitivas, cuando existía una cultura en su mayoría ágrafa. Luego de esos remotos tiempos, su consideración social sufrió diversas vicisitudes, durante la mayor parte del pasado tuvo más bien un rol desmedrado. Ahora, su circunstancia ha cambiado y también la consideración hacia ellos; su estimativa está en directa relación con un horizonte cultural y contextual (Trejo, 2001).

En Chiapas, el contexto edadista (en zonas rurales, indígenas, urbanas o semiurbanas como los casos de investigación) nos obliga a pensar en escenarios desiguales, en discriminaciones sobre los cuerpos viejos, el ensordecimiento de voces y la falta de reconocimiento de los derechos humanos que nos remite a ver cómo viejos y viejas resisten y emergen de estos escenarios.

Metodología

Al partir de un carácter transdisciplinar, se conformó una metodología con diferentes técnicas, las cuales permitieron conocer, analizar e identificar las autodefiniciones y significaciones que los sujetos realizaban en torno a la sexualidad, el trabajo, la juventud, el mundo donde se desarrollan y, por supuesto, su situación social como viejos/viejas dentro de un entramado sociocultural que construyen y los construye al mismo tiempo. Se exponen las técnicas y herramientas metodológicas que organizan el acercamiento al tema y a las/os colaboradoras/es al responder a los interrogantes: ¿desde dónde se investiga?, ¿por qué? y ¿cómo se investiga?

Se hace hincapié en las realidades y no en una única realidad homogénea y estática en el tiempo; de este modo, de acuerdo con Gurdíán

(2007), es importante, desde la investigación social cualitativa, no seguir relacionándonos con el mundo como si las realidades tuvieran la forma de un objeto, de algo lejano, distanciado y extraño para nosotras como investigadoras. Por el contrario, es imperante reconocer que las realidades aparecen de manera dinámica, indeterminada y muchas veces inciertas, involucrando de esta manera nuestra participación en los espacios conversacionales que construyen la información.

Bajo estos preceptos se retoma el enfoque fenomenológico-hermenéutico como una respuesta oportuna a los objetivos que se buscaba alcanzar al fundamentarse en “el estudio de las experiencias de vida, respecto de un suceso, desde la perspectiva del sujeto. Asume el análisis de los aspectos más complejos de la vida humana” (Fuster, 2019:202).

Mediante la interacción con los cuerpos viejos, buscamos un reconocimiento de los contenidos de su conciencia y la comprensión de estos mediante el diálogo. De manera que el análisis giró siempre en torno al “cómo” y no precisamente al “qué”, lo que permitió interpretar las experiencias vividas, las cuales han posibilitado romper con los discursos hegemónicos estereotipados con relación a la edad avanzada. En cuanto a las narrativas, de la mano de Leonor Arfuch (2016), fueron parte esencial del andar investigativo:

La investigación desde la narrativa requiere ante todo una posición de escucha atenta: no solo el qué sino también el cómo del decir; no solo el contenido de una historia sino los modos de su enunciación; no solo el contorno de una imagen sino su profundidad, su fondo, aquello que oculta tanto como muestra. Una escucha como tensión, disposición hacia el otro, que supone tanto la apertura afectiva, la percepción de los detalles, como una fundada curiosidad analítica (2016:235).

Sin embargo, uno de los grandes retos que se presentan cuando se proyecta un encuentro con actores sociales es el desvanecimiento de las certezas, el orden lineal y la premeditación, para dar cabida a un ir y venir de la información, las experiencias, las voces y los silencios. Al igual que un rompecabezas, cada una de las piezas fue

pensada con el objetivo de articular un todo. Por ello, llegamos a la determinación de generar encuentros casuales en lugares donde fuese más cómodo para cada uno de ellos (siendo de manera casual, todos en el hogar) con el objetivo de generar vínculos de confianza por la convivencia sostenida, al hablar sobre su día a día, sus familias, el clima o cualquier tema que permitiese una comunicación fluida entre las dos partes. De estas charlas informales, que constaban de dos o incluso hasta tres horas en cada encuentro, se rescataron elementos importantes.

Posterior a varios encuentros, con una confianza en constante construcción, se decidió aplicar entrevistas conversacionales (libres o no estructuradas), desde donde se abordaron puntos sobre su propia vejez, la juventud, las discriminaciones, el lugar donde las experimentan y, por supuesto, sin dejar de lado las ideas centrales sobre trabajo y sexualidad para identificar y analizar la forma en que re-significan sus prácticas corporales, ya que dicha re-significación constituye la noción de una vejez emergente y disidente.

Se trabajó en Tuxtla Gutiérrez y San Cristóbal de las Casas, Chiapas, con cuatro personas adultas mayores, a quienes, durante el desarrollo de la investigación y el trabajo de campo, hemos decidido nombrar *cuerpos viejos de la resistencia*, debido a que no han querido ser nombrados “personas adultas mayores”, menos como “viejitos”, solamente viejos y viejas como una manera de reivindicar la palabra.

Sus relatos biográficos hacen hincapié en aspectos vivenciales, y por medio de la narrativa se conoce y representa la vida cotidiana y el contexto específico, al evocar aspectos concretos que han definido su identidad y trayectoria; tal como lo expresa Arfuch: “Si el acontecimiento habita el lenguaje lo hace en una noción de discurso que no se deslinda de él: discurso no solo como palabra sino también cuerpo, gesto, acción, forma de vida” (2016:236).

El grupo de personas con quienes trabajamos no forma parte de una muestra que pretenda generalizar ni homogenizar la vejez, es una selección aleatoria y particular que proyecta la necesidad de hablar sobre vejezes, de cuerpos, de realidades heterogéneas y dinámicas en los procesos diferenciados de envejecimiento en los ámbitos

del trabajo y la sexualidad. Son mujeres y hombres que forman un grupo heterogéneo, cuya disposición para hablar del tema y exponer sus ideas, discriminaciones, violencias, miedos, batallas y luchas fue fundamental como el principal criterio de selección, debido a que una de las grandes categorías: la sexualidad, forma parte de los aspectos íntimos en la vida de las personas y del que no todas pretenden hablar. Sin embargo, estos *cuerpos viejos de la resistencia* (hombres y mujeres heterosexuales, mestizos y de clase media) rompieron las cadenas del silencio y expresaron todas sus significaciones y re-significaciones en cuanto a los estereotipos significados sobre ellos/as con relación al trabajo y la sexualidad.

Cabe mencionar que Tomás, Luz, Conchita y Roberto son personas con un ingreso mensual promedio de seis mil pesos. Es importante referir esto, ya que por lo general los estudios de la vejez se han centrado en la población indígena, marginada y rural, y no en grupos medios o altos, dejando de lado el análisis de estos grupos sociales que también importan, ya que tienen sus propias experiencias, dinámicas y problemáticas de las que poco sabemos y de las que tanto necesitamos aprender.

Los ejes principales dentro de las narrativas fueron los siguientes:

- Ocupación, ingresos económicos/modo de subsistencia, estado civil o situación sentimental, identidad genérica, grado académico.
- Familia, redes de apoyo, amigos/as, vecinos/as.
- Lugar de origen, contexto/tiempo histórico/actualidad.
- Construcción o reconstrucción de juventud.
- Trayectoria laboral, trayectoria de sexualidad.
- Entrada a la vejez, proceso de envejecimiento.
- Concepción del cuerpo viejo, autopercepción.

Entonces, por medio del método biográfico dentro de la investigación, tal como lo señalan Landín y Sánchez (2019), se reconoce a las/os colaboradoras/es como actores activos, protagonistas de sus propias historias:

Que poseen un rico conocimiento construido por su interacción en diversos contextos y tiempos. Es, con el método biográfico narrativo, el cual se ubica dentro del campo de la investigación cualitativa, que podemos dar cuenta de ese rico conocimiento, pues se trabaja con los sujetos a través de la narración que viaja por la memoria para sacar a la luz aquellas experiencias, aquellas imágenes, aquellos recuerdos, sentimientos, ideales, aprendizajes y significados contextualizados en determinado tiempo y espacio. El ejercicio narrativo nos permite: generar estados de reflexión y de conciencia sobre las experiencias vividas, generar una práctica para el establecimiento del diálogo que nos lleva a la develación de subjetividades en conjunto e identificar aquellos genuinos procesos (2019:229).

De esta manera se consideraron como herramientas idóneas y partes fundamentales las entrevistas libres/abiertas a profundidad, junto con las observaciones (y anotaciones continuas en el diario de campo reflexivo), en cada uno de los encuentros con los *cuerpos viejos de la resistencia* para la conexión y entrada de las narrativas, con el propósito de que los relatos se construyeran a partir de un entramado de elementos que aparecían en constante análisis, reflexión y re-significación por parte de las/os colaboradoras/es.

Resultados: los cuerpos que resisten y revolucionan la vejez hegemónica occidental

El proceso de construcción corporal que viven viejas y viejos implica una mirada que se construye a partir de la diferenciación, más que de la similitud de los cuerpos, del cuerpo joven hacia el cuerpo viejo. Se va construyendo por medio de la mirada del Otro, de los imaginarios colectivos y de las representaciones sociales.

¿Cómo se ha construido la vivencia del cuerpo, el trabajo y la sexualidad en viejos y viejas? La vivencia de su cuerpo fue reconocida como grata a pesar del bombardeo constante de los medios de comunicación y de los estereotipos que se asignan a los cuerpos viejos. Reconocen sus cuerpos como añosos, sin la misma energía de años

atrás, pero, contrario al cuerpo joven, ahora lo observan como valioso, respetado y querido.

Cuando cumplí 56 años empecé a notar que mi pelo estaba con canas y empezaba a perder mucho pelo, ya mis entradas eran más pronunciadas y veía que todas las personas querían que yo me tiñera las canas que disque para verme más joven. Luego una tarde que me puse a ver la televisión con mi esposa y vi que muchos de los comerciales que son para nosotros los varones mayores eran sobre tintes y otros eran para hacer crecer el cabello, pero no es de todos ¿eh? Yo creo que son personas que no aceptan su edad y que quieren ser siempre jovencuelos porque así quieren agarrar a una mujercita más joven, porque ya no se sienten atractivos ni tampoco ven atractivas a sus señoras esposas, porque ellas también ya están grandes o que también creen que jamás van a llegar a ser grandes o qué sé yo pues... pero bueno... yo siempre me he preguntado si no se dan cuenta de que el pintarse las canas no quiere decir que seamos menos viejos, porque de fuera podrán verse muy jovencitos, pero por dentro también ellos deben de vivir sus propias cosas y es feo que nieguen sus vivencias por querer tener un cuerpo diferente, pero si les gusta hacerlo porque se ven mejor, está bien, yo lo respeto, pero sí me pongo a pensar en que eso es puro truquito para no querer aceptar su edad y tener la apariencia de lo que nos venden en esa cosa de la televisión y estar rodeado de todas las fantasías también que hay ahí y que son personas que no se parecen en nada, pero en nadita a nosotros los de aquí que si tenemos muchas canas en el poco pelo (risas) [entrevista a Roberto, septiembre, 2020].

A veces me miro al espejo cuando salgo de bañarme y muchas veces pienso que no es el cuerpo que nos pintan en la televisión o en las películas que salen en el cine, que son todas delgadas o muy firmes, y que todas siempre crecemos queriendo tener su cabello, o sus senos o sus nalgas, pero cuando ya somos más grandes seguimos sin aceptarnos y aceptar que los cambios que tenemos son normales, porque yo creo que por eso muchas mujeres no viven con gozo su sexualidad, porque piensan que nadie ya las puede ver así o que nadie las va a querer, o ya no son atractivas y muchas mujeres se la viven comparándose con sus cuerpos de cuando tenían 15 años y eso es imposible, ya crecimos, pues.

Yo digo que vamos a tener muchos cambios, yo tengo el busto ya caído, pero eso no me hace sentir menos, ni Roberto me ama menos o me hace sentir vergüenza en la intimidad; tengo mucha piel que cuelga de mi cuerpo y se me hacen unos rollitos, pero que son muestras de batalla porque nadie vive 67 años y llega intacta y si llega así es porque entonces no vivió con ganas [entrevista a Conchita, agosto, 2020].

En cuanto al tema de sexualidad existen procesos interesantes desde el conocimiento de su cuerpo mediante prácticas como la masturbación, la erótica, “el jugueteo”, de permitirse sentir y obtener placer, vivir una sexualidad no sólo como coital (como objetivo de reproducción en su juventud), sino por elecciones conscientes de demostraciones sexo-afectivas con su pareja. El erotismo, desde la óptica centrada en los/las participantes de la investigación, posibilita la oportunidad de virar la mirada hacia caminos más amplios que incluyan las múltiples prácticas de goce. El arte de la erótica “no en relación con una verdad absoluta de lo permitido o lo prohibido ni con un criterio de utilidad, sino, primero y, ante todo, en relación consigo mismo” (Foucault, 1995, citado en Iacub, 2006:19), tal como lo refiere Conchita:

A pesar de que tengo un esposo desde hace muchos años, fue el primer hombre con el que tuve relaciones e intimidad, yo mantengo y continuo con deseos y a veces muy intensos. Algunas personas que son de mi misma edad o más grandes dicen que ser viejas debe de ser una etapa para estar tranquilas, dedicadas a los nietos y no pensar ni proponer tener nada de intimidad con el marido, pero yo me he dado cuenta que no se trata de ellos ni de Roberto, sino que se trata de mí, esto me costó muchísimo, pero lo he aprendido y ya ahorita y desde hace algunos años atrás si Roberto no quiere tener intimidad porque no tiene ganas o se siente mal y yo tengo esos deseos, pues si necesito yo me masturbo, y es difícil decirlo así tan abiertamente, pero sé que esto es necesario, por favor que esto salga con todas sus letras, es urgentísimo que como mujeres viejas aprendamos a darnos amor, toda la vida crecimos con que debíamos darlo y estar siempre para los demás, pero ya llegó el tiempo de nosotras, pues [entrevista, febrero, 2021].

En cuanto al tema del trabajo también existen procesos interesantes, desde el reconocimiento de su cuerpo como útil, valioso y fuerte, aunque las energías disminuyen, las habilidades de un trabajo realizado por tiempo prolongado siguen intactas. Se han vuelto más selectivos en sus decisiones, más perfeccionistas. Contrario a la juventud con ritmos acelerados, con un empleo que era significado como fuente de ingresos, en la vejez, estos cuerpos han resignificado al trabajo como una herramienta para decirle al mundo: ¡aquí estoy!

Al principio cuando llegué a mi centro de trabajo que me mandaron ya con mi orden y cuando me presenté con mi jefe inmediato él no creía que yo iba a trabajar, pensaba que iba por alguna receta o que buscaba un medicamento porque yo trabajo en el área geriátrica, pero creo que no se imaginó que iba porque ya me habían contratado de más arriba y ya él me llevó con mi jefe superior y también me puso una cara de muy confundido, yo creo que pensó que no sería buena para el trabajo. Igual cuando me presentaron con mi guardia algunos me empezaron a tratar como si fuera tonta (risas), o que no escuchara porque sentí como alaban la voz y me decían las cosas bien despacio, pero esas fueron como los primeros encuentros y nos estábamos conociendo, ya después con confianza me decían que les parecía muy bueno que siguiera trabajando porque ellos conocían personas que por su edad ya no pueden hacer nada, o que por su edad ya no son capaces de nada [entrevista a Luz, diciembre, 2020].

Empecé a sentir que mi hija y mis nietas ya no creían en que debía trabajar porque cuando murió mi señora esposa ella era la que me ayudaba y yo creo que vieron mejor que lo dejara, pero yo sí me he agarrado unos grandes pleitos con ellas ¿ah?, porque ellas piensan que como ya tengo 75 años ya no puedo hacer nada, me prohíben que me suba a la azotea a cortar unos aguacates de un arbolito que tengo o también yo me pongo a mover cosas de mi estudio y lo hago solo, yo me siento bien así. Hay veces en las que mis amigos se casan sus hijas o sus nietas cumplen años y quieren que yo directamente vaya a cubrirles sus eventos y sí voy porque son mis amigos pues, pero ya veo a mis nietas ahí regañándome porque ya no estoy en edad para eso, pero ya lo han entendido poco a poco, no les queda de otra [entrevista a Tomás, diciembre, 2020].

Es urgente abandonar la edad como un dato que precisa un rol o el deber ser de una persona. Los *cuerpos viejos de la resistencia* desde la perspectiva de la sexualidad y el trabajo permiten pensar los cuerpos viejos de manera dinámica y no sujetos a un destino biológico predeterminado. La revolución, la lucha, como refiere Roberto, es urgente:

No me interesa que me vean más joven, ni mucho menos me interesa que me digan que no aparento mi edad, yo quiero que sepan mis años y que todos empiecen a sentirse orgullosos de su vejez. Yo creo que ya llegamos a la época en la que hay que luchar por uno mismo porque nadie lo hará por ti; veo que las mujeres salen a marchar y pintan, y hacen muchas cosas para que las volteen a ver y por eso les aplaudo porque han logrado mucho; veo que los gays igual salen y exigen sus derechos siempre en sus marchas, pero nosotros los viejos aún no despertamos, seguimos ocultos detrás de nuestra juventud que queremos que sea para siempre y seguimos pensando que es malo llegar a ciertos años porque ya no somos valiosos para nadie, pero eso no es cierto, mírame a mí, yo diría que “¡ay vejez, divino tesoro!”... pero bueno, primero es darnos cuenta de que estamos como títeres de todos y ya luego pelear por cambiar eso [entrevista, 2021].

Conclusiones

Los cuatro colaboradores se muestran como cuerpos de la resistencia que día a día cuestionan la situación hegemónica negativa que se ha otorgado a viejos y viejas, por ello consideramos la resistencia como una capacidad con la que cada viejo y vieja cuenta para renacer de la opresión contextual, la cual se origina desde el análisis y la crítica. Es importante aclarar que esto no significa despedazar por completo las opresiones y los estereotipos negativos que se han gestado y reproducido a lo largo de los años, más bien es cuestionar dicha hegemonía (juventud) y reaccionar desde sus posibilidades, ya que permiten abrir un camino hacia la libertad.

La edad es una construcción sociocultural dialéctica y mediada por los procesos de globalización y capitalismo, aparece como categoría relacional con el estadio mayormente prometedor de proyectos como la juventud, al privilegiar a los cuerpos vigorosos que responden a las necesidades de producción:

En el mundo capitalista el interés a largo plazo ya no se practica: los privilegiados que deciden la suerte de las masas ya no temen compartirla [...] La economía está basada en el lucro, a él está subordinada prácticamente toda la civilización; sólo interesa el material humano en la medida en que rinde. Después se lo desecha, en un mundo en mutación en que las máquinas tienen una carrera muy corta, los hombres no deben servir demasiado tiempo. Todo lo que excede de 55 años debe ser arrumbado (Beauvoir, 2011:13).

Son las prácticas corporales de Conchita y Roberto con la experimentación de su sexualidad plena, Luz con la culminación de sus estudios profesionales e inserción al módulo de geronto-geriatria en el Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE) y Joaquín desde su lente y computadora en el estudio fotográfico, lo que nos orilla a replantear la idea de los cuerpos viejos, ya que no habitamos el cuerpo, somos ese cuerpo, como antes anotamos.

Los nuevos relatos sobre las vejeces deben ir encaminados a generar alternativas que permitan el quiebre de espacios de poder hegemónicos y tradicionales; implica una negación en la homogenización de los cuerpos para dar cabida a la multiplicidad de experiencias, prácticas y discursos. Este trabajo de investigación se centró en actores específicos (cuerpos viejos), en sus construcciones e identificaciones con relación a los discursos dominantes, las exclusiones, los maltratos y las violencias que han reducido al cuerpo viejo a un cuerpo inservible, pasivo e improductivo.

Bibliografía

- Alvarado, Alejandra y Ángela Salazar (2014), “Análisis del concepto de envejecimiento”, *Gerokomos*, vol. 25, núm. 2, pp. 57-62.
- Arfuch, Leonor (2016), “Subjetividad, memoria y narrativas: una reflexión teórica y política en el campo de la educación”, *Magis*, vol. 9, núm. 18, pp. 227-244.
- Beauvoir, Simone de (2011), *La vejez*, Debolsillo, Buenos Aires.
- Becerril, Raquel (2015), *Análisis de los hitos de consciencia del envejecimiento a partir de relatos de personas mayores*. Tesis de doctorado. Universidad de Valladolid, Palencia.
- Becerril, Raquel, Nicolás Julio Bores Calle y Victoria Rey Niño (2017), “Imagen corporal, envejecimiento y educación social”, *Revista de Educación Social*, núm. 24, pp. 631-644.
- Butler, Judith (2006), *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*, Paidós, Buenos Aires.
- Casals, Ramiro (1980), “Hacia una sociología de la ancianidad en España”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 11, pp. 91-111.
- Cervantes, Mayán (2011), “Salud y enfermedad, una realidad compleja”, *Contribuciones desde Coatepec*, núm. 20, enero-junio, pp. 101-116.
- Esteban, Mari Luz (2004), *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*, Bellaterra, Barcelona, [http://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/si_tios_catedras/practicas_profesionales/825_rol_psicologo/material/descargas/unidad_2/optativa/antropologia_cuerpo.pdf].
- Figari, Carlos (2009), “Las emociones de lo abyecto: repugnancia e indignación”. En Carlos Figari y Adrián Scribano (comps.), *Cuerpos(s), Subjetividad(es) y Conflicto(s). Hacia una sociología de los cuerpos y las emociones desde Latinoamérica*, Fundación Centro de Integración, Comunicación, Cultura y Sociedad/Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, pp. 131-139.
- Fuster, Doris Elida (2019), “Investigación cualitativa: Método fenomenológico hermenéutico”, *Propósitos y Representaciones*, vol. 7,

- núm. 1, pp. 201-229, [<http://revistas.usil.edu.pe/index.php/pyr/article/view/267>].
- González, María del Rocío (2005), *Cuando la tercera edad nos alcanza: crisis o retos*, Trillas, México.
- Gurdián Fernández, Alicia (2007), *El paradigma cualitativo en la investigación socio-educativa*, Coordinación Educativa y Cultural Centroamericana/Agencia Española de Cooperación Internacional (Colección IDER), San José, Costa Rica.
- Iacub, Ricardo (2006), *Erótica y Vejez*, Paidós, Buenos Aires.
- Landín, María del Rosario y Sandra Ivonne Sánchez (2019), “El método biográfico-narrativo. Una herramienta para la investigación educativa”, *Educación*, vol. 28, núm. 54, pp. 227-242.
- López, Sergio (2008), “El cuerpo humano, la cultura y la salud”, *Educação & Linguagem*, año 11, núm. 17, pp. 39-57.
- Martínez, Ana (2004), “La construcción social del cuerpo en las sociedades contemporáneas”, *Papers*, vol. 73, pp. 127-152.
- Mingorance, Daniel (2014), “El miedo a la vejez”, *Voces en el Fénix*, núm. 36, pp. 118-125.
- Mingorance, Daniel (2013), “Estereotipos sobre la vejez. Conceptualizaciones, historia y etiología. Recomendaciones”, *Atenea*, año 10, núm. 10, pp. 43-56.
- Minois, Georges (1987), *Historia de la vejez. De la antigüedad al renacimiento*, Nerea, Madrid.
- Moya, Ociel (2013), “Genealogía de una vejez no anunciada: biopolítica de los cuerpos envejecidos o del advenimiento de la gerontogubernamentalidad”, *Polis, Revista Latinoamericana*, vol. 12, núm. 36, pp. 431-451.
- Olavarría, Francisco (2019), “Microedadismos”, *Qmayor Magazine*, [<https://www.qmayor.com/?s=microedadismos>].
- Osorio Pérez, Óscar (2016), “Envejecimiento poblacional: discriminación y políticas públicas integrales”, *Iztapalapa. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, núm. 81/2, pp. 141-172, [<http://revistaiztapalapa.izt.uam.mx/index.php/izt/issue/archive>].
- Pallarés, Enrique (2020), “Edadismo: el ismo postergado”, *Alfa y Omega*, [<https://enriquepallares.files.wordpress.com/2020/01/edadismo-pdf.pdf>].

- Pera, Cristóbal (2012), *Desde el cuerpo. Ensayos sobre el cuerpo humano, la salud y la mirada médica*, Cal y Arena, México.
- Restrepo, Eduardo (2012), *Intervenciones en teoría cultural*, Editorial Universidad del Cauca.
- Restrepo, Eduardo (2010), “Cuerpos racializados”, *Revista Javeriana*, vol. 146, núm. 770, pp. 16-23.
- Reyes, Laureano, Ana Berónica Palacios, Socorro Fonseca y Susana Villasana (2013), “La gerontocracia y el consejo de ancianos”, *Península*, vol. 8, núm. 1, pp. 7-24.
- Trejo Maturana, Carlos (2001), “El viejo en la historia”, *Acta Bioethica*, vol. 7, núm. 1, pp. 107-119, [<http://dx.doi.org/10.4067/S1726-569X2001000100008>].
- Vázquez Palacios, Felipe (2004), “Reseña de ‘El envejecimiento en México: el siguiente reto de la transición demográfica’ de Roberto Ham Chamde”, *Estudios Fronterizos*, vol. 5, núm. 9, pp. 131-135.

Fecha de recepción: 06/02/22

Fecha de aceptación: 26/05/22

DOI: 10.24275/tramas/uamx/20225745-72

Las redes de apoyo social y su impacto en las subjetividades de la vejez en Tlaxcala

*Montserrat Olvera Grande**

*María de la Luz Martínez Maldonado***

Resumen

El envejecimiento es un fenómeno de relevancia global, por ello es fundamental analizar los procesos implicados, ampliar los criterios para su comprensión y examinar las construcciones sociales que intentan definir la vejez; asimismo, explorar las subjetividades en la construcción de las vejeces en función de los vínculos y las relaciones que establecen con las redes de apoyo social. El objetivo de este trabajo es analizar los significados y el impacto de las redes en la construcción de las subjetividades e identidades de las personas envejecidas en Tlaxcala. Nos apoyamos en la perspectiva de género para identificar y contrastar las similitudes y diferencias entre las vejeces con base en una perspectiva metodológica cualitativa. Los resultados indican que las redes contribuyen en la configuración de las subjetividades de los envejecimientos, a la par que los sujetos incorporan y transforman dichos sentidos, significados y subjetividades para constituirse desde la experiencia de ser viejo y envejecer.

* Maestra en Género, Sociedad y Políticas por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), sede Argentina. Estudiante del doctorado en Estudios Interdisciplinarios sobre Pensamiento, Cultura y Sociedad, en la Facultad de Filosofía de la Universidad Autónoma de Querétaro. Docente de la licenciatura en Pedagogía Gerontológica, en la Facultad de Ciencias para el Desarrollo Humano de la Universidad Autónoma de Tlaxcala. Correo electrónico: [molveragrande@gmail.com].

** Doctora en Salud Colectiva por la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), Profesora Titular "A" de tiempo completo (definitivo) en la Facultad de Estudios Superiores (FES) Zaragoza-UNAM, miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) Nivel 1. Correo electrónico: [marilumtz05@gmail.com].

Palabras clave: envejecimiento, vejez, redes de apoyo social, significados, subjetividades.

Abstract

Aging is a phenomenon of global relevance, therefore it is essential to analyze the processes involved, to broaden the criteria for its understanding and to examine the social constructions that attempt to define old age. It is also essential to explore the subjectivities in the construction of old age according to the links and relationships established with social support networks. The objective of this work is to analyze the meanings and the impact of networks in the construction of subjectivities and identities of elderly people in Tlaxcala. We rely on the gender perspective to identify and contrast the similarities and differences among the elderly based on a qualitative methodological perspective. The results indicate that the networks contribute to the configuration of the subjectivities of aging, at the same time, that the subjects incorporate and transform these senses, meanings and subjectivities to constitute themselves from the experience of being old and aging.

Keywords: aging, old age, social support networks, meanings, subjectivities.

Introducción

La comprensión del envejecimiento desde distintas latitudes y perspectivas es fundamental para visibilizar la existencia y diversidad de las formas de envejecer. Su reconocimiento nos invita a analizar el desarrollo de los procesos de envejecimiento, ampliar los criterios y las construcciones sociales que intentan definir la vejez. Asimismo, nos interesa explorar las formas y particularidades en la construcción de las vejez en función de los vínculos, relaciones y espacios desde su cotidianeidad y contextos.

Este artículo tiene por objetivo analizar los significados y el impacto de las redes de apoyo social en la construcción de las subjetivi-

dades e identidades de las personas envejecidas en Tlaxcala. Para su análisis nos apoyamos en la perspectiva de género, a fin de identificar y contrastar las similitudes y diferencias entre las diferentes formas de envejecer.

El artículo lo conforman cuatro apartados. En el primero presentamos las nociones de las que partimos para comprender el envejecimiento, la vejez y las redes de apoyo social. En el segundo compartimos la metodología que orientó el estudio y los elementos para situar y comprender las narrativas de las personas viejas. Posteriormente se ubican las experiencias, las valorizaciones y los impactos de las redes de apoyo social. Finalmente, presentamos las reflexiones en torno a este fenómeno social.

Para comprender el envejecimiento, la vejez, las subjetividades y las redes de apoyo social

El envejecimiento forma parte de la vida de las personas y es uno de los fenómenos sociales que a lo largo del tiempo y las generaciones se va transformando. Las categorías y los sentidos sobre este fenómeno social varían según el tiempo histórico social y los niveles de análisis. Esto repercute en la construcción social de las diferentes formas de envejecer, en la cual la subjetividad cobra relevancia y se interpela con las estructuras sociales, el curso de vida y la experiencia social de los sujetos.

Los envejecimientos son un proceso vital humano que se expresa en la corporeidad en donde el viejo se constituye en objeto de este proceso, pero a la vez en sujeto. Los envejecimientos están determinados en el nivel macro por procesos políticos, económicos y sociales, en un plano intermedio, por las instituciones dirigidas a la producción de programas y servicios para este colectivo y en un nivel micro, en donde lo individual y lo grupal adquiere una importancia fundamental (Martínez, Zecua y Arenas, 2021:41).

Actualmente, las concepciones, prácticas y formas de relacionarnos con el envejecimiento son construidas desde posturas de poder hegemónicas y universales que parten de una visión única del envejecimiento, desde lógicas de clasificación discriminatorias en un contexto donde prima el individualismo, la productividad y la inmediatez. Estas clasificaciones profundizan diferencias con otros grupos de edad y se promueven prácticas *viejistas*, lo cual suscita que la vejez sea representada como cuerpos desgastados, vacíos de poder y que requieren sólo de asistencia. Desde esta mirada, se diseñan normas y acciones de exclusión o inclusión desfavorables para las personas viejas y se les considera como seres inferiores que se encuentran del otro lado de la línea abismal (Santos, 2017). En contraposición, coincidimos en la importancia de concebir los envejecimientos y a las personas envejecidas como:

actores sociales con capacidad de participación y decisión, con potencial en la acción comunitaria para la construcción de las políticas públicas y evitar el proteccionismo y asistencialismo. Son agentes claves para la edificación de una nueva cultura del envejecimiento en la que instituciones, sociedad y las propias personas viejas dejen de mirarse a sí mismos como *no personas* (Martínez, Zecua y Arenas, 2021:46).

En este sentido, consideramos fundamental visibilizar, dar voz y reconocer la diversidad de vejeces. Entre esta diversidad ubicamos a las personas viejas que resisten o buscan cambiar su realidad, en la que “los individuos y los grupos [orientan] lógicas de acciones diferentes, a veces opuestas, [para] constituirse como sujetos” (Dubet, 2007:117). Asimismo, intentan activar prácticas, acciones y significados que se fundamentan en una lucha y resistencia a las formas de concebirse, de ser y de estar, de situarse en espacios familiares y sociales. Sobre esto, reconocemos que hay envejecimientos y vejeces colmados de experiencias, subjetividades y discursos que habitan en las personas y en las colectividades en función del contexto, de normas y valores específicos. Dicho de otra forma, son fenómenos subjetivos, situados, sociales y políticos. Por ello, coincidimos en que en el envejecimiento (como proceso) y la vejez (como etapa):

inciden diversas experiencias históricas y correlaciones que se expresan dentro de una cultura de diferentes campos de saber y tipos de normatividad, pero también dentro de una variedad de formas de subjetividad mediante los cuales los individuos se reconocen como sujetos. Asimismo, habría que mirar la vejez como un conjunto de discursos y prácticas en cuyo seno cobran sentido y significado el cuerpo, las voces, los discursos, las prácticas, los deseos (Martínez y Vivaldo, 2019:87).

Además, el envejecimiento y la vejez dependen del curso y la trayectoria de vida, de la clase social y del género, en tanto que es un fenómeno social complejo que demanda un abordaje desde la interdisciplina, perspectiva que:

aplicada a los estudios de envejecimiento y vejez constituye, entonces, un objeto de estudio auténtico, basado en la existencia de diferentes realidades que dotan de sentido a la vejez como experiencia humana, más que como un fenómeno despersonalizado. Así, el envejecimiento deja de ser un asunto biológico, medicalizado o economicista (González, 2021:206).

Como hemos venido diciendo, tanto el envejecimiento como la vejez son una construcción social que cambia con base en la historia y las circunstancias de las sociedades, sus valores y aspiraciones como colectivo (Montes de Oca, 2010). Procesos que, siguiendo a Gramsci (1981), desde los medios de comunicación, las representaciones, los mitos y estigmas contribuyen a la conformación de un sentido común de la vejez, internalizando estas formas en función del tiempo histórico y social en el que se producen, normalizan y se posicionan como verdades bajo el sentido común, para conformar identidades y subjetividades de las personas envejecidas. Por lo tanto, en concordancia con Martínez y Vivaldo (2021), sostenemos que para la comprensión de los sentidos y de las subjetividades que se generan durante la vejez se requiere:

pensar de una manera transdisciplinaria, generar metodologías que permitan tener un entendimiento más profundo en donde se tomen en

cuenta tanto a los individuos como a los colectivos; realizar investigaciones que incorporen, por un lado, la voz de los agentes, y por el otro la reflexión constante del quehacer del investigador (2021:349).

Estas herramientas nos permiten comprender que el envejecimiento y la vejez son una *experiencia social*, pues, de acuerdo con Dubet (2007), los sentimientos y las acciones son sociales y deben comprenderse desde los sistemas de relaciones y representaciones. De este modo, debe considerarse la interdependencia entre la subjetividad y la objetividad, entre las acciones y los sistemas. De igual forma, permiten identificar que las lógicas de acción individuales y colectivas se enmarcan en la posición y articulación del actor en su contexto y sistema. Por tanto, cada experiencia social deriva de la articulación de las estrategias y subjetividades que generan los sujetos viejos en los diversos escenarios, estas prácticas posibilitan su desarrollo y reconocimiento social.

En este artículo concebimos las subjetividades como procesos de significación y construcción que el sujeto produce desde una posición en particular: “La subjetividad es el espacio donde se desarrollan los procesos que dotan de sentido a nuestra relación con el mundo” (Aquino, 2013:267). Desde esta postura el sujeto se concibe como un agente con capacidad para transformar su realidad, a la par que produce significados con base en las estructuras sociales. Para Aquino: “la subjetividad se ha abordado implícitamente como el proceso de producción de significados de los individuos (sujetos, actores, agentes) en interacción con otros y dentro de determinados espacios sociales (estructura, sistema, campo, *habitus*, configuración)” (2013:271).

En este sentido es importante señalar que hay una multiplicidad de momentos, experiencias, significaciones y emociones que se producen en condiciones políticas, culturales y sociales en constante cambio, que dan sentido a las experiencias y alimentan las subjetividades:

Así, las subjetividades se ubican entre la posibilidad productiva de dichas colectividades (la capacidad de los grupos, las instituciones y el

Estado para generar efectos y significaciones) y la eventual influencia de los sujetos en la orientación que tomarán los procesos colectivos, la sociedad y la historia, incluyendo su posible cambio o estancamiento (Falleti y Cerda, 2017:171).

En esta sintonía, las subjetividades “se expresan tanto en las formas de actuar como en formas de pensar y sentir” (Capote, 1999:21). De ahí que observemos una constante actualización de las subjetividades que se configuran en medio de la realidad, la experiencia del sujeto y la interpretación de “las circunstancias para sí, integradas en el sistema interno que le da sentido particular al sujeto” (1999:11).

La construcción de las subjetividades se produce cuando los sujetos dan cuenta de esa realidad y su condición en la misma, también en las acciones para asumir desde distintas latitudes un comportamiento, un sentir, un valor y un significado que puede estar orientado a un rol pasivo o, a una actividad con intención de influir en dicha realidad para su transformación. Por ello, “las subjetividades *pueden ser* pensadas como articuladas, producentes o constituyentes” (Falleti y Cerda, 2017:162) de las singularidades y diferencias de los sujetos.

Las subjetividades durante la etapa de la vejez se desarrollan, acompañan e influyen en la dimensión familiar, social, comunitaria, cultural y política. Por tanto, la experiencia social del envejecimiento desde estas dimensiones invita a explorar y a comprender las relaciones que establecen las personas viejas con sus redes de apoyo social. De acuerdo con Guzmán, Huenchuan y Montes de Oca (2003), las redes de apoyo social son:

una práctica simbólica-cultural que incluye el conjunto de relaciones interpersonales que integran a una persona con su entorno social y le permiten mantener o mejorar su bienestar material, físico y emocional y evitar así el deterioro real o imaginado que podría generarse cuando se producen dificultades, crisis o conflictos que afectan al sujeto (2003:43).

Las relaciones hacen referencia no sólo a los contactos sociales, sino también a los diversos tipos de apoyo e intercambio que se

ejercen y a las valoraciones que adjudican las personas involucradas (Montes de Oca, 2001). Las redes también impactan en el bienestar individual y colectivo, sirven como un mecanismo de prevención en la atención de la salud integral; por medio de ellas se pueden desarrollar nuevas habilidades y producir cambios en la calidad de vida y la participación comunitaria (Arias, 2009; Herrero, 2004). La particularidad de las redes y de las relaciones que se establecen favorecen una significación positiva frente a circunstancias diversas para sentirse valorado, estimado y con un sentido de pertenencia. Además, su existencia trae consigo ventajas, pues facilita las soluciones ante determinadas condiciones de vida y situaciones críticas, incluso son consideradas una estrategia y mecanismo de resolución de conflictos.

Diversos estudios enfatizan las particularidades que las redes adquieren en función de la edad, el género y el tipo, así como del contexto en el que se construyen. De ahí la importancia de analizar el impacto de las redes de apoyo social durante el envejecimiento y la vejez, es decir, estudiar si se generan recursos y motivaciones, y se desarrollan prácticas de movilización y gestión para pensar escenarios de transformación social que impacten en la calidad de vida y el bienestar. Asimismo, indagar si se crean nuevos sentidos de compañerismo y otras formas de participación e integración que incidan positivamente en el estado de ánimo, autoestima y autopercepción (Arias, 2017).

En esta investigación nos interesa analizar los significados y los impactos de las redes tanto en la experiencia del envejecer como en la conformación de las subjetividades de las personas envejecidas en Tlaxcala. Para su abordaje contemplamos su exploración con base en la perspectiva de género. Coincidimos con Vivaldo (2021) en que “el género se enmarca en un sistema patriarcal que no sólo ha etiquetado históricamente las actividades que hombres y mujeres deben desempeñar, sino que también prohíbe y limita sus sexualidades” (2021:100), el acceso a derechos y a la participación en espacios públicos y sociales.

En esta sintonía, para Lamas (2017) “el género es un componente de interrelación complejo con otros sistemas de identificación

y jerarquía que reproducen opresiones, desigualdades y discriminaciones de distintos tipos” (2017:163). Estas desventajas y subordinaciones son experimentadas y situadas en función de los espacios sociales e históricos. Por lo que respecta a la perspectiva de género, la concebimos como una herramienta para analizar y explicar el orden de género, sus similitudes, diferencias y particularidades, es decir, “el sentido de sus vidas, sus expectativas y oportunidades, las complejas y diversas relaciones sociales [...] los recursos y la capacidad de acción” (Lagarde, 1996:15).

Ahora bien, contextualizar el desarrollo de la vejez en relación con las redes de apoyo social es importante, por un lado, para la identificación y reproducción de discursos, prácticas y representaciones sobre el género en esta etapa de la vida, las cuales se pueden modificar o poner en crisis a nivel individual o colectivo, en otras palabras: “que las personas, al interpretar las normas de género, son capaces de reproducirlas y volver a organizarlas” (Vivaldo, 2021:97). Por otro, abordar el estudio del envejecimiento con relación al género y las redes de apoyo social posibilitará entender la experiencia social de envejecer, así como las subjetividades que se producen en la relación con los otros, desde las construcciones de género. Por tanto, explorar el modo de ser, estar y concebirse frente a los otros, desde las particularidades, significados y subjetividades propias, favorece el análisis de los vínculos con las redes de apoyo social y la influencia de las redes en los mandatos y el orden de género, esto es, la relación en la inserción –o no– de hombres y mujeres en los espacios públicos y privados, así como la existencia de rupturas y el fortalecimiento de las redes en la etapa de la vejez; asimismo, permite identificar y analizar la participación de varones y mujeres en las diferentes redes de apoyo social y las valoraciones que hacen de ellas en función del género.

La articulación de estas categorías conceptuales nos lleva a plantear cómo las redes de apoyo social contribuyen en la construcción de las subjetividades de las personas viejas. A continuación, ofrecemos la metodología con la que se desarrolló este estudio y un referente contextual para situar y analizar los datos cualitativos.

Metodología

Este artículo se desprende de la tesis titulada *Redes de apoyo social, envejecimiento activo y saludable desde una mirada de género. Estudio cualitativo en Chiautempan, Tlaxcala, México* (Olvera, 2020).¹ La investigación se realizó durante el periodo comprendido entre 2018 y 2019. Se visitaron un total de 15 grupos de personas envejecientes organizados por el Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF) y el Instituto Nacional de las Personas Adultas Mayores (Inapam) de diferentes comunidades del municipio de Chiautempan.

A partir de la aplicación de diversos instrumentos, entrevistas, observaciones y notas de campo se indagó sobre los procesos de envejecimiento de las personas del municipio. La información recopilada permitió dar cuenta de las formas situadas de envejecer a partir de los datos relacionados con salud, funcionalidad física, mental y social, calidad de vida, empleo y situación económica, redes de apoyo social, así como de las trayectorias y vivencias ocupacionales, familiares y comunitarias con las cuales las personas han desarrollado su vida. También se identificaron acciones de invisibilización, visibilización, indiferencia y reconocimiento por parte de los actores institucionales, funcionarios, representantes y líderes comunitarios y familiares de los sujetos que experimentan la vejez.

Durante las interacciones con las personas viejas –dentro de los métodos y la teoría revisada– nos percatamos que las redes de apoyo social eran un recurso que se vinculaba con el bienestar y el desarrollo de la vejez como una experiencia positiva. También nos dimos cuenta de las diferencias, los usos y aportes entre mujeres y varones. En este sentido, se decidió profundizar en su identificación y análisis para comprender sus significados y aportes en la reconfiguración de las subjetividades en esta etapa de la vida. Para ello se contactó a cuatro participantes, que, a partir de los datos, mostraron tener un mayor uso y aprovechamiento de las redes disponibles. Se seleccionó

¹ Tesis para obtener el grado de maestría en Género, Sociedad y Políticas, por la Flacso-Argentina.

a dos hombres y a dos mujeres con el propósito de tener una representación equilibrada de ambos géneros y llevar a cabo una entrevista semiestructurada. Esta herramienta permitió obtener información mucho más precisa y profunda sobre los significados, las experiencias y valoraciones de las redes de apoyo social. La entrevista abordó las siguientes temáticas: identificación de las redes y sus usos, apoyos y beneficios obtenidos, valoración y sentimientos hacia ellas; intereses y proyectos generados en su interior; experiencias significativas e impactos en la vejez.

A continuación, presentamos una descripción de los participantes. Moisés² vive en la comunidad de Ixcotla, tiene 71 años y es pensionado, casado y padre de cuatro hijos. Fidel, de 68 años, es casado, tiene tres hijos y vive en la comunidad de San Pedro Muñoztla; es obrero y a la par trabaja en el campo cosechando maíz. Rosa, de 61 años, es casada y tiene cuatro hijos; es pensionada, en su vejez hace yoga y participa en un taller de costura en la comunidad donde vive, Xaxala. Por último, Guille vive en la colonia Industrial, tiene 64 años, es soltera y sólo tiene una hija; es pensionada por el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), dentro de las actividades que desarrolla está la natación y es miembro del coro religioso de su comunidad.

Tlaxcala se ubica en la parte centro-oriente de México y se conforma por 60 municipios. Este estudio se realizó en Chiautempan, municipio desatacado por su actividad textil. Históricamente, este trabajo ha favorecido el desarrollo de sus comunidades, el acceso e intercambio de aspectos culturales, sociales y políticos que han incidido positivamente en la educación, la formación de profesionales, artistas (pintores y escritores), líderes comunitarios, personajes destacados en el trabajo textil, en la política y en la organización sindical de obreros (Ipantzi, 2017). No obstante, es importante señalar que el trabajo agrícola continúa en el municipio.

Durante el proceso investigativo observamos que en el municipio residen personas viejas con acceso a seguridad social y pensiones; otras, que se insertan en la precariedad laboral. Algunas son depen-

² Los nombres han sido modificados por un acuerdo de confidencialidad.

dientes del grupo familiar, en tanto que otras son independientes económicamente. También habitan personas envejecidas que se visibilizan y participan en sus comunidades; otras más, que mantienen su vida en espacios privados. Algunas reflejan la intención de crear proyectos e incidir en sus comunidades, mientras que otras reproducen una vejez orientada a la pasividad, el aislamiento, ajustándose a los tiempos, las actividades y los proyectos de las familias, comunidades e instituciones.

Experiencias y significados de las redes y su impacto en las subjetividades de la vejez

En seguida presentamos los datos obtenidos de las entrevistas. En primer lugar, la sistematización de la información, y, en segundo, con base en las herramientas utilizadas, ofrecemos un análisis de las experiencias y valorizaciones de la red familiar (RF) y extrafamiliar (REF),³ especificando las experiencias y los significados con las redes tanto para hombres como para mujeres. Para una mayor comprensión del análisis de los datos, en el cuadro 1 presentamos una síntesis de las narrativas de las personas viejas. Se organizaron los datos con base en las valorizaciones y los significados de las redes, así como sus aportes para la construcción de las subjetividades en la vejez, categorías diferenciadas por el tipo de red y por cada uno de los participantes.

Se identificó que las RF para varones y mujeres se vinculan con prácticas de confianza, apoyo, respaldo económico, solidaridad y estabilidad emocional. Reconocen que dichas dinámicas se van transformando conforme se modifica el ciclo de vida, los roles, las responsabilidades y la organización del tiempo. De manera particular, los varones señalaron experimentar mayores conflictos para adaptarse a la RF, debido a los roles tradicionales masculinos (ser proveedor,

³ La RF está conformada por cónyuge, hijos y familiares; la REF está integrada por amistades y otros grupos.

jefe de familia, protector, figura de autoridad y poder en la familia [aun en la ausencia física]) y los roles orientados a la participación, el reconocimiento y la legitimidad en el espacio público que limitan su participación e integración en el hogar, en la relación con la pareja, los hijos y familiares. Además, mencionan que la vida matrimonial en la vejez adquiere importancia, ya que ahora comparten más tiempo juntos (véase cuadro 1: entrevista a Moisés.1).

Cuadro 1. Narrativas de las personas viejas respecto a las valorizaciones y los significados de las redes de apoyo social

Participantes	Tipo de red: red familiar (RF), red extrafamiliar (REF)	Experiencias y valoraciones de las redes de apoyo social	Las redes de apoyo social en el envejecimiento: aportaciones en las subjetividades en la vejez
Rosa	RF	“En momentos de muerte, enfermedad o una situación en la que se requiere el apoyo, están presentes los hermanos, los primos o sobrinos, yo creo que somos una familia unida” (entrevista a Rosa.1).	“Me aportan en mucho en el cuidado, atención y mantenimiento de la salud” (entrevista a Rosa.2).
	REF	“Es muy bueno porque creo que un amigo, se vuelve parte de tu familia y en ocasiones más que ellos” (entrevista a Rosa.3).	“Asistir a los grupos me genera bienestar, al realizar las actividades conozco gente, aprendo nuevas cosas, y sé que es un tiempo para mí, así que lo disfruto mucho” (entrevista a Rosa.4).

Participantes	Tipo de red: red familiar (RF), red extrafamiliar (REF)	Experiencias y valoraciones de las redes de apoyo social	Las redes de apoyo social en el envejecimiento: aportaciones en las subjetividades en la vejez
Guille	RF	“Le agradezco el tiempo, la compañía, el dinero que me puede dar, porque tiene su familia, pese a sus propios problemas y necesidades, está conmigo cuando la necesito, sé que cuento con alguien, y le agradezco bastante” (entrevista a Guille.1).	“Me gusta que sientan y sepan que hay cosas que todavía pueden hacer y a los familiares que los rodean solicitarles que no los dejen caer, que los motiven para un mejor vivir” (entrevista a Guille.2).
	REF	“Creo que para mí significa, seguir comunicándonos e invitar a otros, pero con argumentos que los motive a vivir una vida nueva en su vejez” (entrevista a Guille.3).	“Espacios de diversión e intercambio de ideas en nuestra vejez, en ocasiones platicamos de nuestros cambios en el cuerpo, la manera de tomar la vejez, y yo pienso que eso nos ayuda a aceptar y disfrutar esta etapa, igual están presentes los miedos a las caídas o a enfermarse con más frecuencia, pero entre nosotras nos cuidamos y apoyamos” (entrevista a Guille.4).

Participantes	Tipo de red: red familiar (RF), red extrafamiliar (REF)	Experiencias y valoraciones de las redes de apoyo social	Las redes de apoyo social en el envejecimiento: aportaciones en las subjetividades en la vejez
Moisés	RF	“Después de varios años, dificultades, discusiones, seguimos dándole continuidad a nuestra relación” (entrevista a Moisés.1).	“Confianza de que no estoy solo ante imprevistos, también son un respaldo emocional y económico cuando se hace necesario” (entrevista a Moisés.2).
	REF	“Comentamos de varias cosas, tenemos planeados algunos juegos que me hacen sentir bien, ver a mis compañeros me alegría, pero cuando sabemos que alguien está enfermo, nos preocupamos, porque uno acostumbra a encontrarse, aunque sea por poco tiempo, pero nos vemos” (entrevista a Moisés.3).	“Acudir al grupo de viejos de la comunidad, me ayuda a mantenerme activo, en las facultades físicas y también a pensar con los juegos y las charlas que tenemos” (entrevista a Moisés.4).
Fidel	RF	“Un vínculo que se tiene con el tiempo” (entrevista a Fidel.1).	“Satisfacción por lo que me comentan, sus perspectivas y su retroalimentación sobre su visión de los acontecimientos” (entrevista a Fidel.2).

Participantes	Tipo de red: red familiar (RF), red extrafamiliar (REF)	Experiencias y valoraciones de las redes de apoyo social	Las redes de apoyo social en el envejecimiento: aportaciones en las subjetividades en la vejez
Fidel	REF	“Pues no hacemos mucho, pero es una actividad que me distrae de mis otras actividades en el campo y de los problemas de la casa” (entrevista a Fidel.3).	“Poco han beneficiado a mi vejez, pues sólo platicamos e intercambiamos información, y no hay un efecto en la manera de vivir mi vejez, pero sí me divierto” (entrevista a Fidel.4).

Fuente: elaboración propia con información de las entrevistas realizadas.

En contraparte, las mujeres buscan modificar sus dinámicas cotidianas en el espacio doméstico para incorporarse a otras, entre las que destacan las educativas, de recreación y ocio, así como el fortalecimiento de REF. Sin embargo, se encontró que dichas modificaciones en las relaciones implican tensiones que suelen acompañarse de discusiones, ya que los intereses y las expectativas de hombres y mujeres son distintos. Resaltaron la necesidad de tener una comunicación continua para la reorganización del tiempo, las tareas y relaciones diarias dentro y fuera del hogar. Específicamente, para las mujeres estas modificaciones en los roles, en las formas de habitar en el hogar y en la dinámica de pareja significan movilidad y transformación, mientras que para los varones representan un dilema anclado a la búsqueda de nuevas tareas en el hogar y con la pareja (cuadro 1: entrevista a Guille.1).

Los participantes expresaron que los hijos son una red significativa. Hombres y mujeres resaltaron que se ajustan con mayor medida a las actividades de ellos, en especial los que comparten el hogar. Los varones resaltan el respaldo que les brindan en situaciones de enfer-

medad o imprevistos (como puede ser apoyo económico, escucha y acompañamiento en la toma de decisiones) (cuadro 1: entrevista a Moisés.2). Si bien las mujeres comparten estos significados, adicionalmente valoran las coincidencias que pueden tener en el desarrollo de otras actividades, ya sea en casa o fuera de ella. Asimismo, muestran una mayor flexibilidad para adaptarse a los tiempos e intereses de sus hijos y nietos. También expresan mayor confianza para compartir sus inquietudes, externar intereses, preocupaciones, deseos y proyectos, pues consideran que pueden ser apoyados por los hijos. Esta relación positiva facilita la aceptación y resignificación de los cambios corporales y emocionales de la mujer en la vejez, así como la reconfiguración de los roles y la reorganización del tiempo en sus actividades.

No obstante, también se encontró que los hijos y familiares pueden limitar la ampliación de formas de existencia y sentido de ser mujer y hombre en la vejez al demandar los roles de género tradicionales. En el caso de las mujeres, ser “cuidadoras” y “amas de casa”, mientras que a los varones, si bien no se les exige la continuidad como proveedores, las actitudes y los tratos son diferentes, lo que los lleva a sentirse una carga y hacer del sentido de su existencia el “no-lugar” en el hogar y en la familia. Para ambos, estas demandas y comportamientos asociados al rol de género se profundizan cuando se articulan con los referentes de una vejez pasiva, callada, de fragilidad y cuidado. Estas situaciones afectan la autonomía de las personas y se manifiestan en una disminución en la toma de decisiones, así como en una desvalorización de su participación en la dinámica familiar. Se observó que frente a esta situación las mujeres son las que tienen mayor posibilidad de hacer frente a estas demandas familiares. Se encontró que habitualmente tratan de mantener un sentido y comunicación positivo respecto a la vejez no sólo con los hijos o la pareja, sino también con los demás familiares envejecidos (cuadro 1: entrevista a Guille.2). Comparten sus propias experiencias de envejecer e invitan a significarla de manera positiva. Dan cuenta de los cambios o las limitaciones, pero también de las posibilidades de continuar viviendo, sintiendo, desarrollando habilidades y buscando

vivencias que respondan a los propios intereses, a fin de vivir de la mejor manera posible.

En general, las relaciones con los familiares se ven modificadas en la vejez por situaciones relacionadas a la residencia, las condiciones de enfermedad o la dificultad de mantener el contacto y la comunicación constante de manera presencial o virtual. Encontramos que son las mujeres las que buscan mantener los vínculos con los familiares, pues la contemporaneidad y las referencias generacionales son un factor que contribuye a una resignificación del curso de vida y de la memoria individual, familiar y comunitaria, y de su bienestar (cuadro 1: entrevista Rosa.2). Por el contrario, los varones son más distantes con los familiares y presentan una menor interacción significativa con los mismos (cuadro 1: entrevista a Fidel.1). En ambos casos estas experiencias pueden estar relacionadas con las construcciones de género que se objetivan, en el caso de las mujeres, en la responsabilidad de mantener la unión familiar. Estas demandas familiares limitan los aportes que las mujeres pueden tener dentro y fuera del grupo familiar, es más, se les ignora, se devalúan sus capacidades, deseos y proyectos, por lo que durante esta etapa dichas dinámicas pueden mantenerse o transformarse e irrumpir en la conformación de las subjetividades de hombres y mujeres envejecidos de acuerdo con sus propias experiencias, agencia, recursos y estrategias (cuadro 1: entrevista a Fidel.2).

En cuanto a las experiencias y los significados con la REF se encontró lo siguiente. Las amistades son una red relevante, pero adquieren particularidades en función del género. Se observó que los hombres disminuyen los vínculos con las amistades, ya que se encontraban en el espacio laboral, por ello presentan menor número de amistades e interacción en la vejez. Expresaron que suelen interactuar con sus amistades sólo cuando coinciden en la comunidad, principalmente cuando se presenta una situación particular que esté vinculada con su localidad. En este sentido, buscan información local relacionada con festividades, apoyos gubernamentales, comisiones y organizaciones comunitarias (cuadro 1: entrevista Fidel.4). Asimismo, expresaron que no tienen mayor expectativa con esta red y coincidieron que

la REF no tiene trascendencia. En contraste, las mujeres expresaron tener un mayor número y diversidad de amistades. Mencionan que las conformaron en etapas previas a la vejez, en espacios laborales, vecinales, comunitarios y a partir de su vinculación y participación en grupos sociales. Para ellas significan acompañamiento, escucha y apoyo; mantienen vínculos de confianza, felicidad, reciprocidad y soporte, en algunos casos las valoran como parte de su familia (cuadro 1: entrevista a Rosa.3). Contrario a los varones, las mujeres amplían y fortalecen las REF en esta etapa y son el recurso para compartir sus experiencias de vida, así como los cambios físicos y psicosociales de la vejez. Favorecen el ejercicio de su libertad, puesto que es un recurso que posibilita la toma de decisiones, la recuperación de intereses personales y la reorganización de su tiempo. Así, la vejez y las amistades son aliados en la reconstitución de las subjetividades y en la resignificación de ser mujer, esposa, madre, abuela, persona vieja (cuadro 1: entrevista a Guille.4). De igual forma contribuyen en la motivación e iniciación de proyectos personales y en la reconfiguración de los roles de género y de su participación en espacios públicos.

En cuanto a la participación en grupos comunitarios, encontramos que estas redes son un espacio fundamental en la constitución de las subjetividades en la vejez. Las mujeres expresaron que las manualidades y la actividad física que suelen realizar en los grupos les ayudan en la movilidad del cuerpo, en el continuo desarrollo de la cognición y en el desarrollo de habilidades de socialización. Resaltan que en este espacio pueden tener tiempo exclusivo para ellas, lo disfrutan y les permite convivir y compartir situaciones y experiencias presentes y pasadas que, al comunicarlas al grupo, sus integrantes pueden dar un referente de cómo actuar ante una situación similar, especialmente cuando se relaciona con el cuidado y la atención de la salud en la vejez (cuadro 1: entrevista a Rosa.4). También expresaron que lo más significativo de esta red es compartir la propia experiencia del envejecer, de dar cuenta de los cambios físicos, psicológicos, de las modificaciones en la forma de significar la vida al recordar las etapas previas, y, sobre todo, al valorar y disfrutar positivamente la vejez. Las relaciones y el intercambio de las experiencias de esta etapa

tienen un impacto en su estado de ánimo, en la autopercepción y en el bienestar en general. Coinciden al señalar: “Todos los grupos se han convertido en parte de mí, en esta etapa de mi vida, en la que ni siquiera había pensado y que ahora agradezco se hayan cruzado en mi camino” (entrevista a Guille.5). Convienen en que es necesario difundir las actividades de los grupos desde la propia experiencia de los participantes, con el propósito de animar a más personas a integrarse y mirar a los grupos como un recurso que puede ayudar a vivir una vida diferente y nueva en esta etapa (cuadro 1: entrevista a Guille.3).

Para los varones los significados e impactos de esta red en su vejez suelen ser distintos. Expresan que son un espacio en el que se pueden encontrar con personas contemporáneas, con quienes pueden realizar algunas actividades de ocio, platicar las mismas cosas y sentirse acompañados momentáneamente (cuadro 1: entrevista a Moisés.4). Comentaron que ver semanalmente a los compañeros del grupo les hace sentirse bien; esto cambia cuando por razones de enfermedad o muerte dejan de acudir, lo que genera una crisis y preocupación en ellos (cuadro 1: entrevista a Moisés.3). También mencionaron que los grupos comunitarios se valoran como un espacio de distracción frente a los problemas de la casa y los hijos, de las propias enfermedades y de una mayor cercanía a la muerte (cuadro 1: entrevista a Fidel.3).

Reflexiones finales

Sostenemos que las redes de apoyo social contribuyen positivamente en la configuración de las subjetividades y sentidos de la vejez en Tlaxcala. Dichas subjetividades se sustentan, por un lado, en el curso de vida de los sujetos, en el género y en las redes a las que recurren; por otro, en las experiencias, los sentidos, sentimientos y los significados que cada uno de los sujetos envejecidos construye.

Esas subjetividades se transforman en la medida en que hombres y mujeres acumulan experiencias con sus redes. Son un recurso

valioso para comprender la forma de vivir la vejez. Las subjetividades articulan los procesos sociales y políticos, los discursos, las representaciones y expectativas de la vejez, producidos y reproducidos en las redes. Su estudio permite “mirar a las personas viejas como sujetos, con derechos, con necesidades y condiciones situadas” (González, Olvera y Vivaldo, 2021:436); de igual forma, ofrece indicios para mirar cómo las personas viejas incorporan y dan sentidos a su envejecimiento.

Esta investigación muestra la relevancia de explorar desde un enfoque situado las redes de apoyo social en el envejecimiento. A partir del análisis del contexto, de la identificación de los discursos, los espacios de interacción de los sujetos, se puede dar cuenta de las prácticas que inciden en la constitución y modificación de las subjetividades de las personas envejecidas y de sus especificidades de acuerdo con el género. También ofrece un panorama como un referente para el trabajo con las personas viejas de otras comunidades. De igual forma, invita a profundizar y desplegar otros estudios similares para identificar aquellos recursos que los actores que trabajamos con la vejez debemos considerar para lograr comprender y responder a la diversidad de formas de envejecer desde un enfoque situado y con perspectiva de género.

Finalmente, surge la necesidad de ampliar y explorar la configuración de subjetividades y las redes a lo largo de la vejez, en situaciones de soledad, de dependencia, con personas longevas, en condición de migración, entre otras, para ofrecer un conocimiento más profundo de la conformación de subjetividades y sus impactos en el desarrollo de la diversidad de vejezes.

Bibliografía

- Aquino, Alejandra (2013), “La subjetividad a debate”, *Sociológica*, vol. 29, núm. 80, México, pp. 259-278.
- Arias, Claudia (2017), “Redes sociales de las personas mayores”, en Mónica Roqué y Adriana Fassio (comps.), *Políticas públicas sobre*

- envejecimiento en los países del Cono Sur*, Sistema Regional de Información y Aprendizaje para el Diseño de Políticas Públicas en torno al Envejecimiento, s.l., pp. 267-292.
- Arias, Claudia (2009), “La red de apoyo social en la vejez. Aportes para su evaluación”, *Revista de Psicología da IMED*, vol. 1, núm. 1, pp. 147-158.
- Capote, Armando (1999), “La subjetividad y su estudio. Análisis teórico y direcciones metodológicas”, (inédito).
- Dubet, François (2007), *La experiencia sociológica*, Gedisa, Barcelona.
- Falleti, Valeria y Alejandro Cerda (2017), “Memoria y subjetividad”, *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, núm. 45, pp. 169-194.
- González, Carolina (2021), “La transdisciplinariedad: un diálogo necesario para la reivindicación de los saberes del envejecimiento”, en María de la Luz Martínez (coord.), *La descolonización de la investigación, la enseñanza y las prácticas en envejecimiento*, Secretaría de Desarrollo Institucional-UNAM, México, pp. 187-210.
- González, Carolina, Montserrat Olvera y Marissa Vivaldo (2021), “Envejecimiento y organizaciones de la sociedad civil en un escenario de crisis: retos presentes y estrategias futuras”, en Verónica Montes de Oca y Marissa Vivaldo (eds.), *Las personas mayores ante la Covid-19: perspectivas interdisciplinarias sobre envejecimiento y vejez*, Seminario Universitario Interdisciplinario sobre Envejecimiento y Vejez, Secretaría de Desarrollo Institucional-UNAM, México, pp. 431-449.
- Gramsci, Antonio (1981), *Escritos políticos (1917-1933)*, Pasado y Presente, México.
- Guzmán, José Miguel, Sandra Huenchuan y Verónica Montes de Oca (2003), “Redes de apoyo social de las personas mayores: marco conceptual”, *Notas de Población*, año 19, núm. 77, pp. 35-70.
- Herrero, Juan (2004), “Redes sociales y apoyo social”, en Gonzalo Musitu, Juan Herrero, Leonor Cantera y Marisela Montenegro (eds.), *Introducción a la psicología comunitaria*, Editorial Universitat Oberta de Catalunya, Barcelona, pp. 116-140.
- Ipatzi, Sixto (2017), *Historia de Chiautempan Tlaxcala*, Honorable Ayuntamiento de Chiautempan, Tlaxcala.

- Lagarde, Marcela (1996), “El género’, fragmento literal: ‘La perspectiva de género’, en M. Lagarde, *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*, Horas y Horas, Madrid, pp. 13-38.
- Lamas, Marta (2017), “Género”, en Hortensia Moreno y Eva Alcántara (coords.), *Conceptos clave en los estudios de género*, vol. 1. Centro de Investigaciones y Estudios de Género-UNAM, México, pp. 91-120.
- Martínez, María de la Luz y Marissa Vivaldo (2021), “Las nuevas caras del viejismo ante la pandemia. Una mirada desde las Epistemologías del Sur”, en Verónica Montes de Oca y Marissa Vivaldo (eds.), *Las personas mayores ante la Covid-19: perspectivas interdisciplinarias sobre envejecimiento y vejez*, Seminario Universitario Interdisciplinario sobre Envejecimiento y Vejez, Secretaría de Desarrollo Institucional-UNAM, México, pp. 331-356.
- Martínez, María de la Luz y Juan Pablo Vivaldo (2019), “Construcción de la vejez y el envejecimiento: aspectos sociales y culturales”, en M. de la L. Martínez y J. P. Vivaldo (comps.), *Desarrollo comunitario para el envejecimiento en Tlaxcala. Bases conceptuales y fundamentos metodológicos*, Facultad de Estudios Superiores Zaragoza-UNAM, México, pp. 63-94.
- Martínez, María de la Luz, Germán Zecua y Violeta Arenas (2021), “¿Quiénes son las personas que envejecen?”, en María de la Luz Martínez (coord.), *La descolonización de la investigación, la enseñanza y las prácticas en envejecimiento*, Secretaría de Desarrollo Institucional-UNAM, México, pp. 25-50.
- Montes de Oca, Verónica (2010), “Pensar la vejez y el envejecimiento en el México contemporáneo”, *Renglones. Revista Arbitrada en Ciencias Sociales y Humanidades*, núm. 62, pp. 159-181.
- Montes de Oca, Verónica (2001), *El envejecimiento en México: un análisis sociodemográfico de los apoyos sociales y el bienestar de los adultos mayores*, tesis de doctorado en Ciencias Sociales con Especialidad en Estudios de Población, El Colegio de México, México.
- Olvera, Montserrat (2020), *Redes de apoyo social, envejecimiento activo y saludable desde una mirada de género. Estudio cualitativo en Chiautempan, Tlaxcala, México*, tesis de maestría en Género,

Sociedad y Políticas, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Buenos Aires.

Santos, Boaventura de Sousa (2017), *Justicia entre saberes: Epistemologías del Sur contra el epistemicidio*, Ediciones Morata, Madrid.

Vivaldo, Juan Pablo (2021), “Género y envejecimiento en México”, en María de la Luz Martínez (coord.), *La descolonización de la investigación, la enseñanza y las prácticas en envejecimiento*, Secretaría de Desarrollo Institucional-UNAM, México, pp. 91-114.

Fecha de recepción: 18/02/22

Fecha de aceptación: 20/06/22

DOI: 10.24275/tramas/uamx/20225773-96

Vejece que resuenan: experiencias del envejecer alrededor del son y el huapango tuxtecos

*Diana Gabriela Terán Hernández**

Resumen

En el presente artículo se muestran distintas experiencias del envejecer dentro de una expresión cultural y musical: el huapango y el son tuxteco. El objetivo es reflexionar sobre la heterogeneidad de formas bajo las que se vive la vejez y sobre los elementos que abonan estas expresiones culturales en esa etapa. En esta manifestación cultural, las personas mayores son valoradas por las nuevas generaciones por sus saberes musicales y experiencias. Partiendo de una perspectiva cualitativa, se exponen tres relatos biográficos para ilustrar distintas experiencias en las que se ha desarrollado la vida de estas personas mayores; se realiza un esbozo de sus trayectorias laborales, musicales y dancísticas, aspectos de salud, así como de la importancia de sus vínculos intergeneracionales. Cabe aclarar que el artículo forma parte de una investigación en curso, por ello el material presentado resulta sugerente para plantear cuestiones que a futuro arriben en insumos.

Palabras clave: vejece, experiencias, personas mayores, vínculos intergeneracionales, son jarocho.

* Doctorante del Centro de Estudios Antropológicos, del Colegio de Michoacán. Maestra en Antropología Social por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS-Golfo). Especialista en Estudios de Opinión por la Universidad Veracruzana. Licenciada en Sociología por la Universidad de Sonora. Correos electrónicos: [teran.diana@colmich.edu.mx] y [quin_98@hotmail.com].

Abstract

This paper shows different experiences of aging within a cultural and musical expression: the huapango and son tuxteco. The objective is to reflect on the heterogeneity of ways in which old age is lived and on the elements that support these cultural expressions at this stage. In this cultural manifestation, older people are valued by new generations for their musical knowledge and experiences. From a qualitative perspective, three biographical stories are exposed to illustrate different experiences in which the lives of these elderly people have developed, outlining their work, musical and dance careers, health aspects, as well as the importance of their intergenerational links. It should be clarified that this paper is part of an ongoing investigation, for which the material presented is suggestive to raise questions that arrive in the future as inputs.

Keywords: old age, experiences, elderly people, intergenerational ties, son jarocho.

A nivel nacional la dinámica demográfica anuncia un proceso de envejecimiento poblacional, el cual supone retos, cambios y tensiones en distintas aristas sociales, económicas, de salud, culturales, políticas y éticas (Ham Chande, 2003). Esto significa que habrá mayor número de personas en edades avanzadas en el mediano plazo. En este sentido, es pertinente hacer hincapié en las construcciones sociales que estamos generando sobre el envejecer y lo que experimentan las personas mayores.

De acuerdo con Hareven (1978), la vejez, más allá de ser una etapa del ciclo vital, es una construcción social que cambia culturalmente. En esta misma línea, Treviño, Pelcastre y Márquez (2006) exponen que las formas en las que envejecen las personas mayores y el significado que le es atribuido a tal proceso son características sociales cambiantes, “este proceso implica una serie de experiencias que son necesariamente diferenciadas, entre otros factores, por la condición de género, entendida como los roles y comportamientos culturalmente asumidos para hombres y mujeres” (2006:31).

Las construcciones sociales de la vejez han cambiado con el tiempo y varían dependiendo del contexto, estos cambios son resultado de múltiples interacciones estructurales, históricas y subjetivas alimentadas de preceptos culturales, discursos políticos y sociales (Gutiérrez, 2019), que crean imaginarios sociales sobre la vejez, el envejecimiento y las personas mayores. Actualmente existe una tendencia a la desvalorización y devaluación de la vejez (Scarimbolo, Ganso y Berezin, 2012); el paradigma vigente responde a las exigencias de consumo y a un sistema neoliberal que privilegia e idealiza la productividad, la competencia, la eficiencia, y que valoriza la juventud, la fuerza o la actividad, lo que provoca una visión devaluada sobre lo que es viejo o no responde a estos preceptos (Arroyo, 2011).

En la dimensión subjetiva, han predominado visiones estereotipadas hacia las personas mayores y la vejez; esta etapa de la vida es asociada a la enfermedad, la decrepitud, la pasividad y la dependencia (Reyes, 2006). Esos estereotipos son compartidos e internalizados socialmente, por tal razón es importante cuestionarlos, debido a que generan cargas negativas que son incorporadas y normalizadas incluso por las personas mayores (Vázquez, 1999b), generando así prejuicios, discriminación y rechazo hacia esta etapa de la vida y hacia quienes la transitan.

El panorama se vuelve más complejo en el contexto de profunda crisis económica que se ha venido presentando en los últimos años. Las personas mayores han experimentado diversos cambios en las dinámicas familiares, las relaciones Estado-sociedad civil o el avance tecnológico, por ello es importante el abordaje desde una perspectiva microsociedad que refleje lo que experimentan en esta etapa de sus vidas (Vázquez, 1999a; Robles *et al.*, 2006). La importancia de estudiar a los actores sociales desde su propia subjetividad aporta otras dimensiones del envejecimiento que ayudan a matizar las visiones estereotipadas y homogéneas de la vejez. Esta subjetividad enfatiza cómo viven esta etapa de sus vidas en relación con lo que han sido y son sus identidades, sus sentimientos en torno a estas asimilaciones, los efectos o las dinámicas en sus relaciones interpersonales, su actuar en el mundo y el lugar que ocupan en éste (Robles *et al.*, 2006). Por tal razón este artículo recupera una mirada cualitativa por medio de la etnografía y la narrativa biográfica.

En este artículo me centro en mostrar tres experiencias del envejecer dentro de una expresión cultural y musical: el huapango y el son tuxteco.¹ El objetivo es reflexionar sobre la heterogeneidad de formas en las que se vive la vejez en cuanto a y sobre los elementos que abonan las expresiones musicales del son y el huapango en estas experiencias de envejecimiento. Dentro de esta manifestación cultural, algunas de las personas mayores soneras han sido valoradas por las nuevas generaciones por sus saberes, sus experiencias de vida en la localidad y su papel en la transmisión y continuación de estas expresiones culturales. Asimismo, el entendimiento del son y el huapango implica comprender los significados, experiencias, vivencias y nociones que se construyen socioculturalmente sobre las personas mayores a lo largo de sus vidas dentro de este ámbito. Esto permite comprender que, en condiciones socioculturales y de saberes específicos, los procesos de envejecimiento tienen dinámicas particulares que representan mejoras en sus vidas.

Las expresiones sonoras y su sentido social

Desde finales de la década de 1960, Murray Schafer propuso el concepto de “paisaje sonoro” para referirse a los sonidos que son producidos en un espacio determinado; éstos son dotados de un sentido que es otorgado por el entorno social en el que son producidos, pero, además, evidencian los cambios de dicho entorno o grupo social en

¹ Los soneros locales utilizan “son tuxteco” para referirse a una variante de la música jarocho propia de la zona de Los Tuxtlas; una de las principales características es el acompañamiento del violín tuxteco; también hay quienes le nombran “son jarocho” o “música de jaranas”. La fiesta de tarima conocida como “fandango” en otras zonas, en Los Tuxtlas es comúnmente referida también como “huapango”, en mayor medida por las personas mayores. Los huapangos o fandangos son espacios festivos donde se interactúa mediante el canto, la poesía, el zapateado en la tarima y con los diferentes instrumentos de cuerda y percusión, por ejemplo: jarana, requinto, leona, violín, arpa, marimbol, pandero, quijada de burro. El centro de esta fiesta es la tarima, y los/as músicos/as y versadores/as se acomodan alrededor de ésta dejando un espacio (en ocasiones) para los espectadores. Entre otros elementos que se integran están la comida y las bebidas. Es un espacio lúdico y recreativo en el que conviven e interactúan personas de distintas edades.

cuestión, es decir, que cada expresión sonora se encuentra anclada a un contexto sociocultural (Cárdenas y Martínez, 2015). Desde esta perspectiva los sonidos de un lugar tienen sentido y significado para las personas que los producen en un espacio determinado. De esta manera podemos hablar de la función social en determinadas estructuras sonoras, mediante las cuales se recrean interacciones y afectividades; cabe aclarar que dichas estructuras son ordenadas de diversas formas en cada cultura o grupo social. De acuerdo con Camacho (2019), determinadas estructuras sonoras que son relacionadas con acciones, imágenes, recuerdos y emociones forman parte de un proceso que se construye social e históricamente.

Resulta interesante entender la música como sonido humanamente organizado (Blacking, 2003), pues nos permite destacar su carácter colectivo, el espacio donde es compartido y las personas que le dan sentido: “lo que conmueve a las personas es el contenido humano de los sonidos humanamente organizados” (2003:150). Dentro de la perspectiva de Attali (1995), la música es un medio de percibir el mundo, ya que también puede ser experimentado desde lo sonoro, es decir, existe una fuerza evocadora de la música que radica en la manera en que los sonidos constituyen una dimensión concreta, por medio de la cual los seres humanos interactuamos (Camacho, 2019:106).

El huapango y el son tuxteco, consideradas como expresiones musicales, cobran sentido para quienes los producen en momentos y espacios determinados, asimismo, acompañan diversos eventos del ciclo vital, religioso, ceremonial y social (fotografía 1). Alcántara (2015) plantea que las expresiones musicales construyen un sentido de estar y hacer en lo local, promoviendo y propiciando formas de identificación con el entorno natural, social o sonoro, que a su vez generan la construcción de un sentido de pertenencia:

al estar integradas a espacios festivos, estimulan la convivencia y la interacción social. Dicho en otras palabras, provocan que se intercambien afectos, solidaridades, saberes, emociones, etcétera, lo cual tiene como resultado la renovación del tejido social. La fiesta comunitaria emerge

entonces como un espacio de diálogo que estimula la reciprocidad y compromiso entre las personas al punto de reforzar los lazos sociales que las han mantenido unidas, pero creando cuando es necesario nuevos vínculos (2015:12-13).

De esta manera, las afectividades que se generan en las expresiones musicales del son tuxteco y el huapango permiten que ciertos lazos sociales permanezcan, se refuercen o se renueven, o que a nivel simbólico haya un reconocimiento y convivencia por parte de generaciones más jóvenes hacia las personas mayores.

Fotografía 1. Huapango del Día de Muertos en Santiago Tuxtla



Fuente: archivo personal de Diana Terán, noviembre de 2021.

Por un lado, cobra relevancia el carácter colectivo o comunitario que produce afectividades o que estimula los vínculos entre sus participantes a través de la convivencia musical; este carácter dota de sentido y significado a la práctica del huapango y el son tuxteco y a los diferentes momentos en que se expresan, que pueden ser los encuentros musicales para la celebración de ritos de paso (cumpleaños, bodas,

bautizos o convivencias), acompañamientos en acarreo y velaciones de imágenes o santos como parte de un sincretismo religioso asociado con creencias populares, o los eventos de carácter más lúdico o recreativo como los talleres de aprendizaje del son, los encuentros de jaraneros o los fandangos de fin de semana. Por otro lado, es relevante tener como referente los antecedentes históricos para entender la importancia que han adquirido las personas mayores dentro de estas expresiones musicales y culturales.

Las personas mayores en el proceso de reactivación del huapango y el son

La zona de Los Tuxtlas está asociada al origen, al desarrollo histórico y con las acciones de revitalización del movimiento jaranero (Delgado, 2004). A finales de la década de 1970 y principios de la de 1980, se comenzaron diferentes acciones de revitalización del son jarocho “tradicional”,² proceso nombrado después por Juan Meléndez (2018) como *movimiento jaranero*, integrado por actores locales y externos diversos, músicos, promotores culturales, antropólogos, historiadores y etnomusicólogos (Figueroa, 2007). Ávila (2008) define estas acciones como un proceso de coparticipación interrelacionada³ entre agentes que movilizan y que son movilizados a su vez por diferentes proyectos políticos e institucionales.

² Dicha etiqueta hace referencia al sentido comunitario y social que toma por centro el fandango, que constituye la fiesta colectiva. Este proceso de revitalización o de rescate de una tradición en el son jarocho también puede ser entendido desde la óptica de Hobsbawm y Ranger (2002) como un producto de origen reciente que intenta establecer una continuidad con un pasado histórico antiguo.

³ Ávila (2008) aclara que se trata de una expresión popular de base social, en la que los creadores y promotores tienen un papel fundamental en la continuidad y actual florecimiento cultural, por lo cual representa un proceso cultural complejo en el que han intervenido individuos y colectivos de distinta índole, pero también ha estado presente la participación del Estado y la sociedad civil. Esta misma diversidad y variabilidad de agentes hace evidente que en algunos casos no se comparten las mismas visiones, ni se persiguen los mismos objetivos para el desarrollo de la cultura jarocho y del movimiento jaranero, pero en lo que sí coinciden es en la meta de revitalizar estas manifestaciones culturales.

A partir de la creación de esta vertiente “tradicional”, antropólogos, historiadores, investigadores y jóvenes músicos se proponen “el rescate de la música tradicional” veracruzana; en este proceso y como parte de estas acciones buscan a los viejos jaraneros de localidades rurales que eran reconocidos en los antiguos fandangos (Cardona, 2006). El interés en la formación de “generaciones de relevo” estaba encaminado a la continuidad de esta expresión musical, sus celebraciones y formas de acompañamiento musical (Ávila, 2008:42). De esta forma, la apuesta por la transmisión generacional en las labores de revitalización de este conjunto de acciones del llamado movimiento jaranero propició la búsqueda e incorporación del testimonio de las generaciones mayores de personas jaraneras que recordaban los huapangos, las afinaciones, los acompañamientos en distintos momentos, entre otros aspectos. Cabe resaltar que esta búsqueda privilegió mayormente el testimonio de músicos varones, quedando invisibilizado en gran medida el papel de las mujeres dentro de estas manifestaciones culturales.

Dentro de esta vertiente, los viejos músicos representaron una importante fuente de conocimiento para la reinterpretación de la tradición y la transmisión de saberes musicales (Cardona, 2009). La figura del viejo jaranero adquiere presencia dentro de este discurso, al mismo tiempo que representa y valida su autenticidad frente al discurso de lo tradicional. Es posible identificar cómo los viejos músicos adquieren características particulares en cuanto a sus saberes musicales, la autenticidad de la tradición o la pertenencia, la preservación de la memoria colectiva, entre otros. Dichas características se respaldan en el trabajo de reavivación que desde años atrás han llevado a cabo diversas personas a través de programas, proyectos independientes, etcétera, y que han tenido la finalidad de documentar los saberes de las generaciones de viejos músicos con propósitos de preservación o de continuación de la “tradición”; estas iniciativas han dado pie a la conformación de un discurso valioso sobre los viejos o el viejo músico sonero, y a la implementación de iniciativas recientes en Santiago Tuxtla. A través de proyectos de promoción y difusión del son jarocho que buscan documentar los conocimientos de estos

músicos, diversos actores locales y externos han podido llegar a conocer a otros viejos de localidades cercanas, y han establecido vínculos afectivos y de apoyo con los músicos y sus familias.

Ante ese panorama, resulta de interés indagar cómo estos reconocimientos y las afectividades que se generan en estas expresiones pueden traducirse en mejoras para las personas mayores que se inscriben dentro de estas expresiones musicales y culturales, ya que el transcurrir de sus trayectorias vitales cobra sentido en el marco de la expansión y revalorización del fenómeno musical del son jarocho tradicional de hace más de treinta años, en donde a la fecha estas expresiones han traspasado sus fronteras locales y tienen presencia a nivel internacional (Macías, 2016).

Experiencias del envejecer alrededor del son y el huapango tuxtecos: tres semblanzas biográficas

Los relatos biográficos narrados en este apartado son la suma de entrevistas semiestructuradas y conversaciones con distintas personas mayores pertenecientes a las expresiones musicales del huapango y el son tuxteco, que fueron realizadas en el transcurso de 2021. Los tres casos expuestos son personas que forman parte del grupo de músicos, cantadores y bailadores mayores que aún viven y participan en estas expresiones musicales en Santiago Tuxtla. Sus edades varían en cuanto a lo que manifiestan con la finalidad de mostrar cómo este periodo que se ha llamado simplistamente “vejez” hace referencia a un periodo de la vida humana muy amplio y diverso que puede abarcar más de 40 años (Zetina, 1999).

De manera general, los relatos forman parte de un trabajo etnográfico que se complementa con el registro de observaciones y experiencias propias durante la convivencia con estos músicos, con sus familias y durante distintos huapangos. De manera exploratoria, permiten reflexionar sobre la diversidad de formas en que las trayectorias vitales de las personas van configurando su forma de envejecer como personas mayores inscritas en expresiones musicales y culturales. Los

relatos ilustran distintas experiencias en cuanto a situaciones de salud, dinámicas familiares y sus relaciones sociales para el cuidado, también permiten ver cómo las redes que han creado a lo largo de sus vidas por pertenecer a estas expresiones musicales los valoran y se acercan a ellos para aprender, documentar sus saberes o para brindarles ayuda en alguna situación difícil.

“Yo crecí en el campo, yo soy del campo”

El primer recuerdo que tengo de don Lape fue a través de un video que circulaba en Facebook. El video se titulaba *Así se elabora una jarana artesanal por Don Rafael Domínguez Nájera “tío Lape”*, y fue compartido por varios de mis contactos; después de observar su contenido no dudé en compartirlo. El video constituye un registro audiovisual del proceso de elaboración de una jarana hecha a mano con herramientas como machete, navajas, formón o un plomo. Hoy en día, el video tiene más de 2.4 millones de reproducciones, y sé que lo hizo un alumno de don Lape, oriundo de Santiago Tuxtla y aficionado a la fotografía.

Rafael Domínguez, “don Lape”, nació en octubre de 1950, es originario del Cerro del Vigía, una localidad pequeña perteneciente al municipio de Santiago Tuxtla. Los padres de don Lape se dedicaron a actividades relacionadas con el campo, por tal motivo le tocó trabajar con ellos cuando era niño. Don Lape dedicó gran parte de su vida a trabajar la milpa, a la crianza de animales y la siembra, también fue jornalero y aserrador, como él dice: “yo crecí en el campo, yo soy del campo” (entrevista a Rafael Domínguez, 71 años, 5 de marzo). Las actividades del campo que realizaba se caracterizaban por el desempeño del trabajo físico y por ser considerados trabajos pesados; como expone Vázquez (1999a), estas generaciones de personas mayores forjaron su identidad a través de muchos sacrificios y trabajo pesado para sacar adelante a sus familias. El gusto por la jarana y el huapango era una actividad recreativa que compartía con sus familiares desde su infancia. Su padre y tíos eran tocadores y bailadores

del Cerro del Vigía, al igual que su mamá. Don Lape aprendió escuchando y observando a sus familiares, es decir, de manera empírica, como la mayoría de las personas mayores. Después de una serie de situaciones conflictivas con su padre, complicaciones para obtener agua y lo poco redituable que era el trabajo que realizaba en el Cerro del Vigía, decidió vender sus tierras.

A finales de la década de 1990, don Rafael llegó a vivir a la cabecera municipal de Santiago Tuxtla. Coincidió con un auge de bonanza en cuanto a la realización de huapangos y del son, en parte resultado de las diversas acciones de reavivación del son jarocho tradicional que realizaban diversos actores locales y externos (Figueroa, 2007). A los pocos años encontró en el oficio de laudería una forma de obtener ingresos; desde entonces, hace más de 22 años ya, se ha dedicado a la construcción tradicional de instrumentos de cuerdas (jaranas y guitarras de son), así como a enseñar lo que sabe sobre el zapateado y la jarana a niños y jóvenes de la localidad. Sin embargo, no sólo personas locales se han acercado a él para aprender o comprar algún instrumento, debido a su reconocida trayectoria musical, a las ocasiones que ha podido tocar fuera del país y a la difusión que otras personas han dado a su trayectoria como músico, se han acercado a él personas de distintas partes de México y de países como Francia, India, Canadá y Estados Unidos, ya sea para aprender su forma de bailar, adquirir algún instrumento o realizar algún registro audiovisual de sus saberes y experiencias como músico tradicional.

Don Lape formaba parte de una agrupación musical de son junto con dos de sus hermanos, José y Alejandro, que se presentaba en distintos eventos; de esa agrupación existe una grabación musical nombrada “Del Cerro vienen bajando”, la cual fue elaborada con la ayuda de Alec Dempster.⁴ Don Lape comenta que en su familia a

⁴ Alec Dempster es un artista plástico que nació en la Ciudad de México, pero creció en Toronto, Canadá. Durante un tiempo (1997-2009) vivió y visitó a diversos músicos de Santiago Tuxtla. Su trabajo gráfico constituye un registro de documentación fundamental en la música popular de la región, ya que a lo largo de esos años fue reuniendo grabaciones de entrevistas con varios músicos y versadores mayores de Santiago Tuxtla, algunos de ellos todavía viven.

ninguno le gustó el huapango como a él, ninguno toca, ni baila, ni canta. Esta discontinuidad generacional por el gusto musical dentro del ámbito familiar es común en la generación de personas mayores.

Don Lape fue operado de la próstata a finales de marzo de 2020, después de dos años de aguantarse dolores y de intentar mejoras con tratamientos naturistas sin resultados efectivos, por ello decidió operarse. A través de jaraneras y jaraneros más jóvenes cercanos a él, recibió apoyo y asesoramiento para la realización de los trámites correspondientes previos a la operación y para recaudar la cantidad necesaria para los gastos médicos. Los apoyos económicos para la operación se consiguieron mediante una campaña de recaudación de fondos en línea usando la plataforma “GoFundMe”; la cuenta en esa plataforma fue gestionada y creada por Sirani, quien también le ayudó con la tramitación de una tarjeta bancaria a su nombre para que él dispusiera del dinero recaudado sin intermediarios. El monto requerido para la operación fue recaudado antes del periodo estimado. Entre las personas que apoyaron hubo extranjeros relacionados con el son, quienes habían conocido a don Lape en alguna ocasión, también había personas que no lo conocían, ya que el mensaje se difundió entre conocidos en común, sin embargo, se solidarizaron con la causa. Meses antes de su operación don Lape construyó bastantes instrumentos para tener qué vender durante el tiempo de su recuperación, pues sabía que una vez operado no podría hacer esfuerzos trabajando.

Don Lape fue operado poco antes de que se declarara la contingencia sanitaria por Covid-19 en marzo de 2020; el periodo de recuperación coincidió con el periodo recomendado por las autoridades para quedarse en casa. En la parte laboral y económica, la pandemia afectó bastante la venta de instrumentos, pero a través de estas redes de apoyo de tipo informal que se conformaron para asesorar y recaudar el monto requerido, los gastos de medicamentos y alimentación para su recuperación fueron cubiertos y don Lape pudo ser operado. Él expresa que siempre lo estuvieron apoyando de diversas maneras, apoyos que le resultan significativos y de alguna manera los ve como retribuciones por los conocimientos y las enseñanzas que ha brindado a lo largo de su trayectoria como jaranero a personas que se han

acercado a él con el interés de aprender. Antes de su operación, y antes de la pandemia por Covid-19, don Lape daba clases de jarana en la Plaza Cervantina. A más de dos años de ambos sucesos decidió retomar las clases de jarana en el centro del pueblo, aunque dependiendo de su estado de salud.

Don Lape y su esposa Petrona se casaron hace 51 años, tienen tres hijos y cuatro hijas, 23 nietos y más de 30 bisnietos. Don Lape vive en compañía de su esposa, quien tiene diabetes y ha estado delicada en varias ocasiones. Hasta hace poco vivía con ellos uno de sus nietos, a quien apodaba cariñosamente “el chavo”, falleció recientemente después de estar algunos días delicado de salud a causa de un accidente en motocicleta. Cuando “el chavo” ingresó al hospital, requería una operación de urgencia para la cual se necesitaba cubrir el costo; durante esos días hubo varios esfuerzos por recaudar fondos para ayudar a don Lape y el mensaje fue difundido entre los grupos de jaraneros y la ciudadanía en general, sin embargo, la cantidad que se juntó no alcanzó para cubrir la totalidad de los gastos médicos, don Lape tuvo que vender parte del terreno de la casa en la que habían vivido para pagar los gastos médicos y, después, el traslado del cuerpo, además de sobrellevar la ausencia de su nieto que era su compañía y gran apoyo para la venta de sus instrumentos, ya que le ayudaba a promocionarlos en una cuenta de Facebook. Después de la muerte de “el chavo”, sus alumnas se han organizado para dar difusión y promoción en redes sociales a las clases de jarana de don Lape en la localidad (fotografía 2). También otras amistades que hacen uso de estas redes le han apoyado dando difusión a la venta de sus instrumentos en sus perfiles personales.

La trayectoria musical de don Lape se cruzó en algún punto de su vida con su trayectoria como laudero, que es una fuente de ingresos para él actualmente. Dicho cruce ocurre en una etapa adulta de su vida. Hoy en día, a sus 71 años, sigue construyendo instrumentos al ritmo que sus fuerzas, salud y ánimos le permiten. El relato de don Lape ilustra cómo los vínculos intergeneracionales pueden ser de gran apoyo ante situaciones que no pueden ser resueltas por la persona o la familia. Esta red de apoyo que se gestó fue en parte por

el reconocimiento de su labor y sus aportes como músico mayor de son tuxteco. También es posible ver la importancia de estos vínculos intergeneracionales en el uso de tecnologías digitales, ya sea para la venta de instrumentos, para dar promoción a sus clases de jarana o para difundir una campaña de recaudación de fondos para resolver una cuestión de salud o situación difícil.

Fotografía 2. Don Lape en su casa entrastando una guitarra de son



Fuente: archivo personal de Diana Terán.

“Cuando estaba yo nuevo...”

A finales de marzo de 2020, Juan Campechano, jaranero de 32 años, me invitó a una reunión en casa de su familia, los Campechano. El motivo de la convivencia era reunir a varios jaraneros, bailadores y cantadores de edades avanzadas, entre los que se encontraba don Julián Ortiz, jaranero de 90 años. Cuando llegamos estaban otros

tres jóvenes amigos de Juan, una chica y dos chicos, que venían del puerto de Veracruz. Estábamos en la parte trasera de la casa de sus padres, el lugar estaba decorado con mondongos,⁵ había una tarima y un pizarrón; alrededor estaban los músicos mayores sentados en bancas, estuvieron tocando algunos sones acompañados de la familia Campechano. Había varios micrófonos instalados y conectados a una caja desde la cual se ecualizaba el audio. Uno de los chicos estaba tomando fotos y grabando videos, el otro chico estaba regulando el audio. Indagando sobre la finalidad de las grabaciones, me dijeron que eran parte de un proyecto otorgado en 2019 por el Programa de Acciones Culturales Multilingües y Comunitarias (Pacmyc)⁶ que se había visto interrumpido por la pandemia. Era la segunda parte de un proyecto que había entrado en la convocatoria de 2018. Ambos proyectos consistían en hacer un registro de los saberes y conocimientos locales sobre la versada, el entorno y las experiencias musicales de los viejos músicos de Santiago Tuxtla.

Don Julián es jaranero originario de Santiago Tuxtla, tiene 90 años. Creció ayudando a su padre a cuidar animales de campo. Al igual que don Lape, en el caso de don Julián el trabajo a temprana edad fue una constante, tanto como para las generaciones pasadas que vivieron en un contexto mayormente campesino donde se privilegiaba más el trabajo que los estudios, periodo en el cual las actividades económicas y productivas de la localidad coexistían con otras realidades que no atendían al proyecto modernista y progresista, sino que apelaban a otros modos de vida y de trabajar la tierra (González, 2011:353).

Es el mayor de tres hermanos, uno de ellos también tocaba y andaba en los huapangos, pero perdió la vista por causa de la diabetes. La compañera de don Julián murió hace varios años, después de un

⁵ Adornos que se usan en los huapangos, son hechos a mano con globos y papel picado.

⁶ Este programa es promovido a nivel federal por la Secretaría de Cultura del Gobierno de México, por medio de la Dirección General de Culturas Populares, Indígenas y Urbanas, y a nivel estatal a través del Instituto Veracruzano de Cultura (IVEC). Dicho programa tiene el objetivo de apoyar económicamente proyectos culturales o de intervención que fomenten la salvaguarda del Patrimonio Cultural Inmaterial.

tiempo de haberse separado. Don Julián tiene tres hijos: Julio, Julia y Raúl, y uno de crianza. Uno de sus hijos, Julio, tocó un tiempo la jarana, pero después le pareció muy aburrido; vive en Piedras Negras, Coahuila, y es soldado militar, de vez en cuando visita a don Julián. Actualmente su hija Julia y sus hijas son las que viven y pasan mayor tiempo con don Julián; con sus otros hijos mantiene poca comunicación.

Don Julián trabajó 28 años como velador en el Hotel Castellanos. Durante este periodo presentó problemas con su vista, tuvo carnosidad en un ojo y catarata en otro; con el tiempo lo operaron, pero no quedó del todo bien. Antes de cumplir 30 años de servicio y alcanzar su jubilación, lo despidieron sin pensionarlo por un malentendido.

Tanto en el caso de don Julián como en el de don Lape, pasaron algún tiempo de sus vidas en el que realizaron trabajo pesado en actividades vinculadas al campo, ya sea sembrando, cuidando animales, aserrando o leñando. El ámbito laboral en sus vidas es una constante, aunque no con todas las garantías de lo que un trabajo formal pudiera otorgar. En ambos casos, el son tuxteco ha formado parte importante de sus vidas, aunque para don Lape, a diferencia de don Julián, el son representa en esta etapa de su vida una fuente de ingresos.

Los inicios de don Julián en los huapangos fueron en su infancia, aprendió a tocar al lado de su padre, Floro Ortiz, quien lo llevaba con él. Su primer requinto se lo regaló su padrino Manuel Palma, estaba encordado con tripa de res, como solían encordar sus instrumentos los músicos de antes por la dificultad de conseguir cuerdas de otro tipo (Moreno, 2019). Para don Julián las navidades eran fechas especiales, sobre todo cuando se hacían los fandangos de Rama,⁷ que

⁷ Los paseos de Rama empiezan el 25 diciembre y terminan el 2 de febrero, durante este periodo se ofrecen fandangos diarios, con excepción del 31 de diciembre. El primer fandango lo ofrece el Ayuntamiento municipal y con esto se inicia la temporada de los paseos de Rama. Existen dos tipos de fandangos, los de “Rama grande” que son considerados para adultos, que se realizan del 25 de diciembre al 6 de enero, y los fandangos de “Rama chica” que son para los niños y van del 7 de enero al 2 de febrero (Campos, 2015). Sin embargo, hoy en día en ambos fandangos es visible y comúnmente aceptada la presencia de niños y adultos. Actualmente, el Ayuntamiento municipal coordina las fechas con los caseros, a quienes apoya en la realización proporcionando toldos, sillas, tarimas y aseguran-

no eran pagadas como hoy en día. De acuerdo con don Julián esto se ha ido acabando porque la gente de gusto ya se ha ido muriendo. Él recuerda que en las fiestas patronales que son celebradas en julio venían tocadores de Catemaco, de Veracruz, grupos como Mono Blanco, y personas de lugares tan lejanos como Texas; estos músicos se acercaban a él, le hacían plática sobre su forma de tocar, sobre cómo había aprendido y se tomaban fotografías con él.

Don Julián tocó en un grupo que se llamaba Son Tuxteco, estaba compuesto por don Dionisio Vichi (†) y su hijo Chencho Vichi, Agustín Bapo y él; con estos señores tocaba en los rezos a la virgen de Guadalupe. Entre los músicos que recuerda mencionó a don Juan Zapata (†) y su particular estilo de tocar por bandola (una afinación). Entre los jaraneros más jóvenes que lo han frecuentado están don Pablo Campechano y su hijo Juan Campechano, Chencho Vichi y Joel. En una ocasión Juan Campechano fue a visitarlo, cuando don Julián tenía una herida por causa de una mordida de perro que no le terminaba de sanar. Ese día Juan iba acompañado de otro joven, al ver la herida de don Julián fueron a comprarle medicinas y material para que se curara: “Y me dice: ‘¿lo curo?, ¿o se va a curar usted?’ Y le digo: ‘ahí me voy a curar yo’. Y ya me dijo: ‘cuando se componga yo vengo para que nos acompañe a tocar...’, me han visto mucho esos amigos, en mis enfermedades y todo eso” (entrevista a don Julián, 90 años, 23 de octubre).

En otras ocasiones Juan Campechano le ha llevado despensa, también le ha expresado lo valiosos que son sus conocimientos musicales, le hace recomendaciones sobre sus cuidados y lo anima a que siga tocando su jarana. Sin embargo, su ánimo y cansancio le impiden tocar de pie durante mucho tiempo, como generalmente lo hacen los tocadores: alrededor de la tarima. A sus 90 años los males-tares en su cuerpo cada vez se hacen más presentes, como dolores en sus riñones, en su espalda y sus piernas:

do a un grupo base de jaraneros a cambio de una remuneración económica por un tiempo determinado.

Estaba yo bueno, saludable y ahorita ya estoy jodido. Para tocar, solamente sentado, porque parado ya no aguanto; agarro mi bordón y eso, sí toco bien, todavía y eso, pero sentado... como dice su hijo de don Pablo: “Usted va a tocar sentado; mi papá que toque parado y mis hermanas, los que puedan; pero usted conmigo va a tocar sentado”. Pero yo casi no estoy acostumbrado a tocar sentado, sino parado, pero eso era antes, me sentía yo... estaba potente. No tenía ninguna enfermedad. Todavía estaba yo nuevo de 20 años, 25, 30 años... a los 50 todavía me sentía yo bien. Ya ahorita como que me duelen las piernas y ya no puedo avanzar, tengo que agarrar mi bordón pa’detenerme, je [entrevista a don Julián, 90 años, 23 de octubre].

Antes de la pandemia, don Julián salía caminando al mercado, a los rezos y huapangos (fotografía 3). No obstante, con la pandemia dejó de hacerlo por recomendación de sus hijos. Sin embargo, expresa que al dejar de tener movilidad, su cuerpo lo resintió: “Y más me fregué porque ya no salgo a caminar, por la enfermedad, ¿no? Mi hija y mi hermano me dijeron que ya no ande saliendo a ninguna parte” (entrevista a don Julián, 90 años, 23 de octubre). Ahora se entretiene deshierbando, cortando leña para cocinar o arreglando el terreno que tiene su hermano al lado de su casa, porque no puede estar sin hacer nada, a pesar de que estas actividades puedan representar un riesgo mayor para él por una caída, golpe o una parálisis facial, incidentes que ya le han ocurrido recientemente.

Al platicar con su hija Julia, me comentó que la situación con su papá era complicada porque no hacía caso de no hacer algunas actividades a veces peligrosas para él. Me comentó que la parálisis facial que tenía se le había desencadenado por estar muchas horas deshierbando bajo el rayo del sol, por lo que le subió la presión y le ocasionó una parálisis. Recientemente se había tropezado y lastimado su pie al acarrear leña, y ahora estaba esperando su pensión de adulto mayor para ir a ver a un brujo para que le dijera qué le había pasado en su pie.

Fotografía 3. Don Julián Ortiz tocando una de sus jaranas afuera de su casa



Fuente: archivo personal de Diana Terán, octubre de 2021.

En el caso de don Julián, la trayectoria musical se consolida aparte de su trabajo como velador en edad adulta; aunque la música está presente en su vida, no es la actividad a la que se haya dedicado para obtener ingresos; quizá en algunas ocasiones o tocadas sí percibía un pago por tocar, pero de acuerdo con lo relatado ese pago fue en ocasiones de tiempos más recientes. Los jóvenes y adultos jaraneros de generaciones más jóvenes reconocen la trayectoria musical de don Julián por sus saberes y prácticas culturales, al integrarlo a programas que buscan fomentar la salvaguarda del patrimonio cultural inmaterial, también se preocupan por su estado de salud y en esa medida brindan cuidados cuando es requerido.

Para Salguero (2007), el trabajo es parte de la identidad masculina desde temprana edad, en los casos de don Lape y don Julián es posible apreciar cómo el valor que le asignan al trabajo y sus roles como proveedores de familia han sido centrales en sus vidas y forman parte de sus narrativas de lo que han venido desempeñando desde la infancia

hasta una edad avanzada cuando la movilidad y funcionalidad corporal van marcando el ritmo de las actividades a realizar. El trabajo o la actividad desempeñada a lo largo de sus vidas también puede tener efectos en su proceso de envejecimiento, como se ilustra en el caso de don Julián con el problema de su vista por pasar la noche velando el hotel. Sin dejar de lado que don Julián se encuentra en una etapa muy avanzada de su vejez, a diferencia del caso de don Lape, las restricciones en cuanto a las actividades de trabajo y la movilidad que puedan tener van a depender de las condiciones en las que se vaya manifestando su envejecimiento y de la etapa de la vejez en la que estén.

“¿Qué prefieres, el baile o tu marido?”

Magdalena Domínguez creció con sus abuelos y aprendió a bailar huapango viendo a su familia. La mayor parte de sus familiares eran bailadores y tocadores de huapango; su bisabuelo tocaba el violín y su abuelita también bailaba. Su familia era comerciante y en diciembre hacían los huapangos de Rama en su casa, que implicaban la preparación de cantidades abundantes de comida para los asistentes. Cuando era niña su abuela no la dejaba estar en esos huapangos, porque eran considerados eventos de gente grande asociados con vicios. Ella se acuerda de cómo desde adentro, acostada en su cama, escuchaba entre sueños el retumbar del zapateado en la tarima. Su abuela le contaba que a ella su papá la llevaba al huapango, pero llegando del huapango en la madrugada sin dormir la ponía a hacer su quehacer, a echar tortillas. En esos tiempos, los huapangos eran consideradas espacios públicos donde los jóvenes podían convivir, a diferencia de otros espacios donde era “mal visto” que un joven se acercara o le hablara a una joven. Ya más grandecita, cuando su abuela la dejaba estar en el huapango o le ayudaba con la organización, veía a los bailadores; fue así como fue aprendiendo a zapatear.

Magdalena creció con sus abuelos, tuvo una crianza dura y dolorosa; su abuela recurría a los golpes para corregirla, no la dejaban salir, ni tener amigos ni amigas. Ella desde muy chica sabía bailar,

pero no tenía la libertad de salir porque su abuela la cuidaba mucho. De su padre tiene muy pocos recuerdos en su infancia, a lo largo de su vida no fueron muy cercanos; ya de grande se enteró que él también bailaba. Magdalena tuvo un hermano, Felipe, que murió de 35 años, también tocaba y bailaba.

Un tío de ella, Nemesio Domínguez,⁸ dirigía un ballet infantil de música regional; para cuando tenía 12 años, Magdalena ya sabía bailar bien y su tío le propuso dar las clases del ballet porque él tenía que trabajar en la escuela Erasmo Castellanos. Así fue como comenzó a dar clases de ballet folclórico desde corta edad. Para el tiempo en que ella pasó al bachillerato ya tenía un ballet y tenía presentaciones en Isla, Rodríguez Clara y más lugares fuera de Santiago Tuxtla. Después de un tiempo el director de la escuela secundaria técnica, que tiempo atrás los había invitado a presentarse en Rodríguez Clara, la buscó para que pudiera dar clases en esa escuela y ahí fue donde trabajó hasta jubilarse. En el desarrollo de su trayectoria como maestra de ballet folclórico y bailadora ha ido combinando el estilo folclórico o estilizado con el estilo abajeño⁹ del huapango, estilos que sabe diferenciar y precisar las características de cada uno en tiempos, modos y estructuras rítmicas.

Magdalena tiene cuatro hijos, tres varones y una mujer. Sus hijos saben tocar y bailar, comparten el gusto por la jarana y el baile como ella y asisten a huapangos cuando pueden. La maestra Magdalena comenzó a ir a los huapangos a partir de los 30 años, ya cuando sus niños estaban grandecitos y ella estaba separada, cuando sus niños estaban chicos tenía que cuidarlos y a su esposo no le gustaba que asistiera a los huapangos. Magdalena se define como una apasionada del baile, “siempre he sido muy apasionada, yo bailo y me pierdo, olvido mis penas” (entrevista a Magdalena Domínguez, 61 años, 18 de abril).

A Magdalena también se han acercado personas foráneas para aprender su estilo de zapateado del huapango. En una ocasión la entrevistaron para un programa de televisión y le preguntaron qué

⁸ Quien fue Presidente Municipal de Santiago Tuxtla en el periodo de 1979-1982.

⁹ Este término se usa para referirse al estilo que se baila en el huapango tuxteco.

era capaz de hacer por el baile, ella respondió: “¡Pues dejar a mi marido!” Cuando platicamos, contó que su marido era muy celoso y no le gustaban los fandangos, por lo que en una ocasión le propuso que eligiera entre él y el baile, a lo que comentó entre risas: “y aquí estoy bailando. Pues ni modo, si ahí nací, así me conoció, bailando” (entrevista a Magdalena Domínguez, 61 años, 18 de abril).

Hace alrededor de 11 años que está jubilada por parte de la secundaria donde dio clases de ballet folclórico. Después de jubilada sigue dando clases de baile a su propio Ballet Folklórico Toxtlan, el cual se presenta en diversos eventos locales y nacionales. El caso de Magdalena contrasta con las trayectorias expuestas de don Lape y don Julián. La trayectoria laboral de Magdalena se desarrolla en el sector formal, por lo que obtiene una jubilación como maestra por sus años laborados, antes de cumplir los 60 años (fotografía 4). Su trayectoria como bailadora se integra con su trayectoria laboral. En cierto sentido, aprovechó los conocimientos aprendidos, al igual que un conjunto de circunstancias, como la relación con su tío que tenía un ballet, lo cual la beneficiaron para consolidar su carrera y obtener un empleo enseñando algo que le apasionaba y pudiendo transmitir esa pasión a otras generaciones de jóvenes.

Un elemento importante a destacar sobre la trayectoria de la maestra Magdalena son las restricciones de ser mujer en cuanto al cuidado y disfrute de una actividad recreativa. El hecho de que en algún momento de su vida tuvo que tomar la decisión de elegir entre el baile y la relación con su esposo, da muestra de los sacrificios en función del género que tuvo que realizar para seguir desarrollándose laboral y recreativamente, aspectos que brindan bienestar. Esto da pistas para pensar en la ausencia de mujeres bailadoras mayores en la localidad, puesto que los valores y comportamientos machistas en cuanto al cuidado de los hijos, las labores domésticas o los celos de la pareja condicionan la presencia y la participación de las mujeres en estos espacios. Magdalena se encuentra en una etapa inicial o en transición a su etapa de vejez, con un ingreso estable derivado de su jubilación, un estado de salud que le permite seguir dando sus clases de baile, tiempo libre para viajar y pasar tiempo en compañía de sus hijos.

Fotografía 4. Magdalena Domínguez

Fuente: archivo personal de Diana Terán, abril de 2021.

Las distintas experiencias del envejecer

El tránsito hacia la vejez supone una serie de transiciones, reacomodos y negociaciones en cuanto a roles, actividades laborales ligadas con aptitudes físicas como las fuerzas, la funcionalidad corporal, las dinámicas familiares o los recursos simbólicos y materiales con los que cuente la persona para vivir esta etapa. Las distintas experiencias del envejecer relatadas y la contemplación de varios ámbitos en ellas a lo largo de sus vidas permiten ilustrar la complejidad y heterogeneidad de formas en que se construyen los envejecimientos, ya que el pasado es significativo en cuanto cómo se configura el presente conjuntando los motivos individuales con las restricciones externas (Giele y Elder, 1998). Fuentes y Osorio (2020) señalan que las trayectorias de envejecimiento se conforman en intersección con otras

instituciones sociales, como la familia, la salud o el trabajo; es en esta intersección donde se van estructurando y acentuando ciertas desigualdades sociales que se acumulan a lo largo de la trayectoria vital.

Las personas mayores entrevistadas nacieron entre 1931 y 1960, crecieron y se han desarrollado social y laboralmente en la localidad; a lo largo de sus vidas han formado parte de la historia local y de las expresiones culturales de la música popular. También han sido partícipes y testigos de cómo estas expresiones culturales han ido transformándose con el pasar de los años y con las nuevas generaciones, por ejemplo, en cuanto a las formas de ejecución y los materiales para la realización de los instrumentos, la estandarización de las afinaciones, en las formas de zapatear, en las formas de realizar ciertas festividades, entre otros. Estos cambios a su vez están relacionados con las transformaciones políticas, económicas y sociales en la localidad, los modos de vida, pero también por el carácter dinámico de esta manifestación cultural.

Sus trayectorias musicales y dancísticas iniciaron en la infancia o adolescencia y aprendieron de algún familiar cercano; son pertenecientes a una generación de personas mayores que aprendieron observando, conviviendo con sus familiares, es decir, la forma en que aprendieron fue empírica, pues para esos tiempos no existían talleres de enseñanza del género musical como se observa hoy en día, producto de las acciones de reavivación de épocas recientes (Meléndez, 2004). En sus relatos está presente la participación en festividades locales de tipo religioso o conmemorativo como el modo en que acostumbraban a socializar en diferentes etapas de su vida.

Para algunos autores (Gilleard, Hyde y Higgs, 2007; Nilsson, Hagberg y Jeppsson, 2013), el lugar es un elemento importante a considerar en el envejecer, sobre todo si coincide con el lugar donde se ha vivido a lo largo de la vida, se crea familia o se han forjado relaciones sociales cercanas, debido a que, a medida que las personas envejecen, su biografía individual con el tiempo se va vinculando más con el lugar y su historia. En este sentido, el lugar de residencia como espacio físico, social y emocional se vuelve más importante para el sentido de quién es uno. En los tres casos expuestos, sus biografías

individuales están integradas a las dinámicas de la localidad, cobran sentido como partícipes de una expresión cultural y musical, al igual que son personas reconocidas por la propia gente de la localidad como parte de estas expresiones.

¿Qué elementos abonan las expresiones musicales del son y el huapango en el envejecer de estas personas mayores?

Polizzi y Arias (2014) señalan que la participación activa en espacios sociales, así como la integración familiar y comunitaria brindan beneficios en el bienestar e incrementan la calidad de vida en las personas mayores. Sin embargo, es necesario precisar que no todas las personas mayores que son partícipes de esta manifestación cultural gozan de vínculos intergeneracionales que se muestren como una red social de apoyo, o que esto se cumpla de manera uniforme. Ante ello es importante reflexionar sobre ¿por qué algunas personas mayores tocadoras, cantadoras o bailadoras son más visibles, valoradas o reconocidas que otras?, y ¿cuáles son los factores que están influyendo en esta visualización, valoraciones o reconocimientos?

Los vínculos intergeneracionales que las personas mayores construyen alrededor de las expresiones musicales del son y el huapango contribuyen a incorporar nuevos elementos para el entendimiento de la conformación de redes sociales de apoyo de tipo informal. Si entendemos estas redes sociales como una práctica simbólico-cultural que involucra un conjunto de relaciones interpersonales que integran a una persona con su entorno y le permiten mejorar su bienestar material, físico y emocional, dichas redes contemplan el intercambio de apoyos y pueden variar en espacio y tiempo, y en momentos específicos (Guzmán, Huenchuan y Montes de Oca, 2003). Sin embargo, habría que agregar que, dentro de estos vínculos intergeneracionales que se desprenden de las expresiones culturales del son, también hay una movilización generacional de recursos culturales y de saberes. En esta movilización de recursos culturales, los saberes de las personas mayores son valorados por las nuevas generaciones que

se adscriben o se sienten pertenecientes a esta manifestación cultural, sean o no del contexto local.

De acuerdo con Thompson (2017), un conjunto intergeneracional brinda a los miembros una herencia que es producto de varias generaciones. Los miembros de estos grupos deciden qué elementos cambiar o acomodar a nuevas condiciones o valores, lo que provocará desacuerdos sobre qué aspectos de este patrimonio deben o no cambiar. Los desacuerdos, las tensiones, las disputas o las negociaciones generacionales forman parte de esta complejidad. En el caso del son jarocho o tuxteco, las nuevas generaciones han tomado un papel activo al cuestionarse qué aspectos seguir reproduciendo, modificar, replantear o adaptar. En esta sintonía, también han valorado los saberes de las personas mayores por considerarlos claves en la continuación de estas expresiones socioculturales relacionadas con la historia local.

Los vínculos intergeneracionales a nivel familiar se comportan de otra manera, la transmisión generacional de padre-hijo-nieto no siempre se cumple en esta lógica. De acuerdo con los relatos, la forma en que ellos aprendieron y encontraron el gusto por el son y el huapango dista de lo que ha pasado con sus descendientes. En los casos de don Lape y de don Julián, dicho gusto no logró consolidarse en sus hijos o nietos. En el caso de Magdalena esto se cumple de diferente manera, ya que varios de sus hijos sí adquirieron el gusto por el son o el huapango. Ante ese panorama, me pregunto: ¿qué factores pueden estar influyendo en las rupturas generacionales en cuanto a la transmisión de saberes musicales en lo familiar?

A manera de cierre

El estudio de los vínculos sociales de las personas mayores ofrece miradas diversas sobre los mecanismos de intercambio a nivel intergeneracional, vecinal o familiar, que podrían permitir a las personas mayores acceder a una serie de bienes y servicios, o representar mejoras en su bienestar simbólico y material. Las experiencias

expuestas permiten reflexionar sobre las posibilidades de cómo un interés común –como la música y su sentido colectivo– puede ser un punto de encuentro, a veces de desencuentros, para generar acercamientos intergeneracionales, en los que se intercambian saberes, afectividades o formas colectivas de cuidados para las personas mayores, como formas de retribución por los saberes y las experiencias de sus trayectorias compartidas con las nuevas generaciones. Cada caso tiene sus particularidades y han configurado de distintas formas la vejez de cada persona. Las distintas experiencias abordadas en este artículo dan muestra de las nuevas formas de resignificar la experiencia del envejecer y también de las dificultades cotidianas en cuanto a las situaciones laborales, de salud y cuidados de las personas mayores, así como de la importancia y el apoyo de sus vínculos intergeneracionales para la resolución de estas dificultades en esa etapa de sus vidas.

Bibliografía

- Alcántara, Álvaro (2015), *Dijera mi boca. Textualidades sonoras de un Sotavento imaginado*, Programa de Desarrollo Cultural del Sotavento/Conaculta, México.
- Arroyo Rueda, María C. (2011), “Sentirse ‘una carga’ en la vejez: realidad construida o inventada?”, *Revista Kairós Gerontología*, vol. 14, núm. 6, pp. 5-29.
- Attali, Jacques (1995), *Ruidos. Ensayo sobre la economía política de la música*, Siglo XXI Editores, México.
- Ávila, Homero (2008), *Políticas culturales en el marco de la democratización. Interfaces societales en el movimiento jaranero de Veracruz, 1979-2006*, tesis de doctorado, CIESAS, México.
- Blacking, John (2003), “¿Qué tan musical es el hombre?”, *Desacatos*, núm. 12, pp. 149-162.
- Camacho Díaz, Gonzalo (2019), “La dimensión sonora de ‘el costumbre’. Un recorrido sinuoso en la Huasteca”, *Trace. Procesos mexicanos y centroamericanos*, núm. 76, pp. 103-129.

- Campos Ortíz, Héctor L. (2015), *El paseo de la rama. Ciertos detalles de una tradición*, Programa de Desarrollo Cultural del Sotavento, México.
- Cárdenas-Soler, Ruth y Dennys Martínez-Chaparro (2015), “El paisaje sonoro, una aproximación teórica desde la semiótica”, *Revista de Investigación, Desarrollo e Innovación*, vol. 5, núm. 2, pp. 129-140.
- Cardona, Ishtar (2009), “Los fandangos, la música de escenario y los festivales: la reactivación del son jarocho en Veracruz”, en Yolanda Juárez y Leticia Bobadilla González (eds.), *Veracruz: sociedad y cultura popular en la región Golfo Caribe*, Instituto de Investigaciones Históricas, Morelia, pp. 47-68.
- Cardona, Ishtar (2006), “Los actores culturales entre la tentación comunitaria y el mercado global: el resurgimiento del Son Jarocho”, *Política y Cultura*, núm. 26, pp. 213-232.
- Delgado, Alfredo (2004), *Historia, cultura e identidad en el Sotavento*, Conaculta, México.
- Figueroa, Rafael (2007), *Son Jarocho. Guía histórico-musical*, Conaculta/Fonca, Xalapa.
- Fuentes García, Alejandra y Paulina Osorio Parraguez (2020), “Una mirada a la vejez en tiempos de pandemia desde el enfoque de curso de vida y desigualdades”, en Revista Chilena de Salud Pública (ed.), *Virus y sociedad: hacer de la tragedia social una oportunidad de cambios*, Escuela de Salud Pública, Santiago de Chile, pp. 91-102.
- Giele, Janet y Glen Elder (eds.) (1998), *Methods of Life Course Research. Qualitative and Quantitative Approaches*, Sage, Londres.
- Gilleard, Chris, Martin Hyde y Paul Higgs (2007), “The Impact of Age, Place, Aging in Place, and Attachment to Place on the Well-Being of the Over 50s in England”, *Research on Aging*, vol. 29, núm. 6, pp. 590-605.
- González Sierra, José (2011), “El primer tercio de un corto siglo xx”, en Martín Aguilar y Juan Escamilla (eds.), *Historia general de Veracruz*, Gobierno de Veracruz/Secretaría de Educación/Universidad Veracruzana, pp. 351-368.
- Gutiérrez, Paola (2019), “Percepciones, imágenes y opiniones sobre la vejez desde la mirada de los adultos y jóvenes en México”, *Es-piral*, vol. xxvi, núm. 75, pp. 197-237.

- Guzmán, José M., Sandra Huenchuan y Verónica Montes de Oca (2003), “Redes de apoyo social de las personas mayores: marco conceptual”, *Notas de Población*, año xxix, núm. 77, pp. 35-70.
- Ham Chande, Roberto (2003), *El envejecimiento en México: el siguiente reto de la transición demográfica*, Miguel Ángel Porrúa, México.
- Hareven, Tamara (1978), “La última etapa de la vida: la adultez y la vejez históricas”, en Erik H. Erikson (ed.), *La adultez*, FCE, México, pp. 298-318.
- Hobsbawm, Eric y Terence Ranger (eds.) (2002), *La invención de la tradición*, Crítica, Barcelona.
- Macías Sánchez, Clara (2016), *La explosión del son y el fandango jarocho: músicas, versos y baile para el ritual*, tesis de doctorado, UNAM, Ciudad de México.
- Meléndez, Juan (2018), *Arcadio Hidalgo. Poeta, campesino, jaranero, revolucionario*, Programa de Acciones Culturales Multilingües y Comunitarias-Instituto Veracruzano de la Cultura, Veracruz.
- Meléndez, Juan (2004), “Gilberto Gutiérrez: La importancia del trabajo comunitario”, *Son del Sur*, núm. 10, pp. 26-42.
- Moreno Nájera, Andrés (2019), “Las cuerdas”, *La Manta y La Raya*, núm. 9.
- Nilsson, Magnus, Jan-Erik Hagberg y Eva Jeppsson Grassman (2013), “To Age as a Man: Ageing and Masculinity in a Small Rural Community in Sweden”, *Norma. Nordic Journal for Masculinity Studies*, vol. 8, núm. 1, pp. 59-76.
- Polizzi, Luciana y Claudia J. Arias (2014), “Los vínculos que brindan mayor satisfacción en la red de apoyo social de los adultos”, *Pensando Psicología*, vol. 10, núm. 17, pp. 61-70.
- Reyes, Laureano (2006), “Estatus social y rol de la ancianidad”, en Leticia Robles, Felipe Vázquez, Laureano Reyes e Imelda Orozco (eds.), *Miradas sobre la vejez: un enfoque antropológico*, Plaza y Valdés/El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, pp. 147-181.
- Robles, Leticia, Felipe Vázquez, Laureano Reyes e Imelda Orozco (eds.) (2006), *Miradas sobre la vejez: un enfoque antropológico*, Plaza y Valdés/El Colegio de la Frontera del Norte, Tijuana.

- Salguero, María A. (2007), “El significado del trabajo en las identidades masculinas”, en María L. Jiménez y Olivia Tena (coords.), *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias-UNAM, Cuernavaca, pp. 429-448.
- Scarimbolo, Graciela, Héctor Ganso y Silvia Berezin (eds.) (2012), “Subjetividad, memoria y su relación con el cuidado”, documento presentado en el IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XIX Jornadas de Investigación, VIII Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur, Facultad de Psicología-Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Thompson, Janna (2017), “The Ethics of Intergenerational Relationships”, *Canadian Journal of Philosophy*, vol. 47, núms. 2-3, pp. 313-326.
- Treviño Siller, Sandra, Blanca Pelcastre Villafuerte y Margarita Márquez Serrano (2006), “Experiencias de envejecimiento en el México rural”, *Salud Pública de México*, vol. 48, núm. 1, pp. 30-38.
- Vázquez, Felipe (1999a), “Hacia un acercamiento y comprensión de la ancianidad en Veracruz”, en Consejo Nacional de Población (Conapo) (ed.), *Envejecimiento demográfico en México: retos y perspectivas*, Conapo, México, pp. 71-85.
- Vázquez, Felipe (1999b), “Hacia una cultura de la ancianidad y la muerte en México”, *Papeles de Población*, vol. 5, núm. 19, pp. 65-75.
- Zetina Lozano, María G. (1999), “Conceptualización del proceso de envejecimiento”, *Papeles de Población*, vol. 5, núm. 19, pp. 23-41.

Fecha de recepción: 20/02/22

Fecha de aceptación: 04/08/22

DOI: 10.24275/tramas/uamx/20225797-126

Experiencia y significación de la vejez en comunidades zapotecas

*Guillermo César Vadillo Abarca**

Resumen

El presente artículo es producto de un extenso recorrido por las comunidades zapotecas de El Rincón en la Sierra Juárez de Oaxaca, al acompañar a la banda de viento Morelos, de Santiago Yagallo. Los integrantes y su director me permitieron estar a su lado durante varios años cuando visitaban comunidades vecinas durante sus fiestas patronales. El acercamiento con ellos fue vital, ya que gozan de gran prestigio y respeto entre las autoridades y los ciudadanos de los pueblos aledaños, esto permitió un intercambio de saberes y miradas al hablar con ellos y no de ellos, siguiendo la lógica de la historia oral, donde la entrevista a manera de conversaciones cobró importancia. Los músicos me arroparon para lograr conversar con los ciudadanos, y así recoger una serie de narraciones en torno a la experiencia de los mayores en la vida comunitaria, el lugar en que son colocados por ésta, su papel en la construcción y el reforzamiento de los vínculos con las nuevas generaciones y, por supuesto, el lugar de la memoria en la resignificación de los elementos que componen el mosaico identitario.

Palabras clave: experiencia, narración, identidad, vínculos, significaciones, comunidad.

* Doctor en Ciencias Sociales por la UAM-Xochimilco. Correo electrónico: [abelar26@gmail.com].

Abstract

This paper is the product of an extensive journey through the Zapotec communities of El Rincón in Sierra Juárez de Oaxaca, accompanying the wind band Morelos of Santiago Yagallo. The members and their director allowed me to be by their side for several years when they visited neighboring communities during their patron saint festivities. The approach with them was vital, since they enjoy great prestige and respect among the authorities and citizens of the surrounding towns, this allowed an exchange of knowledge and views when talking to them and not about them, following the logic of oral history, where the interview as a conversation gained importance. The musicians sheltered me to be able to talk with the citizens, gathering a series of narrations about the experience of the elderly in community life, the place in which they are placed by it, their role in the construction and reinforcement of the bonds with the new generations and, of course, the place of memory in the resignification of the elements that make up the identity mosaic.

Keywords: experience, narrative, identity, links, meanings, community.

Bicaa chahui' diidxa stimu, Diidxa Endanabani'
Ésta es nuestra palabra, nuestra experiencia

Introducción

Este artículo surge como una posibilidad de pensar la vejez desde una perspectiva de comprensión del vínculo comunitario a través del discurso de sujetos inmersos en las prácticas comunitarias de la región de El Rincón en la Sierra Juárez de Oaxaca. Se pretende compartir la experiencia sobre esa etapa de la vida, en la voz de los músicos de la comunidad de Santiago Yagallo y ciudadanos que aceptaron conversar sobre el tema. Durante la visita a otros pueblos se pudo constatar el papel de amalgama cultural que es la música de viento, su importancia en el acompañamiento de la misa y en otras festividades de la comunidad.

Este artículo es producto del trabajo de campo para la investigación: *La música de viento como experiencia colectiva y productora de sentido en Santiago Yagallo, una comunidad zapoteca* (Vadillo, 2012), realizada bajo el programa de maestría en Psicología Social de Grupos e Instituciones, de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM)-Unidad Xochimilco. Después de terminado el trabajo de campo de acuerdo con el calendario establecido, se continuó con la visita, junto con los músicos, a comunidades cercanas durante su fiesta patronal y se conversó con los narradores sobre diversos temas de interés en la región. La última serie de entrevistas se realizaron durante la fiesta patronal de Santiago Yagallo en 2019 y, siguiendo la perspectiva metodológica de la historia oral, se elaboraron historias de vida con la consigna de recoger diversos testimonios sobre la experiencia de vida de los mayores en las comunidades zapotecas. En este sentido, “la historia de vida contribuye con importantes interpretaciones de la cultura y de su tiempo, pero su foco de atención se encuentra en el pequeño detalle de la vida cotidiana” (Garay, 1997:17). Aquí se ofrece una actualización de las entrevistas de siete años atrás, en las que el tema de la vejez fue uno de los emergentes durante las rutas de campo.

En el desarrollo de esta investigación, se aborda de manera breve el tema de los pueblos originarios, partiendo de una visión latinoamericana con el acompañamiento de referentes teóricos que permitan obtener una visión más amplia del tema. Es obligada la mención de los trabajos sobre la problemática realizados desde distintas disciplinas de las ciencias sociales, por ello recurrimos a la producción de trabajos académicos que podríamos llamar locales que ayuden al análisis y la reflexión.

El papel de la memoria y el olvido en el relato de los sujetos entrevistados es recurrente, existe cierta intención de ser recordados por las nuevas generaciones, también de lograr un reconocimiento debido a su labor como cronistas, del quehacer narrativo y su importancia en el reforzamiento y sostén de la identidad del pueblo zapoteco. A continuación se incluye un apartado sobre los cuerpos sufrientes, de aquellos mayores anónimos olvidados por sus familiares

cercanos, pero que son arropados por la comunidad, en el sentido material y afectivo, reintegrándolos así en la vida comunitaria. Las voces de los narradores no podían quedar silenciadas, por ello aparecen recurrentemente durante este artículo como soporte principal, dado que el objetivo consistió en compartir la experiencia de cómo se vive la vejez en los pueblos zapotecos de El Rincón en la Sierra Juárez de Oaxaca.

Los pueblos originarios

Hablar de pueblos originarios es referirnos a los descendientes de aquellas culturas asentadas en las distintas regiones de Latinoamérica antes de la conquista española, los cuales han conservados sus tradiciones hasta nuestros días. Asimismo, la preservación de sus costumbres y tradiciones llevó a una férrea defensa del territorio. Las constantes rebeliones que enfrentó el imperio español en los territorios conquistados derivaron en su momento en movimientos de independencia que poco a poco cristalizaron. A pesar de esto, los pueblos originarios fueron arrinconados nuevamente en zonas que hicieron más difícil la sobrevivencia. Es por ello que no abandonaron: “Las formas de organización comunal persistentes en territorios de países latinoamericanos, han permitido el surgimiento de procesos de defensa territorial creados por ciertos sujetos colectivos” (Carmona y Tetreault, 2021:157).

Cabe señalar que ciertas estructuras de poder establecidas durante el periodo colonial continúan hasta nuestros días, una de ellas es la figura del cacique, quien manipula los flujos de mercancías entre las comunidades y los pueblos de cada región, asimismo, se comportan como parte de los dispositivos de poder implementados desde el centralismo del Estado. Otro remanente de la estructura del poder colonial es “la codificación de las diferencias entre conquistadores y conquistados en la idea de la raza, es decir, una diferente estructura biológica que ubicaba a los unos en situación natural de inferioridad” (Quijano, 2014:778). Esta forma de diferenciación racial

contribuyó en la construcción de la sociedad durante el virreinato, al acrecentar, como lo menciona Quijano, “La formación de relaciones sociales [que] produjo en América identidades sociales, históricamente nuevas: indios, negros y mestizos, y redefinió otras” (2014:779).

Durante mucho tiempo y hasta nuestros días todavía se utilizan estos términos para designar a esos “otros” que vienen de las sierras, basta con asomarse un poco a las comunidades que viven en las laderas de cerros y montañas, donde tuvieron que refugiarse ante el avance de los conquistadores y posteriormente de los caciques que se apoderaron de las tierras más fértiles. Al respecto, el antropólogo zapoteco Jaime Martínez apunta que: “El proceso de despojo que sufrimos las comunidades indígenas, nos empujó a las regiones más agrestes y arrinconadas del territorio, ahora nacional” (2002:21). En la actualidad este investigador impulsa una lucha en las comunidades de El Rincón para lograr una mayor integración entre los pueblos zapotecos, mixes y chinantecos.

Uno de los componentes culturales más importantes de los pueblos originarios es, sin duda, la lengua; le confiere una identidad inexorablemente unida al territorio mediante vínculos forjados por procesos de larga duración. Al respecto, la escritora mixe Yásnaya Aguilar indica que: “si no conocemos la diversidad lingüística, será difícil que un día podamos saber más de ellas y demandar espacios para aprender y disfrutar de las lenguas que se hablan en tu propio país” (2020:35). De acuerdo con el prefacio de Carlos Montemayor en *Otras geografías*:

Cinco siglos no han logrado destruir totalmente los fundamentos de la vida colectiva indígena. El levantamiento armado ha sido a menudo la respuesta a los reiterados intentos de desaparecer los valores de sus comunidades. La propiedad comunal de la tierra aparece como más compleja e importante que la individual: se trata de un ordenamiento cultural en que el trabajo, la economía y la integración política de los individuos y las familias se asumen como un sistema de valores también colectivo (Gasparello y Quintana, 2009:15-16).

Una aproximación al concepto de vejez como experiencia y memoria colectiva

La finalidad de este artículo no sólo es compartir una experiencia de formación como investigador, también pretende transmitir una reflexión en torno a las prácticas comunitarias que han permitido la creación de vínculos a lo largo de muchas generaciones durante un proceso al que pertenece la identidad en movimiento de la etnia zapoteca. La forma en que conciben la vejez permite aproximarnos a una práctica colectiva que sigue vigente, porque las nuevas generaciones comparten la idea de respeto y reconocimiento a los mayores. Esta reflexión fue acompañada por la idea de hablar con ellos y no de ellos, en un constante intercambio de saberes y miradas, de devoluciones mutuas. Este documento recoge las narraciones de los mayores de la comunidad, del lugar que ocupan en ella, de cómo afirman el sentido de pertenencia; ciertamente, rompen con los estereotipos de lo que significa la vejez, de cómo viven esta parte de su vida.

En adelante, encontraremos la narración de la experiencia de varios sujetos cuya vida se articula necesariamente con prácticas comunitarias que circulan en los pueblos originarios de la Sierra Juárez de Oaxaca. La interacción con los músicos permitió transitar al lado de ciudadanos muy respetados en las comunidades zapotecas, gracias al prestigio que mantienen desde hace siglos en sus respectivos pueblos, no sólo porque amenizan las bodas locales, conmemoraciones, fiestas patrias y, por supuesto, la fiesta patronal, en la que tienen un papel fundamental por el refrendo que año con año realiza la comunidad como etnia, en esta relación entre lo sagrado y lo profano, en la que, por cierto, el músico transita al acompañar al sacerdote en la misa con la banda de viento y después a los ciudadanos en el baile popular y el jaripeo. La tarea del músico no termina ahí, ya que también tiene la función de embajador cultural con otras comunidades, porque asisten a sus fiestas patronales.

Poco a poco el tipo de entrevistas a modo de conversación abarcó una diversidad de temas que van desde: la economía en la zona, el intercambio de productos agrícolas, los intereses políticos, los pleitos

por límites de tierras, las historias y leyendas que fueron pasando de generación en generación a través de la tradición oral, el lugar de la mujer en la comunidad, de los jóvenes, los niños y el trato a las personas mayores. Ahora bien, aun en un territorio pequeño en extensión, como lo es el abordado, se puede identificar la heterogeneidad de la vejez, sus diversas formas moldeadas por un contexto de marginación económica y olvido institucional. Los estudios realizados en varios campos de las ciencias sociales, en particular por los estudios antropológicos, develan que:

Los ancianos han sido respetados y venerados en las culturas ancestrales y el caso mexicano no es la excepción. En los pueblos indígenas de México, hay reportes que señalan un trato preferencial hacia los viejos, acompañado de admiración, respeto, obediencia y protección. La vejez era percibida como un periodo de profundo respeto, toda vez que representaba autoridad moral y liderazgo político cultural. Ser indígena y conquistar edades avanzadas era la fórmula perfecta para vivir el último tramo del ciclo de vida prácticamente en un paraíso (Reyes, 2019:342).

Si bien este análisis del doctor Reyes es realizado en el estado de Chiapas guarda similitudes con lo observado en la etnia zapoteca de Oaxaca, a reserva, claro, de las particularidades del territorio en cuestión. Cabe señalar que en ese trabajo todavía utiliza el término “indígena”, un despectivo utilizado en las ciudades para denostar a los sujetos que vienen de las sierras. Al principio de este artículo mencioné que en las comunidades zapotecas ellos deciden cómo llamarse entre sí para bromear y cómo permiten que los extraños los llamen, en especial a los viejos; ellos son muy sensibles en este sentido y es muy importante el tacto para conversar con ellos.

La vejez, la memoria y el olvido

La memoria de los mayores de la comunidad es en parte la memoria colectiva, ya que en ellos está depositada esta misión; no es que

exista un comité al respecto, es un mandato no escrito, es una especie de encargo comunitario. Cuando uno pregunta sobre algún acontecimiento, por ejemplo, los estragos causados por el huracán Paulina en 1997, los ciudadanos te dan un breve relato y de inmediato te envían con don Eusebio, o doña Matilde, quienes ofrecen un testimonio más descriptivo sobre sus efectos en carreteras, caminos, puentes, cultivos y viviendas. La paciencia con los investigadores de diversas universidades que los visitan es palpable, son conscientes de la importancia de que su palabra no se pierda, que se convierta en archivo, es por ello que por lo regular piden una copia del trabajo, tesis, revista o libro donde esté plasmada la historia contada. El enorme librero ubicado en el palacio municipal del pueblo contiene los documentos históricos de la comunidad. La mayoría de los investigadores regresamos a cumplir con la devolución, ya que las investigaciones realizadas en esta región zapoteca se han convertido en fuente escrita, que es uno de los ejes argumentativos del presente artículo. Podemos afirmar que los *mitantes*, los narradores, son conscientes de la importancia del archivo como parte de la responsabilidad en el sostén del vínculo identitario, en el que la postura política no deja de hacerse presente, ya que la continuidad de su historia depende en mucho de ello.

Relato y testimonio

El papel de los viejos en la tradición oral es de suma importancia, son ellos quienes posibilitan que la correa de transmisión histórica siga en marcha. Este análisis es vital, ya que deja de lado la visión romántica del sujeto de estudio y encara al discurso del otro en la intencionalidad del sentido. Durante las entrevistas a manera de conversación los narradores dieron testimonio de acontecimientos ocurridos en sus comunidades, por supuesto, en algunos no estuvieron presentes, pero los relataban como si hubiesen sido testigos presenciales. Paul Ricoeur (2013) al respecto señala que:

Con el testimonio se abre un proceso epistemológico que parte de la memoria declarada, pasa por el archivo y los documentos, y termina en la prueba documental. De ahí el interés y la importancia del intento de análisis esencial del testimonio dentro de su potencialidad de múltiples usos. ¿Hasta qué punto es fiable el testimonio? Esta pregunta sitúa frente a frente la confianza y la sospecha. En efecto la sospecha se despliega a lo largo de una cadena de operaciones que comienzan en el plano de la percepción de una escena vivida (2013:208-209).

En la reflexión se presenta un sesgo político, en el relato observamos un vaivén en los tres tiempos: el presente desde donde se interpreta, el pasado como piedra angular y el futuro que insiste. Así, los viejos al recordar también olvidan, sin embargo, cabe la pregunta: ¿lo hacen de manera consciente? Reflexionemos al respecto. En algunas entrevistas, los narradores manifestaron que saber la historia de su comunidad y contarla a los jóvenes es una especie de deuda moral. Sobre esto el historiador mexicano Enrique Florescano afirma que: “la obligación moral es recordar lo hecho por nuestros antecesores” (2012:236). Es por ello que el relato lleva en sí mismo una intencionalidad, apuntamos antes que esta zona de Oaxaca ha presentado históricamente problemas por la tierra entre las distintas comunidades de una misma etnia. En este sentido, la memoria se resignifica en el relato mismo, al respecto Néstor A. Braunstein (2012) reflexiona lo siguiente:

Cada uno encuentra en su memoria un punto de referencia o una percha en donde colgar su identidad [...] puesto que cada uno tiene sus propias memorias y está en condiciones de evocar los acontecimientos anteriores [...] la memoria es un objeto cambiante y proteiforme que se ajusta a las necesidades de la comunidad y de los sectores dominantes en ella (2012:9-14).

De hecho, la comunidad otorga a los narradores el lugar de la memoria y a veces de manera velada se incorpora una postura política. Cuando el narrador transmite su conocimiento sobre la historia de la comunidad también incorpora la intención de ser recordado como sujeto:

De ordinario, se subrayan tres rasgos del carácter fundamentalmente de la memoria. En primer lugar, la memoria aparece como radicalmente singular: mis recuerdos no son los vuestros. No se pueden transferir los recuerdos de uno a la memoria de otro. En cuanto mía, la memoria es un modelo de lo propio, de posición privada, para todas las vivencias del sujeto. En segundo lugar, en la memoria parece residir el vínculo original de la conciencia con el pasado, lo dijo Aristóteles y lo volvió a decir con más fuerza Agustín: la memoria es del pasado, y este pasado es el de mis impresiones; en este sentido, este pasado es mi pasado. Por este rasgo, precisamente, la memoria garantiza la continuidad temporal de la persona (Ricoeur, 2013:128).

El trayecto etnográfico permitió no sólo la aproximación a los músicos, también puso en escena a los *mitantes*, esos narradores que son personas mayores, quienes tienen ese lugar en la comunidad, también fungen como consejeros, a ellos acuden las autoridades de la agencia municipal cuando necesitan tomar una decisión importante. Además existe la figura no oficial del consejo de ancianos, formada por los *notables*, quienes poseen un prestigio ganado a lo largo de las funciones que desempeñaron bajo la figura *del sistema de cargos*, que inicia como topil y termina como agente municipal.

Durante el desarrollo del trabajo de campo tuve la oportunidad de adentrarme en la vida comunitaria gracias al habla del zapoteco-cajono, variante de esta lengua. Haciendo un paréntesis, me gustaría compartir la experiencia como investigador con respecto a las variantes que se dan en el habla del zapoteco, aún en las comunidades de El Rincón en la Sierra Juárez.

Al lado de don Siriano, director de la Banda Morelos de la comunidad de Santiago Yagallo, asistí a una presentación de la Banda Autóctona de Yalalag, con motivo de la fiesta patronal del pueblo de Villa Alta, el municipio más antiguo de Oaxaca, fundado por los españoles en 1526. Es cabecera distrital, donde antaño se acudía a realizar todo tipo de trámite administrativo ante este municipio constitucional. Simplemente caminamos durante diez horas para arribar a este municipio, ya que la renombrada Banda Yalalag, que

tiene cuenta con un prestigio nacional e internacional, esta renombrada agrupación interpretaría las conocidas piezas musicales: fandango mixe, sones y jarabes mixes, *Viuda alegre*, entre otras piezas del compositor del pueblo ayuuk, Rito Marcelino; también interpretaron melodías de Jesús “Chu” Rasgado, oriundo del Istmo de Tehuantepec, el celebre autor de *Naila*. Una mujer integrante de la Banda Yalalag recitó una estrofa de dicha melodía en castellano y en zapoteco:

Naila

Cuzaani' beeu ti queela',
Naila cayuuna neza lua',
hrabibe na' ne diidxa do', gulaquibe
ladxido'be lu hrúa'...

Naela

En una noche de luna,
Naela lloraba ante mí,
ella me hablaba con ternura, puso en
mis labios su dulzura...

Los tres días que permanecemos de visita en ese municipio me permitieron conocer de cerca el valor de las tradiciones zapotecas en tierras limítrofes con el pueblo mixe, “pero la música nos junta a todos, es bonito tocar con otros”, expresó con entusiasmo el presidente del comité de música del pueblo. Otro hecho significativo fue que al intentar comunicarme con los ciudadanos de ese poblado simplemente no pude, su zapoteco no era el mismo que el de Yagallo, así que caí en cuenta de la existencia de la llamada “variante dialectal”, por lo que tuvimos que comunicarnos en español. Cosa distinta en las comunidades pertenecientes a la cabecera municipal de Ixtlán, a la que pertenece territorialmente la comunidad de Yagallo, ahí mi zapoteco fue como una llave de entrada natural, dado que la mayoría de las conversaciones entre los ciudadanos mayores se realiza en su lengua madre, así se sienten más cómodos durante las entrevistas, por ejemplo, cuando me preguntaban sobre algunas cuestiones de la vida en la ciudad, su gente, el tráfico, la contaminación y tópicos comunes de la vida ciudadana. En varios casos los sujetos de la conversación no habían salido nunca del estado de Oaxaca, así que se mostraban muy interesados en mi relato.

Significación de la vejez

La mayoría de las conversaciones que se realizaron en las distintas rutas de campo fueron con personas mayores por motivo del diseño de la investigación. Las notas en el diario de campo y las grabaciones que fueron posibles cuando el entrevistado lo consentía permitieron registrar una serie de temas de interés para futuras investigaciones, reportes, etcétera. Podría decir que me encontré con personas mayores que no están plegados sobre sí mismos, porque desean transmitir sus experiencias a otros. Es de conocimiento general que las personas mayores batallan para encontrar empleo en las grandes urbes. En otras palabras, estamos ante dos situaciones, por un lado, tenemos a los mayores en las comunidades zapotecas, donde el cuerpo viejo significa un valor social irremplazable y, por lo tanto, es incluido en la vida comunitaria. Por otro, nos encontramos en las urbes con un cuerpo viejo muchas veces inservible para los intereses económicos, se puede decir que se trata de un cuerpo en vías de olvido, un cuerpo jubilado y en muchos casos de estorbo.

La significación del cuerpo viejo para los zapotecos tiene que ver con el lugar de ellos en la vida comunitaria, está anclado a una intrincada red simbólica a la que pertenece la identidad, con los vínculos que los aglomeran a ciertas condiciones de existencia, como la etnia, donde el territorio defendido y sostenido por los mayores permite una continuidad, aun en tiempos en que los subsecuentes gobiernos han tratado de minar los cimientos de la vida colectiva. El cuerpo de los viejos está resignificado por los distintos lugares por los que circula simbólicamente, podríamos decir que el relato de los viejos es un discurso que intenta repetidamente reforzar los vínculos comunitarios de la etnia zapoteca, por ejemplo, su forma de gobierno instituida en la figura de usos y costumbres. Al respecto Ana María Fernández, aludiendo a Castoriadis sostiene: “La institución de una sociedad es en cada momento institución de significaciones imaginarias sociales y la sociedad, sea como instituyente o como instituida” (Fernández, 2007:26).

Cuerpos sufrientes

En este apartado nos apoyaremos en la noción del concepto de *cuerpo* del filósofo francés Jean-Luc Nancy, abordado en sus obras *Corpus* (2000) y *El intruso* (2006), en las que realiza una aproximación interesante sobre el tema, la cual ayuda a la reflexión y el análisis de este salto de saberes entre una visión plenamente occidental y el emanado de las comunidades zapotecas.

La reflexión en el plano comunitario coloca la noción de “cuerpo viejo” como una especie de deuda, es decir, que las nuevas generaciones reciben el encargo de cuidar y respetar esta figura, atravesada por un sinnúmero de significados, dado que ocupa un lugar determinado en la transmisión de la cultura, de la comunidad. El cuerpo en este contexto tiene un sentido histórico y en muchos casos lo organiza, ya sea con un sesgo político de grupo o por inercia social. En el plano filosófico, Nancy reflexiona:

Propiamente hablando, ni conocemos, ni concebimos y ni tan siquiera imaginamos algo que no sea el cuerpo significante. A veces ese cuerpo es el mismo el adentro donde la representación se forma o se proyecta (sensación, percepción, imagen, memoria, idea, conciencia) y en este caso el adentro aparece como extraño al cuerpo. A veces el cuerpo es el “afuera” significante. Así el cuerpo no deja de construirse [...] La última toma de posición del cuerpo significante es política. Cuerpo político es una tautología, o al menos una evidencia para toda la tradición, y sean las figuras propuestas. La función política reposa sobre esta absoluta circularidad significante: que la comunidad tenga al cuerpo como sentido y que el cuerpo tenga a la comunidad como sentido. Por consiguiente, que el cuerpo tenga la comunidad –su institución– como signo y que la comunidad tenga al cuerpo como signo. La presuposición infinita es por tanto la del cuerpo-comunidad (2000:55-56).

Ambas aproximaciones resultan confluyentes en el sentido de considerar al *cuerpo* como depositario de un saber que cobra sentido en la correa de transmisión cultural y, a la vez, que esta figura esté resignificada en la idea de comunidad como institución donde el

cuerpo es el signo. Así, la circularidad propone Nancy (2000) adquiera sustento al considerar que la comunidad tiene como sentido al cuerpo y el cuerpo tenga a la comunidad como sentido. Quizá una resultante de este análisis descansa en el lugar que ocupa lo político desde la perspectiva de la posición del narrador, donde su discurso tiene una intencionalidad: la de cuerpo-comunidad.

Un estudio de caso: entrevista con don Vicente (julio de 2019)

Don Vicente es uno de los ciudadanos que decidió salir a buscar fortuna a la Ciudad de México, ocasionalmente regresaba a su pueblo Yagallo a ponerse al corriente en las cooperaciones que exigen las autoridades de la comunidad. La breve entrevista se realiza después de la reunión del Consejo de Ancianos, yo estaba sentado en una de las barditas del curato a un costado de la iglesia, me saludo en zapoteco –*Padiush*– y respondí también en zapoteco. De manera casual iniciamos una conversación sobre varios temas de la región, fue así que aportó un testimonio sobre lo que él llamaba “el dolor de llegar a viejo”; comentaba que: “a medida que la edad avanza, el cuerpo comienza a sufrir, entonces uno aprende a vivir con el dolor”. En el caso de don Vicente, él había recibido un trasplante de riñón en la Ciudad de México, lo llevaron sus hijos, todo salió bien, y con el tiempo regresó a su comunidad, ahí sintió la ajenidad del cuerpo extraño:

Es que yo me decidí a regresar a mi pueblo, aquí estoy más tranquilo, soy jubilado y no tengo problemas económicos, regreso a la ciudad nada más a los chequeos que me tienen programados en el seguro. Pero aquí me siento útil, ayudo en cosas que puedo en la comunidad, aquí están algunos familiares, mis amigos, mis paisanos, mis raíces como se dice, aquí sí cuento, puedo opinar en las asambleas sin que me ninguneen, la comunidad que me cobijó, nunca me reprocharon porque me fui (2019).

Como podemos observar, don Vicente al igual que varias personas de la comunidad se vieron en la necesidad de salir en busca de nuevas oportunidades de vida y al regresar son aceptados e incorporados en la vida comunitaria. Ahora bien, Jean-Luc Nancy (2006) aporta un excelente testimonio de lo que significó el trasplante de corazón que se le practicó, un extraño en su cuerpo, o quizá un cuerpo extraño en el corazón de otro. El filósofo francés reflexiona sobre los sentimientos encontrados en cuanto a la ajenidad del cuerpo extraño, de la convivencia permanente con el otro al que llama *extranjero*. Don Vicente nunca utiliza el término *extranjero*, pero sí relata lo extraño de alojar una parte ajena, “es muy incómodo, pero con el tiempo uno se acostumbra”, decía. La reflexión sobre el trasplante no tiene que ver sólo con la edad, con los cuerpos viejos, también con muchas cuestiones fisiológicas o enfermedades metabólicas no siempre asociadas a la edad, si bien don Vicente presenta una falla renal que sólo se podía combatir con un trasplante de riñón y eso le dio acceso a una mejor calidad de vida, también lo coloca en ese lugar al que Jean-Luc Nancy llama “intruso”, que da lugar a una especie de sufrimiento, de no encontrarse solo en su cuerpo. Por otro lado, los mayores también se enfrentan al sufrimiento de los tratamientos médicos, por las diversas ortopedias del cuerpo, se enfrentan *al olvido* de los familiares, eso los sacude fuertemente, por ello luchan incansablemente por sentirse “útiles”.

En la fiesta patronal de una comunidad llamada Cacalotepec en 2012, conversé con doña Leticia, una mujer de aproximadamente 70 años. Cuando ya no fue capaz de trabajar en el campo y ser autosuficiente, sus familiares le dieron la espalda, vivía sola en una pequeña casa de dos piezas, en una de ellas, utilizada como cocina, preparaba sus alimentos, con lentitud, pero con mucha habilidad. Servía periódicamente café de olla endulzado con panela, en unos tazones de barro decorado con esos colores típicos de Oaxaca, me comentaba que su dolor consistía en el olvido de su familia, a pesar de tener cinco hijos, ninguno de ellos la visitaba seguido o se hacía cargo de ella, fue el comité de viudas de la agencia municipal la que se encargó de apoyarla con alimentos y de lo que necesitaba para vivir. “Fue hasta

que llegó la ayuda del gobierno, en el programa de 60 y más, que mis familiares se arrimaron poco a poco, y me quisieron llevar para sus casas”. Doña Leticia relata que hasta se peleaban por su custodia, por el interés del dinero que recibe bimestralmente. Aun así, no guarda rencor a su familia, pasa la mayoría del tiempo en actividades de la comunidad, en varios comités, “al fin y al cabo –decía–, mi comunidad no me dejó sola”. Este caso no es el único, pude conversar con varios adultos mayores que relataron casos similares, en ellos el mayor sufrimiento provenía del olvido y no tanto de “las dolencias del cuerpo”.

Los narradores

Don Eusebio (entrevista, julio de 2012)

Don Eusebio rondaba los 65 años de edad cuando lo conocí en 2012, fue uno de los sujetos con quien conversé sobre diversos temas, desde las tradiciones, la lengua, los problemas entre las comunidades, los conflictos por límites con otras comunidades, sobre las nuevas generaciones y el papel de los viejos en la comunidad; no encontré a nadie que lo pusiera en tela de duda. Es el más respetado en el Consejo de Ancianos, es una especie de cronista a la vieja usanza de la tradición oral, conocía la historia del pueblo, desde las historias que le contaron sus abuelos y los abuelos de sus abuelos. El viejo Eusebio es un mitante que hace gala siempre de su extraordinario lenguaje, de un decir poético salpicado de metáforas, describe los lugares donde estaban asentadas las casas de los señores del lugar, los que enviaron a los artesanos a construir la iglesia del pueblo, dirigidos por los sacerdotes dominicos. Siempre se refería a sus antepasados como los *principales*, señalaba al oriente, o al poniente según la historia contada, tuve cuidado de anotar esos rumbos por si un día se daba la ocasión de visitarlos, sobre todo cuando hablaba de los lugares donde estaban sepultados sus ancestros. El viejo Eusebio vivía solo, en una casita de dos cuartos, aparte de la cocina, construida con

bloques de adobe y techo de teja natural, vivía del cultivo del café de sombra, de la siembra del maíz, plátano, caña de azúcar y algunas hortalizas.

En las vísperas de la fiesta patronal de Santiago Yagallo, que va del 23 al 29 de julio, durante lo que se le conoce aquí como *calenda*, don Eusebio me concedió una entrevista-conversación en la que tocó diversos temas (2012). Esa mañana el ambiente húmedo, producto de la lluvia de la noche, le confería al entorno un espectacular verdor. Al dar vuelta en una de tantas curvas en la carretera de terracería pude observar a don Eusebio sentado en uno de esos cajones que ocupaba para orear el café recién cosechado. Saludé en zapoteco: *Padiush don Eusebio*. Saqué un pan de yema de la mochila para acompañar el café recién hervido y endulzado con panela que sirvió hábilmente con una jícara en un tazón de esos de barro rojo. Las conversaciones con don Eusebio siempre fueron en asociación libre, alternaba el español con el zapoteco, como buscando la mejor palabra que expresara su sentir de acuerdo con el tema que abordaba, e iba adelante o atrás en el tiempo, sin darle importancia a la secuencia de los eventos relatados. “Ya casi empieza la fiesta del pueblo, don Eusebio”, comenté para iniciar conversación:

Chigüenialii diidxa (vamos a platicar) de la fiesta, ya casi estamos en la calenda, ya sabes, es como los preparativos para los días grandes que son el 24 y 25 de julio, es algo que esperamos los ciudadanos de Yagallo, las bandas invitadas ya están por llegar, también viene mucha gente de las ciudades, de los pueblos aquí cerca. Es como nos volvemos a encontrar con la gente que un día se fue a vivir lejos, es como si un resorte los jalara de regreso, a lo mejor es la añoranza de cuando estaban aquí. *Qui chu dxi gusanu' guini'xcaandalu' ne ca belegu* (es como un sueño que los regresa). Por estos rumbos nos gusta soñar (Vadillo, 2012:125).

—¿Cómo lo trata la comunidad?

—Bien, muy bien, hay un respeto, a pesar que yo ya no hago tequio, bueno por mi edad no estoy obligado, pero igual le entro, porque aquí vivo, ayudo a limpiar las veredas porque yo también las ando, y el trabajo entre todos *Bidxiina* (nos acerca, nos junta). Pero como te decía, la

gente me respeta mucho, cuando alguien anda portándose mal, pues la autoridad le dice: “ve, anda con Eusebio, platica con él”, y pues antes de castigarlo la autoridad le da el chance de enderezarse, yo lo hago con gusto. Los jóvenes luego hacen cosas malas sin querer y con unas pláticas se enderezan, si no pues ya la autoridad les pone una multa o los meten en la cárcel unos días. Mira, a la gente mayor nos tratan diferente de forma preferencial si quieres, la comunidad está al tanto de quienes ya no los visitan sus familiares, hay un comité para eso que se encarga de brindarle lo necesario para que no batallen mucho, y los ciudadanos se acomiden llevándoles leña, panela, una penca de plátano. Te digo que nos apoyamos mucho, también cuando alguien se enferma de gravedad o está convaleciente (Vadillo, 2012:126).

En otra entrevista realizada en 2019 ya había cumplido 70 años, se movía sin problemas por las empinadas veredas, cargado siempre de algo, con su mecapal, traía café, o una penca de plátano que ponía a madurar en el patio. Con el tiempo me di cuenta de que los viejos aquí se movían así, realizando sus labores con lentitud, pero siempre haciendo algo con determinación. Acompañé a don Eusebio al corte de caña de azúcar, que en esta región se ocupa para producir panela (piloncillo), al llegar a su parcela comentó que me tenía una sorpresa. A un lado del trapiche donde se muele la caña, había un montículo cuya entrada estaba cerrada por una laja de piedra, la retiró y en el interior había una cámara funeraria, una tumba zapoteca cuya existencia sólo él conocía. La entrada no medía más de un metro cuadrado de ancho, tomé mi lámpara de mano, me arrastré unos dos metros al interior y pude vislumbrar cerámica y otros utensilios colocados cuidadosamente junto a los cuerpos en posición fetal, envueltos en una especie de petate, práctica funeraria común entre los zapotecos antiguos. Este narrador entendía perfectamente su lugar en la comunidad de la siguiente manera:

Hay muchas como éstas en las afueras del pueblo, pero no las reportamos al gobierno porque se llevan las piezas y los difuntos ahí y no volvemos a saber de ellos. Cuando se construyó la carretera las máquinas se topaban con entierros, llegaban gente del gobierno y nadie supo qué

hicieron con las cosas que encontraron. Por eso ya no damos aviso a las autoridades del municipio de Tanetze. Antes la gente destruía las tumbas porque un padre les dijo que era de mala suerte tener un entierro en su parcela, yo les digo que no es cierto eso, que al contrario, que es un honor resguardar el sueño de los antiguos. Más para abajo por el camposanto había ruinas de piedra de lo que fueron casas de los antiguos, pero los padres que dirigieron la construcción de la iglesia le ordenaron a la gente que se llevaran esas piedras para construir el templo (2019).

Después de la visita a la tumba zapoteca, caí en cuenta de cómo don Eusebio me colocaba en un lugar de aliado de la comunidad, esto resulta una implicación mayor al ser parte de un encargo. Por supuesto que los ciudadanos de Yagallo, al darse cuenta de mi cercanía con el narrador, me dieron un buen trato. En esa visita ya habían pasado siete años desde la última vez que tuvimos una conversación. Durante las entrevistas, don Eusebio acude en su relato a uno de los cimientos principales de la identidad: lo simbólico. En este sentido Castoriadis escribe que:

Todo lo que se presenta a nosotros en el mundo histórico social esta indisolublemente tejido a lo simbólico. No es que se agote en ello. Los actos reales, individuales o colectivos —el trabajo, el consumo, la guerra, el amor, el parto—, los innumerables productos materiales, sin los cuales ninguna sociedad podría vivir un instante, no son (ni siempre ni directamente) símbolos. Pero unos y otros son imposibles fuera de una red simbólica [...] nos encontramos primero, está claro, con lo simbólico en el lenguaje (2013:186-187).

Los narradores se apoyan en el pasado como una forma de reforzar la identidad, piedra angular de su discurso, no sólo para darle sentido a su relato, también para transformarlo de acuerdo con el momento político en que se encuentre la comunidad. Podríamos decir que los *mitantes* resignifican su discurso como un acontecimiento del habla, empujan en una especie de evolución comunitaria, por ejemplo, la reciente incorporación de las mujeres en el sistema de cargos. En cuanto a la reflexión y el análisis sobre la importancia de

don Eusebio en la comunidad, puedo decir que es un garante de la cultura, porque en sus relatos siempre acude a un pasado idílico que forma parte de una red simbólica.

*Fragmentos de una entrevista
con don Siriano (jueves 23 de febrero de 2012)*

A eso de las 7 de la noche fui a la casa de ensayo (Escoleta) de don Siriano, director de la Banda Morelos. Es una persona afable, de 66 años, aceptó darme la entrevista, pero con la condición de que estuvieran presentes sus músicos. Previamente ya teníamos pactado hora y lugar. Al momento de llegar a la Escoleta pude contar a 18 músicos, todos bien bañados, bien peinados, parecía que se habían arreglado para un evento muy especial, todos con sus huaraches limpios. Les pedí si no tenían inconveniente sentarnos en círculo, les pareció bien, ya que es su forma habitual de ensayo. Saludé en zapoteco:

—*Padiush Xquixhe pe laacabe, disencleo* (saludos, gracias por recibirme).

—*Disencleo, Xquixhe pe lii* (gracias a ti) —respondieron varios músicos.

—¿Como cuántos años lleva la Banda Morelos, don Siriano?

—Como 100 años, o más, antes de que nació este pueblo de Yagallo, se lo reunieron, platicaron con otros y le pusieron la Banda Morelos.

—¿Nos puede platicar de su experiencia como músico, como ciudadano de esta comunidad?

—Bueno, el músico por estos rumbos es muy respetado, hasta la autoridad nos dispensa del tequio, porque pasamos mucho rato ensayando aquí en la Escoleta, sólo damos algunas cooperaciones a la comunidad, nos respetan mucho, no cualquiera puede ser músico, no todos tienen el oído que se necesita para esto. Aquí como puedes mirar hay ocho músicos de 60 años para arriba, los demás son más jóvenes. En la Banda Morelos andamos veinte músicos, a veces más, incluyendo a Zulma mi nieta, empezó a los 8 años, toca el clarinete (Vadillo, 2012:145).

—¿Cómo lo trata la gente de la comunidad?

—Te decía hace rato, nos tratan bien, a los músicos más viejos, ya no nos piden cooperaciones, ni estar en ningún comité, nada más que ya

nos gusta mucho tocar en la Banda, ya sabes, sin música no hay fiesta. Así que podemos tener tiempo para la siembra, limpiar café, cortar la caña para la panela, todo lo que hacemos para vivir aquí. Me siento tranquilo en mi pueblito, está chiquito, pero la vida es más tranquila aquí. Cuando era joven me fui a México a trabajar en la construcción, pero no me gustó mucho, varios de aquí nos fuimos, no nos aclimatamos, porque sabíamos hablar poquito castellano y los demás se reían de nosotros, así que nos daba vergüenza hablar en zapoteco, aquí nadie se burla de nosotros y podemos hablar en castellano también, pero nos gusta más nuestra lengua (2012:148).

—¿Usted ocupó algún cargo aquí en Yagallo?

—Sí, de eso nadie se salva, es un deber, bueno, las mujeres no tienen cargo, los varones sí. Primero fui topil, y al último me tocó ser síndico y ahí le paré, ya no quise ser agente municipal, no me gusta eso, prefiero ser músico.

—¿Qué me puede contar de la historia del pueblo, don Siriano?

—No mucho, me enredo, para eso están Eusebio y Matilde, ellos saben hartas cosas, de las historias antiguas y de los problemas por los que pasamos, ve luego allá arriba a sus domicilios, a ellos no se les dificulta nada de eso.

—*Disencleo* (gracias), don Siriano.

—*Disencleo, Xquixhe pe lii* (gracias a ti).

La entrevista fue de hora y media, don Siriano tocó varios temas referentes a las semillas que envía el gobierno para la siembra, de los programas de apoyo económico que luego no llegan a la comunidad, etcétera. Gracias a los fragmentos podemos observar que los músicos mayores en la comunidad son respetados, la autoridad les da un buen trato, los respeta, no los excluyen de participar en alguna actividad, pero ellos deciden si participan o no según decidan. Algo que resalta en su relato es la cuestión de la vergüenza de hablar su lengua cuando trabajó en la ciudad, tema que da para un análisis sobre la discriminación y el racismo que se practica en las ciudades, pero de lo que no se habla mucho. El retorno a su pueblo le permite colocarse en un lugar de respeto como músico. En cambio, cuando le pido a don Siriano me relate algún acontecimiento de la comunidad, de inmediato me refiere a los narradores del lugar.

Doña Matilde (entrevista, 2012)

Doña Matilde Hernández rondaba los 63 años cuando la entrevisté, vive en una casita de material, así le dicen a las casas con loza de cemento, tiene una tiendita cerca de la iglesia donde vende todo tipo de mercancías que trae de la ciudad de Oaxaca. Practica en ocasiones el trueque con sus clientes cuando no tienen dinero, intercambian café o panela, frijol o vainilla por mercancías manufacturadas en quién sabe qué parte del país. Doña Mati, como la llaman, es una mujer muy conocida en varias comunidades, de hecho, me recomendó que me presentara como su sobrino para no tener contratiempos, en otros pueblos confieso que me dio excelentes resultados. Doña Matilde también realiza actividades en el campo, trabaja la tierra, siembra maíz, frijol y caña de azúcar para fabricar la panela. Su excelente elocuencia permitió conocer el punto de vista de una mujer de edad sobre el lugar que ocupan en la comunidad, nunca se quejó. Lo que más me asombró fue cuando me presentó a su mamá, una mujer cercana a los 90 años de edad, autosuficiente, cultivaba su café en las empinadas laderas, limpiaba los cafetos, y en época de cosecha la pude mirar subiendo con su carga de café-cerezo hasta su casa, ubicada en la parte baja, cerca del campanario de la iglesia.

Doña Matilde habla español y zapoteco, así que la conversación se realizó sin problemas por la lengua, ambos conversamos con tranquilidad a eso del mediodía, cuando hay pocos clientes, ya que la mayoría trabaja en sus parcelas. Doña Matilde inició la conversación:

Aquí las mujeres tenemos un lugar diferente a los varones, nosotras no recibimos cargo en el gobierno de la comunidad, pero sí estamos participando en los comités, como el de la iglesia, las festividades, el de ayuda a las personas mayores. Yo estoy en dos comités, participo con la comunidad porque es un deber, una responsabilidad porque soy parte de este lugar. A mi edad las mujeres ya somos *Ba'dudxaparo'* (experimentadas), conocemos cómo se mueven las cosas aquí (Vadillo, 2012:150).

¿Cómo me tratan en la comunidad?

Pues me tratan bien, como se dice, mucha gente viene a buscarme para pedir consejo, o que los apoye para que la autoridad les haga caso en alguna petición, la autoridad también me respeta bastante, esté quien esté. Algunas veces me toman en cuenta para ver quiénes serán los candidatos para agente municipal, y pues entonces les doy mi opinión. Ya te diste cuenta que me conocen por todos los pueblos de por acá. Es que me tocó hacer gestiones para que entrara la carretera hasta mi comunidad, y nos juntamos los mayores para hacer la petición a las autoridades allá en la ciudad de Oaxaca, y nos hicieron caso, así conocí a mucha gente de otros municipios, aquí la gente mayor tiene su lugar, no nos hacen a un lado. Yo tengo varios hijos y nietos aquí en el pueblo, no estoy sola, pero hay gente que sí está olvidada por su familia, es ahí donde entra un comité donde yo estoy, y los ayudamos en muchas cosas, sobre todo en su alimentación, y los jalamos a participar en algo, lo que sea, y ellos así se animan (2012:160).

Doña Matilde comentó que ella fue madre soltera, ya que su marido la abandonó con cuatro hijos pequeños, así que tomó el papel de papá y mamá, enfrentándose a la dura tarea del campo y al frente de su pequeña tienda, lo que le permitió sacar adelante a sus hijos. A través de doña Matilde pude conocer la experiencia de una mujer mayor en medio de un sistema de cargos en el que ellas no participan en asuntos políticos y tampoco ostentan responsabilidades como los varones, sólo participan en actividades de la iglesia y en su caso como consejera de las casaderas y de las madres primerizas. Doña Matilde tiene un punto de vista crítico sobre la intencionalidad de algunos gobernantes de la comunidad:

Mira aquí varias personas muchas veces tuercen las cosas de acuerdo con su conveniencia, algunos agentes municipales usan su poder para ajustar cuentas con enemigos políticos, pleitos familiares, el mal uso de las partidas presupuestales que llegan del gobierno. Es cuando el Comité de Ancianos interviene, entonces sí me piden mi opinión, y así quitamos a un mal gobernante y lo metemos preso o le quitamos lo que robó, aquí todos nos conocemos y si alguien comienza a tener muchas cosas, pues ahí lo cachamos y lo echamos para afuera (2012:165).

Podemos observar que los mayores también son valiosos para mantener un equilibrio en el buen gobierno. En las comunidades zapotecas los cargos duran un año, y los sucesores son nombrados en voz alta en la Asamblea comunitaria donde se elige por unanimidad a quienes van a ostentar en ese año las funciones de gobierno; cabe señalar que la terna de aspirantes ya pasó la aduana del Consejo de Ancianos y ahí doña Matilde sí participa. Es así que el lugar de las mujeres mayores en esta comunidad es de respeto, ya que inciden directamente en el presente y futuro de la comunidad y no son una preocupación geriátrica.

Como podemos observar el lugar de los adultos mayores entre los zapotecos de la Sierra Juárez dista mucho de los estereotipos del anciano débil e improductivo, el adulto mayor en las comunidades es activo en su vida diaria, participa en la siembra y la cosecha del café, maíz y otros productos para venta. La vida activa los mantiene sanos y en el sentido comunitario los mantiene ocupados, se sienten útiles para la comunidad y no como objetos viejos y olvidados.

A manera de conclusión

Este artículo sólo muestra un fragmento de las prácticas comunitarias en torno a la vejez, sin embargo, en las comunidades de El Rincón se dieron las condiciones de enunciación, la posibilidad de escucha mediada por el establecimiento de vínculos con los sujetos que compartieron su experiencia a través del relato. El intervalo de tiempo entre las entrevistas 2012-2019 permitió observar la emergente práctica comunitaria de la vejez, podríamos decir que si no hay distancia (extrañamiento), no hay producción posible.

A lo largo de este artículo se reflexionó sobre el lugar de la vejez en las comunidades zapotecas, de los vínculos entre los viejos y las nuevas generaciones, del sentido de identidad de la etnia zapoteca, de su permanencia en medio de un mundo globalizado, que impacta diversos ámbitos de la vida comunitaria. La experiencia durante el trabajo de campo en estas comunidades me permitió un crecimiento

personal como investigador, en la elaboración y adaptación de las herramientas metodológicas para que respondieran efectivamente a la expectativa de la investigación, tendiendo así un puente (quizá endeble) entre la academia y los saberes aún sometidos del mundo indígena. La investigación no hubiera sido posible sin la ayuda de los músicos de la Banda Morelos perteneciente a la comunidad de Santiago Yagallo, a su director don Siriano que me presentó con los mayores de las comunidades donde la Banda acudía como invitada de honor en la fiesta patronal.

El lugar de los narradores en este trabajo es de suma importancia, porque ellos dieron cuenta del lugar de los mayores en la comunidad, del importante papel que juegan en la correa de transmisión de la identidad zapoteca a las nuevas generaciones, que aún reciben este conocimiento mediante la tradición oral, la forma en que las comunidades transmiten su cultura. En el artículo podemos encontrar no sólo ese distanciamiento con la perspectiva homogeneizante, que colocan a la vejez como la administración de una etapa decadente de la vida humana. También podemos identificar prácticas singulares y colectivas sobre la memoria, el uso de ella para recordar y también como un instrumento de olvido, esto último desde la idea del surgimiento de nuevas narrativas que aparecen cuando un nuevo grupo político toma el control de la vida comunitaria. La experiencia con los mayores durante el proceso de investigación me acercó también a la riqueza cultural de la etnia zapoteca.

Bibliografía

- Aguilar, Yásnaya (2020), *Ää: manifiestos sobre la diversidad lingüística*, Almadía Ediciones, México.
- Braunstein, Néstor (2012), *La memoria del uno y la memoria del otro: el inconsciente y la historia*, Siglo XXI Editores, México.
- Carmona, José R. y Darcy Tetreault (2021), “Pueblos originarios, formas de comunalidad y resistencia en Milpa Alta”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, vol. LXV, núm. 241, ene-

- ro-abril, pp. 155-180, [<http://dx.dio.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2020.241.70796>].
- Castoriadis, Cornelius (2013), *La institución imaginaria de la sociedad*, Tusquets, México.
- Fernández, Ana (2007), *Las lógicas colectivas: imaginarios, cuerpo y multiplicidades*, Biblos, Buenos Aires.
- Florescano, Enrique (2012), *La función social de la historia*, FCE, México.
- Garay, Graciela de (coord.) (1997), *Cuéntame tu vida: historia oral, historia de vida*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México.
- Gasparello, Giovanna y Jaime Quintana (coords.) (2009), *Otras geografías. Experiencias de autonomías indígenas en México*, UAM-Iztapalapa, México.
- Martínez, Jaime (2002), “Comunalidad y autonomía”, *Estrategia por la Revolución*, núm. 39, pp. 10-12, [<http://site.www.umb.edu/facultad/salz.g/estrategiaman/>].
- Nancy, Jean-Luc (2006), *El intruso*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Nancy, Jean-Luc (2000), *Corpus*, Arena Libros, Madrid.
- Quijano, Aníbal (2014), *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina*, Clacso, Buenos Aires.
- Reyes Gómez, Laureano (2019), *Investigación de la vejez en pueblos indígenas de México*, Universidad Autónoma de Chiapas, México.
- Ricoeur, Paul (2013), *La memoria, la historia, el olvido*, FCE, México.
- Vadillo, Guillermo (2012), *La música de viento como experiencia colectiva y productora de sentido en Santiago Yagallo, una comunidad zapoteca*, tesis de maestría, UAM-Xochimilco, México.

Fecha de recepción: 14/03/22

Fecha de aceptación: 05/07/22

DOI: 10.24275/tramas/uamx/20225797-126

“Lo peor que le puede pasar a un gay es ser viejo y pobre”: imaginarios y experiencias respecto de la vejez no heterosexual

*Abraham Nemesio Serrato Guzmán**

Resumen

El objetivo de este artículo es abordar las formas en que un grupo de ocho hombres no heterosexuales entre 59 y 72 años de edad (homosexuales y gais), residentes de la ciudad de Mexicali, Baja California, México, visualizan y experimentan la vejez y algunos de los principales temas asociados a ella, como la jubilación y la seguridad económica, la salud, la dependencia, los cuidados, las relaciones amistosas y familiares; considerando, desde el paradigma del curso de vida, sus diferentes trayectorias familiares, educativas, laborales y sexuales, las cuales han estado marcadas por el ocultamiento y la censura de su orientación sexual, aun tomando en cuenta las coyunturas sociales y los cambios en las connotaciones sociales asociadas al hecho de tener una orientación sexual o una identidad de género no normativa a lo largo de su curso de vida.

Palabras clave: envejecimiento, vejez, disidencia sexual, experiencia, curso de vida.

Abstract

The objective of this paper is to address the ways in which a group of eight non-heterosexual men between 59 and 72 years old (homosexuals and

* Instituto de Investigaciones Culturales-Museo, Universidad Autónoma de Baja California. Correo electrónico: [abraham.serrato@uabc.edu.mx].

gays), residents of the city of Mexicali, Baja California, Mexico, visualize and experience old age and some of the main issues associated with it such as retirement and economic security, health, dependency, care, friendly and family relations; considering, from the paradigm of life course, both their different family, educational, work and sexual trajectories; which have been marked by the concealment and censorship of their sexual orientation, even taking into account the social conjunctures and changes in social connotations associated with having a sexual orientation or a non-normative gender identity that occurred throughout their life course.

Keywords: aging, old age, sexual dissent, experience, life course.

Introducción

El envejecimiento es entendido como un proceso continuo de cambios físicos, psicológicos y sociales por los que atraviesa una persona entre el momento de su nacimiento y el de su vejez y muerte; es entendido también como etapa del curso de vida posterior a la edad adulta y que termina con la muerte. Estas categorías son construidas y situadas sociohistóricamente, articulan tanto elementos biológicos como psicosociales, económicos, políticos y culturales; por su relevancia es importante reconocer la necesidad y la pertinencia de realizar una aproximación multidisciplinaria sobre las vejeces y el envejecimiento. Sin embargo, el abordaje desde diversas disciplinas o perspectivas produce a su vez una variedad de términos asociados a estas categorías, como personas mayores, personas adultas mayores, ancianidad, personas de la tercera edad, entre otras, dependiendo la disciplina o el enfoque desde el cual se esté observando el tema. Tal polisemia provoca que muchas veces no quede claro a qué se refieren y qué implicaciones tienen cada uno de estos términos, si señalan lo mismo o cuáles simplemente son eufemismos.

Por un lado, desde una perspectiva socioestructural y de política pública, podemos observar que en el caso de México, como el de muchos países latinoamericanos, el envejecimiento poblacional es una

tendencia demográfica que ha marcado el final del siglo xx y lo que va del siglo xxi. De acuerdo con un estudio coordinado por Bernardino Montoya, Pablo Jasso y Adán Barreto (2014), en nuestro país la población mayor a los 60 años alcanza más de 10% del total de la población, proyectan que para 2030 el porcentaje alcance 14.8% y para 2050 sobrepase 21%, producto de la articulación de cambios sociales, como la mejora en la alimentación y la medicina, el aumento en la esperanza de vida o la disminución en las tasas de natalidad (Montoya, Jasso y Barreto, 2014). Pero, por otro lado, si bien la conquista de una mayor esperanza de vida es leída como un logro del desarrollo económico, social, científico y tecnológico de las sociedades modernas, este envejecimiento poblacional también ha significado retos y conflictos para los sistemas de salud, de seguridad social, de empleo o para el desarrollo de políticas públicas, sobre todo para poblaciones como la nuestra, en la que estos sistemas se encuentran francamente sobrepasados por la demanda (Aguirre y Scavino, 2016).

De acuerdo con autores como Leticia Robles, Felipe Vázquez, Laureano Reyes e Imelda Orozco (2006), Mercedes Blanco (2011) o Aída Díaz-Tendero (2014), quienes siguen también la perspectiva socioestructural; la seguridad económica y la pobreza, junto con la salud, la dependencia, los cuidados, los entornos favorables y la competencia generada por los recursos sociales se han configurado como los principales temas de investigación sociodemográfica y epidemiológica respecto de las personas mayores de 60 años, las personas consideradas viejas. De manera general, las estadísticas provenientes del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi), como la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH) de los años 2014 y 2016, la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) de 2018, o la Encuesta Nacional sobre Discriminación (Enadis) de 2017, muestran que un amplio sector de las personas llamadas “adultas mayores” en México se encuentran en situaciones de marginalidad laboral y económica, y que dependen económicamente de pocas fuentes de ingreso.

Si bien los estudios socioestructurales, por medio de abordajes macrosociales, sociodemográficos y epidemiológicos, son sumamente

importantes, ya que dan cuenta del panorama general sobre la situación de las personas viejas en México y son fuente fundamental para la generación de políticas públicas, también pueden invisibilizar la diversidad de experiencias de envejecimiento, incluso reproducir mitos y estereotipos negativos sobre la vejez. Por ello es necesario incorporar a las explicaciones macrosociales la visión de las propias personas que viven este proceso; utilizar una perspectiva más fenomenológica, simbólico-cultural, que nos permita aproximarnos a las personas que están detrás de estos conglomerados a través de su propio discurso, aquellas personas que experimentan y viven el envejecimiento y la vejez día a día, para comprender cómo se viven las condiciones socioestructurales, los sentimientos asociados a ello, los efectos en las relaciones interpersonales, las creencias, los imaginarios que van generando las personas (Osorio, 2006; Robles *et al.*, 2006).

Este estudio se alinea con una perspectiva sociosimbólica asociada al paradigma del curso de vida,¹ por lo tanto, se considera que, de acuerdo con la intersección de múltiples dimensiones —como el sexo, el género, la clase, el origen étnico, las condiciones de salud, el acceso a servicios y redes sociales de apoyo o la orientación sexual y la expresión de género, las coyunturas sociales y políticas—, el envejecimiento y la vejez en tanto construcciones sociales y biográficas pueden ser experimentadas y significadas de formas muy distintas. Gracias a estudios como los de Osorio (2006), Robles *et al.* (2006) o Aguirre y Scavino (2016), realizados a partir de este enfoque, sabemos

¹ De acuerdo con Blanco (2011) y Gastron y Oddone (2008), entre los principales precursores del paradigma del curso de vida podemos identificar a los estadounidenses Leonard Cain y a Glen Elder. Este enfoque surgió como una propuesta nutrida de aportes epistemológicos, teóricos y metodológicos de diferentes disciplinas: la sociología, la historia, la antropología, la psicología y la demografía. El eje de investigación del paradigma del curso de vida radica en analizar cómo los eventos históricos y los cambios económicos, demográficos, sociales y culturales moldean o configuran tanto las vidas individuales como los agregados poblacionales, denominados cohortes o generaciones, reconociendo que los individuos no son entes pasivos, sino que hacen elecciones y llevan a cabo actividades, construyendo así su propio curso de vida. Los conceptos o ejes organizadores del análisis del curso de vida son: las trayectorias, las transiciones y los *turning points* o puntos de inflexión (Gastron y Oddone, 2008; Blanco, 2011; Giribuela, 2019).

que hay tensiones entre lo que la sociedad prescribe que es una persona vieja y lo que la persona vive y experimenta como vejez; que el envejecimiento no se vive de igual forma entre hombres y mujeres, entre personas que viven en un ámbito rural que en uno urbano, o entre personas que cuentan con prestaciones sociales como una pensión, jubilación, seguridad social y las que no cuentan con ello, entre quienes son migrantes y quienes no lo son. Sabemos también que existen múltiples matices y desigualdades en cuanto a la forma en que se viven temas que se vuelven fundamentales durante la etapa de la vejez, como la pobreza, la dependencia, el cuidado o los cambios de roles y estatus sociales (Osorio, 2006; Robles *et al.*, 2006; Aguirre y Scavino, 2016).

Si bien la generación de este tipo de estudios, de corte fenomenológico y sociosimbólico, han ayudado a matizar y complejizar la visión demográfica sobre el envejecimiento y la vejez (la cual muchas veces generaliza y asocia con la enfermedad, la pobreza o la dependencia), la mayoría de ellos parten de una aproximación que tiene un corte heteronormativo y que poco nos dice sobre la forma en que viven y experimentan el envejecimiento y la vejez las personas no heterosexuales y no cisgénero (travestis, transgénero y transexuales); cómo se perciben frente a las imágenes y definiciones socialmente construidas sobre el envejecimiento y la vejez; cómo son sus trayectorias biográficas; cómo han vivido su orientación sexual e identidad de género en un contexto marcado por la discriminación, la exclusión social y la legitimación de múltiples manifestaciones de violencia hacia las disidencias sexuales; cómo han experimentado el sistema económico, el mercado laboral y las políticas de seguridad social; cómo experimentan los temas relativos al cuidado o la dependencia. Este desconocimiento puede ser producto tanto de la invisibilización de la sexualidad, sobre todo de la no heterosexual, en esta etapa de la vida como de la reciente incorporación de la categoría de diversidad sexual en los estudios sobre vejez.

Aunque los estudios sobre vejez y diversidad sexual en Latinoamérica son relativamente recientes, en contextos como Estados Unidos se iniciaron desde finales de la década de 1970 al aborda el

envejecimiento de los llamados *baby boomers* (la generación nacida entre 1946 y 1964) por ser la primera cohorte en envejecer y alcanzar una vida avanzada como miembros relativamente identificados de una minoría sexual (De Vries, 2009). Entre los principales expositores de los estudios sociosimbólicos sobre vejez y diversidad sexual en Estados Unidos se encuentran Douglas Kimmel (1979), Robert Schope (2005), Brian de Vries (2006, 2007, 2009), De Vries *et al.* (2009), De Vries y David Megathlin (2009), De Vries y Gloria Gutman (2016) y Debra Harley y Pamela Teaster (2016). Sus estudios han abordado temas como los prejuicios negativos sobre la vejez de las personas gais, el estilo de vida de los hombres gais que envejecen, los efectos de ser gay en su experiencia de envejecimiento y los efectos del envejecimiento en el funcionamiento sexual, la vivienda, las relaciones amistosas y familiares, las pérdidas, los cuidados y las preparaciones para la muerte; así como la influencia del reconocimiento civil y jurídico de las relaciones entre personas del mismo sexo en la calidad de vida y los planes futuros de las personas gais y lesbianas mayores.

Dentro de Latinoamérica, países como Brasil, Argentina o Uruguay tienen una trayectoria, por lo menos durante la última década, de análisis cualitativos en relación con las experiencias de vejez y envejecimiento de la población LGBT,² así como en la intervención y generación de políticas públicas focalizadas en esta población. Particularmente, en Argentina encontramos los trabajos de Ernesto Meccia (2011, 2016), Fernando Rada Shultze (2017, 2018) y Walter Giribuela (2019). Estos estudios han hecho evidente que no sólo existen diferencias entre las experiencias de envejecimiento y vejez de las disidencias sexuales y las personas heterosexuales y cisgénero, sino también al interior de cada uno de las identidades del colectivo, es decir, se vive diferente el proceso de envejecimiento y la etapa de la vejez entre hombres no heterosexuales, entre mujeres lesbianas,

² Lesbianas, Gais, Bisexuales, Travestis, Transgénero, Transexuales. Utilizaré sólo una T para referirme a las identidades travestis, transgénero y transexuales, y no utilizaré la sigla I para la intersexualidad, ya que no he encontrado referencia a los estudios sobre la vejez y el envejecimiento de esta población.

entre hombres y mujeres trans (Rada Schultze, 2018), en especial al considerar que estos grupos son atravesados de formas muy particulares por cuestiones como la división sexual del trabajo, los roles y estereotipos de género, la violencia y discriminación hacia las orientaciones sexuales y las expresiones de género no normativas, así como la intersección de las categorías de clase, raza, origen étnico o migratorio. Partiendo del reconocimiento de dichas diferencias es que este estudio sólo se enfoca en el análisis de las experiencias de envejecimiento y vejez de hombres cisgénero no heterosexuales.

Siguiendo estos estudios sobre la diversidad de experiencias de envejecimiento y vejez de las disidencias sexuales podemos reconocer desde el enfoque del curso de vida, junto con autores como Paulina Osorio (2006) o Fernando Rada Schultze (2017), que las experiencias positivas y negativas que vivimos durante el transcurso de nuestra vida condicionan el modo de envejecer, en tanto fenómeno dinámico, y la vejez misma, en tanto etapa del ciclo vital; de esta forma cobra especial relevancia estudiar tanto las trayectorias de vida como los puntos de inflexión subjetivos, al respecto Osorio (2006) afirma:

Envejecemos de acuerdo con cómo hemos vivido, nos hacemos viejos y viejas, en el sentido de “hacerse a sí mismo” a lo largo de la vida, por lo tanto, aprehender el ciclo vital y sus cambios, sus significados y experiencia de vida cotidiana, nos lleva a la trayectoria biográfica de las personas que envejecen. La vejez es un estado, pero no deja de ser también un proceso que se extiende cada vez más (2006:3).

Asimismo, Osorio (2006) señala que el enfoque biográfico aporta una visión amplia frente a la construcción social del envejecimiento y la vejez, centrando su interés en el significado atribuido a la vida cotidiana de las personas mayores y a la construcción social del envejecimiento y la vejez a partir de la relación cargada de sentidos y significados entre el individuo que envejece y su interacción constante con su cambiante contexto.

Los relatos de vida y el análisis de la experiencia de envejecimiento

Autores como Jorge Balán y Elizabeth Jelin (1979), Lutz Niethammer (1989), Cristina Santamarina y José Marinas (1995), Daniel Bertaux (2005), Paulina Osorio (2006), Ernesto Meccia (2011) o Paula Ripamonti (2017) consideran que los relatos de vida permiten recuperar los recursos semánticos con los cuales los actores reconstruyen desde el presente sus vidas, y al mismo tiempo permiten aproximarse a los distintos entornos que la circunvalaron, a la vida colectiva, marcada por las regulaciones de las instituciones sociales y el sistema social general, a una historia de la vida cotidiana a la que sería muy difícil aproximarse por otros medios, ya que no se cuenta con un registro de hechos, y menos con un relato “objetivo” de una biografía que dé cuenta exhaustiva del proceso de envejecimiento y de la construcción constante de la identidad de ser un hombre mayor no heterosexual. “Las narrativas (o los ‘relatos de vida’) no son la crónica de los hechos; son construcciones de carácter indicial que posibilitan apreciar cómo, en un determinado momento del devenir biográfico, las personas se narran a sí mismas, a sus semejantes y a sus entornos sociales más o menos lejanos” (Meccia, 2015:15).

En este sentido, una de las mayores potencialidades de trabajar con relatos de vida es que permiten analizar una realidad social más amplia a partir de los recursos semánticos de los participantes, transitando desde la experiencia individual más subjetiva hasta la vida colectiva, marcada por las regulaciones de las instituciones sociales, del sistema económico, la cultura y el sistema social general. Al retomar estas consideraciones sobre los relatos de vida es que yo los consideré, junto con la observación, como el insumo fundamental para aproximarme a la experiencia de los participantes de mi investigación.

Para hacer contacto con los participantes, en todos los casos necesité del apoyo de una tercera persona, quien, al contar con su confianza, les pidió que participaran en mi investigación o que por lo menos me escucharan y lo consideraran, lo que condujo a realizar un muestreo teórico basado en contactos “puente” (Randall, 1992);

busqué acercarme a hombres diversos entre sí, sobre todo de distintas clases sociales, considerando la clase en términos bourdieurianos (Bourdieu, 2001) (como la articulación de capitales económicos, simbólicos, culturales y sociales). En el transcurso de los primeros meses de 2020, me dediqué tanto a concertar y realizar presencialmente entrevistas biográficas, así como a dar continuidad a una serie de observaciones en espacios físicos (en bares como el llamado “La Linterna”, ubicado en el centro histórico de Mexicali y al que algunos de ellos acuden asiduamente) y virtuales (en las aplicaciones de ligue como *Grindr*) que había iniciado desde 2018.

La entrevista biográfica fue la principal técnica de investigación que utilicé para recuperar los relatos de vida de los participantes de mi proyecto de investigación. De acuerdo con Antonio Bolívar, Jesús Domingo y Manuel Fernández (2001), aunque se pueden utilizar otras técnicas complementarias, “dentro de los diversos instrumentos interactivos a emplear en la investigación biográfica, la entrevista –en sus diversas variantes y posibles formatos– es la base de la metodología biográfica” (2001:156). Entre el 5 de febrero y el 19 de marzo de 2020 realicé una serie de entrevistas biográficas a los ocho hombres entre 59 y 72 años que participaron de la investigación, a lo largo de las entrevistas y de la narración sobre su curso de vida ellos se identificaron como no heterosexuales, homosexuales, “discretos”³ e incluso, por algunos momentos, también como gais,⁴ residían y ha-

³ A partir del análisis de los relatos de los participantes de esta investigación, comprendo la discreción como la articulación de una serie de estrategias discursivas y pragmáticas como el ocultamiento o no nombramiento de la orientación sexual homosexual, la separación de escenarios donde se puede hacer visible o no la orientación sexual homosexual, el control de las expresiones de género que pudieran vincular al sujeto con la feminidad y, en este sentido, con las orientaciones sexuales y las identidades estigmatizadas asociadas a ella, así como el tratar de apegarse a los comportamientos asociados contextualmente al binomio masculinidad-heterosexualidad.

⁴ Aunque la mayoría de los participantes de esta investigación sí se nombraron a sí mismos como gais, en algún momento de su entrevista, su identidad no necesariamente coincide con la identidad homosexual o gay norteamericana o europea, pues se nombran así porque ese concepto les brinda la posibilidad de hacerlo desde un término que se separa de las connotaciones negativas de los conceptos utilizados durante las primeras etapas de su curso de vida (y que se siguen utilizando) (Laguarda, 2007), pero no necesariamente porque

bían vivido la mayor parte de su vida en Mexicali. Al inicio de la búsqueda de participantes tomé como punto de referencia el contactar a hombres que fueran mayores de 55 años, siguiendo las experiencias de las primeras investigaciones realizadas en Estados Unidos en materia de envejecimiento y diversidad sexual y que utilizaron esta edad como punto de referencia; asimismo, al considerar los principios de la perspectiva del curso de vida que toman más en cuenta la edad social y los marcadores construidos socialmente en torno a las etapas de vida, sobre la edad cronológica o los marcadores impuestos desde instancias gubernamentales (Kimmel, 1979; Schope, 2005; De Vries, 2006, 2007, 2009; De Vries y Megathlin, 2009; De Vries y Gutman, 2016; De Vries *et al.*, 2009).

De estos ocho participantes dos habían recibido formación como médicos, dos como profesores, uno era expleado administrativo de una universidad de la ciudad, otro empleado de una cadena de supermercados y estudiante de la licenciatura en psicología, uno más era ingeniero industrial, jubilado de la industria maquiladora, quien al momento de la entrevista trabajaba como empleado en un ciber en el centro cívico de la ciudad (el que además funciona como sitio de encuentro con fines sexuales entre hombres), y el último de ellos era trabajador en el comercio informal y antes campesino y obrero en el sector industrial.

Al contactar a los participantes, primero procuré tener una charla informal para platicarles sobre mi proyecto de investigación, los objetivos y alcances del mismo, y posteriormente dar inicio a las entrevistas si decidían participar. Durante la charla inicial fue muy importante reiterarles el principio de confidencialidad de la investigación, ya que para la mayoría de los participantes, que seguían sin hacer pública su orientación sexual, el que se pudieran exponer sus

busquen reivindicar públicamente su homosexualidad, ni el reconocimiento de derechos civiles y políticos, lo que configura la esencia de la dimensión política de la identidad gay, por lo que serían más bien “gais discretos”, una categoría un tanto contradictoria respecto de dicha esencia de la identidad gay, y, aunque los participantes no se nombraron explícitamente de esa forma (sino solamente como gays, homosexuales o “discretos” por separado), sí es una categoría de uso común entre la población homosexual en México.

nombres o los de las personas que ellos nombraran a lo largo de su relato, o el que alguien pudiera escuchar su entrevista, era tal vez su mayor preocupación o razón para resistirse a participar; por esta misma preocupación algunos prefirieron que las entrevistas se realizaran en mi domicilio, donde yo vivía solo, así nadie podría relacionarlos conmigo o con mi investigación; procurando que se sintieran más tranquilos, les aseguré que sólo yo escucharía las entrevistas para transcribirlas y que cuando lo hiciera sus nombres y los de todas las personas que ellos mencionaran serían cambiados por pseudónimos.

En este sentido, el consentimiento informado por parte de los participantes para formar parte del proyecto de investigación se obtuvo únicamente de forma oral y no realicé ningún documento escrito para establecerlo, ya que consideré que esto podría cohibir su participación al sentirse en riesgo de ser expuestos al firmar un documento. Además, como les aseguré, tanto los nombres de los participantes como los de todas las personas referidas en sus testimonios fueron cambiados por pseudónimos.

Detuve la búsqueda de nuevas entrevistas cuando inició la Jornada Nacional de Sana Distancia destinada a la contención de la pandemia por coronavirus o Covid-19; dicha jornada estableció medidas como el confinamiento domiciliario y la limitación de actividades de contacto social cara a cara, sobre todo con grupos vulnerables por sus condiciones físicas o de salud, entre ellos las personas mayores de 60 años. Esto impidió que pudiera seguir concertando y realizando más entrevistas en persona, pero también me permitió revisar la información que ya había obtenido, tomar consciencia de la gran cantidad de información que ya había recabado y percatarme de que probablemente ya había alcanzado el punto de saturación.

Después de haber transcrito las entrevistas en el procesador de textos de Word, para realizar el análisis sociosimbólico sobre el curso de vida de los participantes seguí la propuesta planteada por Agnes Hankis (1981), Santamarina y Marinas (1995), Bertaux (1999) y Meccia (2019) esto con la ayuda del programa informático MaxQda para el análisis de datos cualitativos; estos autores proponen la articulación de tres métodos de análisis: temático, estructural e

interactivo, entendidos como perspectivas sobre la relación entre producción, dimensiones y recepción de los relatos.

En primer lugar, mediante el análisis temático me fue posible registrar lo dicho en las narrativas y categorizarlas por los temas que las conforman; en este sentido, a partir de la redacción y el análisis de las notas de campo, busqué realizar una tematización deductiva (construida a partir del marco teórico, preguntas y objetivos de investigación) e inductiva (construida mediante los propios temas emergentes dentro de las entrevistas) de la información brindada por los participantes (Bolívar, Domingo y Fernández, 2001; Meccia, 2019). El análisis estructural me permitió organizar los componentes de las narrativas según un modelo más hermenéutico para realizar una revisión con mayor profundidad, que se enfocó más en el “cómo” se dicen las cosas que en “lo que se dice” a secas. Con este enfoque busqué llegar a los sentidos más “ocultos” de la narrativa personal (Santamarina y Marinas, 1995; Meccia, 2019; Torbenfeldt y Andersen, 2020). Finalmente, el análisis interactivo me permitió articular a las dimensiones temática y estructural los elementos observados durante la producción de las narrativas que conformaron los relatos, la interacción entre los narradores y las personas a quienes dirigieron sus relatos: a mí, como el entrevistador, otros significantes y audiencias; dimensión de análisis en la que también jugaron un papel fundamental las notas de campo redactadas sobre el proceso de contacto y la dinámica desarrollada durante la ejecución de las entrevistas (Santamarina y Marinas, 1995; Meccia, 2019).

A partir del análisis temático, estructural e interactivo de los relatos de vida, busqué entender tanto el proceso de envejecimiento como las condiciones en las cuales los participantes experimentaban su aproximación a la etapa de la vejez, siendo precisamente el objetivo de los siguientes apartados abordar los imaginarios y las experiencias que los participantes expresaron respecto de esa etapa y algunos de los principales temas asociados a ella, como la salud, la dependencia, el acceso a prestaciones sociales o el cuidado.

“Yo no me siento viejo porque gracias a Dios todavía puedo moverme”: el viejismo y la construcción de la subjetividad

Al abordar el tema de la vejez como etapa dentro del curso de vida, un primer elemento explorado durante las entrevistas biográficas realizadas a los participantes fue su percepción sobre esa etapa y si ellos se consideraban a sí mismos como viejos, encontrándome, prácticamente de forma unánime, con una imagen negativa respecto de la vejez, asociada a prejuicios y estereotipos estigmatizantes y patologizantes, tratada como una etapa marcada por la enfermedad, la discapacidad, la dependencia, la soledad o la pobreza; situaciones en las que ellos consideraron no encontrarse y de las que buscaban distanciarse, pues se consideraron personas llenas de energía, saludables e independientes; todo lo opuesto a la imagen que tenían de la vejez.

Por ejemplo, al cuestionar a Fernando al respecto, señala que él no se identifica como viejo porque sigue siendo saludable, activo e independiente; él asocia la vejez con sus opuestos, es decir, con la enfermedad, la discapacidad y la dependencia, y, hasta que él no se encuentre en alguna de esas situaciones, seguirá sin identificarse como viejo.

Fernando: Yo no me siento viejo porque gracias a Dios todavía puedo moverme, todavía puedo valerme por mí mismo, el día que no pueda valerme por mí mismo voy a decir ya estoy viejo.

Abraham: ¿Qué piensas cuando escuchas la palabra vejez?

Fernando: Pues se ve una persona grande, que está en silla de ruedas, que tienes que depender de alguien, para mí eso ya es la vejez, pero una persona que todavía está activa, o por lo menos yo no me siento... [66 años, ingeniero industrial jubilado, empleado de ciber, entrevista personal, 19 de marzo de 2020].⁵

⁵ Dando seguimiento al acuerdo de confidencialidad pactado oralmente con los participantes de esta investigación durante la realización de las entrevistas, todos sus nombres y los de las personas a las que ellos hicieron referencia fueron cambiados por pseudónimos en todos los extractos de sus testimonios.

En este sentido, fue posible identificar en los relatos de los participantes la prevalencia de un discurso sobre la vejez marcado por el viejismo. De acuerdo con Rada Schultze (2018), el *viejismo* refiere un conjunto de prenociones estigmatizadoras que recaen sobre la vejez y el sujeto envejecido; consiste en una generalización de rasgos que presentan a la vejez como una etapa de la vida plagada de limitaciones e imposibilidades físicas, motrices, intelectuales y sociales; dichos prejuicios y estereotipos impactan de tal forma en la subjetividad que incluso las personas viejas ven la vejez como una etapa no deseable de su devenir y de la cual buscan distanciarse.

Considero que es importante reflexionar sobre las dinámicas socioculturales que sostienen la construcción de dichas prenociones, como las imágenes transmitidas por los medios de comunicación, las dinámicas del sistema capitalista y su vínculo con las lógicas del mercado de trabajo y las políticas públicas orientadas a esta población, incluso los discursos científicos que han abonado en su configuración.

Ante la presencia de estos imaginarios negativos sobre la vejez, destacaron discursos y prácticas que los participantes utilizaban para distanciarse de ellos, sobresaliendo la búsqueda de vinculación con marcadores sociales asociados al opuesto de la vejez: la juventud, mediante algunos actitudinales, como el dinamismo o la autonomía, también por medio del consumo y la apariencia, como el uso de ropa, un corte de cabello “juvenil” o el uso de distintos productos y servicios destinados a retardar u ocultar los signos de la edad vinculados a la vejez, como las arrugas o las canas.

Fernando: No, no [me siento viejo], me gusta bailar, me gusta cortarme el pelo de rayita, me gusta pintarme el bigote, traer *shorts*, traer tenis Nike y todo [se ríe], digo yo no me siento a mi edad, para empezar... [66 años, profesionista jubilado, empleado de ciber, entrevista personal, 19 de marzo de 2020].

Esta dimensión de análisis me permitió observar cómo los participantes se encuentran en un espacio de negociación entre los marca-

dores biológicos sociales, culturales y políticos asociados a la vejez y la construcción de su propia subjetividad; reconocen algunos cambios físicos, algunas transiciones como la jubilación o el reconocimiento del Estado como adultos mayores que los harían “ser viejos” y ser vistos por los otros como tales, pero al mismo tiempo resistiéndose o distanciándose de los discursos viejistas que asocian la vejez con significados negativos, sobre todo con problemáticas de salud, con la dependencia o la discapacidad; problemáticas que ellos no vivían y de las que buscaban activamente alejarse, por lo que consideraban no sentirse viejos. Reconocen o construyen, en este sentido, una brecha entre el “ser” o “estar” dentro de esta etapa y el “sentirse” dentro de ella, considerando así que, aun cuando normativamente ya pudieran ser vistos como viejos, ellos no se sentían como tales.

Para abonar al análisis de esta negociación entre el “ser” y el “sentirse” viejos, me parece pertinente considerar la forma en que el sistema de género se entrecruza con las dimensiones ya señaladas en la generación de los discursos viejistas y las dinámicas de distanciamiento que los participantes compartieron, lo que nos permite no sólo hacer evidente la ya conocida experiencia diferenciada entre el ser reconocido como un hombre viejo o como una mujer vieja en nuestra cultura, pues, ya que la construcción del modelo de masculinidad hegemónica depende en gran medida de poseer características como la fuerza, el ser proveedores e independientes, el perderlas o verlas disminuidas al ser señalado como viejo también tiene implicaciones mayores en la construcción identitaria como hombre, tanto frente a las mujeres como frente a otros hombres, de la misma y de otras generaciones, de la misma y de otras identidades de género y orientaciones sexuales; sino también, ante esa dinámica, habría que considerar que entre las características que han configurado la identidad gay y las interacciones entre los hombres que tienen sexo con hombres en las sociedades occidentalizadas está la juventud, y con ella la fuerza, la salud, el consumo y la belleza juegan un papel primordial (G. Aguiar, 1998; List, 2018; Martel, 2013; Zarur, 2011). La poca visibilidad de las personas mayores dentro de las manifestaciones y demandas del movimiento gay, así como en los lugares de encuentro

físicos y virtuales, sobre todo en ciudades y pueblos pequeños, hace evidente que también la vejez entre la población gay, cuando no es fetichizada, tiene una connotación no sólo negativa, sino que es muchas veces ignorada o anulada.

Cabría entonces preguntarnos: ¿podríamos sentirnos viejos sin que eso esté asociado a significados negativos?, ¿podemos sentirnos viejos y al mismo tiempo activos, saludables e independientes?, o como mencionaba uno de los participantes: mientras sigamos siendo saludables o consumiendo los productos que el mercado etiqueta como destinados a los jóvenes o con el poder de brindarnos “eterna juventud”, ¿podremos seguir resistiéndonos a ser reconocidos y a sentirnos viejos?

Me parece que los testimonios de los participantes de esta investigación permiten vislumbrar la complejidad detrás de los discursos viejistas, y para hacerles frente se requieren cambios estructurales profundos a nivel económico, político, científico y cultural que permitan, a la par que la esperanza de vida sigue aumentando y que se sigue invirtiendo la pirámide poblacional, resignificar no sólo lo que representa ser y nombrarse como viejo o vieja, sino también lo que significa hacerlo como hombre o como mujer, y también el hacerlo como heterosexual o (por lo menos en el caso de los hombres) como gay, pues tal parece que, hasta la fecha, tanto el ser hombre como el ser gay se han vinculado directa y restrictivamente con el ser jóvenes, eternamente jóvenes.

“Yo quiero acabar en las mejores condiciones posibles”: la relevancia del cuidado de la salud

Derivado de la imperante imagen negativa respecto de la vejez, que la asocia con la enfermedad, la discapacidad y la dependencia, y de la conciencia de su cercanía con esta etapa, todos los participantes manifestaron realizar prácticas de cuidado de la salud: su alimentación, hacer ejercicio o hacerse estudios médicos para monitorear su estado de salud periódicamente para seguir teniendo una vida activa,

seguir siendo autónomos e independientes; de alguna forma para no sentirse viejos, o por lo menos para envejecer de la forma más activa y saludable posible, y evitar o postergar al máximo situaciones de dependencia en términos físicos o económicos, así como enfermedades incapacitantes y degenerativas que impliquen sufrimiento o dolor prolongado.

Algunos han construido estos hábitos de cuidado de la salud a raíz de un problema previo, de la identificación de factores de riesgo por su estilo de vida o por cuestiones hereditarias, aunque también, como en el caso de Jaime, por la conciencia y el imaginario de que conforme avanza la edad los riesgos de salud pueden aumentar; otros lo identifican como un hábito desde etapas tempranas de su curso de vida; en todos los casos hay una preocupación de cuidar al máximo su salud en esta etapa.

Además del cuidado en la alimentación y la realización de actividad física cotidianamente, una práctica más que han incorporado o reforzado los participantes durante los últimos años ha sido el monitoreo de su estado de salud con la realización de estudios que les permitan tener un seguimiento más pormenorizado, sobre todo en el caso de quienes tienen o están en riesgo de adquirir alguna enfermedad crónica. Así relata Ricardo su experiencia:

Ricardo: Entonces vas notando cómo hay cosas que ya no puedes hacer, yo lo que hago es, a lo mejor enfado a los médicos, pero yo fui el año pasado, “hazme un electrocardiograma”, le dije al doctor, “vea cómo estoy”, “no tienes nada, estás muy bien”, ok, “¿la presión?”, “está controlada”, pues que la próstata y todo eso, son males que van a ir apareciendo [72 años, especialista médico jubilado, entrevista personal, 4 de marzo de 2020].

Este hallazgo no es para nada menor, sobre todo al contrastarlo con diversos estudios en torno a las masculinidades, como los de Benno de Keijzer (1997), Rocco Capraro (2000), Juan Guillermo Figueroa y Natalia Flores (2007), y Eloy Rivas (2005), quienes han señalado que en la construcción de las identidades masculinas existe,

en general, tanto un distanciamiento de las prácticas de cuidado del cuerpo y la salud como una normalización de actividades y conductas que pudieran poner su integridad física y emocional en riesgo. En este sentido, si bien el cuidado de la salud podría considerarse simplemente como una buena práctica esperada dentro de la población de su generación, podría también estar vinculada profundamente con cuestiones de género y sexualidad, pues algunos participantes, sobre todo los que no tuvieron hijos, consideraron que, a diferencia de sus pares heterosexuales que podrían confiar que sus hijos o hijas los cuidarán en una situación de enfermedad o dependencia, ellos no contarán con este apoyo, lo cual los puede llevar a extremar el cuidado de su salud y evitar lo más posible las situaciones de dependencia; también nos muestran algo sencillo, pero que es trascendental ante el modelo de masculinidad hegemónica: los hombres pueden cuidarse a sí mismos, cuidar de su salud física y mental, y no tienen que depender de las mujeres a su alrededor, de sus hijas o esposas para conservar su salud o recibir cuidados en caso de enfermedad.

“No hay que pensar en eso, ¿para qué te mortificas si no tienes nada?”: consideraciones respecto de la dependencia y los cuidados

Uno de los primeros hallazgos al abordar el tema de los cuidados durante las entrevistas fue que al considerarse personas saludables, en general, ven esta situación tan lejana y ajena a ellos que pocos han previsto redes de apoyo o planes de acción en caso de llegar a encontrarse en una situación de enfermedad que pudiera requerir cuidados, particularmente en los casos de David, Fernando, José y Ricardo se hizo evidente la resistencia a pensar en el tema.

Si bien algunos de los principales expositores de los estudios socio-simbólicos sobre vejez y diversidad sexual en Estados Unidos, como Kimmel (1979), Schope (2005), De Vries, (2006, 2007, 2009), De Vries *et al.* (2009), De Vries y Megathlin (2009), De Vries y Gutman (2016) y Harley y Teaster (2016), han abordado temas como los

cuidados e identificado la generación de iniciativas como el establecimiento de viviendas compartidas, ya sea con un enfoque LGBT o hacer de los hogares compartidos ya existentes amigables para la población LGBT, además de resaltar el papel que juegan los amigos o las familias elegidas como fuente de soporte, cuidado y contención en esta etapa; para la mayoría de los participantes de esta investigación, cuando consideraron la posibilidad de recibir cuidados la primera opción que contemplaron no fueron los amigos o la familia elegida, tampoco algún hogar compartido y mucho menos una pareja, sino su familia de origen, principalmente sus hermanas, con quienes han construido relaciones de apoyo mutuo más sólidas, y quienes, en tanto mujeres, culturalmente han sido asignadas a las labores de cuidado y atención al interior de los grupos familiares.

En este sentido, Carlos, David, Fernando y Óscar ven en su familia de origen, principalmente en sus hermanas, la primera red de apoyo en caso de requerir cuidados, aun cuando éstas vivan en otras ciudades, como en los casos de Carlos o Fernando.

Abraham: Digamos, en caso de que te enfermaras de algo, ¿quién te atendería?

Fernando: Nadie, pero la única que me atendería y yo sé que sí va a poder, posiblemente mi hermana de allá de Sacramento [California], porque la de aquí, ella ya no puede porque a ella la operaron hace tres años del cerebro... Nada más mi hermana, la de Sacramento, de las que yo siento, ella, es la única, porque de ahí en fuera..., primos no, tíos no tengo ya, ya se murieron, imagínate si yo estoy viejito ahora mis tíos, no tengo, así parientes no, mi hermano no creo... [66 años, ingeniero industrial jubilado, empleado de ciber, entrevista personal, 19 de marzo de 2020].

Me parece que esta postura se vincula con su trayectoria familiar, en la que resaltaron los lazos afectivos más cercanos con las figuras femeninas en la familia, principalmente con su madre y hermanas (sobre todo cuando se tuvo una expresión de género considerada femenina o hubo una mayor visibilidad de su orientación sexual, lo

que en general se vinculó con relaciones más distantes con sus padres y hermanos varones), además de la delegación de los roles de cuidado y atención de las personas dependientes en las mujeres y figuras femeninas dentro de las familias.

Si bien la mayoría de los participantes pensaron en la familia de origen (y únicamente Javier en su mejor amigo gay) como la primera red de apoyo en caso de llegar a una situación de dependencia o enfermedad que requiriera en cierto grado de los cuidados de otra persona, Gerardo reconoce que una buena situación económica puede abrir la posibilidad de otras opciones, como recibir cuidados en el sector privado, también para recibir compañía y sexo, considerando que lo peor que le puede pasar a un gay es ser “viejo y pobre”, pues eso dificultaría el acceso tanto a cuidados de calidad como a compañeros sexuales.

Gerardo: Yo siempre he pagado, desde hace muchos años, más de veinte años, un seguro de gastos médicos mayores, pensando precisamente en mi vejez, de que yo no quiero ir..., porque yo soy médico y yo me di cuenta cómo es la medicina en las instituciones públicas, de salud pública, allí experimentan con la gente y les vale madre la gente, cosa que no pasa en la medicina particular, porque saben que ahí es otra cosa, entonces todavía lo sigo conservando, que ahorita está altísimo por la edad, pero lo sigo conservando, y va a ser lo único yo creo que conserve hasta que me muera... no pensé en una vejez incapacitante, pero sí pensé en que cuando fuera mayor ¿qué iba a pasar?, entonces yo creo que sí, tener una casa, tener cierta seguridad económica, porque tengo un amigo que siempre dice: “lo peor que le puede pasar a una gente gay es ser viejito y no tener dinero, cuando tienes dinero puedes tener sexo y puedes tener quién te cuide, si no tienes dinero ya valiste madre”, y yo tengo tan presentes las palabras de este amigo que es más grande que yo, y es que es cierto, dice “lo peor que le puede pasar a un gay es ser viejo y pobre”, es la verdad, teniendo dinero no te tienes que preocupar, porque puedes tener sexo y puedes tener compañía.

Abraham: Y puedes atender tus enfermedades.

Gerardo: Y te puedes atender tus enfermedades, y pagar a alguien que te cuide, que esté en tu casa y todo, por interés o por lo que sea,

pero vas a tener a alguien [63 años, médico, funcionario público, entrevista personal, 24 de febrero de 2020].

A la luz de las correlaciones entre los relatos y las posturas de los participantes y los discursos sobre esos “otros” no entrevistados, “los obvios”, “las locas”, los afeminados, es que cobra especial relevancia y sentido la expresión “lo peor que le puede pasar a un gay es ser viejo y pobre”, pues se relaciona con el vínculo que en su experiencia tuvieron las trayectorias educativa y laboral con la expresión de género y el ocultamiento de su orientación sexual; ellos mencionaron en distintas ocasiones que parte del éxito de su trayectoria laboral, que les dio en la mayoría de los casos una estabilidad financiera a través de un trabajo como profesionistas (el cual derivó a su vez en el acceso a una pensión por jubilación), se vinculó con su expresión de género, con “ser discretos” respecto de su orientación sexual y comportarse “masculinos”, que el ser “obvios”, el ser afeminados, en su juventud significaba una sentencia de exclusión social, de segregación de espacios educativos y de empleos formales, que les llevaría a la prostitución, a trabajos precarizados, a la violencia, a terminar viejos y pobres o ni siquiera llegar a la vejez.

El objetivo del siguiente apartado precisamente busca profundizar en las condiciones económicas de los participantes al momento de ser entrevistados, así como en sus expectativas y experiencias en torno a la jubilación y las prestaciones sociales asociadas a la misma; situaciones marcadas por evidentes brechas construidas a través de las trayectorias académicas y laborales de los participantes (como ya señalaba, por lo menos una parte del éxito dentro de dichas trayectorias se vinculó con el ocultamiento de su disidencia sexual), lo que dio como resultado que para unos signifique una etapa en la que pueden dedicarse a sí mismos, al cuidado de su salud y el desarrollo personal, mientras que para otros apenas signifique un apoyo económico para lograr cubrir sus necesidades básicas.

“De perdida para pagar la luz”: expectativas y experiencias en torno a la jubilación

Partiendo del paradigma del curso de vida, la jubilación puede ser considerada una transición esperada, incluso normativa, en las sociedades modernas e industrializadas, y que socialmente se ha utilizado como un marcador social asociado al inicio de la etapa de la vejez, incluso como sinónimo de “hacerse viejo”, sin embargo, este vínculo paulatinamente se ha ido derribando, para muestra basta ver la experiencia de los participantes de esta investigación, quienes a pesar de ya estar jubilados o dentro de su último año laboral, ninguno se consideró viejo, ni consideraron la jubilación como algo que automáticamente los “convierta en viejos”, mucho menos que los hiciera “sentirse viejos”.

La jubilación implica la conclusión de la trayectoria laboral, por lo menos en el sector formal (ya sea en un organismo público o privado), tras haber cumplido con la edad o los años de trabajo establecidos por ley, o por estar incapacitado para seguir trabajando, y transitar a una etapa en la que ya no se participa dentro del empleo formal y que, si se trabajó dentro de este sector, está acompañada por la protección del Estado mediante una pensión económica, así como por otras prestaciones del sistema de seguridad social, como el acceso a servicios de salud o de vivienda; prestaciones cuyas características y alcances dependerán de los montos económicos aportados por el mismo trabajador, el empleador y el gobierno en una medida proporcional establecida a partir del sueldo del trabajador a lo largo de su trayectoria laboral, es decir, a un trabajo con salario mayor, corresponde una aportación mayor y, después de la jubilación, una pensión más alta (Villagómez y Hernández, 2010; Ramírez, 2017).

Particularmente en el caso mexicano, de acuerdo con Díaz-Tendero (2014) el estado social mexicano se caracteriza por ser un estado de bienestar de tipo periférico que se integra por dos sistemas paralelos: “la seguridad social para los sectores formales y la asistencia social para los sectores informales y más vulnerables” (2014:17), esto ha significado dividir el conjunto de la ciudadanía en derechohabientes

y no derechohabientes, siendo los primeros los únicos con derecho a una pensión que integre la contribución del empleador y del gobierno, dejando a los no derechohabientes sin mayor derecho que el de la asistencia social.⁶ En este sentido, estudios como los de Merino y Elvira (2011) apuntan que aquellos individuos con un empleo formal, con suficientes ingresos y con problemas de salud, tenderán a jubilarse antes que aquellas otras personas que no tienen un empleo formal, que no tienen suficientes ingresos y gozan de buena salud, pues los primeros estarán respaldados por una pensión y los segundos dependerán totalmente de sus ahorros, redes de apoyo o de la asistencia social, tengan buena salud o no. De ahí la trascendencia de analizar la trayectoria laboral y su implicación dentro de las condiciones de jubilación en un estudio que busca comprender las experiencias asociadas a la vejez y el envejecimiento.

En primer lugar, es posible identificar dos elementos en común entre los entrevistados, el primero es que todos pudieron participar en empleos dentro del sector formal que les permitieron acceder a la seguridad social, a servicios públicos de salud y en algún momento al apoyo para adquirir una vivienda, y después de su jubilación a una pensión económica (obviamente, con grandes brechas en los montos en las prestaciones de vivienda y de las pensiones entre uno y otro); el segundo elemento es la visión de la jubilación de forma positiva, como una transición deseada, tanto para quienes ya se jubilaron como para quienes se encuentran en proceso de hacerlo; incluso algunos de ellos la contemplan como uno de los hitos más cercanos en su biografía que les ha permitido o les permitirá, por ejemplo, mejorar su calidad de vida e iniciar nuevos proyectos personales y profesionales.

⁶ De acuerdo con información de la página de internet del Inegi, a partir del Censo de Población y Vivienda de 2020, actualmente por lo menos una cuarta parte de la población total en México no se encuentra afiliada a ningún servicio de salud, mientras que, de acuerdo con los indicadores de la Encuesta Nacional de Empleo y Seguridad Social 2013, sólo 4 346 973 personas se encontraban pensionadas frente a las 83 777 384 no pensionadas en similar condición de pensión, debido a la invalidez por riesgos de trabajo, el deceso del trabajador, o bien se hubiere llegado a la edad de retiro de la vejez (Inegi, 2014).

Gerardo, Jaime y David fueron los participantes que al momento de ser entrevistados aún no se jubilaban, pero los tres estaban esperando ya ese momento; de acuerdo con sus particulares trayectorias educativas y laborales, sus puntos de inflexión, así como sus condiciones de vida y de salud, sus bienes acumulados, las condiciones de su jubilación y expectativas de la misma, presentaban matices muy particulares.

En cuanto a Ricardo, Óscar, José, Fernando y Carlos, los participantes que ya se encontraban jubilados al momento de entrevistarlos, los cinco vivieron esa transición de manera positiva y consideraron que ya era muy esperada cuando sucedió; Ricardo, José, Fernando y Carlos se jubilaron por edad, es decir, al cumplir 60 años, mientras que Óscar por años trabajados, lo que le permitió jubilarse antes de alcanzar la edad establecida por ley.

Para empezar, quienes se jubilaron por edad, José como empleado administrativo de una universidad privada de la ciudad (después de haber ejercido otros trabajos en el sector formal, como obrero en la maquila, también siendo docente y administrativo), y Ricardo después de una larga trayectoria como especialista médico en el Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE), ambos recordaron haber atravesado por problemas de salud mental previos a su jubilación, vinculados tal vez con el desgaste laboral, pues después de jubilarse estos problemas desaparecieron y abandonaron la medicación. Otro tema asociado a la jubilación para los participantes ya jubilados que trabajaron como profesionistas fue la brecha tecnológica, en particular para Ricardo y Óscar.

Al igual que Ricardo, Óscar y José decidieron no seguir trabajando después jubilarse y dedicar el tiempo a sí mismos; sus pensiones y prestaciones sociales asociadas a la jubilación son buenas y se los permite, sobre todo en el caso de Óscar, quien se jubiló con un cargo directivo y acostumbra viajar frecuentemente; en el caso de José, que tuvo un trabajo con menor jerarquía e ingresos, en ocasiones sí llega a verse un tanto limitado económicamente, pero en esos casos cuenta con el apoyo económico de sus hijas.

Fernando desarrolló la mayor parte de su trayectoria laboral como ingeniero industrial dentro de la industria maquiladora, fue un tipo de trabajo que a la larga lo desgastó, por lo que su jubilación fue un evento positivo en su vida. Aunque su pensión y prestaciones sociales, junto con la renta de su casa, le podrían permitir dejar de trabajar y dedicarse a sí mismo, a diferencia de José, Óscar y Ricardo, él ha decidido seguir trabajando, sobre todo para mantenerse ocupado y activo, pero en un ramo distinto y mucho más tranquilo; en este sentido, más allá de una necesidad económica, el trabajo le permite cubrir otro tipo de necesidades de orden simbólico.

Por último, las condiciones de jubilación de Carlos distan mucho de las de los demás participantes, ya que él trabajó parte de su trayectoria laboral como campesino y en trabajos en el sector informal (que no le brindaban acceso a la seguridad social), su limitada trayectoria educativa influyó en que, cuando logró integrarse al sector formal, sólo pudiera acceder a trabajos poco remunerados, además cambió de trabajo muchas veces; logró jubilarse en 2019 gracias a la ayuda de una de sus hermanas que lo registró como su trabajador para que pudiera completar el tiempo de trabajo establecido por la ley. A pesar de que el monto de su pensión no es muy alto (tal vez sea el más bajo entre todos los participantes), significa un gran apoyo para él, ya que su ingreso depende del comercio informal, y, en temporada de verano en Mexicali, esto podría poner en riesgo que pudiera pagar incluso servicios básicos, como la electricidad. Definitivamente, para él dejar de trabajar no era una opción, aunque después de jubilarse sólo pudiera hacerlo en el sector informal, pues intentar regresar al sector formal implicaría perder su pensión, además de que por su edad es poco probable que lo quisieran contratar.

Carlos: Sí pues qué más, yo no puedo trabajar en ninguna parte ya, con la edad que tengo y pensionado, aparte con el seguro en ninguna parte, porque si me meto a trabajar a alguna parte con el seguro automáticamente me quitan la pensión, con seguro no, puedo trabajar en otra cosa, que no me den seguro ni nada, ni una prestación, nada más trabajar y que me paguen, trabajar y que me paguen... el año pasado

sí me preocupaba el no pensionarme, me preocupaba que llegara el verano y que no había ventas y que, ya ves cómo es la luz aquí, sí me preocupaba, me preocupaba todos los días que no había venta, ahora ya no me preocupo porque sé que voy a agarrar mi dinerito en el verano, de perdís si no hay ventas de perdida para pagar la luz y pasarla bien, yo solo [63 años, comerciante, entrevista personal, 18 de febrero de 2020].

Como es posible observar, el tema de la jubilación es por demás complejo, sobre todo cuando se consideran particularidades como el acceso a pensiones y a otras prestaciones de seguridad social; llevando incluso a las personas como los participantes de esta investigación, que todos tuvieron la posibilidad de desarrollar su trayectoria laboral o la mayor parte de ella en el sector formal, a vivirla de formas tan diversas, pues mientras algunos participantes como Ricardo ni siquiera terminan de gastar el sueldo de su pensión, aun realizando viajes internacionales frecuentemente, a otros participantes como Carlos apenas les alcanza para asegurar el pago de los servicios básicos.

Seguramente el escenario es mucho más complejo para quienes siempre desarrollaron su trayectoria laboral en empleos informales y no tuvieron acceso a prestaciones públicas de salud, vivienda y a una pensión después de alcanzar cierta edad o una cantidad específica de años trabajados; personas como “los jotos equis” a quienes hizo alusión Jaime reiteradamente durante su entrevista, o “los obvios” a quienes hizo alusión Óscar, quienes abandonaron su trayectoria educativa o laboral por el acoso homofóbico y fueron relegados a trabajos precarizados como el trabajo sexual o el comercio informal.

Conclusiones

Considero que los relatos de los entrevistados hacen evidentes las connotaciones negativas que existen respecto de la vejez en nuestra cultura, que es necesario comprender en su articulación con el sistema económico, político, los medios de comunicación y el sistema de género binario; lo que los lleva a resistirse a identificarse a sí mismos

como viejos. Considero que más allá de discutir si son viejos o no, de acuerdo con una perspectiva biologicista, política o sociocultural, es importante apelar a la autonominación de las personas, así como cuestionar estas imágenes negativas sobre la vejez, y reconocer que esta etapa también puede significar salud, dinamismo y autonomía, así como lo viven los participantes de esta investigación, quienes, seguramente, no son las únicas personas mayores de 60 o 70 años en vivirlo así, estas personas son mucho más activas de lo que los viejismos nos han hecho creer.

Por otro lado, si bien la esperanza de vida ha aumentado en los últimos años, también la natalidad ha disminuido considerablemente, por lo que en los próximos años provocará que exista una cantidad mayor de población envejecida susceptible de requerir servicios de cuidado y que, como los participantes de esta investigación, cada vez menos podrá “confiarse” en que los hijos, incluso el Estado, pueda brindar dichos cuidados, por ello es importante la generación de estrategias colectivas tanto para el apoyo mutuo como para impulsar el desarrollo de políticas y programas orientados a atender a esta población.

Gracias a la experiencia de los participantes también podemos reflexionar sobre la posibilidad de cuestionar, en especial el caso de los varones, los mandatos de la masculinidad que los han llevado a desarrollar prácticas de riesgo para su propia salud, así como visibilizar la posibilidad de los hombres para generar estrategias de cuidado de sí mismos, en cuanto a la salud física y mental.

Considerar la sexualidad como una dimensión inherente a todo el trayecto biográfico de los seres humanos nos permite cuestionar la asexualización que sufren tanto las personas consideradas viejas como las infancias, asexualización que en cuanto estrategia de invisibilización de una dimensión inherente a la persona puede estar vinculada con diversas formas de violencia a nivel interpersonal, institucional y cultural.

Finalmente, es necesario seguir investigando sobre las experiencias, necesidades y problemáticas específicas de otras identidades disidentes de la norma cis-heterosexual, como las mujeres lesbianas,

y mujeres y hombres trans, ya que, como mencioné previamente, representan un vacío en esta investigación, y las investigaciones que existen en otros contextos respecto de estas poblaciones han evidenciado que hay particularidades respecto de las experiencias y necesidades de los hombres gais, así como de las personas heterosexuales.

Bibliografía

- Aguirre, Rosario y Sol Scavino (2016), “Cuidar en la vejez: desigualdades de género en Uruguay”, *Papeles del CEIC*, núm. 1(150), pp. 1-41.
- Balán, Jorge y Elizabeth Jelin (1979), “La estructura social en la biografía personal”, *Estudios Cedes*, vol. 2, núm. 9, pp. 3-25.
- Bertaux, Daniel (2005), *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*, Ediciones Bellaterra, Barcelona.
- Bertaux, Daniel (1999), “El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades”, *Proposiciones*, pp. 1-23.
- Blanco, Mercedes (2011), “El enfoque de curso de vida: orígenes y desarrollo”, *Revista Latinoamericana de Población*, vol. 5, núm. 8, pp. 5-31.
- Bolívar, Antonio, Jesús Domingo y Manuel Fernández (2001), *La investigación biográfico-narrativa en educación: enfoque y metodología*, La Muralla, Madrid.
- Bourdieu, Pierre (2001), *Poder, derecho y clases sociales*, Desclée de Brouwer, Bilbao.
- Capraro, Rocco (2000), “Why College Men Drink: Alcohol, Adventure, and the Paradox of Masculinity”, *Journal of American College Health*, vol. 48, núm. 6, pp. 307-315.
- De Keijzer, Benno (1997), “El varón como factor de riesgo: masculinidad, salud mental y salud reproductiva”, en Esperanza Tuñón (ed.), *Género y Salud en el Sureste de México*, Ecosur/UJAT, Villahermosa, pp. 199-219.
- De Vries, Brian (2009), “Aspects of Death, Grief, and Loss in Lesbian, Gay, Bisexual, and Transgender Communities”, en Kenneth J. Doka y Amy S. Tucci (eds.), *Living with Grief: Diversity and*

- End-of-Life Care*, Hospice Foundation of America, Washington D. C., pp. 243-257.
- De Vries, Brian (2007), "LGBT Couples in Later Life: A Study in Diversity", *Generations. Journal of the American Society on Aging*, vol. xxxi, núm. 3, pp. 18-23.
- De Vries, Brian (2006), "Home at the End of the Rainbow", *Generations. Journal of the American Society on Aging*, vol. xxix, núm. 4, pp. 64-69.
- De Vries, Brian y Gloria Gutman (2016), "End-of-Life Preparations. Among LGBT Older Adults", *Generations. Journal of the American Society on Aging*, vol. 40, núm. 2, pp. 46-48.
- De Vries, Brian y David Megathlin (2009), "The Meaning of Friendship for Gay Men and Lesbians in Second Half of Life", *Journal of GLBT Family Studies*, vol. 5, núms. 1-2, pp. 82-98.
- De Vries, Brian, Anne Mason, Jean Quam y Kimberly Acquaviva (2009), "State Recognition of Same-Sex Relationships and Preparations for End of Life Among Lesbian and Gay Boomers", *Sexuality Research & Social Policy: Journal of NSRC*, vol. 6, núm. 1, pp. 90-101.
- Díaz-Tendero, Aída (2014), "La seguridad económica para los adultos mayores lograda por el Estado de Bienestar socialdemócrata. ¿Puede México acercarse algunos pasos?", en Jaciel Montoya, Pablo Jasso y Adán Barreto (eds.), *Hitos demográficos del siglo XXI: envejecimiento*, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, vol. 1, pp. 13-29.
- Figueroa, Juan Guillermo y Natalia Flores (2007), "Prácticas de cuidado y modelos emergentes en las relaciones de género. La experiencia de algunos varones mexicanos", *La Ventana*, vol. 4, núm. 35, pp. 7-57.
- G. Aguiar, José Carlos (1998), "¡Ámame por ser bello! Masculinidad=cuerpo+eros+consumo", *La Ventana*, núm. 8, pp. 269-284.
- Gastron, Liliana de y María Julieta Oddone (2008), "Reflexiones en torno al tiempo y el paradigma del curso de la vida", *Perspectivas en Psicología*, vol. 5, núm. 2, pp. 1-9.
- Giribuela, Walter (2019), *Historias Manfloras: sexualidades disidentes y vejez masculina*, Editorial Universidad Nacional de Luján, Luján.

- Hankis, Agnes (1981). "Ontologies of the Self: on the Mythological Rearranging of One's Life History", en Daniel Bertaux (dir.), *Bio-ography and Society. The Life History Approach in the Social Sciences*, Sage Publications, Beverly Hills, California.
- Harley, Debra y Pamela Teaster (2016), "Theories, Constructs, and Applications in Working with LGBT Elders in Human Services", en D. Harley y P. Teaster (eds.), *Handbook of LGBT Elders. An Interdisciplinary Approach to Principles, Practices, and Policies*, Springer, Nueva York, pp. 3-26.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2018), *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) 2018*, Inegi, México, [<http://www.inegi.org.mx/>].
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2017), *Encuesta Nacional sobre Discriminación (Enadis) 2017*, Inegi, México, [<http://www.inegi.org.mx/>].
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2016 y 2014), *Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH)*, Inegi, México, [<http://www.inegi.org.mx/>].
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2014), *Encuesta Nacional de Empleo y Seguridad Social (ENESS) 2013*, Inegi, México.
- Kimmel, Douglas (1979), "Life-History Interviews of Aging Gay Men", *International Journal Aging and Human Development*, vol. 10, núm. 3, pp. 239-248.
- Laguarda, Rodrigo (2007), "Gay en México: lucha de representaciones e identidad", *Alteridades*, vol. 17, núm. 33, pp. 127-133.
- List, Mauricio (2018), "Gay a la mexicana", en Diego Falconí (ed.), *Inflexión marica. Escrituras del descalabro gay en América Latina*, Egales, Barcelona/Madrid, pp. 109-122.
- Martel, Frédéric (2013), *Global gay. Cómo la revolución gay está cambiando el mundo*, Santillana, Ciudad de México.
- Meccia, Ernesto (2019), "Cuéntame tu vida. Análisis sociobiográfico de narrativas del yo", en E. Meccia (dir.), *Biografías y sociedad. Métodos y perspectivas*, Eudeba/Ediciones Universidad Nacional del Litoral, Buenos Aires, pp. 63-96.

- Meccia, Ernesto (2016), “¿Quién teme al espejo? Una polémica sociológica en torno a cómo los gays ven el envejecimiento gay”, *Research on Ageing and Social Policy*, vol. 4, núm. 1, pp. 70-95.
- Meccia, Ernesto (2015), “Cambio y narración. Las transformaciones de la homosexualidad en Buenos Aires según los relatos de homosexuales mayores”, *Sexualidad, Salud y Sociedad. Revista Latinoamericana*, núm. 19, pp. 11-43.
- Meccia, Ernesto (2011), *Los últimos homosexuales. Sociología de la homosexualidad y la gaycidad*, Gran Aldea, Buenos Aires.
- Merino, Enrique y María Elvira (2011), “Aproximaciones actuales en la investigación sobre la jubilación”, *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, vol. 4, núm. 1, pp. 85-90.
- Montoya, Bernardino, Pablo Jasso y Adán Barreto (2014), “Presentación”, en B. Montoya, P. Jasso y A. Barreto (eds.), *Hitos demográficos del siglo XXI: envejecimiento*, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, vol. 1, pp. 1-12.
- Niethammer, Lutz (1989), “¿Para qué sirve la historia oral?”, *Historia y Fuente Oral*, núm. 2, pp. 3-25.
- Osorio, Paulina (2006), “La longevidad: más allá de la biología. Aspectos socioculturales”, *Papeles del CEIC*, núm. 2, pp. 1-28.
- Rada Schultze, Fernando (2018), *La diversidad en el curso de la vida: cambios y continuidades en el envejecimiento de gays, lesbianas y trans*, TeseoPress, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
- Rada Schultze, Fernando (2017), “La diversidad en el curso de vida. Trayectorias y memorias de los y las mayores LGBT argentinos”, en Carlos Henning y Camilo Braz (orgs.), *Género, sexualidade e curso da vida: diálogos latino-americanos*, Editora da Imprensa Universitária, Goiânia, pp. 111-143.
- Ramírez, Carlos (2017), “Reforma de pensiones en México: avances, logros y retos”, *El Cotidiano*, núm. 204, pp. 29-39.
- Randall, Margaret (1992), “¿Qué es, y cómo se hace un testimonio?”, *Revista Clínica Literaria Latinoamericana*, año XVIII, núm. 36, pp. 23-47.
- Ripamonti, Paula (2017), “Investigar a través de narrativas: notas epistémico-metodológicas”, en Marina Alvarado y Alejandro de

- Oto (eds.), *Metodologías en contexto: intervenciones en perspectiva feminista/poscolonial/latinoamericana*, Clacso, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, pp. 83-103.
- Rivas, Eloy (2005), “¿El varón como factor de riesgo? Masculinidad y mortalidad por accidentes y otras causas violentas en la sierra de Sonora”, *Estudios Sociales. Revista de Alimentación Contemporánea y Desarrollo Regional*, vol. 13, núm. 26, pp. 27-65.
- Robles, Leticia, Felipe Vázquez, Laureano Reyes e Imelda Orozco (2006), *Miradas sobre la vejez. Un enfoque antropológico*, Plaza y Valdés/El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana.
- Santamarina, Cristina y José Marinas (1995), “Historias de vida e historia oral”, en Juan Delgado y Juan Gutiérrez (eds.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Síntesis, Madrid, pp. 257-283.
- Schope, Robert (2005), “Who’s afraid of Growing Old? Gay and Lesbian Perceptions of Aging”, *Journal of Gerontological Social Work*, vol. 45, núm. 4, pp. 23-38.
- Torbenfeldt, Tea y Ditte Andersen (2020), “Narrative Analysis: Thematic, Structural and Performative”, en Margaretha Järvinen y Nanna Mik-Meyer (eds.), *Qualitative Analysis: Eight Approachers for the Social Sciences*, Sage, Los Ángeles, pp. 265-282.
- Villagómez, Alejandro y Juan Hernández (2010), “Impacto de la reforma al sistema de pensiones en México sobre el ahorro”, *Economía Mexicana*, vol. XIX, núm. 2, pp. 271-310.
- Zarur, Antonio (2011), “El fenómeno gay contemporáneo, de lo moralmente inaceptable, a segmento del mercado”, *Gestión y Estrategia*, núm. 40, pp. 51-63.

Fecha de recepción: 21/02/22

Fecha de aceptación: 26/07/22

DOI: 10.24275/tramas/uamx/202257153-184

“A estas alturas del partido...”: experiencias identitarias y gestión sexo-afectiva en las vejezes lésbicas

*Ana Margarita Fernández de Castro Peñaranda**

Resumen

Este artículo analiza cómo las lesbianas mayores negocian y significan sus identidades y sexualidades en esta etapa de sus vidas. Recurro a los planteamientos de la gerontología feminista y del curso de vida como una apuesta por desmitificar y repensar la vejez, dando cuenta de las complejidades de dicho proceso. A partir del análisis de las historias de vida de ocho lesbianas mayores de 60 años residentes en Bogotá¹ sostengo que sus experiencias subjetivas e identitarias en la vejez se construyen, entre otras maneras, en torno a procesos de desidentificación de los términos lesbiana, adulta mayor y vieja. Esta desidentificación emerge como consecuencia del estigma que circunda a dichos términos. Asimismo, exploro la relación entre lesbianismo, gestión sexo-afectiva y vejez. Sus relatos evidencian que las interpretaciones que realizan respecto a su vejez moldean su vivencia de la sexualidad en esta etapa.

* Estudiante del doctorado en Estudios Feministas de la Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco. Maestra en Ciencias Sociales con mención en Género y Desarrollo por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) sede Ecuador. Correo electrónico: [anamargaritafdezdecastro@gmail.com].

¹ Dedico este artículo a Cristina, Eugenia, Pilar, Leonor, Matáfora, Patricia, Liliana y Lilia. Muchas gracias por toda su disposición para compartirme sus historias de vida y por ampliar mis perspectivas sobre la vejez lésbica. Con sus relatos y sus fotografías ustedes han mostrado al mundo no sólo cómo las lesbianas existimos en todas las cohortes etarias, sino que siempre hemos existido y que, de una u otra manera, hemos buscado estrategias para resistir y para sobrevivir en una sociedad heteronormativa que quiere limitar nuestras posibilidades de ser y de amar.

Palabras clave: lesbiana, vejez, gerontología feminista, identidades, sexualidades.

Abstract

This paper analyzes how older lesbians negotiate and signify their identities and sexualities at this stage of their lives. I appeal to feminist gerontology and the life course as a way to demystify and rethink old age, highlighting the complexities of this process. Based on the analysis of the life histories of eight lesbians over sixty living in Bogotá, I argue that their subjective and identity experiences in old age are constructed, among other ways, around processes to disidentification with the terms lesbian, senior adult and old. This disidentification emerges as a consequence of the stigma surrounding these terms. I also explore the relationship between lesbianism, sex-affective management and old age. Their stories reveal that the interpretations that these women make of their old age also configure their experience of sexuality at this stage.

Keywords: lesbian, old age, feminist gerontology, identity, sexuality.

Introducción²

Desde el siglo xx, Colombia, de manera similar al conjunto de la región latinoamericana, ha experimentado un proceso de transición demográfica caracterizada por el envejecimiento de la población (MinSalud, 2013). Los procesos de envejecimiento acelerado de la población amplían los debates en torno a nuevas experiencias de envejecimiento y vejez. Los modelos teórico-analíticos de la gerontología social tradicional resultan obsoletos para el análisis del caleidoscopio de nuevas experiencias identitarias y subjetivas de la vejez

² Este artículo resume algunos hallazgos de mi tesis de maestría en Investigación en Ciencias Sociales con mención en Género y Desarrollo, de la Flacso-Ecuador.

cada vez más marcadas por dimensiones de clase, condición migratoria, diversidad sexo-genérica, diversidad funcional, entre otras. Específicamente, dichos modelos se han mostrado inadecuados para el análisis de las experiencias de envejecimiento y vejez de personas con orientaciones sexuales e identidades de género no (hetero)normativas (Henning, 2017), en tanto ignoran que el género constituye una categoría central para dicho análisis (Hooyman *et al.*, 2002).

De acuerdo con Averett y Jenkins (2012) (citados en Westwood, 2013) existe un número limitado de investigaciones sobre lesbianas mayores. De forma paralela, las vejeces³ lésbicas son un tema poco visibilizado en las agendas políticas de los movimientos lésbicos y de lesbianas-gais-bisexuales-trans (LGBT), en general (Gracia, 2011). En tal sentido, existe una deuda histórica con esa generación de mujeres que a lo largo de sus vidas han experimentado discriminación por ser lesbianas y que, además, hoy en día se enfrentan a nuevas formas de discriminación a razón de su edad (Woody, 2014).

En mi tesis de maestría me propuse indagar sobre la construcción de las relaciones sexo-afectivas de las lesbianas mayores en Bogotá (Fernández de Castro, 2021a). Esta investigación y los trabajos que de ella se han derivado han pretendido propiciar debates en torno a una temática que ha sido poco estudiada en el contexto latinoamericano. También han sido una apuesta por recuperar sus voces con el fin de problematizar las implicaciones de llegar a la vejez siendo lesbianas en una sociedad heteronormada.⁴

³ Me adhiero a la idea de que no existe un tipo único de envejecimiento ni de vejez. Como señala Rada Schultze (2016): “la vejez es una categoría diferencial, lo cual nos obliga a hablar de vejeces en plural y no de un único modo de envejecer” (2016:91), debido a que “el envejecimiento [...] se encuentra atado a nuestro devenir y a nuestra diversidad, y será en la vejez, como en ninguna otra etapa de la vida, donde se manifestará la diferencia” (2016:91). En ese sentido, acudir al término vejeces permite cuestionar la noción instaurada en los estudios sobre envejecimiento y vejez en los que se ha asumido a esta última de manera homogénea y cuyo rasero ha sido la experiencia masculina, blanca y heterosexual. Al mismo tiempo, dicho término permite posicionar aquellas experiencias de vida de personas mayores que, a razón de su género, orientación sexual, clase social, nacionalidad, entre otros aspectos, han sido invisibilizadas.

⁴ De acuerdo con Yébenes (2018), la heteronormatividad “permite situar un sistema valorativo que está organizado jerárquicamente y que se vincula con la aceptabilidad y la

Este artículo es una respuesta a las inquietudes que me sigue planteando el abordaje de las vejeces lésbicas. Particularmente, aquí exploro la relación entre identidad, lesbianismo, gestión sexo-afectiva y vejez. Para ello me pregunto cómo las lesbianas mayores en Bogotá negocian y significan sus identidades y sus relacionamientos sexo-afectivos en la vejez. Teniendo en cuenta lo anterior, el objetivo de este artículo es doble. Primero, analizar la manera en que se perciben a sí mismas en esta etapa de sus vidas y cómo construyen sus identidades, estructuradas por relaciones de edad y de sexo-género. Segundo, comprender cómo las interpretaciones que hacen respecto a su vejez condicionan su vivencia de la sexualidad hoy en día.

La perspectiva teórico-metodológica que sustenta esta investigación se cimienta en los postulados de la gerontología feminista y del curso de vida como una apuesta por desmitificar y repensar la vejez dando cuenta de las complejidades de dicho proceso (Freixas, 2008). En consonancia, recopilé ocho historias de vida de lesbianas mayores de 60 años residentes en Bogotá. Además, siguiendo a Pujadas (1992) y Albarracín (2012), recurrí a la observación participante para hacer un acompañamiento a su cotidianidad, identificar sus condiciones materiales, sus vínculos relacionales y espacios de socialización, entre otros aspectos.

Este artículo está estructurado en cuatro partes. En la primera describo la estrategia metodológica diseñada para el desarrollo de los objetivos de esta investigación. En la segunda presento una propuesta teórica para repensar la vejez desde una perspectiva feminista y del curso de vida. En la tercera analizo cómo las experiencias identitarias de las lesbianas mayores en Bogotá se construyen, entre otras formas, en torno a procesos de desidentificación de los términos lesbiana, adulta mayor y vieja. Finalmente, en el cuarto apartado reflexiono sobre cómo las percepciones que tienen respecto a su vejez condicionan sus vivencias de la sexualidad.

legitimidad social” (2018:125). Siguiendo a esta autora, en este sistema valorativo se instituye a la heterosexualidad como lo normal y como la norma en detrimento de otras orientaciones sexuales no normativas que se erigen como lo patológico, lo desviado, lo anormal.

Me adhiero a una de las apuestas políticas de la gerontología feminista que busca otorgarles reconocimiento, voz y autoridad a las mujeres mayores y propiciar investigaciones que respondan a sus realidades y que gesten nuevas representaciones sobre sus vejez (Freixas, 2008). En este sentido, ratifico que resulta apremiante seguir planteando nuevos interrogantes en torno a las vejez lésbicas y que los retos que ha conllevado la visibilización de sus existencias sirvan de base para continuar problematizando el acceso a derechos de las generaciones venideras de lesbianas.

Metodología

La estrategia metodológica propuesta para esta investigación se sustenta en los planeamientos de la gerontología feminista y del curso de vida. Estas entradas teórico-metodológicas entienden que la vejez no es una etapa aislada, sino que es el resultado de un proceso que tiene lugar a lo largo de toda la trayectoria vital (Hooyman *et al.*, 2002). En tal sentido, enfatizan la importancia de indagar en las trayectorias de vida al momento de realizar investigaciones sobre vejez. Como ya mencioné, durante el trabajo de campo recopilé ocho historias de vida de lesbianas entre los 60 y 72 años residentes en Bogotá. Opté por una delimitación cronológica de la edad, es decir, seleccionar rangos etarios acorde al ciclo de vida, aunque reconozco que esta selección corresponde a una categorización institucional. Por ello, siguiendo los postulados de la gerontología feminista, en las conversaciones con estas mujeres enfatiqué la vivencia subjetiva del tiempo (Freixas, 2008) para comprender cómo ellas se perciben a sí mismas y cómo entienden esta etapa de sus vidas.

Las historias de vida fueron de tipo focal o temáticas (Pujadas, 1992) y se concentraron en indagar, entre otros temas, sobre sus trayectorias sexo-afectivas, sus sitios de encuentro, las dinámicas que en ellos se producían, los códigos o el lenguaje propio, las estrategias desplegadas para gestionar sus vínculos sexo-afectivos, su devenir lesbiana y la gestión de las relaciones familiares, íntimas, laborales y

amicales. Asimismo, recurrí a la observación participante para hacer un acompañamiento a su cotidianidad (Pujadas, 1992; Albarracín, 2012) e identificar sus condiciones materiales, sus rutinas, sus modos de socialización (vínculos relacionales y espacios de socialización) y la importancia que éstos adquieren en su día a día.

En términos generales, 37.5% de las lesbianas mayores entrevistadas tuvo hijos en el marco de un matrimonio heterosexual. Se encontraba soltera 87.5% y el restante 12.5% tenía una relación de pareja en la actualidad. Respecto a su situación socioeconómica, estas mujeres son de clase baja y clase media, principalmente; 37.5% cuenta con una pensión entre uno y tres salarios mínimos legales vigentes (SMMLV), mientras que el otro 62.5% no dispone de pensión debido a sus discontinuas trayectorias laborales y haber realizado trabajos informales en los que no lograron hacer aportes a seguridad social. En cuanto a su situación laboral actual, seis de estas tienen empleos informales relacionados con la comercialización de bienes y/o servicios; otra cuida de sus bisnetos y recibe una ayuda estatal (bono mensual y acceso a un comedor comunitario) y una mencionó que está “retirada”. En el cuadro 1 se muestran algunas características de las participantes en esta investigación.

Dada la escasez de estudios sobre esta temática en América Latina, las investigadoras que nos interesamos en las vejeces lésbicas debemos sortear algunas dificultades metodológicas y teóricas. Por un lado, nos enfrentamos a la falta de datos de tipo cualitativo o cuantitativo sobre lesbianas mayores (Albarracín, 2012; Westwood, 2013; Traies, 2015). Por otro lado, es todo un desafío ubicarlas por la cantidad de años que han vivido de manera discreta, lo que contribuye a su aparente invisibilidad (Westwood, 2013; García, 2015; Fernández de Castro, 2021a). La técnica de bola de nieve fue útil en tanto que me permitió adentrarme en sus vínculos relacionales y establecer contactos paulatinos. Sin embargo, exhorto sobre la necesidad de diseñar nuevas estrategias metodológicas para acceder a las que se encuentran en mayores situaciones de desconexión, que no tienen vínculos lésbicos o que residen en instituciones de cuidados a largo plazo.

Cuadro 1. Características socioeconómicas de las participantes

Características	Pseudónimos							
	Cristina	Eugenia	Leonor	Lilia	Liliana	Matáfora	Patricia	Pilar
Año de nacimiento	1958	1951	1950	1949	1960	1959	1952	1957
Lugar de nacimiento	Bogotá-Cundinamarca	Cali-Valle del Cauca	Cali-Valle del Cauca	Guachetá-Cundinamarca	Calarcá-Quindío	Bogotá-Cundinamarca	Pandi-Cundinamarca	Ibagué-Tolima
¿Estruvo casada con un hombre?	Sí	No	Sí	No	No	Sí	No	No
Número de hijos(as)	2	0	1	0	0	3	0	0
¿Tiene pareja actualmente?	No	No	No	No	No	Sí	No	No
Clase social	Media	Media	Baja	Baja	Media	Media	Media	Media
Máximo nivel de estudios	Pregado	Pregado	Primaria	Técnico	Pregado inconcluso	Pregado	Pregado	Posgrado
¿Posee una pensión?	No	No	No	Sí	No	No	Sí	Sí
¿Trabaja actualmente?	Sí	Sí	No	Sí	Sí	Sí	No	Sí
¿Ha estado vinculada al activismo lésbico?	Sí	No propiamente pero es feminista	No	No	Sí	Activismo LGBT y feminista	No	No

Fuente: elaboración propia a partir de las historias de vida de las entrevistadas.

Repensar la vejez desde una perspectiva feminista y del curso de vida

La teoría y la práctica gerontológica tradicional posee sesgos androcentristas y heterosexistas y ha estado fuertemente influenciada por perspectivas medicalizadas respecto a la vejez (Hooyman *et al.*, 2002; Freixas, 2008; Henning, 2017). En primer lugar, retomando a Freixas (1997), los modelos analíticos de la gerontología clásica toman como eje analítico la experiencia de envejecimiento y vejez de los hombres, dando por sentado que las mujeres envejecen de manera similar a ellos. Esta perspectiva deja de lado que el género constituye una categoría central en el análisis del envejecimiento y la vejez (Hooyman *et al.*, 2002). En segundo lugar, al referirse a la gerontología convencional, Henning (2017) afirma que ofrece un panorama heteronormativo sobre el envejecimiento y la vejez que anula deliberadamente de sus análisis las experiencias de vida de personas con sexualidades e identidades de género no normativas (lesbianas, gais, transgénero, bisexuales, intersexuales). Por su parte, los estudios sobre envejecimiento y vejez que se sustentan en los marcos tradicionales de la gerontología identifican la vejez como una etapa de la vida asociada a enfermedades físicas y mentales, a pérdidas, dependencia, aislamiento, entre otros. Para Freixas (2008) esta relación entre vejez y enfermedad: “ha llevado a la biomedicalización de la edad mayor. Las consecuencias de los factores sociales sobre la salud son definidas como problemas médicos que requieren intervención [...] La medicalización de la gerontología ha oscurecido las imágenes positivas de la edad mayor” (2008:43).

En décadas recientes se han difundido en la academia y en la práctica gerontológica (sobre todo en el ámbito médico) algunas “alternativas” que buscan revalorizar la experiencia de envejecer. Por un lado, se encuentran los conceptos de “envejecimiento comfortable”, “envejecimiento activo” o “envejecimiento saludable”, los cuales defienden que “el objetivo del buen envejecer es precisamente no envejecer” (Freixas, 2008:53). En este sentido, sobre aquellas mujeres que han sobrepasado el rango de edad con el que institucionalmente son

definidas como personas mayores, adultas mayores o de la tercera edad recae la obligación de mantenerse activas. Esto implica que deben hacer ejercicio, viajar, leer, verse jóvenes y bellas, todo ello para "no envejecer" (Freixas, 2008) o para no "parecer viejas". Esto promueve la idea de que la "verdadera vejez" no implica en sí tener determinada edad, sino que se asocia con el fracaso en el cumplimiento de dichos cometidos, es decir, cuando no se es activa, cuando no se cumple con un estándar de belleza determinado o cuando hay un evidente deterioro físico y/o mental. Por otro lado, desde el quehacer gerontológico también se ha promovido el uso de eufemismos como mayores, juventud acumulada, tercera y cuarta edad para referirse a la vejez, procurando "suavizar" la carga estigmatizante que se asocia a términos como vieja y anciana (Freixas, 2008). En última instancia, estas propuestas no cuestionan las interpretaciones despectivas sobre la vejez, sino que reafirman el estigma que la circunda y el viejismo implícito, en tanto que las representaciones descalificativas sobre la vejez impactan las subjetividades de la sociedad en su conjunto, incluidas las de las propias mujeres mayores (Rada Schultze, 2016).

Ahora bien, recientemente han ido tomando fuerza nuevas perspectivas teórico-metodológicas, como la gerontología feminista y el curso de vida, que cuestionan los enfoques gerontológicos tradicionales. Aunque dichas perspectivas no niegan el impacto del paso de los años en el cuerpo, tampoco limitan sus marcos analíticos a dichos aspectos, sino que propenden por desmitificar las imágenes reduccionistas sobre la vejez (Ramos, 2018). Entonces, ¿qué significa repensar la vejez desde una perspectiva feminista y del curso de vida?, y ¿qué implica en el estudio de las vejeces?

La gerontología feminista cuestiona las nociones dominantes de la gerontología tradicional que propagan representaciones negativas sobre el envejecimiento y la vejez de las mujeres (Hooyman *et al.*, 2002) y propone nuevos interrogantes que propicien interpretaciones que den cuenta de la complejidad de los procesos de envejecimiento y vejez (Freixas, 2008). En consonancia, analiza las condiciones de los envejecimientos y las vejeces de las mujeres desde su pluralidad sin crear tipologías que agrupen estas experiencias en

torno a un único factor considerado determinante: la edad. Así pues, reconoce las implicaciones de otras dimensiones, por ejemplo, la sexo-genérica, la clase, entre otras, de ahí que se piense la vejez como el resultado de un proceso que tiene lugar a lo largo de toda la trayectoria vital (Hooyman *et al.*, 2002; Freixas, 2008). Por ello propone volver sobre los cursos de vida de las mujeres para comprender cómo han dado lugar a los tipos de vejez.

Asimismo, reconoce la importancia del contexto sociocultural en las interpretaciones sobre las vejez. Como señala la filósofa y escritora Simone de Beauvoir en su libro *La vejez*, esta etapa de la vida adquiere diversos significados e importancias acorde al momento histórico, a la cultura y al lugar. Así, la vejez o edad proveya, como ella la enuncia, ha sido a veces valorizada (o desvalorizada) por razones políticas y/o sociales (De Beauvoir, 2013). Los estudios sobre vejez deben reconocer la importancia del contexto en las interpretaciones de la vejez y no reproducir nociones deterministas sobre la misma. Otro argumento a favor de romper con las creencias negativas sobre la vejez al momento de llevar a cabo estudios sobre el tema se relaciona con las limitaciones que generan en los diseños de investigación, en tanto que imposibilitan nuevas representaciones de esta etapa de la vida. Entonces, alejarse de las imágenes despectivas sobre la vejez y de los mitos que la circundan constituye un primer movimiento necesario para acercarse a ella de otra manera.

En otro orden de ideas, esta perspectiva crítica de la gerontología retoma del feminismo su carácter transformador de la realidad social, en particular, de las experiencias de vida de las mujeres mayores. Por ello, algunos de los objetivos de la gerontología feminista son: analizar cómo se negocian las experiencias subjetivas e identitarias en la vejez, comprender esa vivencia subjetiva del tiempo, indagar sobre el papel que desempeña el cuerpo en este proceso y contribuir positivamente en la búsqueda de significado en esta etapa de la vida (Freixas, 2008).

Para concluir, quiero resaltar que, al ser la gerontología feminista una perspectiva crítica que aboga por la comprensión de la complejidad de las experiencias de envejecimiento y vejez, exhorta sobre la necesidad de indagar respecto a las condiciones materiales, en tanto

entiende que las desventajas acumuladas a lo largo de la vida redundan en la inferior posición social de las mujeres en la vejez (Freixas, 2008). Esto implica investigar sobre sus trayectorias laborales, sobre el acceso a recursos, sobre los efectos de la dependencia económica de las mujeres que se promueve en sociedades heteronormadas y en la manera en que afecta a las que se "desvían" de la (hetero)norma. En tal vía, posibilita comprender, por ejemplo, cómo la discriminación laboral y las condiciones de trabajo precarizado, al que han tenido que acceder a lo largo de sus vidas, han significado un alto costo de oportunidad para las lesbianas al llegar a la vejez. Asimismo, permite identificar cómo esto condiciona su situación socioeconómica en esta etapa y cómo influye en otras dimensiones, entre ellas, la sexo-afectiva.

Además, la gerontología feminista constituye el marco propicio para romper con el mutismo que circunda la sexualidad de las mujeres en la vejez (Freixas y Luque, 2009; Freixas, Luque y Reina, 2010), no sólo porque involucra nuevas dimensiones analíticas en el estudio de las vejeces, sino porque, además, sostiene que la dimensión sexo-afectiva es uno de los ámbitos de la vida de las mujeres en el que se evidencia mayor desigualdad y sobre el que recae mayor estigma (Freixas, 1997; Ramos, 2018). Ese estigma ocasiona mayores limitaciones en la vivencia del deseo y del erotismo de las lesbianas mayores de 60 años, desincentivando su gestión sexo-afectiva y/o convirtiéndolas en blanco de señalamientos y prejuicios (Freixas, 2008; De Beauvoir, 2013). En los siguientes apartados desarrollo dichos argumentos.

"Viejas lesbianas": estigma y construcción identitaria en las vejeces lésbicas

Lesbiana, adulta mayor y vieja son expresiones que la mayoría de las entrevistadas no emplean para referirse a sí mismas. En este sentido, sus experiencias subjetivas e identitarias en la vejez se construyen, entre otras maneras, en torno a estrategias de desidentificación⁵

⁵ Retomo de Varikas (2005) el concepto de desidentificación. La autora lo emplea para dar cuenta de que "el devenir sujeto se inscribe en conformidad como en oposición"

(Varikas, 2005) de dichos términos. Sin embargo, esta desidentificación no se corresponde únicamente con su etapa actual de vida. Dicho de otro modo, no es sólo con la llegada de la vejez que estas mujeres procuran no ser asociadas con tales expresiones, sino que esta experiencia de desidentificación ha estado presente a lo largo de sus trayectorias vitales. Sostengo que dicha experiencia emerge como consecuencia del estigma que circunda a estos términos y como efecto de sus “resonancias”, en tanto que son sentidos como discriminatorios, despectivos y fuertes.

Sus relatos reflejan que ellas no intentan negar su edad *per se* ni su “gusto” por las mujeres. De hecho, ambos aspectos son importantes en la manera en que ellas se definen; además, dotan de sentido a sus historias de vida. Tratan de alejarse de los descalificativos que se asocian a las categorías lesbiana, vieja y adulta mayor, y así salvaguardarse, en cierto modo, de la discriminación que sufren las lesbianas y las mujeres mayores en la sociedad; discriminación de la que ellas han sido testigos, ya sea porque la han experimentado o porque la han observado en su entorno. En este apartado analizo cómo el estigma que recae sobre la vejez y sobre el lesbianismo configura las experiencias identitarias de las lesbianas mayores en Bogotá.

*“En esa época hablar de lesbianas era un poco duro”:
estigma, lesbianismo e identidad*

La existencia lesbiana posee una fuerza transgresora que cuestiona el orden heteronormado, por ello ha sido objeto de sanciones sociales, de persecuciones, de violencia; al tiempo ha sido condenada al silen-

al orden existente. A menudo abandonado por quien se indigna de la falta de una correspondencia exacta entre las palabras y las cosas, ese territorio liminal resulta, sin embargo, precioso para explorar las huellas disonantes, a menudo borradas, las posibilidades excluidas por la regularidad repetitiva de los discursos [...] Desde este punto de vista, la experiencia no nos ofrece su más preciada verdad en su ‘representatividad’ serial y positiva, sino en la negatividad de su singularidad [...] Lo que tiene que decir de interesante y de subversivo no es lo que somos, sino más bien *lo que no somos, lo que no queremos*” (2005:87).

cio (Rich, 1999; Albarracín, 2008). El estigma que recae sobre el término lesbiana ocasiona que muchas mujeres procuren desvincularse de éste y que incluso deseen eliminar el vocablo (Rich, 1983). En esta vía se sitúan los relatos de las lesbianas mayores en Bogotá. En efecto, sus testimonios dan cuenta de que –salvo en el caso de Liliana, quien venía de un proceso de politización de su identidad lésbica desde su juventud– la palabra lesbiana no ha sido un referente para esta generación de mujeres al momento de nombrar sus relacionamientos sexo-afectivos con otras mujeres. Por un lado, hay que entender que esa palabra fue reconocible para muchas de ellas ya entrada su adultez (Secretaría Distrital de Integración Social, 2019). Por otro, ese término no fue bien recibido por algunas de ellas debido a la carga estigmatizante que traía consigo; aun en la década de 1990 (cuando la mayoría de ellas “descubrió” o “asumió” su “gusto”), el lesbianismo seguía siendo blanco de censura, incluso era considerado un tabú (Revista Semana, 1992).

Bajo estas consideraciones, para gran parte de estas mujeres, lesbiana es percibida como una palabra despectiva que además tiene asociación con un discurso médico y político (Lacombe, 2016). En esta línea argumental se sitúa el relato de Liliana (61 años): “hablar de lesbianas era un poco duro, era una palabra muy despectiva, era como muy agresiva”. Muchas de ellas, al referirse a su relación con otras mujeres y al buscar un término para definirse a sí mismas, hablaron de “sus gustos”, “su condición”, “el ser así”, “gay”, “ser de ambiente”, “ser del gremio”, “ser del asunto”. Estas frases son interpretadas como códigos o como un lenguaje propio (Albarracín, 2012). Al analizar sus historias de vida, pude apreciar que el uso de dichos códigos fue una de las estrategias de discreción desplegadas por estas mujeres a lo largo de sus trayectorias vitales para “identificarse, reconocerse y relacionarse, mientras camuflan su identidad en el entorno” (Albarracín, 2012:78). En última instancia, los esfuerzos por desvincularse del término lesbiana y de todo lo que el mismo evoca, optar (voluntariamente o no) por una vida discreta, usar un lenguaje propio, entre otros, han sido las maneras en que ellas han ido construyendo sus identidades en contextos hostiles. Además, han sido

sus formas de resistir en una sociedad que ha querido anular sus existencias.

Las historias de vida de las lesbianas mayores develan que para ellas la discreción ha sido sinónimo de cuidado y de contención (Lacombe, 2016). Esta asociación entre discreción y cuidado ha ocasionado que muchas de ellas hayan interpretado su lesbianismo como “algo suyo”, como un asunto “privado”. Este “plus de la invisibilidad”, como lo enuncia Monleón (2002) (citada en Osborne, 2008), encuentra su justificación en los cursos de vida de estas mujeres en la medida en que constituye una “paradoja que hace de la invisibilidad una suerte de aislamiento benigno al amparo del cual muchas lesbianas siguen su vida sin que se sepa la naturaleza real de sus relaciones” (Monleón, 2002, citada por Osborne, 2008:47). A este “aislamiento benigno” han acudido estas lesbianas mayores para otorgarse la posibilidad de vivir su lesbianismo, pero sin exponerse al estigma ni a la sanción social (Osborne, 2008).

Actualmente, Bogotá es una ciudad, en teoría, más garantista de los derechos de las lesbianas y de la población LGBT, en general. Sin embargo, algunas de las entrevistadas perciben que la discriminación persiste: “en la actualidad para las jóvenes es más fácil ser lesbiana [...] Pero ésta es una vida pesada [...] Ante la sociedad en Colombia no han aceptado de frente [...] La misma sociedad rechaza. Por eso uno siendo así, en la vejez está muy solo” (Patricia, 69 años). Para estas mujeres sus posibilidades de visibilizarse fueron y siguen siendo más reducidas respecto a las lesbianas más jóvenes. En efecto, la mayoría de ellas considera que la visibilidad, como un recurso para gestionar sus existencias, está disponible en mayor medida para las lesbianas de menor edad. Mencionan que cada vez hay más espacios de lesbosocialización creados por y para estas nuevas generaciones, hay mayores espacios de politización y leyes que los posibilitan. También comentan que, aun cuando a lo largo de sus vidas han tenido que “escapar” del estigma asociado al lesbianismo, viviendo ocultas a simple vista, hoy en día se enfrentan a otra forma de discriminación: ser mujeres mayores. En el próximo acápite abordo la construcción subjetiva e identitaria de las lesbianas mayores en

Bogotá en relación con su etapa actual de vida y la manera en que estas mujeres significan la vejez.

"Me defino como una mujer joven": percepciones sobre la vejez y vivencia subjetiva del tiempo

La gerontología feminista propone que en los estudios sobre vejez no se haga hincapié en la edad cronológica, sino en la vivencia subjetiva del tiempo y en los significados de envejecer (Freixas, 2008; Faus-Bertomeu y Osborne, 2019). Siguiendo los postulados del curso de vida al analizar las vejez lésbicas, tomé en cuenta la visión que tienen las lesbianas mayores sobre su propia vejez y la representación que hacen de sí mismas (Rada Schultze, 2016). En consonancia, durante el trabajo de campo me planteé algunas preguntas orientadoras: ¿cómo te percibes a ti misma respecto a tu edad?, ¿qué significa para ti esta etapa de tu vida?, ¿qué evoca en ti el término adulta mayor? Uno de los hallazgos indica que "adulta mayor" no es una categoría con la que algunas de ellas asocian su etapa actual de vida. En términos generales, se definen a sí mismas como "mujeres jóvenes" (Fernández de Castro, 2021a). En esta línea argumental se sitúa el relato de Matáfora (62 años):

En términos de edad me defino como una mujer joven. Yo el término de adulta mayor ni lo uso. Yo no digo que soy adulta mayor, si la gente me dice que soy adulta mayor y se para y me cede el asiento será por mis canas, pero a nadie le digo que soy adulta mayor [...] Pero, yo no tengo problema por la categorización porque sé que estás estudiando un récord de población definida.

Analizando sus relatos pude comprender que definirse como "mujeres jóvenes" también se relaciona con el hecho de que algunas de ellas interpretan que con el paso de los años no han perdido "vigor" ni se han "deteriorado física ni mentalmente". Además, las interpretaciones que hacen respecto a su etapa actual de vida poseen

un carácter relacional. En otras palabras, estas mujeres comparan las vejezes de personas coetáneas con sus experiencias de vida para revalorizar su propia vejez. Así lo expresan Cristina y Patricia:

Yo no me percibo como las personas de 60 años. Yo soy una persona muy diferente y es al punto que todavía no se me notan los sesentas. Pero, yo creo que es por la actitud, tú no encuentras personas de sesentas con el vigor que yo tengo, o sea, la cédula ahí está (risas), pero el vigor que yo tengo no lo tienen muchas personas de mi edad. Tú me puedes parar al lado de mucha gente que ya tiene un bastón, que ya está totalmente, digamos, deteriorada su parte física, su parte mental [...] Pero, en el caso mío no, yo tengo una vitalidad que no la tiene un chino⁶ de veinte. Yo soy todo el tiempo activa, estudio [...] sigo aprendiendo (Cristina, 63 años).

Yo, a diferencia de muchas mujeres de mi edad, e incluso menores, me sigo manteniendo activa. Yo voy y arreglo las tablas de allá abajo, pinto, cerco el terreno, cuido las chivitas, a las gallinas, recojo los huevitos, siembro algunas plantas, hago viajes al pueblo. Tú viste a doña Caro,⁷ ella es una mujer creo que menor que yo, pero ya no puede caminar, toca ayudarla a bajarse del carro. A eso me refiero, yo tengo mucha energía y vitalidad para mis 69 años (Patricia, 69 años).

Sus relatos dan cuenta de cierto viejismo implícito (Levy y Banaji, 2002, citados por Rada Schultze, 2016:88) en tanto que “las construcciones peyorativas que existen en torno a la vejez impactan las subjetividades no solo de aquellos que segregan y discriminan a los viejos y viejas, sino también en los mismos adultos mayores” (Rada Schultze, 2016:88), es decir, sus percepciones en torno a su vejez están configuradas por los estigmas sobre envejecer y particularmente sobre la vejez (De Almeida y Lourenço, 2007). Para la mayoría de ellas, la vejez es entendida como sinónimo de enfermedad, inactividad, improductividad, asexualidad y decrepitud. En cambio, sus

⁶ Forma coloquial de referirse a una persona joven.

⁷ Pseudónimo.

testimonios sugieren que en la percepción de su edad atribuyen gran peso a lo que “debe ser y hacer” una mujer mayor, es decir, los medidores que emplean para entender su propia vejez se asocian con un conjunto de ideas, creencias y pautas sociales de lo que se supone que “debe ser y hacer” (o no) una persona que ha llegado a esta etapa de la vida (Rada Schultze, 2016). Así lo menciona Pilar (64 años): “acepto mi edad. Ya no soy una muchacha, ya he quemado etapas. [...] Ya no soy de las que anda por la calle en la noche [...] mis actividades ya son diurnas [...] o sea voy acorde con la edad”. Para Pilar “aceptar” su edad implica reconocer que ha “quemado” ciertas etapas de su vida y que hoy en día se encuentra inmersa en otro momento de dicha trayectoria, el cual conlleva cambios en las actividades que “debe” o “puede” realizar.

Los relatos de Patricia y Cristina también aluden a ese “deber ser y hacer” de una mujer mayor al momento de interpretar su vejez. Sólo que ellas, a diferencia de Pilar, no procuran situarse dentro de dicho “deber ser y hacer”, es decir, Cristina y Patricia, al asumir que existen “signos de decadencia y declive que se asocian a la vejez” (Freixas, 2008:53), escrutan en sus experiencias y en sus cuerpos signos que les permiten afirmar que se sitúan fuera de esas representaciones despectivas de la vejez, percibiéndose como fuera de la “norma”. De acuerdo con De Beauvoir (2013:364), “la negativa misma es una manera de asumirla [a la vejez]”, ya que nada las obliga a reconocerse en aquellas representaciones negativas de la vejez que han aprendido a lo largo de sus vidas.

Por otro lado, la percepción que las lesbianas mayores entrevistadas tienen respecto a su edad no sólo está relacionada con los discursos normativos sobre la vejez, sino que también son configuradas por sus situaciones materiales (Falquet, 2006), por ejemplo, por sus posibilidades de acceder a los recursos económicos y sociales requeridos para su subsistencia: “En relación a la edad yo estoy tranquila, de vez en cuando pienso la edad porque con esta lucha antisistema no coticé pensión [...] Dentro de poquito voy a cumplir 70 años, pero, como que no me pesan los años. Me pesa cuando tengo que pagar facturas” (Eugenia, 70 años). Los arreglos de vida que hizo

Eugenia a lo largo de su trayectoria configuraron un modo particular de envejecer. Hoy en día, dichos arreglos ocupan un lugar central en su discurso, en tanto que la llevan a “pensarse su edad”. Para esta mujer, la edad *per se* no es un tema de preocupación, sólo la piensa cuando empiezan a hacerse evidentes las carencias de ingresos o de una pensión. La gerontología feminista y el curso de vida coinciden en afirmar que al ser la vejez el resultado de un proceso dinámico que se va construyendo a lo largo de la vida es justamente en esta etapa cuando se ponen en mayor evidencia las desventajas acumuladas (principalmente en el caso de las mujeres), lo que redundará en su inferior posición social en la vejez (Freixas, 2008).

De acuerdo con Freixas (2008), existe una jerarquización de las personas de acuerdo con la edad. Mientras que ser joven otorga el estatus de autoridad, de poder, de productividad, de fuerza, la vejez supone una pérdida de las mismas. A razón de ello, “son marginadas, viven sujetas a diversas violencias y a explotación, sufren desigualdades que son vistas como naturales e indiscutibles” (Calasanti, Slevin y King, 2006, citados por Freixas, 2008). Entonces, ¿qué debería ser una sociedad para que en su vejez un hombre siga siendo un hombre? Se pregunta Simone de Beauvoir en su libro *La vejez*, y afirma que sería necesario que siempre hubiera sido tratado como un hombre (2013:669). Ella observa, por ejemplo, que la inactividad con la que se asocia la vejez da cuenta de que las personas siempre han sido consideradas como material, como fuerza de trabajo: “la sociedad solo se interesa en el individuo en la medida que produce. Los jóvenes lo saben” (2013:671).

En Occidente, la productividad es asociada a la juventud (De Beauvoir, 2013). De ahí que se asuma que, una vez llegada la vejez, las personas se vuelven (o deben volverse) improductivas y, por ende, deben salir e incluso ser expulsadas del mercado laboral (De Almeida y Lourenço, 2007). Esta relación entre vejez e improductividad ocasiona que las personas mayores sean “imaginadas como aquellas que se despiden de la vida. Entonces, se deduce incorrectamente que, debido a que se retiró de su trabajo, se retiraron de la vida” (De Almeida y Lourenço, 2007:107; traducción propia). En el caso de las lesbianas

mayores con las que tuve el privilegio de trabajar, pude apreciar que el retiro voluntario de la vida laboral es un tema de privilegios, lo es en la medida en que las condiciones materiales en las que viven muchas de ellas ni siquiera les han permitido plantearse esa posibilidad y las han empujado a mantenerse activas en un mercado laboral cada vez más precarizado y discriminatorio, no sólo con la mano de obra de las mujeres y de las lesbianas, sino que además excluye el trabajo de las personas que han sobrepasado determinados rangos de edad. Las historias de vida de Matáfora y de Lilia ilustran este punto.

Matáfora (62 años) es poeta y comerciante. Ella comenta que en ocasiones atraviesa dificultades económicas: “a veces llegan los recibos, que hay que pagar el arriendo y no hay la plata”. Por ello, al describir su rutina diaria señala lo siguiente: “yo me levanto a mirar las redes sociales para mirar qué espacios hay para irme. Ando con un tenderete a la espalda (aretes, bufandas, gorros y mis libros). Cuando no vendo un gorro o aretes, vendo un libro. Cuando estoy de buenas vendo todo” (Matáfora, 62 años). A partir de los relatos de esta mujer también pude apreciar que la influencia de los recursos económicos no sólo se refleja en las presiones cotidianas, sino que también incide en los significados y en la importancia que ella atribuye a su relación de pareja. En efecto, esta mujer asocia su relación con la idea de “compartir”. Para ella, ese “compartir” no se circunscribe únicamente a compartir momentos y tiempo, sino que se relaciona además con proyectos e incluso gastos: “para mí una relación de pareja significa que mi proyecto es tu proyecto. Es poder compartir, mire, aquí compartimos gastos, hasta compartimos la camisa” (Matáfora, 62 años). Para ella, una relación sexo-afectiva constituye una fuente de apoyo para gestionar los recursos necesarios para la subsistencia (Fernández de Castro, 2021b).

Por su parte, Lilia es vendedora informal en la Plaza del 20 de Julio, localidad de San Cristóbal al suroriente de Bogotá. Sobre su vida laboral refiere lo siguiente: “tengo una pensioncita, pero salgo a vender que las gafas, cigarrillos, almanaques. Con eso me ayudo y me distraigo echando ojo a la gente que pasa. Sumercé no ve que en la pieza paso solita y me aburro” (Lilia, 72 años). Para ella ir a trabajar

representa tanto la posibilidad de complementar sus ingresos como el medio para socializar, ya que actualmente sus vínculos relacionales y sus espacios de socialización son reducidos. Sin embargo, en ese afán de satisfacer estas necesidades experimenta ciertas vulneraciones derivadas de trabajar en un espacio hostil y pesado como la calle porque: “en esta sociedad el peso de ser una mujer mayor es bastante alto” (Lilia, 72 años).

Los relatos de las entrevistadas revelan que la carestía en la que algunas de ellas viven hoy en día las empuja al mundo laboral; sin embargo, como menciona Lilia, no es la única motivación. De hecho, otras entrevistadas comparten los deseos de Lilia de tener un espacio para socializar y poder ocupar su tiempo libre en algo “productivo”. Por ejemplo, Pilar (64 años) comenta lo siguiente: “yo ya me pensioné. Me quise retirar, pero al final decidí trabajar medio tiempo. Ahora soy la tesorera de una empresa pequeña donde no gano mucho, sino que lo hago porque a mí me sobraba mucho tiempo libre en casa”. Para algunas dar continuidad a su vida laboral también aumenta su percepción de ser útiles, productivas, de mantenerse activas y vitales, y, con ello, de sentirte jóvenes, lo que constituye una razón de peso para seguir trabajando.

En otro orden de ideas, las historias de vida de las lesbianas mayores en Bogotá dan cuenta de que la vivencia de su sexualidad se ve influida por el estigma que recae sobre la vejez. Por un lado, porque socialmente se piensa la vejez como una etapa de asexualidad; por otro, porque existe la idea compartida de que “ser abuela” es el rol que deben desempeñar las mujeres en la vejez. De acuerdo con De Almeida y Lourenço (2007), estas falsas creencias afectan negativamente la capacidad de muchas mujeres mayores de experimentar plenamente su sexualidad en la vejez y disminuyen su autoconfianza y autoestima.

La sexualidad de las mujeres ha sido asociada con la reproducción. Así pues, al llegar a la vejez y haber culminado su etapa reproductiva se desdibuja su imagen como una persona que puede seguir experimentando deseo sexual (Winterich, 2003; Freixas, Luque y Reina, 2010; Nóbrega *et al.*, 2017). En última instancia, retomando el argumento de De Beauvoir (2013), la vejez en las mujeres ratifica

el hecho de que socialmente son consideradas como “instrumentos para parir”, como “reproductoras de la especie”. Entonces, al perder esta “capacidad”, se les confiere utilidad en otro aspecto que se relaciona con lo “propio” de las mujeres: el cuidado de los nietos y los enfermos, el tejido, entre otros. Me pregunto, ¿cómo significan su sexualidad las lesbianas mayores, cuya existencia misma es transgresora de esa idea de “la mujer” y de lo femenino?, ¿hay particularidades por el hecho de ser lesbianas? En el siguiente apartado exploro la relación entre lesbianismo, vejez y gestión sexo-afectiva.

Vejez y vivencia de la sexualidad en lesbianas mayores

En la vejez, al igual que en etapas anteriores de la vida, las mujeres pueden replantearse la forma en la desean vivir su sexualidad (Freixas y Luque, 2009). En esta reflexión intervienen, entre otros aspectos, las negociaciones que cada mujer haya hecho de su vida en concreto, la percepción que tienen respecto a la vejez y sus expectativas vitales (De Beauvoir, 2013). Asimismo, las trayectorias personales gestan tipos de vejez. En este sentido, “llegan a la vejez con un cúmulo de individualidades en cuanto al cuerpo, a la vivencia de la sexualidad, a la construcción del deseo y también con un buen número de tabúes y prejuicios” (Freixas y Luque, 2009:195), los cuales inciden en la gestión de su sexualidad en la vejez.

Un punto de coincidencia entre los relatos de las entrevistadas respecto a la relación entre vejez y gestión sexo-afectiva involucra la percepción de cambio. En efecto, todas afirmaron que llegar a la vejez ha significado un análisis de sus trayectorias de vida y un replanteamiento de sus necesidades, sus posibilidades y sus deseos. No obstante, esta sensación de cambio no representa lo mismo para todas. Por el contrario, mientras que para algunas ese cambio implica dejar de hacer algunas actividades que se relacionan más con la juventud, por ejemplo, buscar parejas; otras consideran que esta etapa ha sido propicia para resignificar sus vínculos sexo-afectivos. Asimismo, se aprecia que para algunas la vejez constituye el momento idóneo para

dedicar mayor tiempo a algunos intereses que por sus múltiples ocupaciones habían relegado a un segundo lugar, entre ellos, seguir explorando con mayor intensidad su sexualidad. Para otras, esta etapa ha representado una liberación del mandato de la sexualidad y les ha permitido continuar sus vidas sin las presiones que de éste se derivan: ser sexualmente activas, ser atractivas para otras personas, sentirse obligadas a estar siempre en pareja, entre otras.

Respecto a la primera percepción de cambio, en la sección anterior señalé que algunas de las entrevistadas reflexionan sobre su etapa actual de vida basándose en pautas sociales sobre el “deber ser y hacer” de una mujer mayor, esto las lleva a percibir que hay actividades o comportamientos que se relacionan con cada etapa de la vida y que llegar a la vejez implica adaptarse al rol socialmente establecido para las mujeres mayores. Esta percepción sobre la vejez las lleva a desistir de seguir gestionando su vida sexual y afectiva porque consideran que está más relacionada con la juventud. En esta línea argumental se sitúan los relatos de Pilar, quien interpreta que llegar a esta etapa de su vida conlleva una serie de cambios en lo que “debe” o “puede” realizar. En el caso particular de su gestión amorosa y sexual, ese cambio está motivado por la percepción de haber culminado su vida sexo-afectiva: “ya no estoy para nada de esas pendejadas por eso actualmente no salgo con nadie. En este momento difícilmente vuelvo a tener una relación. [...] A mí tener sexo me gustaba, enamorarme también, eso yo lo disfruté” (Pilar, 64 años). De acuerdo con los planteamientos de De Almeida y Lourenço (2007), es posible afirmar que el estigma que enmarca las relaciones sexo-afectivas en la vejez y el “deber ser y hacer” de una mujer mayor priva a mujeres como Pilar de la posibilidad de dar continuidad a esta dimensión de sus vidas *so pena* de escandalizar (De Beauvoir, 2013).

Respecto a la segunda percepción de cambio, Freixas y Luque (2009) afirman que la sexualidad y sus expresiones son móviles y van transformándose en función de diversos factores emocionales, físicos y personales. Estas autoras afirman que con el paso del tiempo se puede aprender a negociar cómo se desea vivir la sexualidad y se le puede dar mayor atención a otros elementos como la cercanía, las ca-

ricias, la intimidad, por mencionar algunos. Los relatos de Patricia y Matáfora resultan ilustrativos al respecto. De acuerdo con Patricia, hoy en día "tiene otro pensamiento" en el que vincula su dimensión sexo-afectiva con la idea de amor, de compañía y de cuidados, y no sólo con tener relaciones sexuales: "es eso ¿sabes? No sólo tener relaciones porque sí, porque uno ya no está sólo para eso, como cuando eras joven y estabas con la una y con la otra. No, ahora pienso más en el amor" (Patricia, 69 años). Los testimonios de Matáfora dan cuenta de que ella en los más de diez años que lleva con su pareja ha aprendido a negociar la vivencia de su sexualidad. Refiere que, al cumplir 50 años, cuando empezó a salir con esta mujer, después de haber estado más de treinta años casada con un hombre, ahora le daba más importancia a la exploración del cuerpo, al descubrimiento de su feminidad, de su sexualidad. Hoy en día, para ella su sexualidad ha mutado a otras esferas en donde prioriza la convivencia con su pareja y el compartir actividades que son gratificantes para ambas:

Yo sentía que se trataban de sublimar muchas cosas, por ejemplo: todo el tema de los libros, de pintar, era como sacar a la luz esa líbido [...] yo siento que ha sido como en una profundidad tan bonita que como que siento que no necesito montones de experiencias de tipo físico, sexual, para sentirme infinitamente compenetrada con ella (LuzPi, 60 años).

Nuestra sexualidad se basa más en el compartir, en los libros, en otras cosas que llenan. Siento que le damos muchísima importancia a esas cosas. Nosotras hemos aprendido a convivir. No es que somos muy activas en el sexo [...]. De vez en cuando sí llegamos a un momento bonito, a un clímax, a ser efusivas, y si no, no nos frustra. [...] Entonces, yo creo que nuestra energía se va más detrás del arte que de otras cosas (Matáfora, 62 años).

Considero importante apuntar que LuzPi y Matáfora también mencionaron otros aspectos que inciden en la manera en que experimentan su sexualidad en la vejez, a saber: el estado de salud, las ocupaciones diarias y sus condiciones económicas. Menciono

esto porque es importante reconocer el papel que ocupa el cuerpo y las condiciones materiales en la gestión sexo-afectiva (Fernández de Castro, 2021a). Sin embargo, profundizar en este aspecto desborda el alcance de este artículo.

En cuanto a la tercera percepción de cambio, como señala Ramos (2013), “la pérdida de algunos roles puede llevar al alivio y no a la angustia, sino que puede ser una oportunidad de reengancharse con actividades previas o encontrarse con otras nuevas” (2013:107). En este sentido, algunas de las entrevistadas perciben que esta etapa de sus vidas les ha conferido la posibilidad de dedicar mayor tiempo a aquello que las motiva, que las apasiona, incluida la vivencia de su sexualidad. Para ellas, dicha posibilidad se relaciona con una percepción positiva de sí mismas (incluida su edad), con sus expectativas de vida y con sus trayectorias vitales. Este conjunto de aspectos contribuye a la búsqueda de significado para el tiempo que esperan vivir. Para Freixas (2008) esto constituye un objetivo importante para seguir resignificando la manera en que se interpreta y vive la vejez, en particular, ante el notable incremento de la esperanza de vida en muchos países, incluido Colombia.

Dentro de este orden de ideas, para Cristina llegar a la vejez le ha permitido dedicar tiempo a sí misma, para retomar aquellos intereses que había dejado de lado por estar siempre trabajando. Para ella, hoy en día el tiempo es el recurso más valioso del que dispone: “a esta edad ya hemos cumplido muchos proyectos de vida [...]. Las responsabilidades son distintas [...]. Uno empieza a vivir muchas cosas que cuando joven no hiciste porque no tenías tiempo. El factor tiempo es lo más valioso que tienes”. Este tiempo brinda a Cristina la posibilidad de dar continuidad a su sexualidad, e incluso de explorar nuevas formas de experimentarla.

Cristina percibe que su edad no constituye un obstáculo para el ejercicio de su sexualidad. Por el contrario, llegar a la vejez le ha conferido muchos aprendizajes que han contribuido a una vivencia más libre. Señala que se conoce a sí misma, conoce su cuerpo, lo que le gusta, lo que la excita y de esta forma puede gestionar activamente su placer: “cuando ya te conoces, a veces mira que pasan cosas. [...]

Yo a esta edad he aprendido que eso despacio también se disfruta. Y les digo: hazlo así o ven y yo te lo hago así” (Cristina, 63 años). Esta postura se asocia con una mayor autonomía personal y una madurez que le posibilita vivir una sexualidad sin roles (Alves, 2010). Además, interviene el hecho de que para ella “a esta edad se puede tener una perspectiva más libre con relación a los compromisos. Estás en una relación más relajada, sin tanta prevención de cosas [...]. Ese tema de libertad es favorable” (Cristina, 63 años).

Debo señalar que en la manera en que algunas de las entrevistadas perciben la sexualidad y la vejez interviene su filosofía de vida, es decir, sus marcos interpretativos respecto a temas cruciales de sus trayectorias sexo-afectivas. Por ejemplo, para Eugenia la vivencia de su sexualidad en la vejez se asocia tanto con el hecho de que para ella es un cruce entre lo político, los afectos y el cuerpo como con sus cuestionamientos de la noción de pareja institucionalizada (Falquet, 2006). Para Eugenia, sus relacionamientos sexo-afectivos no se enuncian bajo el rótulo de pareja, sino que emergen de diversas formas de relacionamientos que rehúyen de la postura heteronormativa de la pareja como “la única forma de vida para los seres humanos” (2006:78). Así lo relata:

Eso ha sido mi visión. Yo en mi vida he ido asociando dos cosas: la posibilidad de tener una relación independiente, de que no fuera como lo formal, es que a mí todo lo formal, eso de que se institucionalizan las relaciones, que tiene que ser así y así, no me gusta. Además, siempre para mí ha sido importante que compartamos lo político. Lo político para mí es como un ingrediente en una relación afectiva (Eugenia, 70 años).

La filosofía relacional de Eugenia se basa en la idea de “la necesidad del amor político entre mujeres, significando con ello entretrejer complicidades, amores, afectos y vínculos políticos y hasta productivos cada vez más amplios, fuera del modelo de pareja dominante” (Falquet, 2006:11). De acuerdo con Freixas y Luque (2009), la posibilidad de experimentar la sexualidad fuera de los márgenes socialmente establecidos crea espacios para la vivencia de una sexua-

lidad más satisfactoria. Estos cuestionamientos resultan importantes en cualquier etapa de la vida y principalmente en la vejez, puesto que confluyen en ella una serie de creencias y prejuicios que tienden a desincentivar la gestión sexo-afectiva de las mujeres mayores.

Debo mencionar también que los relatos de las entrevistadas dan cuenta de que ser lesbiana constituye un agravante para ellas. Cristina manifiesta estar dispuesta a buscar pareja, a seguir viviendo su sexualidad, pero ha evidenciado que ser lesbiana y envejecer trae consigo situaciones de rechazo y exclusión: “ser lesbiana es un agravante. [...] La presión que la sociedad ejerce es terrible porque pareciera que prácticamente uno está condenado a la muerte. [...] Lo tratan a uno como si fuera el perverso que está dañando a las chicas”. Patricia ubica la causa de este rechazo y de esta mayor dificultad para conseguir pareja en la lesbofobia que aún persiste en Bogotá.

Los relatos de Leonor dan cuenta de otra limitante en su gestión sexo-afectiva en la vejez: el viejismo implícito aunado con la invisibilización de las vejeces lésbicas. El contexto hostil en el que ha transcurrido la vida de esta generación de lesbianas las ha condicionado a vivir su lesbianismo de manera discreta. Como mencioné al inicio del artículo, esto ha ocasionado que sea difícil ubicarlas. Esta dificultad de “seguirles el rastro” es sentida incluso por ellas mismas, en particular cuando desean conocer a otras lesbianas de su misma edad. Muchas lesbianas mayores no frecuentan espacios de lesbosocialización porque perciben que están orientados a un público joven (Heaphy, 2009; Woody, 2014). Por su parte, el viejismo implícito ocasiona que sientan que no son atractivas para otras mujeres: “a estas alturas del partido es poco probable que alguien se enamore de mí. Las mujeres no se fijan en alguien de la edad mía” (Leonor, 71 años).

Ahora bien, respecto a la cuarta percepción de cambio, Lilia menciona que la vejez para ella representa una etapa de liberación del mandato de la sexualidad. De acuerdo con Freixas y Luque (2009), esta sensación de liberación es percibida, principalmente, cuando las mujeres han tenido experiencias negativas en la vivencia de su sexualidad, cuando la han vivido como una obligación o cuando no se han sentido cómodas con su cuerpo ni con su placer. Es importante

resaltar que prescindir de tener relaciones sexo-afectivas también es un ejercicio activo de su sexualidad (Freixas y Luque, 2009), siempre y cuando se sustente en la libre elección y no sea resultado de los prejuicios que circundan a la sexualidad en la vejez, los cuales desincentivan a las mujeres mayores a seguir gestionando esta dimensión de sus vidas (De Almeida y Lourenço, 2007).

Desde la experiencia de Patricia, la liberación del mandato de la sexualidad y la asociación entre vejez y asexualidad surte “efectos positivos” en tanto que diluye las sospechas sobre sus “gustos”: “no divulgo mi orientación, tampoco ando con un hombre para que crean que soy hetero, desde que no me vean en nada [...]. Igual, a la edad que tengo si sospechan pues va a decir: ¡Ay!, no creo (risas)”. Para Baker (2016), la asunción del lesbianismo como una práctica sexual y no como una identidad contribuye a esta situación. Esta autora sostiene que socialmente se asume que la vivencia activa de la sexualidad no es algo propio de la vejez. En este sentido, una “consecuencia positiva [...] es que las lesbianas mayores que alguna vez se vieron obligadas a lidiar con intrusiones u hostilidad, ahora son más propensas a ser ignoradas o asumidas como viudas, como abuelas en un marco heterosexual” (2016:331; traducción propia).

Para Patricia resulta favorable no ser asumida como lesbiana porque le posibilita “relajar” la puesta en marcha de las estrategias de discreción a las que ha acudido a lo largo de su vida, como una forma de seguir viviendo su lesbianismo sin exponerse ante los demás y sin ser blanco de discriminación. Esta situación contribuye a la invisibilización de las vejeces lésbicas. Aquí hay un tema pendiente para futuras investigaciones en las que se profundice sobre la relación entre lesbianismo y vejez y en las que se problematice la asunción del lesbianismo sólo como una práctica sexual.

Para concluir este apartado quiero señalar que cuestionar la relación entre vejez y asexualidad no debe ocasionar que tener una vivencia activa de la sexualidad en la vejez se convierta en un mandato para las mujeres mayores. Al respecto, Anna Freixas, en una entrevista realizada por Faus-Bertomeu y Osborne (2019), afirma que el paradigma de la *sexy oldie*: “tiene el valor de hacer espacio a

las mujeres que desean ser sujetos sexuales, pero también puede tener el problema de convertirse en un mandato para las mujeres que no desean estar en el mercado sexual en la vejez” (Faus-Bertomeu y Osborne, 2019:9). En tal sentido, reclamar la desmitificación de la vejez y proponer nuevas interpretaciones sobre la sexualidad de las mujeres en esta etapa de la vida debe sustentarse en la posibilidad de elegir individualmente cuál es la opción que se adapta a sus experiencias particulares, a sus deseos, a sus expectativas y a sus necesidades.

Conclusiones

En este artículo procuré exponer cómo, a razón del estigma que recae sobre las palabras lesbiana, vieja y adulta mayor, las entrevistadas acuden a otros términos y a otras formas para definirse a sí mismas en relación con su edad y su lesbianismo. Esto ha dado lugar a procesos de desidentificación que caracterizan la manera en que han negociado y significado sus identidades a lo largo de sus vidas, particularmente en la vejez. Al establecer una relación entre vejez, identidad y lesbianismo no pretendí en ningún momento crear tipologías sobre las vejeces lésbicas porque, siguiendo la perspectiva teórica de la gerontología feminista, entiendo que uno de los mayores atributos de la vejez es la diversidad (Freixas, 2008). Como señala Alves (2010), la vejez “no adquiere marcas únicas porque los ancianos en cuestión sean gays o lesbianas. Son las trayectorias de la vida, marcadas por las experiencias comunes de ciertas cohortes de edad, las que pueden dar señales distintivas al envejecimiento” (2010:231; traducción propia). En consonancia, resulta necesario entender que las trayectorias de vida van señalando las pautas que dan lugar a los tipos de vejeces (Rada Schultze, 2016). Aunque el sexo y el género son dimensiones que inciden significativamente en las experiencias de envejecimiento y vejez de grupos históricamente minorizados, deben tomarse en cuenta otras intersecciones que moldean dichas experiencias.

Ahora bien, aunque metodológicamente es necesario definir un rango etario es importante que en el desarrollo de la investigación se

tome en cuenta la vivencia subjetiva del tiempo y se planteen nuevas interpretaciones que den cuenta de dicha vivencia. Indagar sobre la vivencia subjetiva del tiempo ofrece entradas importantes para comprender, en este caso, la manera en que las lesbianas mayores perciben su vejez y cómo ésta configura su gestión sexo-afectiva en esta etapa de sus vidas (Fernández de Castro, 2021a). Debo señalar que al plantear la necesidad de gestar nuevas interpretaciones sobre la vejez no me muestro a favor del uso de eufemismos, debido a que no cuestionan las interpretaciones despectivas de la vejez, sino que surten el efecto contrario y consolidan la idea de que la vejez debe ser disfrazada, reforzando así el estigma que la circunda.

Considero que la tarea más apremiante para quienes nos interesamos en estudiar las vejeces consiste en crear marcos analíticos que contribuyan a revalorizar socialmente la vejez. En efecto, resulta necesario desmitificar la vejez como una etapa de decrepitud, asexualidad, improductividad, como un punto cercano a la muerte. Se debe romper con los estigmas que recaen sobre la vejez para que las mujeres mayores no sientan la necesidad de alejarse de esa categoría. Como quedó en evidencia en sus relatos, estas mujeres no rechazan su edad en sí, sino que buscan no ser relacionadas con las nociones que existen respecto a las personas que envejecen, en especial, sobre las mujeres mayores.

Para cerrar, quiero señalar que vivir ocultas a simple vista ha supuesto la invisibilización histórica (Albarracín, 2012) de las vejeces lésbicas, acarreando costos significativos en la vida de estas mujeres, los cuales se han puesto en mayor evidencia al llegar a la vejez (Woody, 2015; Averett *et al.*, 2020). Por ejemplo, muchas lesbianas llegan a la vejez con menos recursos de compañía y cuidados (Drumm, 2005; Wilkens, 2015; Traies, 2015; Fernández de Castro, 2021a), situación que tiene efectos directos en su bienestar y en su calidad de vida. En este sentido, el envejecimiento de esa población históricamente estigmatizada y minorizada plantea nuevos desafíos no sólo a nivel académico en cuanto a su estudio, sino también en materia de políticas públicas que atiendan sus problemáticas específicas. Hay un largo camino que recorrer, por ello extendiendo la

invitación para que se continúen recuperando las historias de más lesbianas mayores, sobre todo en el contexto latinoamericano.

Bibliografía

- Albarracín, Matilde (2012), “Identidad(es) lésbica(s) en el primer franquismo”, en Raquel Osborne (ed.), *Mujeres bajo sospecha. Memoria y sexualidad, 1930-1980*, Fundamentos, Madrid, pp. 69-87.
- Albarracín, Matilde (2008), “Libreras y tebeos: las voces de las lesbianas mayores”, en Raquel Platero (ed.), *Lesbianas: discursos y representaciones*, Melusina, Barcelona, pp. 191-212.
- Alves, Andrea (2010), “Envelhecimento, trajetórias e homossexualidade feminina”, *Horizontes Antropológicos*, año 16, núm. 34, pp. 213-233.
- Averett, Paige, Jordan Pylant, Katelyn Craft e Imani Ricks (2020), “I Would Do it Again: Past and Present Experiences of Older Lesbians”, *Journal of Women & Aging*, vol. 32, núm. 3, pp. 1-15.
- Baker, Nancy (2016), “Lesbian Elders: Riding the Tsunami of Change”, *Women and Therapy*, vol. 39, núms. 3-4, pp. 322-336.
- De Almeida, Thiago y Maria Lourenço (2007), “Envelhecimento, amor e sexualidade: utopia ou realidade?”, *Revista Brasileira de Geriatria e Gerontologia*, vol. 10, núm. 1, pp. 101-114.
- De Beauvoir, Simone (2013), *La vejez*, Penguin Random House, Bogotá.
- Drumm, Kris (2005), “An Examination of Group Work with Old Lesbians Struggling with a Lack of Intimacy by Using a Record of Service”, *Journal of Gerontological Social Work*, vol. 44, núms. 1-2, pp. 25-52.
- Falquet, Jules (2006), *De la cama a la calle: perspectivas teóricas lésbico-feministas*, Brecha Lésbica, Bogotá.
- Faus-Bertomeu, Aina y Raquel Osborne (2019), “La revolución de las canas: sexualidades, género y envejecimiento. Conversación con Anna Freixas”, *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, núm. 17, pp. 1-16.

- Fernández de Castro, Ana (2021a), *Sin fecha de caducidad. Relaciones sexo-afectivas y modos de socialización de lesbianas adultas mayores de Bogotá*, tesis de maestría, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Quito.
- Fernández de Castro, Ana (2021b), “Yo tan vieja, ¿ya qué? Relaciones sexo-afectivas de lesbianas adultas mayores de Bogotá-Colombia”, *Anthropologica*, vol. 39, núm. 47, pp. 127-155.
- Freixas, Anna (2008), “La vida de las mujeres mayores a la luz de la investigación gerontológica feminista”, *Anuario de Psicología*, vol. 39, núm. 1, pp. 41-57.
- Freixas, Anna (1997), “Envejecimiento y género: otras perspectivas necesarias”, *Anuario de Psicología*, núm. 73, pp. 31-42.
- Freixas, Anna y Bárbara Luque (2009), “El secreto mejor guardado: la sexualidad de las mujeres mayores”, *Política y Sociedad*, vol. 46, núms. 1-2, pp. 191-203.
- Freixas, Anna, Bárbara Luque y Amalia Reina (2010), “Secretos y silencios en torno a la sexualidad de mujeres mayores”, *Debate Feminista*, vol. 42, pp. 35-51.
- García, Marina (2015), *Vejez y homosexualidad*, tesis de doctorado, Universidad de Murcia, España.
- Gracia, Jorge (2011), “Los derechos humanos y la posición social de las personas mayores LGBT. Un supuesto específico: los malos tratos”, *Papeles. El tiempo de los derechos*, núm. 12, pp. 1-48.
- Heaphy, Brian (2009), “Choice and Its Limits in Older Lesbian and Gay Narratives of Relational Life”, *Journal of GLBT Family Studies*, vol. 5, núms. 1-2, pp. 119-138.
- Henning, Carlos (2017), “Gerontologia LGBT: Velhice, gênero, sexualidade e a constituição dos idosos LGBT”, *Horizontes Antropológicos*, vol. 23, núm. 47, pp. 283-323.
- Hooyman, Nancy, Colette Browne, Ruth Ray y Virginia Richardson (2002), “Feminist Gerontology and the Life Course”, *Gerontology & Geriatrics Education*, vol. 22, núm. 4, pp. 3-26.
- Lacombe, Andrea (2016), “Negociaciones posibles: visibilidad, vejez y parentesco entre mujeres que mantienen relaciones sexo-afectivas con otras mujeres”, *Vibrant. Virtual Brazilian Anthropology*, vol. 13, núm. 1, pp. 102-114.

- Ministerio de Salud y Protección Social (MinSalud) (2013), *Envejecimiento demográfico. Colombia 1951-2020. Dinámica demográfica y estructuras poblacionales*, [www.minsalud.gov.co/sites/rid/Lists/BibliotecaDigital/RIDE/DE/PS/Envejecimiento-demografico-Colombia-1951-2020.pdf].
- Nóbrega, Ana da Silva, Adriana Sousa, Josinaldo Furtado y Felipe Fernades (2017), “A vozinha de Perrault e Grimm: O imaginário na formação da sexualidade feminina na velhice”, en Kate-mari Diogo da Rosa, Marcio Caetano y Paula Almeida de Castro (orgs.), *Género e sexualidade: interface e discursos*, Realize Editora, Campina Grande, pp. 57-68.
- Osborne, Raquel (2008), “Un espeso muro de silencio: de la relación entre una ‘identidad débil’ y la invisibilización de las lesbianas en el espacio público”, *Asparkia. Investigación Feminist*, núm. 19, pp. 39-55.
- Pujadas, Juan (1992), *Cuadernos Metodológicos 5. El método biográfico: El uso de las historias de vida en las ciencias sociales*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- Rada Schultze, Fernando (2016), “El paradigma del curso de la vida y el método biográfico en la investigación social sobre envejecimiento”, *Revista de Investigación Interdisciplinaria en Métodos Experimentales*, vol. 1, núm. 5, pp. 80-107.
- Ramos, Gabriela (2013), “Antropología de la vejez en el Perú: Un vacío etnográfico”, *Anthropía*, núm. 11, pp. 104-112.
- Ramos, Mónica (2018), “Estudio etnográfico sobre el envejecer de las mujeres mayores desde una perspectiva de género y de curso vital”, *Prisma Social. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 21, pp. 75-107.
- Revista Semana (1992), “Juego de damas”, *Revista Semana*, 7 de abril, pp. 84-87.
- Rich, Adrienne (1999), “La heterosexualidad obligatoria y la existencia lesbiana”, en Marysa Navarro y Catharine Stimpson (eds.), *Sexualidad, género y roles sexuales*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 159-211.
- Rich, Adrienne (1983), *Sobre mentiras, secretos y silencios*, Icaria, Nueva York.

- Secretaría Distrital de Integración Social (2019), *Estudio cualitativo sobre la situación de derechos de las personas de los sectores sociales de Lesbianas, Gay, Bisexuales, Transgeneristas e Intersexuales en envejecimiento y vejez del Distrito Capital*.
- Traies, Jane (2015), “Old Lesbians in the UK: Community and Friendship”, *Journal of Lesbian Studies*, vol. 19, núm. 1, pp. 35-49.
- Varikas, Eleni (2005), “Lo que no somos. Historicidad del género y estrategias de desidentificación”, *Revista Internacional de Filosofía Política*, vol. 25, pp. 77-88.
- Westwood, Sue (2013), “Researching Older Lesbians: Problems and Partial Solutions”, *Journal of Lesbian Studies*, vol. 17, núms. 3-4, pp. 380-392.
- Wilkins, Jill (2015), “Loneliness and Belongingness in Older Lesbians: The Role of Social Groups as Community”, *Journal of Lesbian Studies*, vol. 19, núm. 1, pp. 90-101.
- Winterich, Julie (2003), “Sex, Menopause, and Culture: Sexual Orientation and the Meaning of Menopause for Women’s Sex Lives”, *Gender and Society*, vol. 17, núm. 4, pp. 627- 642.
- Woody, Imani (2015), “Lift Every Voice: Voices of African-American Lesbian Elders”, *Journal of Lesbian Studies*, vol. 19, núm. 1, pp. 50-58.
- Woody, Imani (2014), “Aging Out: A Qualitative Exploration of Ageism and Heterosexism among Aging African American Lesbians and Gay Men”, *Journal of Homosexuality*, vol. 61, núm. 1, pp. 145-165.
- Yébenes, Zenia (2018), “Heterosexualidad”, en Hortensia Moreno y Eva Alcántara (coords.), *Conceptos clave en los estudios de género*, vol. 2, Centro de Investigaciones y Estudios de Género-UNAM, Ciudad de México, pp. 123-135.

Fecha de recepción: 17/02/22
 Fecha de aceptación: 07/06/22

DOI: 10.24275/tramas/uamx/202257185-218

Cuerpos vividos y envejecidos en un contexto de migración indocumentada y retorno de hombres migrantes*

*Angélica Rodríguez Abad***

*María Alejandra Salguero Velázquez****

Resumen

En este artículo se explora la construcción de las identidades masculinas y sus implicaciones en los cuerpos de hombres adultos mayores mexicanos con experiencia migratoria en Estados Unidos, que tras varios años e inclusive décadas retornaron a sus hogares y comunidades de origen. Desde la metodología cualitativa, la narrativa gerontológica y el método biográfico-narrativo se recuperaron las experiencias, los significados y las vivencias de ser migrante indocumentado. Entre los resultados se destacan la relación entre los aprendizajes de género masculino y los desgastes/maltratos del cuerpo visto como máquina con el objetivo de materializar el sueño americano. Sin embargo, los impactos en la salud corporal y mental a lo largo de sus trayectorias de vida migrante indocumentado tienen una

* Este artículo se realizó gracias al apoyo otorgado por el Programa de Becas Posdoctorales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Proyecto de Investigación Posdoctoral (2021-2022) “Paternidad, migración y vejez. Las ausencias, los ejercicios y los costos de ser padre-migrante de retorno en la etapa de la vejez”.

** Investigadora posdoctoral en la Facultad de Estudios Superiores (FES) Iztacala-UNAM, asesorada por la doctora María Alejandra Salguero Velázquez. Becaria del Programa de Becas Posdoctorales en la UNAM. Profesora de Tiempo Completo en la Facultad de Ciencias para el Desarrollo Humano de la Universidad Autónoma de Tlaxcala. Correo electrónico: [arodrigueza_fcdh@uatx.mx].

*** Profesora-investigadora en la Facultad de Estudios Superiores (FES) Iztacala-UNAM. Correo electrónico: [alevs@unam.com].

relación fehaciente por las condiciones precarias en los trabajos, la falta de seguridad médica y el cuidado de sí mismos.

Palabras clave: vejez, masculinidad, cuerpo, migración de retorno, ruralidad.

Abstract

Construction of masculine identities and their implications in the bodies of older adult Mexican men with migratory experience to the United States, after several years and even decades who are aged returned to their homes and birthplaces, are explored in this article. Experiences, meanings, and life experiences of being an undocumented migrant were retrieved from the qualitative methodology, the gerontological narrative, and a biographical-narrative method. Among the results, the relationship between male gender learning and wear and tear on the body seen as a machine to materialize the American Dream was stood out. However, the impacts on physical and mental health throughout their migrant life trajectories are irrefutably related to the precarious conditions at work, the lack of medical security, and self-care.

Keywords: old age, masculinity, body, return migration, rurality.

Introducción

En este artículo se presentan algunos resultados de un proyecto mayor intitulado “Paternidad, migración y vejez. Las ausencias, los ejercicios y los costos de ser padre-migrante de retorno en la etapa de la vejez”, que tuvo como objetivo general comprender cómo los varones envejecidos de comunidades rurales aprendieron y construyeron sus identidades masculinas a lo largo de su trayectoria de vida, y cómo la salida de su entorno social para migrar a otro país propició permanencias, rupturas y/o transiciones de lo aprendido durante su adultez, a la par de ausencias y presencias en el ejercicio de la paternidad, la proveeduría y

sus relaciones familiares. Desde la metodología cualitativa y el método narrativo se recuperaron las narrativas de los varones que retornaron de Estados Unidos a una edad cronológica de 60 años, momento en que consideraron dar por concluida su trayectoria migratoria.

A partir de las narrativas de los varones migrantes de retorno en la etapa de la vejez fue interesante conocer los motivos del fin de su trayectoria migratoria: *a)* aquellas narrativas en las que tras cumplir “el sueño americano” deciden retornar a sus comunidades después de lograr la materialización de un patrimonio para sus familias de creación (hijos/as, parejas-cónyuges) e inclusive sus familias de origen (progenitores); *b)* aquellas narrativas caracterizadas por la frustración y el enojo vivido al ser deportados desde Estados Unidos y las dificultades e incertidumbres que implicaría intentar nuevamente cruzar la frontera por los peligros y las consecuencias legales (condenas en prisión), y *c)* aquellas narrativas de varones que se sentían envejecidos, cansados y enfermos y que no tuvieron más que abandonar la trayectoria. Desde estos contextos de retorno, es importante reflexionar sobre las situaciones de precariedad económica y el declive de su salud física/emocional/cognitiva, ya que ante la ausencia de asistencia y seguimiento de un tratamiento médico existe una tendencia hacia la dependencia funcional en actividades básicas e instrumentales, y la necesaria presencia de una red de cuidados para la atención de alguna enfermedad crónica, degenerativa y discapacitante.¹

Esta tercera condición de varones migrantes de retorno en la vejez es la que nos ha interesado documentar tras los resultados obtenidos durante la investigación posdoctoral, la cual no forma parte de los objetivos iniciales de hacer un cruce analítico sobre cuerpo y cuidados. Por lo tanto, fue necesario hacer una reflexión *a posteriori* de las narrativas de los migrantes, ya que se destacaron elementos claves para comprender la interrelación entre migración indocumentada y trayectoria salud-enfermedad.

¹ De acuerdo con Barrantes *et al.* (2007), las enfermedades articulares y cerebrovasculares, el deterioro cognitivo y la depresión contribuyen a una alta posibilidad de generar dependencia funcional en las personas, particularmente las personas mayores.

Al identificarse expresiones asociadas a situaciones tales como: 1) incertidumbres constantes de ser retornados por su condición migratoria, 2) depresiones ante las dificultades para ser contratado por su estatus migratorio, 3) miedos y soledades ante la falta de comunicación, de interrelación e interacción con otro/a, familias y amistades, 4) presión y frustración por el cumplimiento del mandato de la proveeduría traducido en el envío de remesas a sus familias en el país de origen, 5) el “aguante” al dolor o malestar ante un padecimiento por enfermedad o accidente en el trabajo, y 6) no recibir atención médica o tratamiento oportuno, entre otros.

Desde el contexto de migración internacional nos preguntamos: ¿en qué momento los hombres reconocen sus envejecimientos y vejezes, las implicaciones de salud-enfermedad, el cansancio en sus cuerpos y mentes, y los costos ante la lejanía de sus familias y comunidades de origen? Por ahora, contamos con las experiencias narradas por parte de los varones entrevistados, quienes han compartido algunas pistas generales sobre las afectaciones en sus cuerpos y mentes. De acuerdo con esto, planteamos que la trayectoria de salud-enfermedad tiene una relación directa con los tipos de trabajo desarrollados en un contexto de precariedad laboral, ante la carencia de derechos por su estatus migratorio como trabajadores indocumentados, la ausencia de seguridad médica y la falta de condiciones para el cuidado de sí mismos.

Desde esta línea, Velasco y Coubès (2013) y García y Gaspar (2017) señalan que los migrantes de retorno por grupo de edad representan un serio problema: el de salud. Si bien existe un listado de patologías, padecimientos y comorbilidades crónico-degenerativas en personas mayores, es necesario acotar cualitativamente la prevalencia de factores de riesgos en alguna parte del curso de vida de las personas migrantes de retorno en la vejez y caracterizar aquellos casos que se agravaron al desconocer la presencia de la enfermedad, la falta de acceso oportuno a la atención médica por no ser afiliados a algún sistema de salud (clínicas de salud, Seguro Popular, IMSS, ISSSTE o particulares), dar seguimiento o dejar inconclusos los tratamientos ante la falta de recursos económicos para cubrir los costos. Desde la

academia y con un enfoque de los estudios de género de los hombres y las masculinidades es necesario documentar los antecedentes del trayecto migratorio, los factores de riesgo, las experiencias antes, durante y tras los retornos de los migrantes, las dificultades para su incorporación familiar y comunitaria, las necesidades en materia de salud, vivienda y empleo.

Masculinidad(es) y vejez(ces): la construcción de la identidad masculina a lo largo de la trayectoria de vida

El estudio de género de los hombres y las masculinidades entran a la escena académica a lo largo de la década de 1980 y principios de la de 1990. Durante sus inicios, estudiar la construcción social de los hombres obedeció a una serie de acuerdos internacionales, de procesos sociales, políticos y académicos que dio un vuelco al estudio de la masculinidad al situarse como una categoría teórica y empírica. Desde la investigación, la incorporación de los varones como sujetos de género dio la posibilidad de conocer cómo los hombres aprenden a ser hombres, de caracterizar los diversos referentes de la construcción sociocultural de la identidad masculina, de los aprendizajes de género que se transmiten generacionalmente, de los ritos de iniciación y de paso presentes en un tiempo y espacio determinado, de lo esperado en un sistema patriarcal que ha moldeado una cultura de la masculinidad. Entre la producción se destacan temáticas como: paternidad, familia, violencia, diversidad sexual y VIH (por nombrar algunos), que recuperaron las experiencias, las voces y los significados individuales (Viveros, 2007; Núñez, 2017) en varones jóvenes y adultos.

Proponemos realizar un cruce entre etapa y prácticas relacionales de género en los estudios de género sobre los hombres y las masculinidades, a fin de que las actuales líneas de investigación presenten aquellos mandatos normativos del deber ser según lo que se esperaría que un hombre de determinada edad cronológica realice para pertenecer a un colectivo o una sociedad. Por ejemplo, en algunas in-

vestigaciones han documentado que desde las infancias existen ritos de paso de la masculinidad para lograr “la conversión social de los chicos/niños (cuerpos biológicos significados culturalmente como varones) en hombres” (Sanfélix, 2021). De acuerdo con Pérez y Espronceda (2017), en ciertas culturas los niños aprenden prácticas violentas en diferentes ámbitos de su vida: escuela, familia o grupo de pares. En estos ámbitos se construye la identidad masculina, en la que “se despliegan a través de rituales homosocializadores, [un] conjunto de diversos grupos significantes (signos, máscaras, fachas, enunciados, objetos sagrados de la cotidianidad)” (Pérez y Espronceda, 2017:17). Asimismo, un duro aprendizaje de alejamiento de la madre, de lo femenino, de la niñez, instaura en ellos el sentido de la competencia, de relaciones de poder, de fuerza, de virilidad y de la reafirmación de su masculinidad (agilidad en ciertos juegos, discusiones, habilidades físicas). El rol del padre tiene énfasis en construir en su hijo varón una masculinidad dominante de homosocialización para la reproducción biológica y la perpetuación del apellido.

En términos de la sexualidad y el proceso reproductivo, la iniciación sexual de los varones (muchas veces obligada) marca una transición/rito de paso significativo de una etapa a otra: dejar de ser niño para ser joven. Sin embargo, estas prácticas obligadas, por competencia, por placer e inclusive por temor, están enmarcadas en prácticas sexuales de riesgo, ya que gran parte de los inicios sexuales carece de una educación sexual que promueva la salud y el cuidado, el uso de preservativos para evitar enfermedades de transmisión sexual o embarazo no deseado (Alves y De Oliveira, 2020) (primer antecedente para analizar la trayectoria salud-enfermedad de los hombres).

Transitar de la juventud a la adultez posee otras aristas asociadas no sólo al plano sexual, sino a los planos económico y material. Fuller (2001) señaló que este tránsito está enmarcado en un contexto de maduración de la identidad masculina debido a las implicaciones de las preocupaciones, las responsabilidades y la disminución de la libertad, ya que, si en la etapa de la juventud los hombres tenían un vínculo fuerte con sus familias y grupo de amigos, en la adultez es

cuando se debe cumplir la normativa entre la vida laboral y familiar, puesto que es un hombre aquel “que trabaja y acumula bienes y prestigio para proveer y asegurar a su familia. Adquiere, asimismo, identidad pública al convertirse en el representante de su grupo familiar” (Fuller, 2001:431). De acuerdo con esto, existe una vinculación simbólica entre el plano material y el sexual que los caracterizará como verdaderos hombres, siendo la paternidad biológica la consagración final de la masculinidad en su versión de hombría, la última prueba de la virilidad y *culminación* de los ritos de iniciación entre los hombres (Fuller, 2001; De Keijzer, 1997; Gilmore, 1994).

Llama la atención que en la etapa de la adultez se destaque que los ritos de paso culminaron. Esto hace suponer que la adultez (entendida como la etapa reproductiva y productiva) es la etapa final de vida de las personas, ante ello nos preguntamos: ¿qué transiciones se viven de la adultez a la vejez?, ¿existen ritos que marquen un fin de etapa como hombre adulto y se identifique como hombre viejo?, ¿qué eventos culturales o sociales existen en torno a identificarse como persona envejecida?

De acuerdo con Da Silva (2021), la construcción de la masculinidad hizo que los varones asumieran como parte de su identidad el papel de la responsabilidad, de la obligatoriedad, de la autonomía, de la fortaleza, de la jefatura, de la proveeduría y del espacio público. Tras cumplir con esas tareas, aparentemente no hay más qué hacer, se cierra y se concluye un ciclo en la vida del ser hombre productivo. Desde la visión tradicional de la masculinidad hegemónica no hay claridad en torno a qué papel deben cumplir los hombres viejos; por ahora, desde una diferenciación dicotómica encontramos: *a)* aquellos que continúan trabajando en comercios informales para seguir proveyendo sus hogares o como un referente de ser un trabajo sin retiro, como proyecto de vida o única condición para obtener ingresos económicos; *b)* aquellos que tuvieron la condición laboral para jubilarse y pensionarse, estar en su hogar y con sus familias o con los recuerdos de lo que no hicieron (por falta de tiempo libre ante las jornadas laborales) o ante la generación de nuevos proyectos de vida.

La transición de dejar de ser y de hacer en un mercado laboral, profesional o comercial para los varones se adhiere a la visión del cumplimiento de los mandatos de la masculinidad hasta donde el cuerpo aguante (De Keijzer, 2003). Sin embargo, para algunos varones el fin del ciclo laboral o profesional representa poner fin a su estatus de poder y privilegio (Ramírez *et al.*, 2021). Después de ese gran cierre de la etapa productiva para los hombres, existe un abismo en torno a cómo vivir la vejez masculina, para algunos, en una fase de exclusión, y para otros, de readaptación, reinención y reincorporación a otras actividades y escenarios.

Ejemplo de ello se observa en los entornos familiares, donde el varón es demandado socialmente para cumplir con el rol de proveedor económico, lo que consecuentemente le otorga la subordinación del cónyuge y de los hijos. No obstante, al verse forzado a abandonar su trabajo, ya sea por una situación relacionada con la salud-enfermedad o la jubilación tras cumplir cierto número de años, el varón tiende a manifestar sentimientos de devaluación e inferioridad que promueven como consecuencia de la nueva subordinación frente a los hijos o la pareja, pues son quienes regularmente asumen el rol proveedor al brindar sustento y bienestar económico, lo que desestabiliza la identidad masculina del hombre mayor, modifica su estructura familiar, sus relaciones interpersonales, incluso trastoca su sentido de vida (Ramírez *et al.*, 2021:84). Por lo tanto, cuando los varones se jubilan hay quienes hacen manifiesto un periodo de soledad, debido a que:

se siente(n) devaluado(s), incompleto(s) e inferior(es) por la pérdida de poder que representa dejar de fungir como proveedor, delegando a otros miembros y provocando modificaciones significativas en la dinámica familiar que comprenden principalmente cambios en la toma de decisiones (2021:85).

Existe una asociación fehaciente en la pérdida del estatus ante el proyecto de género de lo que les otorgó identidad. Es en el trabajo donde depositan:

parte de sus espacios, relaciones e incluso emociones. Pues tiende a pasar la mayor parte del tiempo ahí, lo que le impide encontrarse a sí mismo en otros lugares o con otras personas al jubilarse, cabe señalar que no es una regla que esto suceda, sin embargo, es frecuente que así sea (2021:84).

De acuerdo con Ramírez *et al.* (2021), la relación entre masculinidad y espacio laboral converge en una serie de atributos propios de la construcción de la identidad masculina, ya que está enmarcada en una asociación entre la seguridad, la competencia y la productividad económica. Dicho sea de paso, el trabajo es el espacio en el que un varón hace manifiesto su propio papel de género masculino. Por tanto, cuando se concluye ese ciclo, ciertos varones regresan a sus espacios doméstico-familiares para realizar actividades domésticas y de cuidados, las cuales ante su ideal de masculinidad son rechazadas e inclusive incómodas de ser realizadas por considerarlas no propias del deber ser masculino.

Desde estos referentes teóricos y analíticos preliminares nos preguntamos sobre otras formas de envejecer, en particular, de aquellos varones que en contextos precarios, de inseguridad laboral, económico y de salud sostienen y reproducen el esquema normativo de la identidad masculina, pero que representa en ellos, en sus cuerpos y en sus mentes otras vivencias y experiencias que requieren ser nombradas. Desde el planteamiento del problema de la investigación posdoctoral nos preguntamos: ¿qué sucede con aquellos varones migrantes de retorno en la etapa de la vejez que tras varios años vivieron en contextos de precariedad y vulnerabilidad?, ¿qué incertidumbres en el plano familiar, comunitario, económico y de seguridad social se manifiestan tras sus retornos? Estas preguntas invitan a revisar algunos antecedentes que logren cruzar la migración de retorno, el envejecimiento y la vejez masculina.

Migración de retorno en cruce con el envejecimiento/ la vejez y la corporalidad: área de investigación

En 2008 entra a la escena de estudio la migración de retorno, no sólo por la trascendencia mediática, sino por la urgencia de ser analizado como un problema debido a las repercusiones sociales, económicas y políticas que esto implicó en diferentes regiones del mundo. Martínez (2018) documentó que el incremento de la migración de retorno estuvo influenciado por diversos motivos coyunturales: la criminalización de los migrantes indocumentados, el partaguas histórico tras los atentados de las Torres Gemelas en 2001, el endurecimiento de la legislación y vigilancia de la población inmigrante y las crisis económicas y financieras que implicó la pérdida de empleos en Estados Unidos.

López y Mojica (2013) sostienen que desde los estudios migratorios de retorno se ha aportado una radiografía por regiones de migración, con el objetivo de nombrar los desafíos para las políticas públicas, los impactos socioculturales y políticos ante la llegada de los migrantes que se reinsertan en sus comunidades de origen, representando reacomodos en la vida cotidiana, necesidades específicas para la convivencia social que deberán ser atendidos por el gobierno y la academia; se ha caracterizado cada región, cada localidad, cada rasgo sociodemográfico: “la edad, el sexo, la historia familiar y personal, la ubicación en la jerarquía doméstica que guardan los individuos, así como las condiciones políticas, sociales y económicas de las regiones y localidades de llegada” (López y Mojica, 2013:6). Desde este panorama, hacen presencia los casos de quienes retornan tras concluir su trayectoria migratoria, empero, en la última década se hace notar el incremento de personas mayores que regresan a México.

Los retornados se enfrentan a problemáticas relacionadas con encontrar empleos, mayoritariamente se insertan en el sector informal con un salario mínimo, además de no acceder al seguro social. Estadísticamente, “entre 2007 y 2009 los retornos no voluntarios pasaron de 13 000 a 51 452 según la Encuesta sobre Migración en la Frontera Norte (Emif), lo que es un indicio del importante incremento de las

deportaciones, en particular de trabajadores agropecuarios y de la construcción” (Mestries, 2013). Todo ello aumenta cuando se acota la investigación a los casos de migración de retorno y vejez en cruce con la precariedad laboral, económica y de salud.

Desde este contexto el problema de estudio ha sido relativamente poco explorado y son escasas las investigaciones que entretengan a la migración de retorno, la vejez y la masculinidad (Montes de Oca, Molina y Ávalos, 2008; Velasco y Coubès, 2013; Martínez, 2018; Ramos, 2005 ; Iacub, 2014; Rodríguez, 2020; Da Silva, 2021; Ramírez *et al.*, 2021), con el objetivo de comprender cómo el hombre (en términos sexo-genéricos) se construye a lo largo de la vida enmarcado en diferentes contextos históricos, culturales, sociales e individuales (como categorías diferenciadoras). Desde lo cualitativo, se busca recuperar la construcción de la masculinidad y las implicaciones en sus envejecimientos y vejeces.

En esta investigación, se hace énfasis en la relación entre la trayectoria de salud-enfermedad con la trayectoria migratoria de hombres mayores, debido a que, tal como sostiene Bronfman y Denman (2003, citado por Parrini *et al.*, 2005), los varones migrantes en Estados Unidos han enfrentado una serie de condiciones que ha vulnerado sus cuerpos, su salud corporal y mental ante la falta de información para prevenir riesgos, accidentes y enfermedades (de trabajo, ITS, VIH-sida), los aprendizajes de género de una identidad masculina hegemónica, el descuido de sí para la salud, la pobreza, la educación y las precarias condiciones de trabajo en otro país. Además de no tener la posibilidad de contar con un seguro médico en caso de algún accidente o enfermedad, todo ello enmarcado en un contexto de precariedad por su estatus migratorio.

En consecuencia, los impactos en las trayectorias particulares de las personas según las actividades, los contextos, las precariedades, la explotación física-intelectual y las ausencias de sus entornos familiares y comunitarios (caso de los migrantes de retorno) traen consigo una invitación a continuar la investigación a fin de cruzar analíticamente la vejez y la migración de retorno de los hombres mayores. Desde una metodología sensible y en retrospectiva, recuperar las

narrativas que describan cómo en cada etapa de su desarrollo como personas aprendieron y encarnaron los aprendizajes de la identidad sexo-genérica como masculina y analizar los costos y las implicaciones que tuvieron en sus envejecimientos y vejezes.

La trayectoria salud-enfermedad en hombres migrantes de retorno en la etapa de la vejez invita a reflexionar no sólo las implicaciones del fenómeno migratorio, sino realizar un cruce con el proceso experiencial desde el cuerpo (salud-enfermedad) por parte de las personas que vivieron y envejecieron en un contexto migratorio. Parrini *et al.* (2005) sostienen que estudiar el cuerpo tiene una relación directa con la trayectoria por el espacio terrestre de las personas (limitaciones geográficas y fronterizas). Según el estatus migratorio del migrante, su cuerpo puede ser despreciado, discriminado e inclusive racializado y excluido. El cuerpo, como esa máquina ajena a la consciencia de pertenecer en sí mismo, hace que las personas lo vivencien y lo construyan de acuerdo con las condiciones estructurales, políticas, económicas y socioculturales que en gran medida, ante la precarización y vulnerabilidad dada las condiciones de trabajo, el no acceso a condiciones de vida habitacional, las situaciones emocionales y el no seguro médico, ha generado que la marginación y la indocumentación impacten directamente en las condiciones de vida antes y durante todo el proceso migratorio (Parrini *et al.*, 2005). Es así que:

El cuerpo adquiere una dimensión simbólica antropológica cargada de respuestas y significaciones culturales en torno a sus cambios, transiciones y transformaciones biológicas. Lo corporal no es sólo natural, sino que siempre es construido social y culturalmente. El cuerpo es un lugar que cambia en su funcionamiento, configuración, la interacción con él mismo y su (auto) percepción. De aquí se desprende también que la edad cronológica de hombres y mujeres mayores no coincida con su edad sentida y social (Osorio y Sadler, 2005:14).

A esto se suma la investigación desarrollada por Sarricolea (2015), en la que analizó las experiencias de los migrantes durante

los Programas Braceros (1942-1964); documentó las condiciones de trabajo caracterizadas por la explotación, los malos tratos y la discriminación por parte de patrones, mayordomos y habitantes en Estados Unidos. Asimismo, destacó los factores y comportamientos sobre los riesgos de enfermedades de transmisión sexual (VIH-sida y las ITS), los cambios culturales ante otro idioma, los códigos culturales, las relaciones de género y sexualidad, el racismo y la situación de indocumentación, y la percepción del cuidado de sí, de los riesgos de la salud mental, física y sexual.² Sarricolea (2015) comparte cuáles fueron las emociones y experiencias migratorias entre el aguante y el gusto que tuvieron los hombres migrantes. El *aguante*, relacionado con experiencias emocionales y corporales: *a*) cumplir largas jornadas laborales; *b*) responsabilidad moral y emocional de proveer a la familia; *c*) demostrar que se tenía un cuerpo trabajador, hábil, fuerte; *d*) ser valiente, sobreponerse a los obstáculos, lograrlo todo. Esta visión del aguante tiene una fuerte relación con lo que Parrini *et al.* (2005) documentaron: “[en] los trabajadores indocumentados las construcciones sobre la identidad masculina organizan la experiencia del sufrimiento corporal” (2005:9). Por lo tanto, las experiencias de los hombres migrantes también son corporales (cuerpo y migración).

Asimismo, Parrini *et al.* (2005) y Sarricolea (2015), destacan que, si bien existe suficiente trabajo sobre el tema de los impactos sociales, laborales y sanitarios de los migrantes México-Estados Unidos, hace falta desarrollar con profundidad el cruce entre cuerpo, envejecimiento y masculinidades. Así, una de las aristas que nos toca conocer es acerca de los retornos (en plural) de los hombres adultos mayores que por varios años e incluso décadas vivieron en Estados Unidos con el objetivo de lograr el sueño americano enmarcado en su tipo de estatus migratorio, la búsqueda de un lugar para trabajar, el envío de remesas para la materialización de un patrimonio,

² En esta área de investigación, Parrini *et al.* (2005), recuperan a Bronfman y Denman (2003), quienes sostienen que los varones migrantes están expuestos a una serie de limitaciones para enfrentar las enfermedades y prevenir riesgos; todo ello ante la escasa información sobre la prevención, el cuidado de sí y la precarización en los trabajos.

las ausencias físicas pero no económicas, la explotación de la fuerza física e intelectual, la ausencia del retiro laboral y la ausencia de redes familiares y comunitarias. Esto permite comprender qué sucedió en sus trayectorias de vida, cómo viven la vejez tras sus retornos con sus familias y sus comunidades de origen, particularmente consigo mismos desde la experiencia corporal, en un cuerpo enfermo y envejecido. Las experiencias migratorias derivan en visitar la metodología cualitativa, la narrativa gerontológica y el enfoque biográfico-narrativo para recuperar retrospectivamente los recuerdos sobre cómo fueron los desplazamientos, los cruces y las penumbras vividas durante su tránsito.

Metodología: enfoque biográfico-narrativo y narrativa gerontológica

En lo referente a la metodología, se desarrolló una investigación interpretativa vinculando dos enfoques: biográfico-narrativo y narrativa gerontológica. La fusión de ambos métodos contribuyó significativamente para diseñar una estrategia para la recuperación de recuerdos, trayectorias y narrativas en personas mayores. Desde el enfoque biográfico-narrativo fue posible recuperar los relatos del participante a fin de organizar por etapas, elaborar y construir sus trayectorias de vida; para comprender hermenéuticamente su sentido de vida/experiencia humana e interacción social (Espinoza y Rodríguez, 2020); sin embargo, no era suficiente si carecía de una forma de abordar los relatos, las experiencias, las subjetividades y las historias de vida desde las experiencias del envejecer. Por tanto, era necesario colocar en el centro las narrativas de las personas mayores y otorgarles agencia para que sean quienes seleccionen y ordenen los relatos que han acontecido a lo largo de su vida, pero que no poseen un fin –es decir, no es un *producto terminado*–, sino más bien que las experiencias continúan en curso, como protagonistas son quienes dan su cierre narrativo (Villar y Serrat, 2015; Plaza, Requena y Álvarez, 2017).

Las narrativas de los hombres mayores dieron el soporte para conformar el proceso de construcción de su identidad masculina en cruce con la desigualdad, la precariedad y la pobreza en el contexto migratorio y las implicaciones sobre sus trayectorias de salud-enfermedad sobre sus cuerpos. Se decidió construir la trayectoria de vida en lugar de la historia de vida porque la primera permite identificar las transiciones específicas de la vida de una persona, conocer sus desplazamientos familiares, geográficos, educativos o laborales, de acuerdo con el problema-eje de la investigación; mientras que la historia de vida demandaría una revisión más exhaustiva para conocer los antecedentes familiares, comunitarios, actividades y relaciones, todo ello para ampliar más la información que sólo comparte el sujeto de estudio (Longa, 2010).

El ingreso al trabajo de campo se realizó en comunidades del oriente de Morelos. De acuerdo con las estimaciones del Consejo Nacional de Población (Conapo), en el año 2010 el estado de Morelos presentó un alto grado de intensidad migratoria de tipo económico-laboral, y el retorno de personas mayores a estas comunidades representó una urgente necesidad de dar rostro y voz a quienes vivieron la experiencia migratoria. Se utilizaron distintas técnicas de investigación, como las observaciones participantes, no participantes, diario de campo, entrevistas semiestructuradas y a profundidad. En cada ingreso a la comunidad, se tuvo el acompañamiento de un portero o una portera a fin de establecer el contacto y la identificación de informantes claves y participantes de la investigación. En particular, se eligió a los hombres migrantes bajo los siguientes criterios de inclusión de nuestra muestra por conveniencia: de sexo masculino, estar en el grupo etario de 60 a 80 años, ser migrantes que hayan retornado de Estados Unidos, haber vivido varios años en el “gaba-cho”,³ ser padres de hijos/as adultos/as, ser originarios de comunidades rurales del oriente del estado de Morelos.

³ Es una expresión coloquial utilizada por los entrevistados con el fin de indicar que vivieron y trabajaron en Estados Unidos.

Se realizaron entrevistas semiestructuradas a 10 varones, el promedio de edad fue de 67 años, la mayoría tenía educación primaria incompleta y retornaron a sus comunidades de origen. Los entrevistados fueron contactados a través de la técnica de bola de nieve, misma que fue posible gracias al apoyo de un portero o portera, que fungió como vínculo directo para ingresar a la comunidad, realizar observación participante y no participante e identificar a los posibles candidatos para ser entrevistados. Las entrevistas se realizaron en los patios de sus hogares, con una duración en promedio de 60 minutos, desde agosto de 2021 a enero del 2022, fueron grabadas en formato digital de audio (previo consentimiento informado), se transcribieron íntegramente y por cuestiones éticas de la investigación los nombres fueron cambiados por seudónimos. Para concluir con la recuperación del trabajo de campo, se tuvo en cuenta el criterio de saturación de las entrevistas que señala la investigación cualitativa.

La guía de entrevista indagó cinco esferas centrales: antecedentes familiares-comunitarias sobre la migración, inicio de la trayectoria migratoria, relaciones familiares/ejercicio de la paternidad transnacional, los tipos de retornos (cíclicos, definitivos, fin del ciclo, deportación) y redes comunitarias. Es importante señalar que durante las primeras entrevistas con los participantes fue complejo adentrarse a ciertas etapas de sus vidas como migrantes, ya que gran parte de sus relatos exponían los éxitos logrados y omitían los momentos desagradables, de violencia, rechazo, discriminación o vulnerabilidad que enfrentaron en Estados Unidos. Las experiencias se resumían a experiencias de éxito, de lo materialmente logrado.

Con el paso de los días y el logro del *rappport*, algunos entrevistados permitieron seguir siendo entrevistados con la intención de profundizar otras etapas y experiencias de sus trayectorias de vida. En cada visita, previamente agendada, se habló con mayor detalle de los procesos de envejecimiento en un contexto de migración indocumentada y retorno migratorio. Durante ese momento, se integraron notas en torno a las emociones, el cuerpo y la salud. Para el análisis de la información nos apoyamos en el método hermenéutico, que

permitió conocer el contexto desde el cual se producen las narrativas a partir de la perspectiva del entrevistado. Durante el primer análisis se desarrollaron categorías que permitieran agrupar temáticamente las narrativas de acuerdo con frases y oraciones; en el segundo y tercer análisis fue posible identificar diferencias y similitudes de sus experiencias, a fin de caracterizar sus trayectorias migratorias e identificar vacíos en torno a ciertas temáticas. Con el cuarto y último análisis se construyeron tres aristas principales para hilar la trayectoria migratoria, en cruce con la trayectoria salud-enfermedad: los inicios, los trabajos y los retornos (cuadro 1).

Cuadro 1. Aristas de la trayectoria migratoria

Trayectoria migratoria	a) Los inicios: el trayecto migratorio entre el sueño y la realidad que vulnera.
Trayectoria salud-enfermedad en hombres migrantes de retorno en la etapa de la vejez	b) Los trabajos: relación entre el cuerpo y las jornadas de trabajo. c) Los retornos: cuerpos envejecidos, enfermedades crónico-degenerativas e incertidumbres ante el retorno.

Fuente: elaboración propia a partir del análisis de las narrativas de hombres migrantes de retorno.

Trayectoria migratoria y trayectoria salud-enfermedad: cuerpo, migración y envejecimiento/vejez

Durante la primera fase del trabajo de investigación, nos centramos en recuperar las narrativas de vida que permitieran comprender cómo fue la construcción de las identidades masculinas y la trayectoria migratoria de hombres adultos mayores. Fue hasta el cierre del análisis de las narrativas recuperadas de las entrevistas cuando se abrió una nueva brecha de investigación: migración de retorno, envejecimiento/vejez y cuerpos. Trabajar sobre el concepto, la experiencia y la

significación del cuerpo no formaban parte de los objetivos iniciales de la investigación, pero al lograr la confianza y apertura en cada entrevista, los varones mayores comenzaron a exponer algunos ejemplos acerca de las enfermedades que actualmente padecían. Desde las notas de campo y la transcripción de entrevistas se apertura una nueva trayectoria que permitiría comprender cómo los tipos de trabajo realizados de acuerdo con su estatus migratorio (indocumentados) impactaban en la trayectoria de salud-enfermedad, ya que era evidente en sus cuerpos la presencia de patologías crónico-degenerativas que, a largo plazo, pudieran desarrollar algún tipo de discapacidad.

En cada entrevista señalaban cómo sus piernas, columna o cadera habían sido afectadas por alguna caída, por cargar de más, pasar horas de pie o sentados, o inclusive por movimientos repetitivos en alguna actividad. Asimismo, la presencia de enfermedades crónicas como la diabetes, tenía una relación directa por la falta de alimentación, de líquidos, tiempo de descanso, o bien por situaciones emocionales. Aunado a todo ello, los participantes refieren que ante la falta de servicios médicos recurrían a remedios caseros o automedicación para evitar el dolor y seguir trabajando.

Si bien el tema de la salud mental no se preguntó a detalle, fue posible identificar algunas de las emociones que los hombres migrantes tuvieron durante su estancia en Estados Unidos y al retornar a México. Cabe destacar que las experiencias emocionales suelen ser ambiguas:

- a) Emociones tras varios años de ausencia física con sus familias, parejas e hijos/as, convivencia cotidiana, cumpleaños, enfermedades, fallecimientos e incluso participación en eventos educativos, comunitarios y patronales. Para los migrantes de retorno el presente se caracteriza por incertidumbres tras recordar: “tantos años de ausencia física sabía que tendría efectos para cuando regresara”.
- b) Momentos de tensión emocional mientras vivieron en Estados Unidos, pues en algún punto de su trayectoria de vida anhelaban regresar a sus hogares de origen en México para esforzarse más

en el campo, en la albañilería, en la fábrica o en la actividad que realizaran. Estos pensamientos generaron en los migrantes desequilibrios emocionales, “al demostrar una masculinidad basada en el ‘aguante’ y el ‘no rajarse’” (Núñez, 2016), delimitando así las fronteras de un tipo particular de masculinidad y silenciando otras expresiones emocionales consideradas femeninas (Sarricolea, 2015:13).

- c) Depresión tras sus retornos, principalmente cuando se truncó su trayectoria migratoria y no fue posible continuar enviando remesas para la terminación de una obra (construcción de un patrimonio), pagar una deuda o ahorrar para la vejez. Otra causa es el reconocer que tras sus retornos los malestares físicos les impiden continuar prestando mano de obra en trabajos manuales, como albañiles, carpinteros o jornaleros, por lo que, sin ahorro y sin prestaciones, deben buscar otros ingresos económicos, o bien por las dificultades para integrarse en sus entornos familiares y mantener relaciones afectivas con sus hijos/as.

A continuación se presentan tres trayectorias de vida de hombres migrantes de retorno en la vejez. Se decidió hacer uso de letra cursiva para enfatizar que se trata de las narrativas compartidas por los protagonistas de las historias, quienes, como sujetos migrantes, relatan sus experiencias migratorias en primera persona. Cabe destacar que las tres trayectorias aquí presentadas fueron seleccionadas entre todos los entrevistados por medio del muestreo teórico por conveniencia; además, sus historias compartidas resultaron ilustrativas. A partir de las particularidades en cada etapa de vida con relación a las tres aristas (el inicio, el trabajo y el retorno), permitieron agrupar las narrativas en función de cada entramado vivido (cuadro 2). Finalmente, esto dio margen para interrelacionar la construcción social de la identidad masculina (proveeduría, familia y paternidad), la trayectoria migratoria y los impactos en su trayectoria salud-enfermedad, el envejecimiento y el cuerpo.

Francisco, migrante de retorno (72 años)

Nací en este pueblito de mi bello Morelos [suspira]. Aquí mis padres fueron jornaleros. Comíamos de lo que Dios nos daba cada día, cada año al cosechar mi padre apartábamos dos bultos de maíz y otros en un granero para que no se picara, se mantuviera en buen estado. Pero, de las veces que comíamos de ese maíz, pues no alcanzaba y teníamos que salir a trabajar en lo que pudiéramos para aportar a casa. Yo recuerdo que la gente contaba historias de hombres de mi pueblo que se habían ido al norte para trabajar, y pues veía que algunas familias habían mejorado un poco su economía, y entonces desde niño dije: cuando crezca me iré a ese lugar donde hay billetes verdes. Inicio de la trayectoria migratoria. Me fui después de que nació mi quinto hijo, allí mi esposa enfermó y no tuve más que irme, porque de lo que ganaba como albañil y campesino pues no alcanzaba. Fue mi cuñado que me dijo “vámonos” y sin dudar lo me fui, cruzamos y llegamos bien, la travesía fue larga, difícil, pero en mi mente estaba la idea de hacer algo [silencio, mientras recuerda]. El trabajo: relación entre el cuerpo y las jornadas de trabajo. Al llegar pensé que sería fácil encontrar algo, pero no fue así, sufrí muchísimo para que alguien me dejara trabajar y pues miré que hasta los propios paisanos te discriminaban porque no llevabas papeles, aunque ellos tampoco tenían papeles. Pero te veían indiferente. Estuve veintidós años, trabajé como lavatrastes, barrendero y en la construcción. Y fue como albañil donde sí me daba unas chingas, porque no paraba, seguía y seguía para terminar aquí y poder irme a otro lugar a seguir con la friega, la cosa era tener billetitos. No comía, no tomaba agua para no tener que ir al baño porque era molesto, además ¿en dónde te metías a hacer tus necesidades? Sólo me tomaba una Coca-Cola fría para aguantar la jornada y el hambre. El retorno. Puedo decir que sí hice cosas aquí, pero ahora viejo yo me siento mal que me fui tan lejos, porque estuve de arrimado y regresé sin éxito, enfermo y cansado. Me siento derrotado, sin dinero y sin fuerzas para seguir trabajando, esta rodilla no deja de doler y ya no aguanto caminar tanto en el campo, pero debo seguir para tener qué comer.

Pedro, migrante de retorno (80 años)

Yo nací allá por donde está la tienda famosa, mi papá fue un borracho y mal hombre. Mi mamá fue quien nos dio vida, porque ella vendía sus tortillas, trabajaba en el campo y de lo que recogía en las parcelas nos daba de comer. Desde chamaquitos, porque somos cinco, pero yo soy el mayor, trabajé ayudándole a mi mamá y haciendo mandados. Me casé a los veintidós años, tuve a mi familia y les di estudios. Pero cuando iba a nacer el pilón, mi hija que no la teníamos contemplada porque yo ya era muy viejo para ser papá, que me sale la oportunidad para irme y que me voy al gabacho. ¿Para qué? [se pregunta a sí mismo con sorpresa], para cambiar de aires y hacer un ahorro porque ya para ese entonces la vida era muy cara. Inicio de la trayectoria migratoria. Yo tenía 53 años cuando me fui a los Estados Unidos. Trabajé en diferentes cosas, con coreanos, cuidando plantas en la noche, como velador, hasta que por veinte años me empleé como barrendero y lavatrastes en un restaurante. De por sí ya iba viejo para el norte, ya llevaba enfermedades como la diabetes, pero allá no me cuidé, comí de todo. Además, pues trabajaba muchas horas parado, y tenía que lavar trastes muy grasosos y calientes, tenía que lavarlos rápido porque si no se pegaba la grasa. Metía la mano en agua fría y caliente, por veinte años [grita, admirado] ¡pues obviamente mis manos se torcerían! [muestra sus manos]. Los médicos dicen que es artritis, por eso dejé de trabajar porque al final todo se me caía de las manos. El retorno. Regresé porque una de mis hijas mayores me llamó para pedirme que me regresara, pero su sorpresa fue al verme cómo regresé. Todo le contaba por teléfono, me conocía por algunas fotos que le envié, pero cuando me vio así, se sorprendió. Ah, pero mi hija menor no me habla, ni siquiera me toma en cuenta, estoy muerto para ella. Ya sólo regresé para morir aquí, ya tengo hasta el lugar donde quiero que me metan y ya, creo que cumplí, pero ahora que estoy viejo y enfermo mi familia no quiere saber de mí, tengo la desilusión con mi hija menor, pero sé que es porque no pasé tiempo con ella, mis hijos mayores me ven, pero es feo que la más pequeña no te tome en cuenta para nada, pero fueron mis ausencias para estar con ella [suspira y justifica].

Ernesto, migrante de retorno (71 años)

Quiero empezar mi historia de vida con algunos recuerdos vagos que tengo de mi infancia con mi padre. Mi papá me enseñó a trabajar en el campo, porque él también era campesino. Siempre desde chamaco trabajé para otras personas y diferentes trabajos, porque sé hacer de todo. Inicio de la trayectoria migratoria. Estando como albañil me salió la oportunidad de irme para el norte [pausa, silencio], eso fue como en los noventas. Me decidí porque ya iba a nacer mi primera hija y pues había problemas económicos aquí en mi casa y tenía que ganar más dinero, porque pues lo que ganaba como chalán pues no me alcanzaba. Recuerdo que le platiqué mi situación a un primo y fue que me dijo que no lo pensara tanto y que me fuera con él, y trabajando duro mejoraría mi situación y más que nada le daría una mejor vida a mi familia. La primera vez que cruce fue fácil, porque llegué a Estados Unidos y ya. Pero después me regresé para México y cuando volví a cruzar todo había cambiado, me tomó quince días, pues para cruzar era una chinga, porque me tocó tener que buscar la manera para caminar, aunque mis pies estuvieran hinchados y ensangrentados; no había agua, teníamos que tomar pequeños sorbos de la botella que llevábamos e inclusive al final tuvimos que tomar nuestra orina. Sólo así, aguantamos y llegamos. El trabajo: relación entre el cuerpo y las jornadas de trabajo. Como estaba sin papeles y todo el tiempo tenía miedo de que me fueran agarrar los de la migra, pues tenía que estar me escondiendo. Y pues, tratando de conseguir trabajos en el que me aceptaran por mi condición, pero pues no siempre me fue bien, porque en algunos lugares no me pagaban o sentía que me exigían más esfuerzo y más horas de trabajo, sin paga doble. Yo trabajé en el corte de jitomate, de fresas y manzanas. Ya después estuve pastoreando vacas y al final trabajé como albañil en un proyecto grande para una empresa de esas lujosas. Cuando estaba en Estados Unidos si yo me enfermaba o tenía un accidente de trabajo, mejor me aguantaba. Casi en todos los trabajos siempre fue así, de hecho, había lugares donde te negreaban, es decir que no te daban ni las gracias. Entonces, una vez recuerdo que, trabajando en la construcción, se me cayó una barda encima de mí; rápidamente me ayudaron los compañeros para salir de allí

y me dieron como cinco días de incapacidad. El patrón me pagó, pero me dijo que me presentara después a trabajar que me fuera a mi casa. En esos días, únicamente tomaba unas pastillas para el dolor, porque no podía ir al médico, no había manera porque además no tenía papeles. El dolor era insoportable, y pues después tuve que esperar para componerme y así regresar a trabajar. El retorno. Me tuve que regresar porque empeoró el desgaste de cartílagos en mis rodillas y mis piernas ya no respondían como antes. Y pues ahora, ya no tengo los mismos reflejos, ya no tengo la movilidad de mis piernas, además tengo diabetes y pues también eso me ha afectado muchísimo, pero debo seguir trabajando en la vendimia de mis flores para la papa y comprarme algunos medicamentos.

Cuadro 2. Trayectoria migratoria y trayectoria salud-enfermedad en hombres migrantes de retorno en la vejez

	Los inicios: el trayecto migratorio entre el sueño y la realidad que vulnera	Los trabajos: relación entre el cuerpo y las jornadas de trabajo	Los retornos: cuerpos envejecidos, enfermedades crónico- degenerativas e incertidumbres ante el retorno
<i>Francisco</i>	Desde el contexto, hay influencia de otros hombres para que generaciones de jóvenes y adultos inicien su trayecto migratorio. Socialización familiar y comunitaria sobre la importancia de migrar, de proveer y de mejorar económicamente.	Discriminación y dificultades para encontrar trabajo, por motivos de su estatus migratorio. Jornadas de trabajo intensas, aguante físico y mental, escasas horas para dormir.	Desgaste de articulaciones, movilidad limitada. Incertidumbres, depresión.

	Los inicios: el trayecto migratorio entre el sueño y la realidad que vulnera	Los trabajos: relación entre el cuerpo y las jornadas de trabajo	Los retornos: cuerpos envejecidos, enfermedades crónico- degenerativas e incertidumbres ante el retorno
	Motivos principales para migrar: por enfermedad y por proveeduría económica en entorno familiar.	Mala alimentación e hidratación.	Sin seguridad financiera y de salud. Empleos informales.
<i>Pedro</i>	Entorno familiar de origen sin presencia paterna, presencia materna como referente de trabajo y proveeduría. Es hijo mayor, desde infante inicia como trabajador informal.	Percepción propia de su trayectoria migratoria como un hombre viejo.	Diabetes mellitus y artritis, sin tratamiento médico controlado.
	Aprendizaje asociado a la proveeduría económica, ausencia en el entorno familiar y mayor tiempo destinado al trabajo.	Jornadas de trabajo intensas, por varios años prevalecieron los cambios de temperatura en actividad manual, horas sin descanso.	Depresión ante la dificultad de reincorporarse a su entorno familiar, nula relación con hija menor. Pensar en la muerte, como fin a su trayectoria de vida.
	Motivos principales para migrar: iniciar un ahorro.	Previamente detección de diabetes, sin tratamiento. Descuido en alimentación e hidratación.	Con seguridad financiera por apoyo de gobierno y de sus hijos mayores.

	Los inicios: el trayecto migratorio entre el sueño y la realidad que vulnera	Los trabajos: relación entre el cuerpo y las jornadas de trabajo	Los retornos: cuerpos envejecidos, enfermedades crónico- degenerativas e incertidumbres ante el retorno
<i>Ernesto</i>	Entorno familiar caracterizado por el trabajo en el campo y la importancia del trabajo en los hombres. Aprendizaje de varios oficios, enseñanzas de otros hombres para ganar dinero y proveer. Motivos principales para migrar: problemas económicos.	Miedo de ser repatriado por su estatus migratorio. Sin salario, jornadas de trabajo en el corte de jitomate, fresas y manzanas. Accidentes o enfermedades sin atención médica, sin tratamiento, visión del aguantar.	Desgaste de articulaciones, movilidad limitada. Diabetes sin tratamiento médico por falta de seguridad social y seguridad económica. Más allá de proveer, la preocupación gira en torno a pagar sus propios alimentos y medicamentos.

Fuente: elaboración propia a partir del análisis de las narrativas de hombres migrantes de retorno.

Análisis

En el contexto de estudio de esta investigación se identificaron historias familiares y comunitarias sobre experiencias previas de migración hacia Estados Unidos. Los antecedentes sobre un familiar, vecino o conocido que migró marcan un hito importante en la construcción social de la masculinidad migrante, caracterizado por su capacidad para trabajar y enviar dólares a su lugar de origen. Para los lugareños hay migrantes con éxito y sin éxito.

- Los de éxito: son aquellos hombres que migraron y que “la hicieron” (refiriéndose a quien materializó el sueño), se destacará del resto porque es evidente y palpable que no se quedó en la comunidad porque su hogar se caracterizará por ser pintorescas (resalta en las comunidades las casas de tonos naranjas, verdes o amarillas), construidas de *block* o tabique, con pisos de loseta, grandes ventanales y portones.
- Sin éxito: son aquellos hombres que migraron, pero “no la hicieron” (que no ahorraron, no enviaron remesas o incluso fueron deportados), señalan que sus hogares se encuentran en obra negra, con tecorrales y sin color.

Estas historias comparativas son las que emergen en las comunidades y transitan por generaciones. Desde los imaginarios colectivos se van fraguando creencias y supuestos en torno al porqué los hombres deben migrar, por un lado, enraizados en la obtención de bienes materiales y económicos y, por otro, asociada a la visión de la identidad masculina en la que los varones deben de trabajar, aguantar y proveer. En pocas palabras, materializar la masculinidad. De acuerdo con las narrativas de los hombres mayores entrevistados, recuerdan que en sus familias sus padres les indicaban que para que fueran verdaderos hombres deberían tener hijos, vivir en pareja (heterosexual) y construir un patrimonio. Es las infancias se socializan los esquemas normativos de la identidad masculina, asociada a la visión del trabajo y el dinero. En las infancias de los hombres migrantes, perpetúa el imaginario colectivo en torno a la importancia de ser los responsables del hogar, de migrar como única forma de mejorar económicamente. De tener mejores condiciones de vida, pensada no sólo para ellos, sino para sus familias. Sin embargo, emergen historias de dolor ante las crisis económicas por las que atravesaron durante sus primeros años de vida, cuando tuvieron que iniciar a trabajar como peones agrícolas para llevar dinero a su casa. Por ende, a pesar de que la historia de este contexto sobre el campo mexicano está enmarcada en la lucha zapatista, no existían condiciones para dedicarse en la vida joven y adulta al trabajo agrícola y obtener de allí la materialización de la masculinidad.

Desde este referente, los entrevistados señalan que la admiración hacia otros hombres migrantes tiene que ver con lo logrado. Desde allí, desde historias contadas entre los pobladores se recrean los sueños migratorios, que bajo una ilusión se romantiza el trabajo, el ser hombre adulto y el envío de dinero. La red para migrar se puede construir desde la posibilidad de ser contratado en Estados Unidos para trabajar como peones agrícolas, que a diferencia de trabajar en México hacen suponer que serán mejor pagados y que el “billete verde” tendrá más valor y poder adquisitivo que el peso mexicano.

Las narrativas sobre los trabajos desarrollados en Estados Unidos traerán consigo otros referentes en la etapa joven y adulta de los entrevistados. Por un lado, se van con la ilusión de mejorar económicamente, pero durante sus cruces, sobre todo cuando decidieron cruzar las fronteras sin papeles (indocumentados), comienza para ellos la verdadera historia de la migración. Por otro, se enfrentan a los riesgos de cruzar sin ser agarrados por migración, de morir en el intento al cruzar el desierto. Además, surgen las incertidumbres una vez que cruzan: en qué trabajarán, dónde pasarán sus días, en casa de quién o cómo tejer redes que les permitan sentirse protegidos o resguardados.

Aquí se manifiestan las primeras pistas en torno a la salud mental de los migrantes. Los entrevistados refieren que durante los primeros días o meses sintieron temor y sentimientos encontrados, por un lado, regresar a sus hogares, dejar todo e intentar en México, pero, al recordar las dificultades, deciden “aguantar” y continuar buscando opciones, trabajar y enviar el dinero. Asimismo, las ausencias físicas, pero no económicas en sus hogares, traen consigo otra serie de preocupaciones sobre los dilemas en las relaciones con sus parejas, con sus hijos e hijas, lo que representará para ellos dificultades para reinsertarse a las dinámicas familiares tras sus retornos. Por ejemplo, sentirse frustrado por no tener una relación cercana con su hija menor, como uno de los entrevistados describe.

Estas preocupaciones se mantienen durante la trayectoria migratoria, las cuales se agudizan desde la ausencia, sin embargo, existe una contradicción: no poder abandonar el sueño americano porque

para los entrevistados representaría el fracaso del porqué decidieron salir de México. Es un hecho que las condiciones laborales precarizan sus propios cuerpos y salud, ya que los tipos de contratación que sostuvieron bajo su condición migratoria generó en ellos una serie de complicaciones por descuido ante la presencia de una enfermedad, una caída o un primer malestar; pero también, bajo la presión del hacer y tener, decidían aguantar dobles o triples jornadas de trabajo para obtener mayores recursos económicos. Por tanto, para los hombres migrantes su adultez se trató de no perder tiempo, de no rajarse, de no rendirse, de no regresar. Para ellos, a pesar de que no inician la trayectoria migratoria a la misma edad cronológica, era la etapa en que debían lograr lo que no podrían hacer en la vejez.

El cuerpo representó el medio, porque desde sus propios cuerpos transitaban del sueño construido en sus infancias (ilusiones) a la materialización. A costa de su propia salud física y emocional, en sus mentes se mantuvo la creencia de que el retornar a sus lugares de origen sería tras cumplir lo anhelado y que las personas de sus comunidades pudieran admirar, reconocer y ejemplificar en nuevas historias ese personaje que se ausentó varios años, e incluso décadas, de la comunidad.

Sin embargo, las realidades son otras. Cuando los hombres migrantes entrevistados destacan que sus retornos no representaron lo que creyeron, por un lado, porque a pesar de trabajar por varios años algunos de ellos indican que no realizaron un ahorro para la vejez y deberán continuar buscando alternativas en el sector informal; por otro, los cambios en sus cuerpos ante los embates de alguna enfermedad. Desde sus propias narrativas, asocian que las horas de trabajo, la mala alimentación y la falta de descanso repercutieron en su salud física (presencia de ciertas enfermedades, como la diabetes), todo ello para cumplir con el mandato de la masculinidad.

Consideraciones finales

Analizar las experiencias migratorias de los hombres migrantes de retorno en la etapa de la vejez implica situar la mirada desde la

perspectiva de género de los varones y las masculinidades. Las metodologías como el enfoque biográfico-narrativo y narrativa gerontológica permitieron comprender las implicaciones que existen en sus cuerpos, en sus relaciones familiares y comunitarias. Desde esta perspectiva, es posible dejar un antecedente sobre los estudios de migración y vejez, área recientemente explorada y necesaria para originar la generación de políticas públicas en pro de la población de retorno, muchas veces invisibilizada por el desconocimiento de su existencia, otras rechazada por sus conciudadanos debido a una serie de prejuicios en la imagen del migrante que regresó, particularmente de los casos por deportación; caso contrario para quienes desde Estados Unidos construyeron y mantuvieron sus redes familiares y comunitarias.

A partir de este trabajo de investigación se hace una invitación para revisar las trayectorias de vida de los hombres migrantes que en la etapa de la vejez retornaron a sus comunidades de origen. Todo ello a fin de conocer no sólo su historia particular, sino los contextos en que se vivió la migración, la explotación del cuerpo físico, los costos y las implicaciones en la salud mental y los retornos que tras varias décadas de vivir en Estados Unidos generaron formas de vivir el envejecimiento biológico en cruce con lo social, muchos de ellos sin proyectos de vida claros, sin redes familiares o comunitarias y en una etapa de vida bajo condiciones de precariedad, pobreza y marginación.

Con relación a los inicios de la trayectoria migratoria, se da por hecho la visión idealizada del hombre migrante como aguerrido, fuerte y valiente. Sin embargo, desde la experiencia de los participantes es posible ver que esa imagen construida comunitariamente está alejada de la realidad, ya que las historias transmitidas generacionalmente sobre un familiar, vecino o amigo que migró enaltecen su heroicidad, pero invisibilizan las condiciones que vulneraron la integridad física y mental ante los peligros durante el tránsito y cruce fronterizo. Es por ello que parte de los relatos compartidos por los participantes permitieron conocer las dificultades, los temores y agotamientos del ser migrante indocumentado.

Finalmente, recuperar las narrativas de hombres mayores desde diversos escenarios y, por supuesto, particularidades en la forma en que han vivido su envejecimiento y la vejez nos da algunas pistas para proponer áreas de investigación, de intervención y políticas públicas que contribuyan con mejoras a las condiciones de vida, para que no sólo sean atendidas directamente en la etapa de la vejez, sino desde las infancias, las adolescencias, las juventudes y las adulteces, como parte de las trayectorias que enmarcan la perpetuación de las identidades, muchas veces asociadas a una visión hegemónica que estructura los cuerpos y las trayectorias de salud-enfermedad.

Bibliografía

- Alves, M. y E. de Oliveira (2020), “Masculinidad, envejecimiento y sexualidad en el proceso salud-enfermedad-cuidado entre hombres trabajadores de Campinas, San Pablo, Brasil”, *Salud Colectiva*, pp. 1-12, [doi: 10.18294/sc.2020.2252].
- Barrantes, M., E. García, L. Gutiérrez y A. Miguel (2007), “Dependencia funcional y enfermedades crónicas en ancianos mexicanos”, *Salud Pública México*, vol. 49, [https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_isoref&pid=S0036-36342007001000004&lng=es&tlng=es].
- Da Silva, D. (2021), “Masculinidad y vejez: ¿un abismo mortal?”, *Punto de Vista*, [https://www.academia.cl/comunicaciones/columnas/masculinidad-y-vejez-un-abismo-mortal].
- De Keijzer, B. (2003), “Hasta donde el cuerpo aguante: género, cuerpo y salud masculina”, en Carlos Cáceres, Marcos Cueto, Miguel Ramos y Sandra Vallenás (coords.), *La salud como derecho ciudadano: perspectivas y propuestas desde América Latina*, Universidad Peruana Cayetano Heredia, Lima, pp. 137-152.
- De Keijzer, B. (1997), “El varón como factor de riesgo: masculinidad, salud mental y salud reproductiva”, en E. Tuñón (coord.), *Género y salud en el sureste de México*, Ecosur/UJAD, Villahermosa, pp. 67-81.

- Espinoza, L. y A. Rodríguez (2020), “Tras el camino andado. Voces, fotografía, relatos e historias de las personas mayores desde el enfoque biográfico-narrativo”, en R. Jiménez, C. Mendoza y A. Rodríguez, *Introducción a la metodología cualitativa para el estudio de la vejez y el envejecimiento*, Universidad Autónoma de Tlaxcala, Tlaxcala, pp. 74-91.
- Fuller, N. (2001), *Masculinidades, cambios y permanencias. Varones de Cuzco, Iquitos y Lima*, Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- García, R. y S. Gaspar (2017), “Migración de retorno de Estados Unidos a seis estados de México. Hacia la reintegración familiar y comunitaria”, en R. García (coord.), *El retorno de los migrantes mexicanos de Estados Unidos a Michoacán, Oaxaca, Zacatecas, Puebla, Guerrero y Chiapas 2000-2012*, Universidad Autónoma de Zacatecas/Miguel Ángel Porrúa, México, pp. 15-64.
- Gilmore, D. (1994), *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*, Paidós, Barcelona.
- Iacub, R. (2014), “Masculinidades en la vejez”, [<https://www.gerontologia.org/portal/archivosUpload/uploadManual/Masculinidades-en-la-vejez.pdf>].
- Longa, F. (2010), “Trayectorias e historias de vida: perspectivas metodológicas para el estudio de las biografías militantes”, documento presentado en las VI Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata, en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Departamento de Sociología, La Plata, [<https://www.academica.org/000-027/90.pdf>].
- López, G. y O. Mojica (2013), “Migración de retorno y los cambios en el índice de intensidad migratoria en Michoacán, Jalisco y Guanajuato”, *Acta Universitaria*, vol. 23, núm. 1, pp. 5-15.
- Martínez, S. (2018), “Migración de retorno de adultos mayores a México: redes sociales, familia y acumulación de desventajas”, *Carta Económica Regional*, vol. 30, núm. 121, pp. 125-144.
- Mestries, F. (2013), “Los migrantes de retorno ante un futuro incierto”, *Sociológica*, vol. 28, núm. 78, pp. 171-212, [https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&cid=S0187-01732013000100006].

- Montes de Oca, V., A. Molina y R. Ávalos (2008), *Migración, redes transnacionales y envejecimiento: estudio de las redes familiares transnacionales de la vejez en Guanajuato*, UNAM-Instituto de Investigaciones Sociales/Gobierno del Estado de Guanajuato, México.
- Núñez, G. (2017), *Abriendo brecha: 25 años de estudios de género de los hombres y las masculinidades en México (1990-2014)*, Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo, Hermosillo.
- Núñez, G. (2016), “Los estudios de género de los hombres y las masculinidades: ¿qué son y qué estudian?”, *Culturales*, vol. 4, núm. 1, pp. 9-31.
- Osorio, P. y M. Sadler (2005), “La construcción socio-cultural de la vejez desde una mirada de género”, en O. González y R. Renere (eds.), *Climaterio en la atención primaria*, Bywaters/Universidad de Chile, Santiago de Chile, pp. 7-20.
- Parrini, R., X. Castañeda, C. Magis, J. Ruíz y G. Lemp (2005), “Cuerpos migrantes: corporalidad, sexualidad y poder entre hombres migrantes”, *Frontera Norte*, vol. 1, núm. 3, pp. 101-123, [https://hiau-cb.files.wordpress.com/2014/03/2005_cuerposmigrantes.pdf].
- Pérez, V. y M. Espronceda (2017), “La construcción ritual de la identidad de género en la infancia: estudio de caso en Moa, Cuba”, *La tercera orilla*, núm. 18, pp. 10-24.
- Plaza, M., C. Requena y P. Álvarez (2017), “La narrativa gerontológica: perspectiva subjetiva del conocimiento en la vejez”, *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, núm. 2, pp. 57-66, [<https://revista.infad.eu/index.php/IJODAEAP/article/view/1079/951>].
- Ramírez, J., L. López, E. Barrón, M. Acuña y E. Barrón (2021), “Construcción social de la masculinidad en las vejeces”, *Educación y Salud. Boletín Científico. Instituto de Ciencias de la Salud*, vol. 10, núm. 9, pp. 83-87.
- Ramos Padilla, M. Á. (2005), “La masculinidad en el envejecimiento. Vivencias de la vejez de varones de una zona popular de Lima”, Asociación Peruana de Demografía y Población, Lima, [http://www.lazoblanco.org/wp-content/uploads/2013/08manual/bibliog/material_masculinidades_0145.pdf].

- Rodríguez, A. (2020), “La(s) masculinidad(es) en el envejecimiento y la vejez”, *Saberes y Ciencias*, 10 de septiembre, [<https://saberesyciencias.com.mx/2020/10/09/las-masculinidades-envejecimiento-la-vejez/>].
- Sanfélix, J. (2021), “Ritos de masculinidad: la construcción cultural de los hombres ibéricos en lo festivo y en el ocio”, *Sociología Histórica*, vol. 11, núm. 1, pp. 142-171.
- Sarricolea, J. (2015), “El sentir de los cuerpos. Emociones y masculinidades en hombres migrantes”, *Expedicionario. Revista de Estudios en Antropología*, pp. 10-13, [<https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/articulo%3A21449>].
- Velasco, L. y M. Coubès (2013), *Reporte sobre dimensión, caracterización y áreas de atención a mexicanos deportados desde Estados Unidos*, El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, [<https://imumi.org/uf/recursos/reportes-dimension-ateccion-mexicanos-deportados.pdf>].
- Villar, F. y R. Serrat (2015), “El envejecimiento como relato: una invitación a la gerontología narrativa”, *Revista Kairós Gerontología*, vol. 18, núm. 2, pp. 9-29, [<https://revistas.pucsp.br/kairos/article/view/25494/18178>].
- Viveros, M. (2007), “Teorías feministas y estudios sobre varones y masculinidades. Dilemas y desafíos recientes”, *La Manzana de la Discordia*, año 2, núm. 4, pp. 25-36, [https://www.researchgate.net/publication/2771508084_Teorias_feministas_y_estudios_sobre_varones_masculinidades_Dilemas_y_desafios_recientes].

Fecha de recepción: 15/03/22

Fecha de aceptación: 25/07/22

DOI: 10.24275/tramas/uamx/202257219-252

La diversidad en el curso de vida: axiomas para repensar el envejecimiento gitano en Argentina

*Fernando Rada Schultze**
*Mariana Cataldi***

Resumen

Desde el paradigma del curso de la vida, el impacto del tiempo histórico y el sentido atribuido por las personas son considerados puntos de inflexión. Estos hitos significativos actúan como bisagra en las trayectorias vitales, generando envejecimientos y vejezes diferenciales. Partiendo de la premisa de que la vejez es una construcción en el curso vital, analizaremos cómo la etnia, el género y la discriminación son aspectos valiosos en los modos en que se construye diferencialmente la vejez. Asimismo, se sostiene que pertenecer a una minoría históricamente estigmatizada impacta en las formas de envejecer y en el tipo y la calidad de vida. Basado en entrevistas a profundidad y análisis de archivos, el artículo propone conocer qué percepción tiene la comunidad gitana sobre su propio envejecer y vejez, para ello se buscará identificar cuáles son los hechos significativos en sus cursos vitales y de qué modo dan como resultado una vejez diferencial.

Palabras clave: envejecimiento, comunidad gitana, género, discriminación, curso de la vida.

* Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Miembro del Programa Envejecimiento, de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), Buenos Aires. Correo electrónico: [frada@sociales.uba.ar].

** Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Docente en la Universidad Nacional de José C. Paz. Correo electrónico: [marianacataldi@hotmail.com].

Abstract

From the life course paradigm, the impact of historical time and the meaning that people attribute to it are considered turning points. These significant milestones act as a hinge on vital trajectories, resulting in differential aging. Starting from the premise that old age is a construction in life course, this paper analyzes how ethnicity, gender and discrimination are valuable aspects of the ways in which old age is built differently. This paper argues that belonging to a historically stigmatized minority has an impact on the ways of aging and on the type and quality of life. In this sense, making use of in-depth interviews and historical and document analyses the present paper proposes to discover the perception that the Roma community has on their own aging and old age, to do this it will seek to identify what the facts are that they consider significant turning points in their life course and how they result in a differential old age.

Keywords: aging, roma community, gender, discrimination, life course.

Introducción

y para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino.

Preámbulo de la Constitución de la Nación Argentina

A pesar de que a lo largo del tiempo existieron personas consideradas viejas por sus comunidades —es decir, aquellas que eran las mayores del grupo—, lo novedoso y significativo actualmente es que comenzaron a envejecer las sociedades. Las estructuras poblacionales han experimentado cambios: se redujeron sus bases y se ensancharon sus cúspides y sus centros, fenómeno del que Argentina no está exento (Oddone, 2014:84). Entre otras razones, a raíz de las mejoras en salud, calidad y expectativa de vida, Argentina experimenta un proceso de envejecimiento poblacional creciente y sostenido. En 1970 las personas mayores de 65 años representaban 7% de la población,

el último censo realizado en 2010 arrojó 10.2% (Indec, 2012). Empero, si tomamos como referencia a las personas mayores de 60 años, el censo argentino de 2001 evidenció a 13.4% de habitantes mayores (Indec, 2001), mientras que en el último censo se aproximó a 15%. Al mismo tiempo, proyecciones del Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA) manifiestan que en 2050 la población mayor argentina será de 25%, lo cual la posicionará –junto a Chile, Cuba y Uruguay– entre las más envejecidas de la región (UNFPA, 2017). Asimismo, se destaca la feminización de la vejez: las adultas mayores representan 11.8% de la totalidad femenina y los adultos mayores, 8.6% de la masculina. Vale destacar también que estos datos del presente y las proyecciones sobre Argentina se reflejan en las principales ciudades del país. Entre las poblaciones más envejecidas, las personas mayores representan en la Ciudad de Buenos Aires 21.7%, 14.9% en la provincia de Buenos Aires, 16.1% en Santa Fe, 15.6% en La Pampa y 15.5% en Córdoba (Indec, 2012).

En simultáneo, el creciente envejecimiento de la población no sólo presenta nuevos cuestionamientos y desafíos en tanto objeto de estudio para las ciencias sociales, sino también nos abre interrogantes y nos obliga a problematizar la agenda estatal en diversas áreas, como la seguridad social, la salud y el cuidado, la vivienda, la alimentación, el tiempo ocioso o el transporte y la movilidad (ya que tanto la mayor parte de los servicios estatales como las personas mayores se concentran en los grandes núcleos urbanos), entre otras dimensiones que condicionan las trayectorias vitales de los adultos y las adultas mayores. Asimismo, también será menester profundizar en la capacitación de los y las profesionales abocados a atender las demandas de esta creciente población; principalmente en el contexto actual, en el que los derechos de las personas mayores han sido afectados por el escenario pandémico al profundizar desigualdades preexistentes (Cataldi, 2021).

No obstante, si bien estos datos evidencian el aumento significativo de la población mayor argentina poco nos dicen sobre las características de las trayectorias de las personas mayores, sus particularidades, condiciones de vida, experiencias acumuladas y di-

ferenciaciones atravesadas, soslayándose así la diversidad en el curso de la vida. En efecto, así tomásemos como punto de partida 60 o 65 años para considerar el inicio de la vejez, lo cierto es que esta etapa de la vida posiblemente sea en la que transitemos más tiempo, esto abre una dimensión de análisis de suma importancia: en la vejez –en tanto etapa vital más extensa– converge una amplia diversidad que imposibilita su indagación, tanto desde medidas políticas como desde categorías estáticas que persigan homologar a una población tan vasta como heterogénea. Similar problemática se observa respecto a los bienes y servicios a los que las personas mayores acceden o a su desigual distribución.

De forma contraria, las desigualdades experimentadas y acopiadas a lo largo de la vida en materia económica, de acceso a servicios básicos y de género, entre otras, lejos de dirimirse en la adultez mayor suelen profundizarse en este pasaje de la vida (Kapelle y Vidal, 2020; Rada Schultze, 2018). Por otra parte, al otorgarle sentido a los eventos biográficos, las personas los convierten en hitos significativos en sus cursos de vida o en “puntos de inflexión”. El paradigma del curso de la vida, en este sentido, señala que los múltiples y diversos eventos a los que estamos expuestos condicionan cursos vitales diferenciales, lo cual nos impele a hablar de vejezes y envejecimientos en plural y no de una única tipología (Hutchison, 2008; Moody y Sasser, 2018).

De acuerdo con esto, si partimos de la premisa de que el envejecimiento es un proceso diverso condicionado por factores sociales, económicos y culturales, como el género o la etnia, el objetivo de este trabajo es conocer el modo en que las personas gitanas/romaní argentinas construyen su vejez en el curso de la vida. Al mismo tiempo, develar estas configuraciones permitirá conocer la incidencia del contexto y distanciarnos así de estereotipos estigmatizantes que aún pesan sobre esta comunidad. Para tal fin, con base en categorías emergentes de las entrevistas realizadas y de la literatura reciente en la materia, se esbozará una serie de dimensiones de análisis que vertebrarán este escrito, las cuales son divididas en dos grandes grupos: por un lado, la relación de la comunidad gitana con las personas no

gitanas (“criollos”) y, por otro, las relaciones de la comunidad hacia su interior. En esa línea podemos destacar un aspecto nodal en sus cursos vitales: la discriminación.

Buscaremos exponer las experiencias discriminatorias que han marcado de manera constante el devenir de este colectivo y han impactando desde sus procesos migratorios hasta el acceso a una serie de derechos básicos, como la educación, el trabajo, la vivienda y la salud, entre otros. Asimismo, en el seno de la comunidad se observó si estas experiencias discriminatorias persisten en las relaciones de género e intergeneracionales, como también se buscó dar cuenta de la representación que tiene el colectivo sobre su propio envejecer.

El análisis de las representaciones sociales presenta un amplio abordaje desde nuestras disciplinas. Algunos estudios señalan que los significados compartidos socialmente dan lugar a las representaciones, tratándose de sistemas de creencias, valores, ideas y prácticas comunes, en cuya conformación intervienen las visiones dominantes (Gastrón, 2013). Para Moscovici (1979), por ejemplo, la representación social “se capta como el reflejo, en la conciencia individual o colectiva, de un objeto, un haz de ideas, exteriores a ella”. A su vez, si bien la representación social tiene un carácter reproductivo, esto implica un “reentramado de las estructuras, un remodelado de los elementos, una verdadera reconstrucción de lo dado” (1979:16-17). Por su parte, Le Boudec (1984) agrega que ellas pueden ser entendidas como modelos evaluativos imaginarios, pero también de clasificación y explicación de la realidad social que dan lugar a normas individuales y colectivas de la acción. Así, las representaciones sociales suelen considerarse como mecanismos de incorporación y comprensión de fenómenos esquivos, complejos o conflictivos, y en tanto dispositivo cognitivo del orden de lo social, cuya meta es hacer entendible la multiplicidad de realidades sociales que habitamos (Jodelet, 1989).

Sin embargo, en simultáneo, la transformación de la coyuntura social da lugar a una serie de obstáculos en la comprensión de imaginarios y representaciones sociales (Castoriadis, 1997). Es así que, como señala Torrejón (2007), los imaginarios y las representaciones

permiten generar “una imagen de estabilidad en un mundo donde los cambios son la norma” (2007:298). De ese modo, con base en representaciones e imaginarios que tengamos de un grupo humano, dirigiremos nuestras conductas y modos de relacionarnos con estas personas, es decir, fundamentaremos nuestra predisposición para la acción basándonos en la valoración y evaluación (sea esta positiva o negativa) que hagamos frente a determinados sujetos o grupos (Vujosevich, 2013). En este sentido, la indagación de las representaciones nos permitirá también –junto con el análisis de informes y la bibliografía correspondiente a la población gitana– conocer los puntos de inflexión significativos para la comunidad en un contexto de cambio en las estructuras poblacionales como el aquí estudiado.

Metodología

El presente artículo tiene como objetivo conocer los modos en que la comunidad gitana construye su envejecimiento. Para tal fin, valiéndonos de los aportes teóricos del paradigma del curso de vida, se busca dar cuenta de los principales puntos de inflexión para el colectivo. Privilegiamos un diseño cualitativo de estudio de caso y nos valimos de técnicas y herramientas de recolección de la información como entrevistas a profundidad y análisis de archivos, observando tanto fuentes locales como internacionales. Respecto a las técnicas de recolección de la información, las entrevistas a profundidad facilitaron averiguar sobre las vivencias actuales y su pasado reciente, con énfasis en aquellos aspectos considerados significativos en sus cursos de vida. Además, nos permitió conocer el estado de la situación actual, y sobre las prácticas y los comportamientos desarrollados, como también sobre los obstáculos que se suscitan y las estrategias esbozadas para sortearlos.

Con relación al estudio de caso, nos dio la posibilidad de adquirir información válida y confiable sobre la clase más grande de la que forma parte la unidad en cuestión: comprender las causas del fenómeno y su contexto (Flyvbjerg, 2011). En efecto, se trata de una

herramienta valiosa de investigación, porque su fortaleza radica en permitir registrar y medir la conducta de las personas participantes en el fenómeno observado (Martínez, 2006). Por otro lado, su potencialidad reside en el abordaje de un fenómeno particular de modo profundo y contextualizado, lo que da lugar a una mayor comprensión del hecho estudiado (Duran, 2012; Flyvbjerg, 2004).

Por una parte, la selección del caso estudiado radicó en considerar una de las principales organizaciones de Argentina: el Observatorio Gitano, donde se realizaron las entrevistas, que es coordinado por Voria Stefanovsky (primera gitana en doctorarse en Latinoamérica) y Jorge Nedich (director y creador del Observatorio y reconocido novelista sobre su cultura). Dicha asociación cuenta con alcance federal y reconocimiento tanto por la opinión pública como por la propia comunidad local e internacional. Se encarga de dialogar con funcionarios del gobierno, peticionar por la promoción de derechos del colectivo y llevar adelante diversos proyectos de acción social y educacional, con el objetivo de “asegurar que nuestras voces sean escuchadas por las generaciones venideras” (Observatorio Gitano, 2022). Por otra parte, mediante la técnica de bola de nieve se entrevistó a personas mayores de 60 años. Entre sus principales características podemos enumerar que continúan trabajando en negocios o emprendimientos familiares; en oficios que se aprenden en la infancia/juventud y luego se heredan, como son el mantenimiento de maquinaria y equipos, el comercio minorista, talleres y venta textil y la compra-venta de automóviles. Asimismo, las personas mayores señalan que no reciben un ingreso jubilatorio estatal una vez abandonada la actividad, sino que, por el contrario, es la propia comunidad la que los asiste. También se destaca que, a pesar de haber dejado la educación formal, muchas personas mayores continuaron con un régimen de “escuela en casa” mediante la contratación de docentes. Por último, se trata de personas adultas que debido a su reconocimiento y respeto dentro de la comunidad suelen conformar los Consejos de Ancianos.

Cabe destacar que si bien se pautaron entrevistas con otros grupos del país, como también con personas que no participaron del

asociacionismo, debido al temor de la comunidad a la pérdida del anonimato y a sufrir diversas represalias, maltrato o discriminación; optamos por incluir en este artículo solamente la palabra de los miembros de una asociación pública –como es el Observatorio–, en tanto informante clave, y así evitar la revictimización de una nación históricamente estigmatizada. Con ese fin, los fragmentos de entrevistas serán referenciados a la organización. Por último, debe señalarse que aquí presentaremos los resultados preliminares de una investigación en curso iniciada hace más de un año.

Caracterización de la población gitana argentina

Según definen los estudios dedicados a la materia, la población gitana/romaní es una minoría étnica, dado que en general comparten prácticas culturales distintivas “reconocidas desde el exo y endogrupo como características diferenciales frente a otros grupos mayoritarios y minoritarios”; comparten una historia, una lengua, una ascendencia común, formas de organización social, costumbres y valores (Heredia, 2018:66). A su vez, se trata de un colectivo muy heterogéneo con múltiples denominaciones, derivadas de trayectorias diversas. En diferentes publicaciones se señala el uso de la palabra *gitano* como ofensiva y utilizada por no gitanos (Keen, 2018; Fumiére, 2005), es decir, es un denominativo exógeno. En general, de manera endógena se denominan *rom* (Williams, 2017).

Si bien es difícil estimar el número de personas gitanas en Argentina –ya que gran parte fue registrada como húngaras, rumanas, rusas o españolas, entre otras–, se calcula que alrededor de 300 000 pertenecen a esta comunidad, de las cuales más de 70 000 personas habitan en la Ciudad de Buenos Aires y su área metropolitana (Inadi, 2005). A pesar de que los primeros grupos gitanos llegaron de Europa a finales del siglo XIX huyendo de persecuciones, lo cierto es que su arribo responde a diferentes procesos migratorios, así también a distintos lugares de procedencia. Entre ellos se encuentran los *kaldersash* griegos, rusos, rumanos, suecos, franceses, serbios, moldavos,

ucranianos y búlgaros; los *machwaya* serbios; los *lovaria* húngaros, alemanes y rusos; los *rom xoraxané* mayormente provenientes de Serbia; los *boyash* de Rumania y Serbia, y los *sinti* y los *calé* de España y Portugal. Asimismo, la diversidad de orígenes como de momentos históricos en los que migraron se vio reflejado tanto en las tradiciones como en las actividades culturales y económicas desarrolladas en su nuevo destino. En este sentido, el grupo kalderash ruso y serbio, que migró entre 1880 y 1890, se caracterizó por ser nómada y por tener como actividad principal la venta de caballos, trabajo que mantendrían hasta inicios de la década de 1930 cuando se asentarían en ciudades y comenzarían a vincularse a la venta de automóviles. La comunidad kalderash moldava, por su parte, presenta su mayor ola migratoria entre los años 1900 y 1920, proviniendo sus principales ingresos del comercio independiente, la compraventa de autos y metales, y el mantenimiento de maquinaria hidráulica. A finales del siglo XIX podemos ubicar a los boyash y calés. Los primeros, rumanos y serbios, trabajarían principalmente como conductores de camiones, colectivos o taxis. El segundo grupo, españoles, practica el catolicismo y su actividad económica se vincula al comercio mayorista y la construcción. Este grupo mantuvo su lengua calé e introdujo en el país algunos rasgos culturales que aún permanecen, como la danza y la música flamenca.¹

Otros trabajos sobre la comunidad gitana local dividen al grupo principalmente en dos: rom y ludar. Los rom son definidos como el grupo mayoritario y más conservador respecto a sus costumbres, distinguiéndose en su seno por subgrupos, de acuerdo con el lugar de donde emigraron. De ese modo, los gitanos rom argentinos mencionan como “razas” distintas a los “húngaros”, “rusos” o “grecos”. El colectivo ludar también distingue subgrupos de acuerdo con el lugar de donde emigraron, distinguiendo entre “bosniacos” o “serbianes”. Respecto a las actividades económicas, el grupo ludar se dedica a la compraventa de vehículos, a la administración de circos o pequeños

¹ Reconstruido con base en la información del sitio web del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (GCBA, 2022).

parques de diversiones y a fotografiar niños en carritos tirados por caballos ponis. Las mujeres, por su parte, se dedican a la quiromancia o a la lectura del tarot (Salamanca, 2002).

En síntesis, puede decirse que en Argentina conviven tres diferentes grupos étnicos y linajes: los kalderash (rom gussó/rusos, rom grecaicos/griegos y rom moldavos), los ludar rumanos y serbios (conocidos despectivamente como boyash, deformación de la palabra francesa *vogayer/viajeros*) y los calés españoles (Defensoría del Público, 2021).

Como puede observarse, el fenómeno migratorio gitano y su presencia en la cultura argentina son de larga data. Sin embargo, su inclusión en la literatura que analiza las migraciones europeas en Argentina es acotada, lo que puede interpretarse como una forma más de invisibilización y discriminación. En los materiales escolares el subregistro es similar: “La presencia de la comunidad gitana en el país se encuentra absolutamente ausente de los manuales de texto, con lo cual se tiende a extranjerizar o exotizar a los miembros de la colectividad” (Inadi, 2005:138). Esto se debe, como señala Liliana Fedeli (2021), a que la población gitana suele ser vista como un fenómeno asocial o acultural. Sobre esto la autora destaca que existe una mirada dual sobre la comunidad que combina un enfoque romántico con otro xenófobo.

Ahora bien, a fin de describir los procesos de envejecimiento en la comunidad gitana y dar cuenta de la discriminación experimentada en el curso de sus vidas, indagaremos en sus orígenes, los modos en que se conforman las familias, los roles de género, las posibilidades laborales y educativas, y las transformaciones de las costumbres conforme el paso del tiempo, estableciendo así las diversidades intrínsecas que dan forma a su heterogeneidad.

La discriminación en el curso de la vida

Debido a las migraciones forzadas producto tanto de persecuciones como de legislaciones que contra su estilo de vida fueron diseñando múltiples gobiernos, el grupo gitano/romaní devino históricamente

en un pueblo étnico nómade (Lane, Spencer y McCready, 2012). Si bien la categoría gitano suele emplearse para definir un amplio abanico de comunidades nómades, lo cierto es que la integran subgrupos que adoptan diversas denominaciones según su origen. Así, a pesar de que esta comunidad heterogénea carece de un espacio geográfico común y conforme el paso del tiempo diversificó sus costumbres o adquirió otras propias de los lugares hacia donde migraron, comparte la pertenencia a una identidad cultural e idiomática. Uno de los aspectos significativos que marcaría su historia y memoria colectiva sería el hostigamiento y la estigmatización aún hoy vigente. Esto puede observarse también en aquellos países de larga tradición en la promoción de derechos para minorías. Tal es el caso de Reino Unido, en donde, a pesar de legislaciones como “Race Relations Act” (Parliament of the United Kingdom, 1976) y la enmienda del año 2000 sobre “racismo institucional”, los derechos de la comunidad a menudo no son respetados, por lo que deben enfrentar diversos tipos de acoso, discriminación y abuso (Lane, Spencer y McCready, 2012). Es necesario apuntar otro tipo de discriminación hacia este colectivo: la invisibilización de su historia.

Debido al predominio de la transmisión oral en su cultura, la recopilación y el análisis de su historia se torna dificultosa, o bien emerge información contradictoria sobre sus procesos migratorios (Árnadóttir, 2018). A su vez, a la preponderancia de la oralidad deben anexarse otros dos factores: el casi nulo interés que mostraron las ciencias sociales hacia este pueblo y el prisma sesgado con el que se observó la historia del pueblo gitano, haciendo especial énfasis en componentes fantásticos, por ejemplo, la brujería (Fedeli, 2021). Sin embargo, podemos mencionar algunos antecedentes en la materia que permiten reflexionar sobre los puntos de inflexión en sus trayectorias.

Uno de ellos es el trabajo de Árnadóttir (2018), quien indaga en la situación social de la comunidad gitana española y señala que las representaciones negativas imperantes en la población no gitana afectaron la convivencia y vinculación, y ampliaron la diferenciación socioeconómica de estos grupos minoritarios, lo que complejizó su

integración a las sociedades en las que se asentaron al aminorar sus movibilidades (Montes, 2008). Acusados de robos y engaños, fueron y continúan siendo fuertemente discriminados. Empero, ésta no es sólo una característica propia de la península ibérica. Como señalan desde el Observatorio Gitano, las comunidades gitanas argentinas también debieron hacer frente a similares estigmatizaciones:

Al principio se nos discriminó por herejes, porque éramos nómades. Hereje era sinónimo de libertad. Y ser libre era malo [...] Tenemos diferentes tipos de discriminaciones. En la calle, en la vía pública, si buscamos un trabajo. Si una señora mayor va a hacer una compra, también. “La vieja gitana te va a secuestrar, a robar. La vieja bruja” [...] En los medios siempre somos “ladrones, borrachos, violentos, delincuentes”. Una noticia nuestra siempre aparece en la sección de policiales (fragmento de entrevista).

Como se observa, la entrevista delinea diferentes dimensiones de la vida cotidiana en las que se manifiesta la discriminación, como en la vía pública o el trabajo. En esa línea, el trabajo de Árnadóttir (2018) destaca, por un lado, que las personas gitanas acceden a empleos precarios donde la explotación, la marginación y la falta de oportunidades son frecuentes: “a la vez que fueron forzados a integrarse se nota que la mayoría de los gitanos fueron rechazados en su integración a la sociedad” (2018:16). Por otro lado, señala entre las características del pueblo gitano el hecho de que sus leyes no escritas se encuentran fundamentadas en la fidelidad a la raza, al hombre y a la palabra. Asimismo, resalta que su lengua fue nutriéndose y fusionándose con el aporte de otras, dando lugar a un enriquecimiento en el vocabulario y a formas de lenguaje mixto. Esto, como se explica en las entrevistas, se debe a que, a medida que los grupos gitanos fueron desplazándose, “adquirieron los comportamientos, actitudes y modismos” de los lugares a donde migraban.

Pero no sólo la lengua es una de las expresiones culturales que conoce modificaciones en las comunidades: las uniones matrimoniales, gradualmente, comenzaron a realizarse entre personas gitanas y

no gitanas. Sin embargo, en los grupos más conservadores, algunos aspectos permanecen perennes, como el hecho de que una vez formalizada la unión las tareas domésticas de la familia quedan a cargo de la mujer, aunque realice algún tipo de actividad laboral fuera del hogar. Tradicionalmente, las mujeres gitanas se casaban jóvenes, eran consideradas inferiores a los hombres, sin capacidad de decisión, débiles, por lo tanto, debían ser protegidas por los varones (Árnadóttir, 2018). Desde su nacimiento y hasta el casamiento, debían obedecer primero a sus padres y luego a sus maridos. No obstante, para el Observatorio Gitano estas actitudes conservadoras o machistas no son propiedad exclusiva del pueblo gitano, pero advierten que existe un trato diferencial cuando se habla de su comunidad:

La discriminación es como un resultado. El discriminado no crea la discriminación. Reproduce la discriminación que domina en el contexto social [...] El gitano es machista. Es verdad. La dote existe en distintas culturas. Las familias patricias argentinas, cuando se casa la hija, le dan algo para que se lleve a su nueva vida, porque la herencia la reparten entre varones. También la monarquía, la cultura judía ortodoxa y la árabe tienen la dote. Pero la única que se considera trata de personas es la nuestra (fragmento de entrevista).

Al respecto, otro estudio que permite problematizar las configuraciones familiares es el de Ángel García (2006), quien puntualiza que los estudios sobre gitanos, en el afán de comparar los resultados con el conjunto de la sociedad, tienden a utilizar conceptos homogéneos, alejados de la complejidad al interior del colectivo y de la diversidad de los subgrupos. A su vez, explica que la vida cotidiana en el colectivo gitano es compartida con los parientes o la familia extensa. Allí, una de las funciones principales de las mujeres es la preservación de la cultura. También señala que, aun cuando la familia continúa teniendo un lugar central como organizadora de la comunidad, desde 1980 transitan procesos de cambio, que han generado nuevos modos de vida familiares gitanos. De este modo, se origina un tránsito de una sociedad de familias a una de individuos. En ese

nuevo marco, la familia protectora comienza a ser sustituida por el Estado y las funciones que antes asumía la familia tradicional pasan al Estado para ser realizadas (2006:27). En cuanto a los hombres del grupo, desarrollan tareas productivas preferentemente libres, como la compraventa ambulante, y presentan escasa calificación formal. Además, se destaca que el aprendizaje del trabajo se transmite verticalmente en las familias: de padres a hijos.

La cuestión educativa es una de las primeras y mayores problemáticas que afrontan las comunidades gitanas y se encuentra en íntima relación con los fenómenos discriminatorios vivenciados. Por un lado, la educación como sistema es considerada una institución que presenta el riesgo de desculturizar a sus miembros, ya que transmite normas y tradiciones diferentes e invisibiliza las suyas. Asimismo, más allá del temor a la posibilidad de que sus hijos e hijas adquieran valores no gitanos, otro factor que repercute en la escolarización de niños y niñas es el estilo de vida nómada (Lane, Spencer y McCready, 2012). Por otro lado, el desapego escolar se vincula también a la temprana incorporación al trabajo y la conformación de matrimonios. Según reportan, el desinterés familiar en que las jóvenes generaciones asistan a las escuelas redundaría en la escasa formación en la adultez y un nivel educativo predominantemente bajo (Parra, Álvarez y Gamella, 2017). Sin embargo, como agregan desde el Observatorio Gitano, otra de las preocupaciones de las familias gitanas es el maltrato que pueden experimentar niños, niñas y adolescentes en el espacio áulico, como también la escasa apertura de estos ambientes en la construcción de una currícula escolar intercultural:

A las familias les da miedo mandar a sus hijos a la escuela. Los maltratan físicamente, los discriminan y dañan psicológicamente. La escuela no está preparada. No acepta ningún texto que hable de nosotros. Ningún rasgo cultural nuestro puede estar en la escuela: ni la bandera, ni conmemorar ninguna fecha nuestra. Entonces los chicos no se sienten parte. Además, todavía se aplica un concepto monista aún, que viene de la época de la colonia, y quien no se puede adecuar, que se vaya (fragmento de entrevista).

Sin embargo, paulatinamente las nuevas generaciones romaníes intentan generar un cambio de paradigma con relación al derecho a la educación, al trabajo formal y la deconstrucción de estereotipos (FSGG, 2003). Es el caso de los proyectos llevados adelante por el Observatorio en gran parte de Argentina, los cuales persiguen no sólo la incorporación de niños y niñas a las escuelas, sino también el cese de la discriminación sistemática en el ámbito educativo.

Existe mucho rechazo en la escuela. Los gitanos no superan 3º o 4º grado. Desde el Observatorio trabajamos por la interculturalidad en 14 provincias con docentes de nivel primario, secundario y jardín.² Porque el chico gitano entra a la escuela y no está su bandera, su lengua, rechazan sus costumbres, forma de vestir, de pensar, de cantar, de bailar. Lo mismo pasa con la comunidad paraguaya, boliviana y pueblos originarios. En Buenos Aires, por ejemplo, no se permite la educación bilingüe. Hablamos la lengua del colonizador pero no la de los pueblos originarios. Ahora el mayor problema lo tenemos en jardín. No hay vacantes para nosotros. Entonces, cuando el chico entra a la primaria, ingresa pensando en otra lengua, con un desconocimiento de lo que aprenden en el jardín y sin amigos. Entonces es muy difícil sostener a ese chico en la escuela más de uno o dos años. Muchas veces la propia escuela los rechaza. Las docentes te dicen cosas como “no los envíen acá que lo van a tratar mal”. En lugar de arreglar el problema de violencia, nos quieren mandar a otra escuela donde estemos todos juntos. Los mismos docentes te dicen “no podemos controlar si se golpean en el recreo” (fragmento de entrevista).

Al respecto, podemos decir que la comunidad gitana soporta una mirada estigmatizante que se basa en estereotipos de compleja deconstrucción, perpetuados en el tiempo y presentes en diferentes sociedades. Incluso estos datos podemos observarlos en los considerados países desarrollados o centrales, en donde aquellas personas que

² Según el sistema argentino, la edad promedio para ingresar a sus distintos niveles es: 4 años para jardín, 6 años para primario y 12 o 13 años para secundario. En este sentido, la mención de la entrevista ante la deserción escolar en 3º o 4º grado estaría referenciando a niños y niñas entre 8 y 10 años de edad.

acceden a la educación formal no logran superar el nivel secundario debido a la intimidación, discriminación y prejuicios experimentados en la escuela (CPA, 2016). Algo similar manifiestan otros informes respecto al maltrato en el ámbito educativo, su posterior abandono y las repercusiones en el curso de la vida. Históricamente, muchas personas mayores gitanas no tuvieron acceso a la educación formal, motivo por el cual la mayoría no se encuentra alfabetizada (Lane y Tribe, 2010). Esto deviene en un escollo nodal a la hora de proveerles e informarles sobre servicios de salud, recomendaciones e instrucciones de medicamentos,³ entre otros. De ese modo, estamos ante una nueva revictimización de las personas gitanas, lo que se anexa a las situaciones de violencia en la vía pública, en el ámbito educativo o laboral: la falta de acceso o el maltrato en los servicios de salud. Tal como destacan desde el Observatorio Gitano, el derecho a la salud vulnerado es otro de los puntos de inflexión en sus cursos de vida.

Muchísimos problemas hay en el sistema de salud. No nos quieren en ningún lado. Y el gitano o gitana cuando va a un hospital público, ya va mal predispuesto y al primer obstáculo que le ponen, contesta mal, porque ya se puso de malhumor durante toda su vida. Además les toman el pelo. Porque les piden cosas y trámites que no son necesarios, no les explican porque no los quieren atender. Y cuando se enojan y protestan, llaman a la policía y los echan del hospital. Y como los mayores son mayormente analfabetos, tampoco saben defenderse. Denunciamos varias veces en el Inadi⁴ y por supuesto que no hicieron nada. Es mucho el racismo. La sociedad exige mucho a la alteridad, pero no le ofrece nada (fragmento de entrevista).

³ Respecto a la salud de las personas mayores gitanas de Reino Unido, informes oficiales destacan que una de cada cuatro personas vive en caravanas ubicadas en lugares no autorizados, lo cual deviene en desalojos y la imposibilidad de acceder a servicios básicos. Si bien señalan que ante el deterioro de su salud suelen trasladarse a residencias u otro tipo de viviendas, esto genera una ruptura de lazos familiares y amistades, como también dificultad para afrontar gastos cotidianos (Department for Communities and Local Government, 2008).

⁴ El Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (Inadi) es un órgano estatal encargado de recibir denuncias y combatir la discriminación en todas sus formas.

Si bien Argentina cuenta con la Ley 26.529 “Derechos del Paciente en su Relación con los Profesionales e Instituciones de la Salud” (2009) –en su artículo 2 menciona que las personas tienen derecho a ser asistidas “sin menoscabo y distinción alguna, producto de sus ideas, creencias religiosas, políticas, condición socioeconómica, raza, sexo, orientación sexual o cualquier otra condición”–, observamos que no ocurre. Pero no sólo es la falta de accesibilidad a determinados derechos consagrados por el Estado argentino los que se niegan a la población gitana, como puede verse en el fragmento citado, tampoco encuentran respuesta por parte de las instituciones dedicadas a recoger estas denuncias, motivo por el cual la comunidad también encuentra restringido su acceso a la justicia.

Argentina firmó un centenar de leyes interculturales. La más importante es la Resolución 169 de 1989 en la ORT donde se compromete a darle derechos culturales y humanos a los pueblos originarios y tribales. Nunca se implementó con nosotros. Y cuando uno firma un compromiso y no lo cumple no es un olvido. Es una decisión. Es una decisión racista (fragmento de entrevista).

La convención referenciada desde el Observatorio hace énfasis en el derecho al trabajo, a la tierra y al territorio, a la salud y a la educación de los pueblos indígenas y tribales (ORT, 2014). Empero, si bien en Argentina dicho convenio fue sancionado en 1992 (Ley 24.071), el mismo –junto con otros que veremos a continuación– aún parece distante en su travesía hacia una aplicación plena.

Racismo y edadismo en una sociedad de mercado

Otra de las convenciones a las cuales se adhiere Argentina y que también reconoce el derecho a la identidad cultural es la Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores, la cual define la discriminación múltiple como “cualquier distinción, exclusión o restricción hacia la

persona mayor fundada en dos o más factores de discriminación” (OEA, 2015:4). Asimismo, Argentina cuenta desde 1988 con la Ley 23.592 que define los actos discriminatorios como aquellos determinados por la “raza, religión, nacionalidad, ideología, opinión política o gremial, sexo, posición económica, condición social o caracteres físicos”.

Con relación a la discriminación sobre la población gitana no es novedosa ni exclusiva de Argentina, por el contrario, los prejuicios sobre la población romaní se hallan arraigados alrededor del mundo. En tanto grupo minoritario, sufre diversos tipos de segregaciones que se fundamentan en estereotipos negativos (Age Concern England, 2009). La marginación de la población romaní se basa en el desconocimiento de su cultura y sus valores, problemática estructural que tiene múltiples consecuencias y afecta sus derechos humanos. Como sostiene Keen: “el antigitanismo es un problema de relaciones: tiene que ver con la manera en que la comunidad no-romaní y la sociedad en su conjunto se relacionan con la comunidad romaní. En muchas sociedades actuales, esta relación es desigual y predominantemente negativa” (2018:15). En este sentido, la segregación, por su dimensión, es un tema de gran envergadura, ya que “mientras el miedo, el prejuicio y el desconocimiento sigan jugando los papeles dentro de los nexos entre gitanos y no-gitanos, las condiciones seguirán agravándose” (Shenker, 2008:254). De hecho, encuestas europeas ponen de relieve que casi la mitad de los romaníes reportó haber sufrido discriminación en los últimos doce meses, al buscar una nueva vivienda, trabajo y en espacios educativos y sanitarios (Keen, 2018).

La discriminación, del tipo que sea, se estructura en un modelo economicista y excluyente; es un fenómeno amplio que no se reduce a la relación microsociedad entre las personas. Contrariamente, el racismo se trata de un fenómeno, político y cultural que:

se cimienta en tres niveles: estructural, institucional e individual/interpersonal; es un fenómeno que nace de arriba hacia abajo, esto quiere decir que está en las estructuras mismas del sistema-mundo, que es

parte nodal de las relaciones sociales, culturales y políticas con las que se organizan nuestras sociedades capitalistas modernas (Pita, 2020:15).

Desde el Observatorio destacan no sólo las consecuencias que las experiencias discriminatorias tienen sobre las personas, sino que también dan cuenta de otras dos dimensiones del fenómeno: la falta de interés estatal y la utilidad estructural por oposición a la alteridad:

A una persona mayor que escapó de la Segunda Guerra, que fue violentada allá y cuando llegó acá, le cuesta interactuar, porque la experiencia conocida es la de la discriminación. Al gobierno no le interesa porque no está en la agenda política. No tenemos un Estado, un partido político o ejército. Entonces siempre nos toman como una alteridad útil para ordenar a la sociedad. Siempre se nos mostró como la lacra (fragmento de entrevista).

En cambio, en la sociedad no gitana, desde el marco del modelo socioeconómico neoliberal, la vejez es considerada una carga social y gasto improductivo. Las representaciones dominantes la asocian principalmente a la pasividad y al deterioro, lo que da lugar a múltiples formas de discriminación y maltrato simbólico (Inadi, 2017). Incluso, en los últimos tiempos y como producto de la pandemia, se reforzó la asociación de las personas mayores al “grupo de riesgo”, ligándolo de manera generalizada a las enfermedades. Ahora que ya hemos apuntado cómo estas situaciones de discriminación sistemática repercuten en sus cursos de vida, observemos las características de la población mayor gitana al interior de su relación con otros miembros del grupo, donde las estrategias de cuidado son asumidas por la propia familia de manera voluntaria, entre quienes ser mayor es sinónimo de experiencia, sabiduría y respeto.

La vejez gitana: familias, representación y roles

Una vez descritos algunos de los aspectos sociales que condicionan los cursos de vida de la población gitana/romaní, es momento de

observar las características que adquieren sus modos de envejecer al interior del grupo. La literatura señala que su proceso de envejecimiento presenta características marcadas por los roles de género, desigualdades mayoritariamente identificadas en los grupos culturales conservadores. Allí, las madres y las mujeres mayores de la familia tienen a su cargo la enseñanza y formación de las niñas respecto de las conductas aceptadas en el seno de la comunidad. Asimismo, también se mantiene otro tipo de roles de género tradicionales: las mujeres son las responsables del hogar, de preparar los alimentos y de la limpieza, mientras que los varones tienden a desarrollar actividades en el espacio público, donde, además de trabajar, mantienen vínculos estrechos con amistades y otros familiares (Lane, Spencer y McCready, 2012).

En efecto, para la comunidad, la familia representa un rol nodal en la vida gitana y la mayoría de las personas desarrollan su vida en el marco de grupos familiares extensos. En ese contexto, las familias extensas se caracterizan por códigos morales y valores estrictos que son transmitidos por las personas mayores a las generaciones más jóvenes. Si bien la vida familiar es muy importante para la comunidad gitana en general, en lo que respecta a las personas mayores son valoradas positivamente y apoyadas por sus familias, debido a su rol como promotores y transmisores de la cultura y la historia oral del grupo (Lane, Spencer y Jones, 2014).

Si bien en los últimos años –producto de la acción reivindicativa de algunos subgrupos– algunas costumbres en relación con los roles de género comienzan a revertirse, lo cierto es que la maternidad solía iniciarse en la adolescencia y a menudo de modo no elegido. Asimismo, los valores que transmitían las mujeres mayores gitanas a las jóvenes se orientaban a la adopción de una actitud sumisa, subalterna al hombre y responsable de las actividades reproductivas (Árnadóttir, 2018). Sin embargo, como hemos visto en algunos de los fragmentos de las entrevistas, la comunidad considera que los comportamientos machistas no son exclusivos de este grupo. De hecho, tomando como base los datos de violencia contra la mujer en Argentina, desde el Observatorio destacan que “se habla de que hay violencia hacia la

mujer. La hay. También hacia los chicos. Pero cuando miras las estadísticas de las 350 mujeres que mueren por año en Argentina, ninguna es gitana. De los 200 chicos violados por familiares, ninguno es gitano” (fragmento de entrevista). Al contrario, entienden que se trata de un problema propio de las sociedades de mercado que supera los márgenes de su comunidad:

Quando vemos a una mujer árabe apedreada por las familias, nos conmovemos y decimos ‘qué bárbaros’, y está bien que así sea. Pero no decimos nada cuando mueren en un quirófano por ponerse 100 gramos de siliconas. Entonces algunas políticas basadas en la religión obstruyen el pensamiento, pero el mercado también te llena la cabeza de mierda (fragmento de entrevista).

Por otro lado, en sus trayectorias las mujeres gitanas realizan múltiples trabajos, como la crianza de los hijos y las tareas del hogar, lo que deteriora su salud. Esto da lugar a un envejecimiento prematuro, depresiones y otras enfermedades mentales. A su vez, a diferencia de lo que ocurre en el común de la sociedad donde se evidencia una marcada feminización del envejecimiento (Aguirre y Scavino, 2018), en la comunidad gitana, las mujeres registran una menor esperanza de vida en comparación con los varones, incluso a pesar de que ellos comienzan a trabajar desde muy jóvenes y hasta edades avanzadas (Árnadóttir, 2018).

Otro aspecto en el que las vejeces gitanas se distinguen refiere al nivel de instrucción de las personas mayores. Si bien desde el Observatorio destacan que “ahora hay algunos gitanos que se animaron a estudiar en la universidad” (fragmento de entrevista), el nivel educativo formal es bajo en relación con la población no gitana, tanto para los grupos de mayor edad como para las jóvenes generaciones (Parra, Álvarez y Gamella, 2017). El uso de la expresión “animarse a estudiar” no parece azarosa por parte de las personas entrevistadas. El temor a reprimendas estatales o de la población civil es algo que ha circundado y condicionado las biografías de las personas gitanas. Esto se ve reflejado, por ejemplo, en la falta de documentación de

la comunidad gitana, viendo ahora vulnerado su derecho a la identidad. Esto se percibe con mayor claridad en el caso de las personas mayores y es comprensible desde la reconstrucción de sus cursos de vida:

Históricamente los gitanos no nos documentábamos por la discriminación que existía en base a nuestros rasgos. Que por nuestros rasgos, la forma o tamaño de nuestro cráneo seríamos delincuentes, violadores o teníamos menos cualidades [...] eso llevó a que muchas de nuestras personas no quieran documentarse. Más aún ocurre con las personas mayores que escaparon de guerras, que son las indocumentadas, porque tienen el temor a lo que pasó en la Alemania nazi. Los genocidios se hicieron en base a datos, documentaciones y estadísticas (fragmento de entrevista).

No obstante, el problema de la documentación no se limita tan sólo al derecho identitario vulnerado. Por el contrario, el Estado argentino al no tener registro de esta población –por omisión o decisión– termina negándole otros derechos, como el acceso a un ingreso económico jubilatorio. Así, mientras que Argentina es de los países latinoamericanos con menor brecha de género en los ingresos en relación con las jubilaciones y pensiones, y uno de los de mayor cobertura de la región –ya que cerca de 95% de las personas mayores recibe un ingreso previsional– (Cepal, 2012; Santos, 2008), al mismo tiempo excluye a un sector de su población de cualquier tipo de política social. Sobre esto es importante destacar una diferenciación que la comunidad realiza entre la documentación y su propia identidad:

La gente no entiende que tenemos bandera e himno. Somos una nación cultural y tenemos una nación nacional que es la Argentina. A veces se ve a las personas e identidades de manera plana. Para nosotros la identidad es redonda. Detrás de uno está la humanidad. Es una idiotez grande decir “soy argentino”. Sos argentino porque tenés esa nacionalidad o elección. Es una convención, un contrato (fragmento de entrevista).

Al mismo tiempo, la falta de documentación es soslayada por ellos y ellas acudiendo a la mención de sus propias tradiciones, histo-

rias de vida y antecesores masculinos: “Como no ha existido la documentación para nosotros, cuando nos presentamos no apelamos a la documentación. Nos presentamos hablando de nuestras tradiciones mencionando la parte paterna: ‘soy hijo de... nieto de...’” (fragmento de entrevista). El reconocimiento de los antepasados como modo de presentación comienza a delinear la representación que tiene la comunidad sobre sus propias personas mayores: “Nuestras personas mayores son quienes saben. Son nuestra Constitución” (fragmento de entrevista); esta expresión no parece casual en un contexto de infinidad de derechos vulnerados.

En efecto, las personas mayores tienen un rol clave en todas las comunidades gitanas y de suma relevancia para los estudios del envejecimiento, el cual refiere la forma de estructurar y organizar al grupo: la Corte Romaní/Kriss Romaní. Esta corte, además de designar el derecho interno de la comunidad, se compone de un Consejo de Ancianos: un grupo de adultos mayores con un número de integrantes variable, generalmente impar, que media en situaciones de conflicto y cuyas decisiones deben ser aceptadas por las partes involucradas. Para la comunidad gitana, la autoridad se vincula a la vejez y a la experiencia. Los derechos y las obligaciones son asociados al principio de autoridad: “que va desde el más viejo al más joven y del varón a la mujer” (Porporatto, 2019:93). Son entonces las personas mayores quienes presiden las leyes orales gitanas y sancionan el incumplimiento de las determinaciones del Consejo:

El Consejo reglamenta la comunidad e interviene en aspectos culturales si pasa algo en la comunidad. Si pasa algo afuera, interviene la justicia. El Consejo interviene si hay un problema familiar, un problema de violencia o un mal comportamiento, entonces se les da una pena o un castigo y lo cumplen. Si no lo cumplen se tiene que ir de la comunidad [...] La elección del Consejo es natural. Cuando ocurre algo, la sociedad te llama. Llama a las personas que tienen prestigio, que conocen la cultura, buenos pensadores, inteligentes, que aportan. Y también se llama a las mujeres. Las mujeres mayores participan. Hay mujeres mayores que son muy valiosas y participan. Generalmente son varones,

pero hay comunidades donde tienen grandes personalidades, grandes gitanas, que son muy respetadas y las llaman. Porque si vos sabés, sabes (fragmento de entrevista).

No obstante, las personas mayores, además de un rol predominante en el ordenamiento y funcionamiento de la comunidad, también revisten un valor importante para sus familias. En la familia extensa, ellas son respetadas y prevalece el sentido colectivo sobre el individual. Si por su fragilidad necesitan cuidados o asistencia económica, son provistos por la familia de manera solidaria. De hecho, un ejemplo de la vida cotidiana en el que las familias extensas colaboran es motivado por la falta de alfabetización: “cuando es necesario comprar o vender algo, las personas que saben leer son quienes las ayudan” (fragmento de entrevista). En ese sentido, el acompañamiento y la presencia familiar constante se traduce en el nulo registro de personas mayores gitanas que vivan solas o institucionalizadas (Pioletti, 2002).

Sobre este último punto debe señalarse que, si bien las diferentes fuentes observan múltiples casos de estudios y comunidades de diversas procedencias, las mismas comparten dos aspectos de gran relevancia que pudimos observar mediante el estudio de caso. Por un lado, el espacio atribuido a la persona mayor en tanto imagen de autoridad, respeto y sabiduría —debido a que son quienes transmiten y ejecutan gran parte de los valores y códigos comunales—; por otro, la importancia que tienen los y las mayores tanto en el marco familiar como en las familias extensas, cuyos miembros constituyen una red de apoyo clave para sus miembros mayores. Así, a diferencia de lo ocurrido en el común de nuestras sociedades, no parece registrarse un componente edadista en las relaciones con las personas mayores, por el contrario, como señalan Monchietti y Pioletti (2002), llegar a la vejez es visto aquí como un signo de distinción y de una experiencia positiva de vida.

Reflexiones finales

El objetivo de este artículo ha sido conocer los modos en que una minoría étnica construye su envejecimiento a la luz de múltiples discriminaciones que signan sus trayectorias. Para ello hemos recurrido tanto al análisis de fuentes secundarias como primarias, entrevistamos a miembros de la principal organización del país. Esto nos permitió, por un lado, aproximarnos a las distintas ramas y tradiciones que presenta la comunidad gitana en Argentina, también a las representaciones que ellos y ellas tienen sobre la vejez y el lugar que atribuyen a las personas mayores. Por otro, el testimonio de las personas revisado a la luz de la bibliografía nos permitió conocer las prácticas que diversas generaciones gitanas realizan y el valor que la comunidad le otorga. En este sentido, dado el escaso lugar brindado al colectivo gitano por la literatura argentina y la preminencia de la oralidad en el grupo, la recuperación de sus historias de vida fue una herramienta clave para conocer sus representaciones de modo directo.

A lo largo de este artículo, valiéndonos del análisis de las representaciones sociales, pudimos encontrar dos cosmovisiones yuxtapuestas, claves a la hora de indagar sobre los modos de envejecimientos y las vejezes de la población gitana: las representaciones y los imaginarios hacia afuera (aquella que tienen los “criollos” y que estigmatizan a las personas romaní, y viceversa) y hacia la propia comunidad (imágenes sobre la vejez y los roles de género). Por otra parte, la teoría estudiada señala que las representaciones operan como dispositivos para la acción. Así, con base en los modos que representan, también desarrollan sus interacciones. En ese aspecto, si bien ambos mundos de sentido se relacionan, observamos que las personas entrevistadas trazan similitudes y diferencias con las representaciones y los imaginarios sociales presentes en la sociedad toda. Por ejemplo, algunos patrones son reproducidos (como las pautas y los roles de género) y otros no (como la valoración positiva hacia las personas mayores).

Ahora bien, la indagación de las representaciones sociales nos permitió conocer y definir cuáles son para la propia comunidad los principales puntos de inflexión en sus cursos de vida. En relación

con esto, como han manifestado las personas entrevistadas, la discriminación es un elemento nodal y explicativo de sus trayectorias, ya que son víctimas de recurrentes ataques xenófobos directos o indirectos en diferentes momentos de sus biografías. Es importante señalar que, si bien podrá decirse que la discriminación entre gitanos y no gitanos es recíproca, lo cierto es que la relación que se establece es asimétrica. Esto dificulta la comunicación y las relaciones a nivel institucional y estructural, ya que hacia fuera de la comunidad gitana el entramado entre antigitanismo, xenofobia y edadismo es una problemática compleja que afecta a mujeres y hombres gitanos mayores. A su vez, las mujeres mayores pueden también sufrir discriminación por género.

Sobre esto pudimos observar que al interior de su comunidad es considerable la división de actividades con base en el género, lo que da forma a la identidad cultural del grupo, en el que los roles y las pautas de comportamiento son diferenciables y definidos para mujeres y varones. No obstante, debe destacarse que la disparidad de género no es propiedad exclusiva de la comunidad gitana, por el contrario, se encuentra históricamente arraigada en las tramas sociales en las que estos grupos se inscriben. En esa línea, en los últimos años se han producido avances en materia de igualdad de género, lo que representa un desafío tanto para el pueblo gitano como para la sociedad argentina toda. Sin embargo, las transformaciones políticas no se traducen de forma automática o uniforme en cambios culturales. Así, a la luz de la teoría de las representaciones sociales, este nuevo escenario puede ser percibido como riesgoso en cuanto refiere a la conservación de valores, tradicionales y costumbres identitarias, lo que genera incluso tensiones en el seno de la misma sociedad y permite, en simultáneo, que nuevas representaciones sociales surjan.

Con base en la indagación de las representaciones sociales, también hemos podido conocer la imagen que tienen las personas mayores al interior de la comunidad, en donde son respetadas, su opinión y experiencia es valorada por otras generaciones y conforman el Consejo de Ancianos, desde el cual median en situaciones de conflicto. Profundizando esta cuestión, la literatura recuperada manifiesta que

las representaciones sociales, además de operar en tanto dispositivo para la acción, son un mecanismo cognitivo que brinda estabilidad en contextos de cambio, por ejemplo, puede ser el marco actual de envejecimiento poblacional creciente. Así, observamos los modos en que la comunidad romaní representa a sus propias personas mayores y sus envejecimientos. De esto podemos destacar dos elementos interesantes a la hora de definirlos y definirse: se las nombra como su “Constitución” y su propia presentación personal es relatada mediante la enumeración de las personas mayores y antecesoras. Esto adquiere mayor relevancia si tomamos en consideración que en la comunidad la historia y la tradición oral se priorizan por sobre las reglas escritas y que gran parte de estas personas mayores no cuentan con documentación oficial que acredite su identidad. Por el contrario, la forma en que la adultez mayor es representada en este grupo nos lleva a sostener que las personas mayores son parte intrínseca de su identidad colectiva. Esto nos facilita comprender el hecho de que no encontremos referencias a cuidados formales profesionales o institucionales como estrategia de apoyo a las personas mayores frágiles. Al contrario, la principal proveedora de cuidados en la vejez es la familia extensa. En este sentido, lejos de arribar a conclusiones acabadas, se nos abren nuevos interrogantes: ¿qué tipos de cuidados reciben aquellas personas mayores que por una patología precisan de atención especializada? o ¿qué solución encuentran las familias gitanas para atender cuidados complejos si no cuentan con recursos suficientes para acceder a servicios profesionales?

Finalmente, quisiéramos destacar que si bien los estudios sobre minorías étnicas fueron criticados por segregacionistas, consideramos que recuperar su voz y conocer las peripecias surcadas durante sus cursos de vida, así como el sentido que le dan a dichos eventos, será menester para comenzar a erradicar el ostracismo al cual la sociedad y el Estado argentino destinaron a la población gitana. Así, haciendo una “lectura a contrapelo”, podemos decir que la casi inexistente presencia de la comunidad gitana en informes oficiales es un dato en sí mismo que pone en evidencia la negativa y el desinterés estatal hacia estas temáticas (Spivak, 1998).

En esa línea, a pesar de que desde el Observatorio señalaron que “no nos abren espacios de participación y eso fortalece la endogamia y el patriarcado. Y nos termina favoreciendo porque resignificamos el orgullo de ser gitanos y nos fortalece” (fragmento de entrevista), lo cierto es que, como hemos visto, la sistemática discriminación impacta en diversas etapas de sus cursos de vida, viendo vulnerada no sólo una serie de derechos garantizados para la mayoría de la población, sino negados para este grupo, como la educación, la salud o la jubilación, entre otros, también en su calidad y expectativa de vida.

Entendemos entonces que el conocimiento de las desigualdades que enfrenta dicha comunidad aportará valiosas herramientas para el planeamiento de políticas integradoras que apunten al respeto de sus derechos. Esto permitirá no sólo abandonar prácticas de aculturación sobre la población gitana, sino también comprometernos como sociedad en la promoción del multiculturalismo en un marco de Derechos Humanos que proteja la identidad y preservación de la comunidad romaní (Greenfields, 2018) y así poder cumplir con el epígrafe que abriera este artículo. Aunque, como vimos en las entrevistas, Argentina ha firmado diversos convenios para la promoción de los derechos de minorías étnicas, no fueron cumplidos, lo cual, para ellos, se trata de una “decisión racista”. Argentina también ha ratificado convenios en pos de mejorar la calidad de vida de las personas mayores. Sin embargo, parece una paradoja que en una sociedad democrática –más aún en un contexto de creciente envejecimiento poblacional– se continúe vulnerando los derechos de un grupo que posiblemente en las próximas décadas sea mayoritario, como es el de las personas mayores.

Bibliografía

Age Concern England (2009), “Exploring the Issues for Older Gypsies and Travellers: An Initial Learning Meeting for Age Concern and Help the Aged Staff”, Age Concern England and Help the Aged, Derby, [http://www.gypsy-traveller.org/pdfs/older_gyp-

- sies_and_travellers_report.pdf] (consultado el 21 de enero de 2022).
- Aguirre Cuns, Rosario y Sol Scavino Solari (2018), *Vejece de las mujeres: desafíos para la igualdad de género y la justicia social en Uruguay*, Doble Clic Editoras, Montevideo.
- Árnadóttir, Emelía (2018), *Los gitanos en España: su situación social antes, hoy y en el futuro*, tesis de grado, Hugvísindasvið-Háskóli Íslands, Reikiavik, [<https://skemman.is/handle/1946/29447>] (consultado el 18 de enero de 2022).
- Castoriadis, Cornelius (1997), *El avance de la insignificancia*, Eudeba, Buenos Aires.
- Cataldi, Mariana (2021), “Derechos Humanos de las personas mayores en Argentina. Reflexiones a partir de la pandemia”, *Ab. Revista de Abogacía*, año 5, núm. 8, pp. 7-10.
- Centre for Policy on Ageing (CPA) (2016), “Diversity in Older Age. Gypsies and Travellers”, CPA, Londres, [<http://www.cpa.org.uk/information/reviews/CPA-Rapid-Review-Diversity-in-Older-Age-Ethnic-Minorities-Gypsies-and-Travellers.pdf>] (consultado el 18 de enero de 2022).
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) (2012), *Panorama social de América Latina 2011*, [https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/1241/S1100927_es.pdf?sequence=1&isAllowed=y] (consultado el 22 de enero de 2022).
- Defensoría del Público (2021), “Recomendaciones para el tratamiento con enfoque de derechos humanos de la población gitana (Rrom, Ludar, Caló) y su cultura”, Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, Argentina, [<https://defensadelpublico.gob.ar/wp-content/uploads/2021/11/Recomendaciones-tratamiento-poblacio%CC%81n-gitana-en-medios-AV-1.pdf>] (consultado el 31 de enero de 2022).
- Department for Communities and Local Government (2008), *Lifetime Homes, Lifetime Neighbourhoods. A National Strategy for Housing in an Ageing Society*, Communities and Local Government Publications, Wetherby, [<http://www.cpa.org.uk/cpa/lifetimehomes.pdf>] (consultado el 23 de enero de 2022).

- Durán, Martha (2012), “El estudio de caso en la investigación cualitativa”, *Revista Nacional de Administración*, vol. 3, núm. 1, pp. 121-134.
- Fedeli, Liliana (2021), *Gitanos. Una mirada que muchos no ven*, vs Editores, Buenos Aires.
- Flyvbjerg, Bent (2011), “Case Study”, en Norman Denzin y Yvonna Lincoln (eds.), *The Sage Handbook of Qualitative Research*, Sage, Thousand Oaks, pp. 301-316.
- Flyvbjerg, Bent (2004), “Cinco malentendidos acerca de la investigación mediante los estudios de caso”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 106, pp. 33-62.
- Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA) (2017), “Una mirada sobre el envejecimiento”, Informe Técnico, UNFPA, Panamá, [<https://lac.unfpa.org/sites/default/files/pub-pdf/Una%20mirada%20sobre%20el%20envejecimiento%20FINAL21junB.pdf>] (consultado el 3 de febrero de 2022).
- Fumiére, Marcela (2005), “Gitanos argentinos y argentinos gitanos. Reconfiguraciones semánticas desde la mirada sociológica”, *IV Jornadas de Sociología de la UNLP*, [http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/106198/Documento_completo.6643.pdf-PDFA.pdf?sequence=1&isAllowed=y] (consultado el 7 de enero de 2022).
- Fundación Secretariado General Gitano (FSGG) (2003), *Discriminación y comunidad gitana. Claves y estrategias para la promoción de la igualdad de trato*, Comisión Europea, Madrid, [<https://www.gitanos.org/upload/22/97/discriminacion.pdf>] (consultado el 11 de enero de 2022).
- García, Ángel (2006), “La familia en la comunidad gitana”, en Miguel Laparra Navarro (coord.), *Situación social y tendencias de cambio en la comunidad gitana*, Universidad de Navarra, Pamplona, pp. 25-43.
- Gastrón, Liliana (coord.) (2013), *Dimensiones de la representación social de la vejez*, Editorial de la Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.
- Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (GCBA) (2022), “Colectividad Gitana: Radiografía de la comunidad”, 2 de febrero, BA Colecti-

- vidades, GCBA, [<https://baxcolectividades.buenosaires.gob.ar/curiosidades/ver/71#nota>] (consultado el 2 de febrero de 2022).
- Greenfields, Margaret (2018), “Cultural Transmission in a Welcoming State”, en Dan Allen, Margaret Greenfields y David Smith (eds.), *Transnational Resilience and Change: Gypsy, Roma and Traveller Strategies of Survival and Adaptation*, Cambridge Scholars Publishing, Newcastle, pp. 236-255.
- Heredia Amador, Ángel (2018), *La vejez gitana: estudio psicoantropológico de las diferencias culturales en los procesos de envejecimiento y sus consecuencias psicosociales*, tesis de doctorado, Universidad de Granada, Granada, [<https://digibug.ugr.es/handle/10481/52378>] (consultado el 8 de enero de 2022).
- Hutchison, Elizabeth (2008), *Dimensions of Human Behavior: The Changing Life Course*, Sage Publications, Los Ángeles.
- Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (Inadi) (2017), *Discriminación por edad, vejez, estereotipos y prejuicios*, Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, Presidencia de la Nación, Buenos Aires.
- Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (Inadi) (2005), *Hacia un Plan Nacional contra la Discriminación: la discriminación en Argentina. Diagnóstico y propuestas*, Inadi, Buenos Aires, [<https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/pncd-inadi.pdf>] (consultado el 19 de enero de 2022).
- Instituto Nacional de Estadística y Censos (Indec) (2012), *Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010. Resultados definitivos*, Indec, Buenos Aires, [https://www.indec.gob.ar/ftp/cuadros/poblacion/censo2010_tomo1.pdf] (consultado el 3 de febrero de 2022).
- Instituto Nacional de Estadística y Censos (Indec) (2001), *Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001*, Indec, Buenos Aires, [<https://www.indec.gob.ar/indec/web/Nivel4-Censo-Nacional2001-1-1-Censo-2001>] (consultado el 29 de enero de 2022).
- Jodelet, Denise (1989), *Folies et représentations sociales*, Presses Universitaires de France, París.

- Kapelle, Nicole y Sergi Vidal (2020), “Diversity in Family Life Course Patterns and Intra-Cohort Wealth Disparities in Late Working Age”, *SOEppapers on Multidisciplinary Panel Data Research*, núm. 1092, Deutsches Institut für Wirtschaftsforschung, Berlín.
- Keen, Ellie (2018), *Espejos. Manual para combatir el antigitanismo a través de la educación en derechos humanos*, Consejo de Europa, Estrasburgo.
- Lane, Pauline y Rachel Tribe (2010), “Towards an Understanding of the Cultural Health Needs of Older Gypsies”, *Working with Older People*, vol. 14, núm. 2, pp. 23-30.
- Lane, Pauline, Siobhan Spencer y Adrian Jones (comps.) (2014), *Gypsy, Traveller and Roma: Experts by Experience*, Anglia Ruskin University, Cambridge.
- Lane, Pauline, Siobhan Spencer y Muzelley McCready (2012), “Perspectives on Ageing in Gypsy Families”, Joseph Rowntree Foundation, [<https://www.jrf.org.uk/sites/default/files/jrf/migrated/files/ageing-in-gypsy-families-summary.pdf>] (consultado el 16 de enero de 2022).
- Le Boudec, Georges (1984), “Contribution a la méthodologie d’étude des Représentations Sociales”, *Cahiers de Psychologie Cognitive*, vol. 4, núm. 3, pp. 275-243.
- Ley 26.529 (2009), “Salud Pública. Derechos del Paciente en su Relación con los Profesionales e Instituciones de la Salud”, 21 de octubre, Argentina, [<http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/160000-164999/160432/norma.htm>] (consultado el 16 de enero de 2022).
- Ley 24.071 (1992), “Convenios. Apruébese el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo sobre Pueblos Indígenas y Tribales en Países Independientes”, 4 de marzo, Argentina, [<http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/0-4999/470/norma.htm>] (consultado el 16 de enero de 2022).
- Ley 23.592 (1988), “Actos Discriminatorios. Adóptanse medidas para quienes arbitrariamente impidan el pleno ejercicio de los derechos y garantías fundamentales reconocidos en la Constitución Nacional”, 3 de agosto, Argentina, [<http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/160000-164999/160432/norma.htm>] (consultado el 16 de enero de 2022).

- gob.ar/infolegInternet/anexos/20000-24999/20465/texact.htm] (consultado el 15 de enero de 2022).
- Martínez Carazo, Piedad (2006), “El método de estudio de caso: estrategia metodológica de la investigación científica”, *Pensamiento & Gestión*, núm. 20, pp. 165-193.
- Monchietti, Alicia y Paula Pioletti (2002), “Estudio de la representación social de la vejez en la comunidad gitana marplatense”, *Revista Tiempo*, núm. 10, [<https://www.psicomundo.com/tiempo/tiempo10/gitana.htm>] (consultado el 19 de enero de 2022).
- Montes Berges, Beatriz (2008), “Discriminación, prejuicio, estereotipos: conceptos fundamentales, historia de su estudio y el sexismo como una nueva forma de prejuicio”, *Iniciación a la Investigación*, núm. 3, pp. 1-16.
- Moody, Harry y Jennifer Sasser (2018), *Aging, Concepts and Controversies*, Sage Publications, Los Ángeles.
- Moscovici, Serge (1979), *El psicoanálisis, su imagen y su público*, Huemul, Buenos Aires.
- Observatorio Gitano (2022), *Observatorio Gitano, Educación, Derechos e Igualdad*, [<https://observatoriogitano.wixsite.com/observatoriogitano>] (consultado el 5 de febrero de 2022).
- Oddone, Julieta (2014), “El desafío de la diversidad en el envejecimiento en América Latina”, *Voces en el Fénix*, núm. 36, pp. 82-90.
- Organización de los Estados Americanos (OEA) (2015), *Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores*, [http://www.oas.org/es/sla/ddi/docs/tratados_multilaterales_interamericanos_a-70_derechos_humanos_personas_mayores.pdf] (consultado el 6 de enero de 2022).
- Organización Internacional del Trabajo (OIT) (2014), “Convenio N° 169 de la OIT sobre Pueblos Indígenas y Tribales en países independientes. Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas”, Oficina Regional para América Latina y el Caribe, Lima, [https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---americas/---ro-lima/documents/publication/wcms_345065.pdf] (consultado el 20 de enero de 2022).

- Parliament of the United Kingdom (1976), “Race Relations Act 1976”, [<https://www.legislation.gov.uk/ukpga/1976/74/enacted>] (consultado el 23 de enero de 2022).
- Parra Toro, Iván, Arturo Álvarez Roldán y Juan Gamella (2017), “Un conflicto silenciado: Procesos de segregación, retraso curricular y abandono escolar de los adolescentes gitanos”, *Revista de Paz y Conflictos*, vol. 10, núm. 1, pp. 35-60.
- Pioletti, Paula (2002), “¿Qué piensan los gitanos acerca de la vejez? Un estudio comparativo en la República Argentina”, *Psiquiatria.com*, [<http://psiqui.com/2-2642>] (consultado el 12 de febrero de 2002).
- Pita, Federico (2020), “¿De qué hablamos cuando hablamos de racismo?”, *Inclusive. La Revista del Inadi*, año 1, núm. 1, pp. 15-19.
- Porporatto, Tatiana (2019), *La construcción social de la identidad transterritorial de las comunidades gitanas residentes en Paraná, Santa Fe y Rafaela durante los años 2017 y 2018*, tesis de licenciatura en Trabajo Social, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, [<https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar/bitstream/handle/11185/5694/Tesis.pdf>] (consultado el 7 de enero de 2022).
- Rada Schultze, Fernando (2018), *La diversidad en el curso de la vida. Cambios y continuidades en el envejecimiento de gays, lesbianas y trans*, Teseo, Buenos Aires.
- Salamanca, Gastón (2002), “Fonemas segmentales del ‘ludar’. Lengua hablada por un grupo gitano de Argentina”, *Filología y Lingüística*, vol. 28, núm. 1, pp. 109-135.
- Santos, Silvia (2008), “Algunos indicadores de género vinculados a la seguridad social”, *Comentarios de Seguridad Social*, núm. 18, pp. 77-100, [<https://www.bps.gub.uy/bps/file/1643/1/algunos-indicadores-de-genero-vinculados-a-la-seguridad-social.-s.-santos.pdf>] (consultado el 20 de enero de 2022).
- Shenker, Pablo (2008), “Gitanos”, en Marisa Braylan (comp.), *Informe sobre antisemitismo en la Argentina 2007*, Centro de Estudios Sociales-Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas, Buenos Aires, pp. 248-256.
- Spivak, Gayatri (1998), “¿Puede hablar el sujeto subalterno?”, *Orbis Tertius*, año 3, núm. 6, pp. 175-235.

- Torrejón Carvacho, María (2007), “Imaginario social de la vejez: una aproximación desde la prensa escrita”, *Actas del VI Congreso Chileno de Antropología*, tomo 1, Colegio de Antropólogos de Chile, Valdivia, pp. 297-303.
- Vujosevich, Jorge (2013), “Actitud de la población hacia las personas de edad”, en L. Gastrón (coord.), *Dimensiones de la representación social de la vejez*, EUEDEM, Mar del Plata, pp. 163-172.
- Williams, Patrick (2017), “Una etnología de los gitanos ¿Es posible?”, *Revista de El Colegio de San Luis*, vol. VII, núm. 13, enero-junio, pp. 12-29.

Fecha de recepción: 25/02/22
Fecha de aceptación: 18/05/22

DOI: 10.24275/tramas/uamx/202257253-288

Imágenes de la vejez: la urgencia de una representación plural y propositiva

*Dulce María García Lizárraga**

Resumen

En el artículo discuto las representaciones de la vejez al analizar imágenes visuales y lingüísticas con la finalidad de identificar ideas predominantes presentes en el imaginario social sobre la vejez. Parto del supuesto de que las imágenes son dispositivos portadores de significado, que aunados a factores ambientales en ambientes urbanos pueden provocar desinformación, reforzar estereotipos y, en el peor de los casos, generar instancias de discriminación por edad hacia este grupo poblacional. Analizo imágenes lingüísticas y visuales, estas últimas desde la perspectiva del diseño de la comunicación visual, incorporando referentes clásicos de la pintura, la literatura y la cultura popular sobre representaciones del cuerpo y los objetos asociados al envejecimiento. El estudio concluye con una discusión sobre la necesidad de cambiar las representaciones sobre vejez y envejecimiento por unas más diversas y propositivas, lo cual será posible en la medida en que se genere un mayor trabajo interdisciplinario informado y crítico.

Palabras clave: vejez, representaciones, imágenes, estereotipos, discriminación por edad.

* Doctora en Arquitectura por la UNAM. Profesora-investigadora del Departamento de Métodos y Sistemas, en la División de Ciencias y Artes para el Diseño de la UAM-Xochimilco. Correo electrónico: [digarcia@correo.xoc.uam.mx].

Abstract

In this paper I discuss the representations of older adults, by analyzing visual and linguistic images to identify predominant ideas present in the social imaginary about old age. I hold the assumption that images are devices that carry meaning, that, altogether with environmental factors in urban settings, cause misinformation, reinforce stereotypes and, in the worst case, generate instances of age discrimination towards this population group. I analyze linguistic and visual images, the latter from the perspective of visual communication design, incorporating classic references in painting, literature, and popular culture about representations of the body and the objects associated with aging. The study concludes with a discussion about the urgency to change the representations about old age and aging, for more diverse and positive ones, which will be possible to the extent that more informed and critical interdisciplinary work is generated.

Keywords: old age, representations, images, stereotypes, age discrimination.

Me gusta la palabra viejo, pero odio la palabra senecto, y más aún la de sexagenario, éstas son piezas irreversibles, pedantes y ominosas. Con la palabra viejo se puede jugar; mi vieja, mi viejo, viejos los cerros... Y es afectuosa, suave, indecisa, pero con las otras es como si le pusieran a uno un corsé definitivo, como si lo entablaran a uno.

Jaime Sabines, *Me gusta la palabra viejo* (*La Jornada*, 1999).

Me inicié en el tema de la vejez hace más de veinte años, incluso antes de pertenecer a este grupo etario. Lo he abordado en relación con la arquitectura y la ciudad, que se encuentran estrechamente ligadas entre sí y cuyo diseño está centrado en las necesidades –de habitabilidad, movilidad, recreación, entre otras– de la población prototípica, es decir, en adultos con pleno uso de sus capacidades económicas, físicas, cognitivas; dejando en segundo plano, como usuarios, a los niños, a las personas con discapacidad y a “los viejos”, salvo cuando

se les considera tema de estudio en las licenciaturas de diseño o en investigaciones de posgrado.¹

En el artículo discuto las representaciones de la vejez al analizar imágenes utilizadas recientemente en México en campañas de programas sociales seleccionados y otros medios informativos de consumo masivo. Para tal fin, primero identifico ideas dominantes que permean en el imaginario social. Parto del supuesto de que analizar estas imágenes (visuales o lingüísticas) es importante, pues, como dispositivos portadores de significado, sus connotaciones negativas –aunado a otros factores– pueden provocar desinformación, promover o reforzar estereotipos y, en el peor de los casos, generar instancias de discriminación por edad.

Realizo este acercamiento al tema de la vejez desde las disciplinas del diseño, en particular, desde la perspectiva del diseño de la comunicación visual, incluyendo destacados referentes de la pintura, la literatura y la cultura popular sobre representaciones del cuerpo y los objetos asociados al envejecimiento. Como resultado de mi formación y quehacer académico como arquitecta, hago referencia a temas como espacios habitables y ciudad. Además, con el objetivo de proponer un enfoque interdisciplinario, también integro conceptualizaciones clave sobre envejecimiento desde las ciencias sociales y las ciencias de la salud, las cuales se presentan en la siguiente sección.

Precisiones teóricas y metodológicas

El envejecimiento es objeto de estudio para muchos especialistas, atención especial ha merecido el acelerado proceso de envejecimiento de la población, pues “derivadas de estas dinámicas poblacionales, las principales acciones por parte de los Gobiernos nacionales se han ocupado de las implicaciones en los sistemas de pensiones y atención

¹ Una excepción es la investigación *Diseño, personas adultas mayores y espacios laborales. Modelos de evaluación de espacios laborales donde participan personas adultas mayores. Empacadores voluntarios* (Ortega, 2015), en la cual se analiza y evalúa tres supermercados donde laboran. Parte de esa investigación se publicó en Maass y Reyes (2018).

de la salud, aunque las áreas involucradas deberían ser muchas más” (Gutiérrez, 2019:198).

Conceptos y términos

Los conceptos sobre vejez y envejecimiento han cambiado en el tiempo, incluso en un mismo momento histórico y de una cultura a otra, ya sea por la condición de género, o si se trata de ámbitos urbanos o rurales. Al respecto, el Instituto Nacional de Geriátría (Inger) (2017) señala que: “La vejez es la etapa de la vida cuyo inicio es determinado por cada sociedad. Actualmente, en los países en desarrollo como México se acepta como inicio de la vejez los 60 años, mientras que en los países desarrollados esa edad es a los 65 años” (2017: s.p.).

La bibliografía sobre el tema es extensa, por lo que incluir una sola definición de vejez plantea serios retos. Dependiendo del campo disciplinar, las definiciones se centran en aspectos biológicos, psicológicos o a partir de determinados sucesos, como la jubilación, o bien como una construcción social, es decir, una combinación de varios factores, como lo plantean Kehl y Fernández (2001), con la cual coincido: “La construcción social del envejecimiento y de la vejez no se produce en un vacío social sino dentro de un contexto histórico, económico, político y social” (2001:138). Ahora bien, el envejecimiento humano se entiende como:

un proceso gradual y adaptativo, caracterizado por una disminución relativa de la respuesta homeostática [equilibrio que le permite al organismo mantener un funcionamiento adecuado], debida a las modificaciones morfológicas, fisiológicas, bioquímicas y psicológicas, propiciadas por los cambios inherentes a la edad y al desgaste acumulado ante los retos que enfrenta el organismo a lo largo de la historia del individuo en un ambiente determinado (Inger, 2017).

Si bien hay un consenso en torno al envejecimiento para entenderlo como proceso degenerativo biológico, el cual es resultado de la acumulación de una gran variedad de daños moleculares y celulares

a lo largo del tiempo, es también una construcción social situada, tanto individual como colectivamente. El imaginario social, según Castoriadis (1975), es “una red de significados, colectivamente compartidos, que cada sociedad utiliza para pensar sobre sí misma” (Castoriadis, 1975, en Arruda, 2020:38). Es este componente simbólico lo que ha promovido interpretaciones erróneas y un temor a envejecer: “Como resultado de estas interpretaciones surgen los mitos y estereotipos negativos frente a lo que significa este proceso normal que hace parte del ciclo vital” (Levi, 2003, citado por Alvarado y Salazar, 2014:57). De ahí que, en contraste, surjan conceptualizaciones propositivas, como la de envejecimiento activo, por parte de la Organización Mundial de la Salud (OMS), entendido como el proceso “de optimizar las oportunidades de salud, participación y seguridad a fin de mejorar la calidad de vida de las personas a medida que envejecen” (OMS, 2014). Asimismo, este organismo internacional es el encargado de la puesta en práctica de la Década del Envejecimiento Saludable 2021-2030, periodo declarado por la Asamblea General de las Naciones Unidas que busca, entre otros objetivos, “reducir las desigualdades en materia de salud y mejorar la vida de las personas mayores, sus familias y sus comunidades”; uno de sus ejes de acción colectiva es “cambiar nuestra forma de pensar, sentir y actuar en relación con la edad y el edadismo” (OMS, 2021).

Respecto a los términos sucede algo similar que con los conceptos, es decir, van cambiando y son distintos de una cultura a otra. Como parte del imaginario social, en nuestro país son de uso común los siguientes: personas de la tercera edad, adultos en plenitud, edad dorada, abuelos, jubilados, senectos, entre otros. Con su lenguaje formal, el marco legal también forma parte de las representaciones de la vejez. En nuestra Carta Magna, las referencias directas a la vejez son principalmente con relación al trabajo y la previsión social (CPEUM, 2021c: art. 123); otras referencias tienen que ver con la discriminación por edad (CPEUM, 2021a: art. 1º), o bien con la edad para recibir una pensión por parte del Estado (CPEUM, 2021b: art. 4). Instrumentos como la Ley de los Derechos de las Personas Adultas Mayores y la Ley de los Derechos Humanos de las Personas Mayores, utilizan el término de

“adultos mayores”, que es adoptado por el programa Pensión para el Bienestar de los Adultos Mayores y en la comunicación del Instituto Nacional para los Adultos Mayores (Inapam).

Respecto al término “viejo/a”² para dirigirse a una persona, en España se identifica que, al igual que “ancianos/as”, son términos peyorativos y cargados de prejuicios que no responden a la realidad de la mayoría de las personas mayores. De acuerdo con el *blog* “Ciudades” del Instituto de Mayores y Servicios Sociales (Imsero) de España, es recomendable utilizar: “mayores o personas mayores”, ya que son términos objetivos, en los que no hay carga ni valoraciones de ningún tipo; “personas de edad avanzada” es también un término adecuado y neutral. En México, el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred), en su guía básica *Recomendaciones para el uso incluyente y no sexista del lenguaje* designa como expresiones excluyentes: “abuelos”, “viejos”, “ancianos” y “personas adultas mayores”, y propone como alternativa incluyente “personas de la tercera edad” (Conapred, 2015:37). El Inapam señala como incorrecto el uso de “tercera edad” para referirse al sector poblacional de mayor edad, lo reemplaza por “personas mayores” (Inapam, 2019). Dicho instituto cambió en 2020 el nombre de la celebración Día de los Abuelos por Día Nacional de las Personas Mayores, que desde hace 22 años tiene lugar cada 28 de agosto, con la finalidad de utilizar un lenguaje incluyente que considerara también a las mujeres, en general, a las personas mayores independientemente de su condición de abuelos o abuelas. Esto ilustra el uso de términos según el país o la cultura que pueden formar parte o no del imaginario social, en cuanto a representaciones de la vejez se refiere.

Metodología

Propongo discutir aquí las representaciones de la vejez, estudiando una selección de imágenes: gráficas y lingüísticas. Primero, identifiqué

² Al que hace referencia Jaime Sabines en *Me gusta la palabra viejo*, cuyo extracto se presenta al inicio del presente artículo.

ideas dominantes en el imaginario social mediante un breve recorrido a partir de referencias del arte y la literatura clásica, y posteriormente incluyo las imágenes lingüísticas presentes en la cultura popular actual bajo la forma de refranes. Finalizo con un análisis –desde la perspectiva del diseño de la comunicación visual– de imágenes gráficas y símbolos utilizados recientemente en campañas de programas sociales seleccionados y otros medios informativos de consumo masivo. El propósito es identificar connotaciones negativas en las representaciones de la vejez, ya que son importantes dispositivos portadores de significado. Segundo, presento factores ambientales que inciden en la construcción de las representaciones de la vejez en el imaginario social. Por último, argumento que las connotaciones negativas de las representaciones de la vejez, aunadas a otros factores, pueden provocar desinformación, promover o reforzar estereotipos y generar instancias de discriminación por edad.

Representaciones de la vejez

Imágenes en el arte y la literatura

En sus diferentes manifestaciones, el arte es un reflejo de la sociedad, por lo que las representaciones de la vejez en la pintura y la literatura se han transformado a lo largo del tiempo. Sin embargo, hasta nuestros días sigue presente un ideal de belleza legado de la antigua Grecia, en el que impera la juventud y la perfección. En cuanto a las representaciones del cuerpo humano, un ejemplo es el Estudio de las proporciones ideales del cuerpo humano, de Leonardo da Vinci –basado en un dibujo de Vitruvio, arquitecto de la antigua Roma–, en el que se dibuja a un hombre joven con todas sus capacidades como representativo de la humanidad.³

³ En los libros de antropometría y ergonomía más utilizados en los programas de enseñanza de las Ciencias y Artes para el Diseño, se sigue considerando, como estándar de la población, a personas con características similares al referente de Da Vinci. Véanse Neufert (1973) y Panero y Zelnik (1993).

De forma similar, obras clásicas de la literatura ofrecen numerosos ejemplos en los que se contrasta juventud y vejez, haciendo énfasis en los percibidos “defectos” de esta última:

En general, el trato hacia los viejos, en algunas novelas, ha sido bastante despectivo. En Dostoievski, Molière, Shakespeare y otros autores, se les describen como egoístas, tacaños, testarudos y a menudo perversos. Una de las pocas excepciones fue Tomás Moro, que en su libro “Utopía” (1516) los menciona y los coloca en un lugar, si bien no privilegiado, al menos de respeto por parte del resto de los “Utópicos” (Donoso, 2006:179).⁴

En este orden de ideas, Frank (1998), en su libro *Vejez, arquitectura y sociedad*, mencionó que “al viejo” se le relega a la posición de lo feo, lo insoportable, y que, por el contrario, la belleza, “al menos a partir del siglo XIX, se piensa como correlato de la fuerza y el espíritu de la juventud” (Frank, 1998:12); para reforzar esta idea lo ejemplifica con la novela *El retrato de Dorian Gray*, de Oscar Wilde (2019), cuyo planteamiento central es el poder que conlleva la juventud y la belleza, por lo que el protagonista ha de retenerlas a toda costa.

En cuanto a las representaciones del cuerpo de las personas adultas mayores, coincido con De Martí (2020), quien afirma que éstas dan cuenta de los prejuicios y la idealización de las distintas épocas respecto de la vejez. Lo ilustra, por ejemplo, la pintura *Las tres edades de la mujer* (1905), de Gustav Klimt: con la figura de la mujer como tema central, muestra la inocencia y pureza de la infancia, la belleza de la juventud y la decadencia del cuerpo, registrando el inevitable paso del tiempo. Si ésta no fue la intención de Klimt, la descripción que Brocchi (2020) hace de la obra se encarga de enfatizar la asociación de la vejez (en este caso de una mujer) con la decadencia.

⁴ Si bien Donoso refiere a Moro (1516) como una excepción en el tratamiento que da a “los viejos”, también cabe recuperar como precedente a Platón, quien inicia su obra *República* (1988) con una conversación entre Sócrates y Céfalo, caracterizándolo como alguien sabio que ha sido capaz de transformar los apetitos de la juventud en deseo de conversación, entre otras virtudes percibidas como parte de la vejez.

Imágenes lingüísticas en la cultura popular: los refranes

Referentes clásicos del arte y la literatura como los presentados antes han llegado a influir en el imaginario social y, por lo tanto, se reflejan en la cultura popular, específicamente en representaciones de la vejez mediante imágenes lingüísticas, como es el caso de los refranes. El refrán se caracteriza por ser “un tipo de enunciado popular, breve, sentencioso, basado en la experiencia, antiguo, con elementos mnemotécnicos, repetitivo, de estructura cerrada, general, metafórico, verdadero, práctico, jocoso, engastado, agudo, universal, bímembre y autóctono” (Hernando, 2010:166).

El refrán es una atinada instancia para el análisis de representaciones de la vejez, debido a su transmisión oral a lo largo del tiempo y, al igual que las imágenes icónicas, por su capacidad de síntesis, de portar significados e inducir comportamientos por medio de la persuasión o de la advertencia. Existe una tendencia a asociar la vejez con la enfermedad⁵ y la dependencia; un refrán que de manera explícita lo refleja es: “No hay sábado sin sol, ni viejo sin dolor”. Otras variantes son: “En la mocedad todo es flores, en la vejez, dolores”, “Ni virtud en la juventud, ni en la vejez salud”; en conjunto, aluden a la idea de que por el simple hecho de envejecer se padece alguna enfermedad o malestar.

En cuanto a los refranes, Fernández (2022) afirma que: “Hay una burla casi siempre, a veces dura y mordaz, otras frívola y jocosa, hacia las gentes de la tercera edad, centrada en sus características físicas [...] los cambios de carácter, y/o problemas con sus capacidades mentales”. Por ejemplo, “A la vejez, se acorta el dormir y se alarga el gruñir”, “¿Qué es la vejez? Estornudar, toser, gruñir y preguntar qué hora es”, “Los viejos son como los cuernos: duros, huecos y retorcidos”, “No hay vieja sin queja”; o cuando se dice: “A la vejez, viruela”, para señalar en una persona mayor la capacidad de intentar algo nuevo que no corresponde a las expectativas de su edad, lo que incluye

⁵ De ahí que resulte controversial la declaración de la oms sobre la vejez como una enfermedad, como se discute más adelante.

la capacidad de entablar relaciones romántico-afectivas satisfactorias entre personas adultas mayores, algo totalmente opuesto a lo que presenta la especialista y conductora Patricia Kelly en su programa “Aprender a envejecer”.⁶

Imágenes gráficas y símbolos en campañas de programas sociales seleccionados y otros medios informativos

Las imágenes no son inocentes, transmiten valores y reflejan la realidad. Podemos mirar desde una nueva perspectiva cómo se refleja a los ancianos.

Josep de Martí (2020)

Sobre la imagen mucho se ha escrito y, por tanto, se han suscitado debates innumerables, desde las primeras imágenes prehistóricas plasmadas con fines distintos a los actuales, pero con la idea de comunicar, hasta las ideas platónicas que se han retomado en nuestros días, ha sido patente la aplicación de la semiótica y la retórica para explicar los procesos de comunicación.

Esta sección no pretende ser un exhaustivo recuento de ello, pero sí hacer referencia a algunos de los enfoques más destacados, los cuales se utilizan en programas de enseñanza de diseño de la comunicación gráfica. En numerosos estudios aún persisten las perspectivas que argumentan que las imágenes sólo sirven para vender o procurar placer visual. María Acaso (2020) nos dice que, “las imágenes son al lenguaje visual lo que las palabras al lenguaje escrito: sus unidades de representación” (2020:19). Esto permite constatar que, en efecto, el estudio de las imágenes es posible desde distintas disciplinas que pueden complementarse entre sí.

Giovanni Sartori (2007), en su libro *Homo videns*, planteó que actualmente la sociedad es de imágenes, aconteció la transformación

⁶ Programa de televisión transmitido por Canal Once: “Programa en vivo y con público presente, conducido por Patricia Kelly, quien con la participación de especialistas explora las formas que hay para lograr una larga y placentera vida, ayudando a fomentar la cultura del envejecimiento activo y saludable” (Kelly, 2019).

del *homo sapiens* en *homo videns*; también propone que nuestra sociedad ya no piensa por el exceso de imágenes, lo cual puede ser cierto, pero se tendría que ampliar más la discusión sobre ello, pues no es la única causa.

Dentro del estudio de la imagen hay dos ideas puntales a destacar en relación con el objetivo del presente artículo. Primero, la función de la comunicación social y los elementos para su diseño. Frascara (2008) explica que el diseño de la comunicación visual no soluciona por sí mismo los problemas sociales, pero puede contribuir a su reducción y generar un impacto positivo en la sociedad. Puede, eso sí, modificar las actitudes y los comportamiento de las personas, por lo que se tiene que considerar el sistema de valores culturales del público al que se dirigen. En el caso de una campaña comunicacional, propone un cambio de actitud (como en este caso pudiera ser la percepción de la vejez) frente a una situación dada: debe existir un beneficio que sea percibido por el público. Segundo, relacionado con lo anterior está la cuestión de la neutralidad de la imagen y de la interpretación del público (que otros autores refieren como la audiencia o el espectador). Al igual que De Martí (2020), otros autores como Régis Debray (1994) han coincidido en señalar la inexistencia de la imagen neutra, ya que ésta varía de acuerdo con distintos momentos históricos y cambios en las creencias colectivas. En este sentido, Tapia (2011) cuestionó la idea de que las palabras nos conectan con la verdad y las imágenes con las apariencias; asimismo, agregó que los diseñadores “utilizan creencias existentes para introducir nuevas creencias en la gente, lo que contribuye a mantener, cuestionar o transformar los valores sociales a través del argumento” (Tyler, 1998, citada en Tapia, 2011:38). Por su parte, Berger (2016) analizó cómo nuestros modos de ver afectan la forma de interpretar: “lo que sabemos o lo que creemos afecta a como vemos las cosas” (2016:8), ya que toda imagen incorpora un modo de ver, incluso una fotografía refleja la perspectiva del fotógrafo autor de la misma, a lo que habrá de agregarse nuestra percepción de la imagen desde nuestro propio modo de ver.

Casos seleccionados: símbolos en medios de consumo masivo e imágenes en campañas de programas sociales

Sobre el tema de la imagen existen recursos técnicos o principios utilizados por los diseñadores que se conocen como gramática visual, entre ellos se considera: tipografía, campo visual, posición, color, los cuales utilizo a continuación para fines del análisis, con énfasis en la abstracción, también conocida como simplificación o síntesis formal en el diseño.

La vejez en símbolos y pictogramas

Un alto nivel de abstracción lo encontramos en los pictogramas y los símbolos, “su significado puede ser interpretado por el espectador a muchos niveles” (Poulin, 2012:177). Los pictogramas son imágenes de síntesis muy representativa, utilizados para suplir textos con abstracciones legibles para cualquier persona, independientemente de la edad o el idioma, y que hacen referencia a distintas informaciones o sitios preferentes, sin utilizar lenguaje. En el caso de la vejez, la representación más conocida es la imagen estilizada de una persona encorvada con un bastón, que se puede interpretar como debilidad y cansancio (véase imagen 1).

Para representar a los adultos mayores hay una nueva propuesta por parte de Imsero,⁷ se trata del torso de una persona para representar ambos géneros, en la parte superior derecha aparece +65, con lo que se buscó transmitir una visión realista y positiva de las personas mayores que, como ciudadanía de pleno derecho, participa y aporta activamente a la sociedad (véase imagen 2).

⁷ A partir de 2018 se presentó el nuevo símbolo gráfico de personas mayores. Este pictograma puede ser descargado y utilizado de forma libre de la página web del Centro de Referencia Estatal de Autonomía Personal y Ayudas Técnicas (Ceapat) (2022), su mayor utilidad es para la señalización de espacios o usos preferentes para las personas mayores.

Imagen 1*Imagen 2**Representaciones: objetos asociados a la vejez*

Un elemento común observado en las imágenes que representan a las personas adultas mayores es el bastón, pero existen otros objetos asociados a la vejez que también aparecen en otras representaciones visuales, como publicidad, conmemoraciones, campañas, etcétera. Se han realizado estudios con distintos públicos para indagar sobre las palabras asociadas a la vejez, como el de Paola Gutiérrez (2019), quien entre sus hallazgos señaló que “se observan definiciones ligadas a las condiciones físicas y biológicas de las personas mayores, tales como debilidad y cansancio, aunadas a la percepción de una imagen infantil y de vulnerabilidad” (2019:230).

En este tenor, se trabajó con estudiantes del Tronco Divisional y la licenciatura de Diseño Industrial, de la División de Ciencias y Artes para el Diseño (UAM-Xochimilco). El ejercicio, realizado durante el trimestre 19-0 (diciembre de 2019 a marzo de 2020) y trimestre 20-I (abril a junio de 2020), consistió en indagar sobre los objetos que comúnmente son asociados a la vejez, lo que dio como resultado

el predominio de aquellos que proporcionan ayuda técnica: bastón, andaderas, sillas de ruedas y anteojos, así como aparatos auditivos, dentaduras postizas y medicinas; con menor frecuencia otros objetos representados fueron: pantuflas, televisión y estambre, por mencionar algunos.

En cuanto a la representación de los objetos asociados a la vejez, tanto en pictogramas, carteles, estampillas como imágenes de campañas y dibujos realizados por alumnos, aparecen con mayor frecuencia: bastón, anteojos, andaderas y silla de ruedas, que nos hablan de problemas ambulatorios y de la vista. Para la indumentaria, así como otros accesorios, por lo general se utilizan colores neutros: blanco, *beige*, sepia, que hacen referencia a épocas pasadas.

Es destacable que, aun cuando la percepción de la vejez por los estudiantes proviene del contacto directo con personas cercanas, todo parece indicar que los medios de comunicación juegan un papel muy importante, en particular, las imágenes alusivas a este grupo etario. En los dibujos realizados por los estudiantes hay ausencia de objetos como libros o periódicos, también de dispositivos electrónicos como celulares o computadoras que sugiera su uso por parte de las personas adultas mayores, a pesar de que cada vez existen más páginas especializadas en vejez en Internet, así como la provisión de servicios en línea. A continuación se agrega el análisis de representaciones visuales de la vejez en conmemoraciones y campañas de programas sociales, acompañado de la descripción de las imágenes que las integran (cuadro 1).

De los casos seleccionados mención especial merece la campaña para la vacunación contra Covid-19 en adultos de 50 a 59 años, la cual desató reacciones negativas en redes sociales y críticas en forma de *memes* debido a la representación visual de las personas pertenecientes a ese grupo etario. Entre algunas de esas reacciones, destaca la de la actriz Claudia Ramírez, quien publicó en Twitter: “que los parámetros con los que el gobierno ilustra la edad, radica en el tamaño de sus complejos ni anciana, ni con bastón, 56 y más”. La ex secretaria de Economía del gobierno federal, Tatiana Clouthier, en un tono menos crítico, difundió en su cuenta personal de Twitter un

comentario sobre la representación visual de las personas de 50 años de edad: “Así nos vemos, jajaja, buen día”. De manera generalizada, dicha representación no tuvo una aceptación positiva, por lo que la imagen fue sustituida por otra.

Cuadro 1. Casos seleccionados: representaciones visuales de la vejez en conmemoraciones

Conmemoración	Descripción	Fecha
Día Mundial de Toma de Conciencia del Abuso y Maltrato en la Vejez	Medio: Cartel. Predomina la imagen de una pareja con cabello blanco, con anteojos y sonrientes; en contraparte, cuando se muestran fotografías aparecen hombres o mujeres por separado con las manos sobre la cara o en señal de alto (imágenes 3 y 4).	15 de junio



Conmemoración	Descripción	Fecha
Día Nacional de las Personas Mayores (antes “Día de los Abuelos”)	<p>Medio: Cartel.</p> <p>Se presentan imágenes de parejas con anteojos y cabello blanco, ya sea ellos solos o con una pareja de nietos.</p> <p>Medio: <i>Doodle</i> en Google.</p> <p>Las letras del logotipo de Google se convierten en un abuelo y su nieto que se mecen tranquilamente.</p> <p>Medio: Estampillas de correo en México</p> <p>Versión 1: Fotografía de un abuelo con una nieta, ambos sonrientes.</p> <p>Versión 2: Pareja de adultos mayores, en dibujo infantilizado, con una niña.</p> <p>Versión 3: En colores sepia –para remarcar lo antiguo– se presentan objetos de época: guantes, sombrero, relojes, teléfono y un reloj (imágenes 5 y 6).</p>	28 de agosto



Conmemoración	Descripción	Fecha
Día Internacional de las Personas Mayores	Medio: Cartel e información para su difusión en Internet. Se muestran personas solas, en pareja o grupos, con las características descritas anteriormente: cabello blanco o gris, bastón, anteojos, y todos sonrientes. Destaca una fotografía muy diferente de una pareja muy expresiva en la que él está dando un beso y/o diciendo algo a ella, y, aunque es en blanco y negro, transmite mucha alegría y con la leyenda: “en la juventud aprendemos, en la vejez entendemos” (imagen 7).	1° de octubre



Fuente: elaboración propia.

Cuadro 2. Casos seleccionados: representaciones visuales de la vejez en campañas de programas sociales de apoyos económicos y de salud en México

Campaña	Descripción
Programa nacional: Pensión para el Bienestar del Adulto Mayor (actual)	Medio: Logo-imagen. Se muestra una imagen estilizada de una pareja entrelazada con un corazón de color rojo al frente. La mujer (color verde) se representa con cabello recogido (chonguito) y él (color beige) lleva un bastón (imagen 8).

Campaña

Descripción



Medio: Imagen figurativa. Pareja usa ropa de colores vivos, ella con cabello recogido, él con barba y bastón.

Medio: Imagen. Se muestra la información sobre los requisitos de incorporación. Pareja con cabello blanco y cubrebocas, ella lleva andadera y él, bastón (imagen 9).

ATENCIÓN
ADULTOS MAYORES DE 65, 66 Y 67 AÑOS
 QUE NO SE HAN REGISTRADO A LA PENSIÓN PARA EL BIENESTAR DE LOS ADULTOS MAYORES

Acude a tu registro a la pensión en la Antigua Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de acuerdo al siguiente calendario:

DÍA	LETRAS
Martes 19 de octubre	A, B
Miércoles 20 de octubre	C, D
Jueves 21 de octubre	E, F, G
Viernes 22 de octubre	H, I, J, K, L
Sábado 23 de octubre	M, N, O
Lunes 25 de octubre	P, Q, R
Martes 26 de octubre	S, T, U, V, W, X, Y, Z


HORARIO:
8:00 am - 2:00 pm


BIENESTAR
SECRETARÍA DE BIENESTAR

SUBDELEGACIÓN
REGIÓN LAGUNA
DE PROGRAMAS
PARA EL DESARROLLO

Medio: Imagen.

Para obtener información sobre la pensión en la Ciudad de México. Aparece una mujer sola, con bastón, anteojos, chongo y ropa anticuada (suéter abierto, falda y tacón bajo). Para otras localidades se muestran ligeras variantes en la vestimenta.

Campaña	Descripción
<p>Programa nacional: Campaña para la Vacunación contra Covid-19 en Adultos Mayores de 60 años</p>	<p>Medio: Imágenes. Pareja (hombre-mujer) con cabello blanco, ella con el cabello recogido, él con poco cabello, ambos usan bastón. En otras imágenes y fotografías se les está aplicando la vacuna (incluye una del Presidente de la República) (imagen 10).</p> 

<p>Programa nacional: Campaña para la Vacunación contra Covid-19 en Adultos de 50 a 59 años</p>	<p>Medio: Imágenes. Pareja (hombre-mujer) con características similares a las descritas anteriormente; ella carga un gato, él tiene las manos detrás de su cuerpo, ambos usan chalecos verdes (imagen 11).</p> 
---	--

Campaña	Descripción
Programa nacional: Campaña para la Vacunación contra Covid-19 en Adultos de 40 a 49 años	Medio: Imágenes. En este grupo etario se representan más jóvenes y con vestimenta que cambia de acuerdo con la localidad; en una imagen aparece un adulto joven con muletas.
Comunicación institucional del Inapam	Medio: Logo-imagen. Pareja en posición erguida, sin rasgos que denoten la edad; en otra más reciente, la pareja es mostrada de frente con los brazos levantados hacia arriba en arco, en conjunto forman un árbol (imagen 12).



Fuente: elaboración propia.

Factores ambientales

Un tema importante que han abordado distintos expertos en vejez es el de la calidad de vida y la salud. Al respecto, la OMS menciona que influyen factores individuales y factores ambientales. Entre estos últimos se encuentra la vivienda, las instalaciones sociales, el transporte y los dispositivos de asistencia,⁸ a los cuales yo agregaría el tema de la ciudad, del que se han ocupado distintos autores y organizaciones. Aquí podemos mencionar algunos de esos estudios: *Vejez, memoria*

⁸ También conocidas como ayudas técnicas, se refiere a distintos dispositivos: andaderas, bastones, entre otros, que son los objetos asociados a la vejez en muchas imágenes.

y *ciudad*, compilado por Martha de Alba (2013), en el que distintos autores escriben sobre condiciones de vida en distintos contextos urbanos. La guía *Ciudades globales amigables con los mayores*, de la OMS (2007), es resultado de una investigación en la que se exploraron ocho temáticas de 33 ciudades cuyo diseño se considera amigable con las personas adultas mayores, con el objetivo de ofrecer un panorama integral en el que diversos aspectos se superponen e interactúan entre sí.

En lo que respecta al tema de vivienda y las instalaciones sociales específicas para la vejez, podemos mencionar el ya citado de Eduardo Frank (1998), así como *Calidad de vida en la vejez*, coordinado por Margarita Maass y Virginia Reyes (2018); otro que podemos destacar es *Arquitectura y habitabilidad para la vejez*, de Julieta Zárata (2017), estos últimos editados por la UNAM; uno más es el artículo “Geriatrizar nuestras casas”, que plantea la importancia de la seguridad y de realizar adaptaciones al interior de la vivienda para envejecer en casa en condiciones más favorables (García, 2019).

Como mencioné al inicio, predominan los trabajos centrados en entornos urbanos en relación con el diseño de la ciudad y la vejez. Sería un equívoco considerar que son las mismas condiciones para entornos rurales. En países de América Latina, como el nuestro, una noción compartida en el imaginario social en cuanto a habitabilidad es que las personas adultas mayores han de permanecer, durante esa etapa de su vida, en el hogar, con familiares del círculo inmediato. En contraste, en países anglosajones, los adultos mayores tienen sus casas de retiro o residen en lugares denominados *cohousing*.⁹ En países como Japón es considerado, desde el proyecto de diseño de las viviendas, un espacio destinado para las personas adultas mayores. Los factores ambientales, entre los que podemos destacar el entorno construido y una vivienda digna, son, entre otros aspectos, determinantes para el envejecimiento activo impulsado por la OMS.

⁹ *Cohousing*: viviendas colaborativas para envejecer entre amigos. Surgen en Suecia, Holanda y Dinamarca como una forma de vida en comunidad. En México son pocas las experiencias de este tipo, ya que el sistema de seguridad social no otorga apoyos para vivir con independencia.

Discusión: estereotipos y discriminación por edad

En México residían 15.1 millones de personas de 60 años o más en el año 2020, lo que representa 12% de la población total (Inegi, 2021). Entre 1990 y 2020, la población de 60 años y más pasó de 5 a 15.1 millones, entre otros factores, por una menor tasa de mortalidad que se ha traducido en una mayor esperanza de vida. Aunado a esto, la estructura poblacional también ha cambiado debido a una disminución en la tasa de natalidad.

Algunos autores reportan un panorama halagüeño sobre la situación de independencia de los mayores: 80% de los adultos mayores son plenamente independientes (Gutiérrez, 2013). “Sólo entre un 8% o 10% de las personas mayores de 65 años están en situación de dependencia por enfermedad, un porcentaje que no debe ser preocupante si consideramos la esperanza de vida actual (80-82 años), donde la vejez pasa a ser la etapa más larga de nuestra vida” (Muñoz, 2005:14). Lo anterior contrasta con las cifras registradas por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía: 20% de las personas adultas mayores no cuentan con afiliación a una institución de servicio de salud (Inegi, 2021), lo que contribuye de manera importante a la fragilidad de este grupo etario. *Fragilidad* se refiere a “una condición asociada con resultados adversos, como la dependencia o la mortalidad, cuando se expone a factores estresantes de la vida diaria” (Enasem, 2020).

De acuerdo con (Gutiérrez, 2013), “no podemos cerrar los ojos y decir que al envejecer la vulnerabilidad y la fragilidad no existen” (2013:37), en efecto, afrontamos una ambivalencia y, como se mencionó líneas atrás, las características dependen de situaciones personales, familiares y del contexto en que se vive. Los adultos mayores no conforman un grupo homogéneo, a pesar de ello, las imágenes visuales y lingüísticas analizadas en este artículo tienden a simplificar su representación al mostrarlos encorvados, en actitudes pasivas (postración), utilizando bastón, anteojos y otros objetos que proporcionan asistencia técnica, lo cual contrasta con la iniciativa envejecimiento activo impulsada por la OMS.

En unos años, México dejará de ser un país de jóvenes, tendencia que se observa en países de Asia (Japón) y Europa (Alemania) donde la llamada tasa de reemplazo ya es negativa. Es necesario cuestionar las connotaciones negativas de las representaciones de la vejez, en especial, aquellas que resaltan aspectos de dependencia, deterioro e incluso de enfermedad en esta etapa por el riesgo de promover desinformación, reforzar estereotipos e inducir la discriminación por edad. Las imágenes son portadoras de significado, que, por medio de un proceso de interpretación, tienen la capacidad de anclarse en el imaginario social; cuando las connotaciones son negativas, primero mediante estereotipos (cómo pensamos), luego por prejuicios y actitudes (cómo nos sentimos) y, en última instancia, manifiesta discriminación (cómo actuamos).

“Las imágenes son instrumentos muy poderosos: introducen en nuestro medio ambiente postulados sobre cómo debemos vivir y comportarnos” (Tapia, 2014:199). Por ejemplo, sobre la retórica de la discapacidad, tenemos que “la ausencia de un marco de referencia político para las personas con discapacidad repercute indudablemente en las formas en que el diseño gráfico argumenta en torno al tema” (2014:203). Esta argumentación, trasladada al tema de la vejez, puede entenderse si asumimos que se subrayan las diferencias físicas en el caso de la discapacidad, mientras que se alude a la condición de dependencia, deterioro y vulnerabilidad en el caso de la vejez, lo que también se asocia a la necesidad de protección y de recibir apoyos en lugar de la inserción laboral o intercambios de experiencias y que será representado en las imágenes.¹⁰

¹⁰ Sin embargo, los cambios son posibles. En este mismo tenor sobre las representaciones de personas con discapacidad, véase la propuesta para el Símbolo Internacional de Accesibilidad (SIA) promovida en 2015 por la unidad de diseño gráfico del departamento de información pública de la ONU en Nueva York. El nuevo símbolo, ya en uso en el *Accessibility Centre* [Centro para la Accesibilidad] en las Oficinas Generales de Nueva York, representa una figura humana con los brazos abiertos que simboliza la inclusión de las personas sin distinción de sus capacidades, con el cual se busca reemplazar el actual: la imagen estilizada de una persona en silla de ruedas como representativa de todas las discapacidades. Ver información en página de corporación de ciudad accesible [<https://www.ciudadaccesible.cl/simbolo-internacional-de-accesibilidad-versiones-para-un-cambio/>].

A lo largo de este artículo expuse cómo en la construcción de imágenes sobre la vejez prevalecen ideas y prácticas que por su capacidad de simplificación “suprimen las otras dimensiones que constituyen la existencia de las personas en cuestión” (Tapia, 2014:203); o por desconocimiento (el envejecimiento como experiencia propia cuando aún no es vivido) son mantenidas socialmente e influyen de forma negativa en la percepción sobre las personas adultas mayores y sus capacidades. María José Aguilera (2022), psicóloga especializada en adultos mayores y fundadora del *blog nosoloarrugas*, ofrece una síntesis de ideas y prácticas, a consecuencia del edadismo:

- La infantilización del adulto mayor: mirarle y tratarle como si fuese un niño.
- La fantasía de que los padres no tienen sexo y generalizar esta idea a todo el colectivo de adultos mayores.
- La denominación de “abuelos” como un término que incluye a todos los adultos mayores y que los aboca a asumir un rol de cuidador de nietos y a definirse desde el mismo, tengan o no tengan nietos.
- La idea de vulnerabilidad y fragilidad del adulto mayor, sea cual sea su estado.
- La idea de que, si una persona no es productiva desde el punto de vista laboral y remunerado, ya no tiene nada que aportar a la sociedad (Aguilera, 2022).

Ya que las imágenes son capaces de moldear comportamientos, una carga de estereotipos asociados al envejecimiento (dependencia por enfermedad e inactividad, improductividad por incapacidad), aunada a factores ambientales en ambientes urbanos como los ya discutidos, pueden resultar en comportamientos igualmente negativos, como es la discriminación por edad. Sobre este tipo de discriminación, Verónica Montes de Oca y Marissa Vivaldo –investigadoras del Seminario Universitario Interdisciplinario sobre Envejecimiento y Vejez (SUIEV) de la UNAM–, señalaron que:

El viejismo es una forma de edadismo que confronta a generaciones jóvenes contra mayores a partir de un conflicto basado en prejuicios y estereotipos, obstaculizando un vínculo que es interdependiente y que ocurre cotidianamente en los espacios familiares, sociales y comunitarios en donde existe la convivencia entre los distintos grupos etarios (Montes de Oca y Vivaldo, 2021).

A nivel macro, se observa una cultura que sobrevalora aspectos como la juventud, la belleza y la productividad, lo que genera un deterioro del estatus social de las personas que envejecen, pues se considera que ya no gozan o pueden gozar de dichos atributos, lo que se traduce nuevamente en discriminación. Ha generado no pocas críticas el que, por un lado, la OMS haya declarado el periodo 2020-2030 como Década del Envejecimiento Saludable; mientras que, por otro, dicho organismo aprobó incluir a la vejez como una enfermedad ante la Clasificación Internacional de Enfermedades (CIE-II); esta ambivalencia ha generado una serie de protestas a nivel internacional por expertos en poblaciones, en envejecimiento y por asociaciones de gerontólogos y geriatras.

Coincido con Laura García (s.a.) cuando afirma que la discriminación por edad se ha convertido en una de las tres grandes formas de discriminación de nuestra sociedad, por detrás del racismo y el sexismo. Es una práctica que desafortunadamente se ha normalizado e incrementado en tiempos de pandemia, a lo que los medios de comunicación contribuyen al presentar estereotipos —cuando no falsos, exagerados por imprecisos— con imágenes negativas y encasilladas del envejecimiento, ya que muchas de estas convenciones sociales se dan por costumbre, se asumen como naturales.

Reflexiones finales

Los afortunados cambios que se han producido para las personas adultas mayores con el avance de las ciencias de la salud, como una mayor esperanza de vida, no se han traducido en la misma medida

en el imaginario social respecto a representación, comportamientos y actitudes hacia este grupo poblacional: persisten imágenes con connotaciones negativas. Es un desacierto la generalización y simplificación de representaciones como las aquí analizadas. Las personas adultas mayores no son un grupo homogéneo, los factores que determinan el envejecimiento y su calidad de vida varían de acuerdo con la sociedad, la cultura, el núcleo familiar o del propio individuo.

La realidad de las personas mayores es muy diversa y requiere un conocimiento riguroso y crítico para no caer en el estereotipo. Los medios de comunicación –como constructores de la imagen social de las personas mayores, además de generadores de opinión pública–, al igual que los diseñadores y otros profesionales en campos afines y las organizaciones que generan información sobre y para este grupo poblacional –sean dependencias gubernamentales u organizaciones de la sociedad civil– necesitan diseñar una comunicación basada en el conocimiento objetivo de las distintas realidades y circunstancias de las personas adultas mayores.

Coincido con Patricia Kelly, divulgadora experta sobre vejez, en afirmar que: “A los adultos mayores se les ha olvidado, devaluado e invisibilizado de muchas maneras. Pero esto es producto de toda una cultura, de habernos quedado en destacar el valor de la juventud y no ver que el futuro somos todos esos adultos” (Kelly, 2019). En su mayoría, las representaciones de la vejez, los símbolos, los carteles, los folletos y las imágenes visuales utilizadas en campañas informativas, como las analizadas, son estereotipadas; sus connotaciones negativas son imprecisas, cuando no alejadas de la realidad. Estas representaciones apelan a la sobreprotección u otras prácticas que atentan contra los derechos humanos de este sector poblacional, como es la discriminación por edad. Es por ello que requerimos de más y diversas imágenes de las personas mayores que reflejen su pluralidad y, en la medida de lo posible, que habiliten en el imaginario social representaciones la posibilidad de un envejecimiento activo, lo cual será posible mediante mayor trabajo interdisciplinario entre expertos y profesionales de la salud, del diseño y de la comunicación, así como lingüistas y sociólogos, entre otros.

Bibliografía

- Acaso, María (2020), *El lenguaje visual*, Booket Paidós, México.
- Aguilera, María José (2022), *nosoloarrugas* (canal de YouTube), [https://www.youtube.com/channel/UCPP7oHyqBdd_OF2ai-Sir6ZQ].
- Alvarado, Alejandra y Ángela Salazar (2014), “Análisis del concepto de envejecimiento”, *Gerokomos*, vol. 25, núm. 2, pp. 57-62.
- Arruda, Ángela (2020), “Imaginario social, imagen y representación social”, *Cultura y Representaciones Sociales*, vol. 15, núm. 29, pp. 7-62.
- Berger, John (2016), *Modos de ver*, Gustavo Gili, Barcelona.
- Brocchi, Luciana (2020), “*Las tres edades de la mujer*. Apoteosis modernista”, [<https://historia-arte.com/obras/las-tres-edades-de-la-mujer>] (consultado el 29 de enero de 2022).
- Centro de Referencia Estatal de Autonomía Personal y Ayudas Técnicas (Ceapat) (2022), “Símbolo gráfico de personas mayores”, [https://ceapat.imserso.es/ceapat_01/servicios/sg_pm/index.htm] (consultado el 8 de agosto de 2022).
- Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred) (2015), *Guía básica. Recomendaciones para el uso incluyente y no sexista del lenguaje*, [https://www.conapred.org.mx/documentos_cedoc/GuiaBasica-Uso_Lenguaje_Ax.pdf] (consultado el 1 de julio de 2022).
- Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos (CPEUM) (2021a), “Artículo 1o. 1824 / Última reforma publicada”, *Diario Oficial de la Federación*, 28 de mayo, México.
- Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos (CPEUM) (2021b), “Artículo 4o. 1824 / Última reforma publicada”, *Diario Oficial de la Federación*, 28 de mayo, México.
- Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos (CPEUM) (2021c), “Artículo 123, Título Sexto, fracciones XXIX y XXXI. 1824 / Última reforma publicada”, *Diario Oficial de la Federación*, 28 de mayo, México.

- De Alba, Martha (coord.) (2013), *Vejez, memoria y ciudad*, Universidad Autónoma Metropolitana/Porrúa, México.
- De Martí, Josep (2020), “La imagen de la vejez en la pintura”, [<https://www.inforesidencias.com/blog/index.php/2020/11/09/la-imagen-de-la-vejez-en-la-pintura>] (consultado el 27 de enero de 2022).
- Debray, Régis (1994), *Vida y muerte de la imagen*, Paidós, España.
- Donoso, Roberto (2006), “Ancianos y ciudad”, *Revista de Sociología*, núm. 20, pp. 177-190, [<https://revistadesociologia.uchile.cl/index.php/RDS/article/view/27536>] (consultado el 8 de febrero 2022).
- Estudio Nacional de Salud y Envejecimiento (Enasem) (2020), Envejecimiento en México: Fragilidad, *Boletín Informativo del Enasem*, núm. 20.3, [http://www.enasem.org/images/MHAS-FactSheet_Frailty_SPANISH.pdf] (consultado el 3 de julio de 2022).
- Fernández Poncela, Anna (2022), *La vejez: entre la burla y la valoración social. Una visión desde el refranero*, [<https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-vejez-entre-la-burla-y-la-valoracion-social-una-vision-desde-el-refranero/html/>] (consultado el 5 de julio de 2022).
- Frank, Eduardo (1998), *Vejez, arquitectura y sociedad*, Paradiso Ediciones, Buenos Aires.
- Frascara, Jorge (2008), *Diseño gráfico para la gente*, Ediciones Infinito, Buenos Aires.
- García, Dulce (2019), “Geriatrizar nuestras casas”, *Diseño y Sociedad*, núm. 66, pp. 66-73.
- García, Laura (s.a.), “La imagen de las personas mayores en los medios de comunicación: El uso del lenguaje frente al edadismo”, [<https://blogciudades.imserso.es/la-imagen-de-las-personas-mayores-en-los-medios-de-comunicacion-el-uso-del-lenguaje-frente-al-edadismo/>] (consultado el 30 de junio de 2022).
- Gutiérrez, Luis (2013), “De la dependencia a la autonomía: una reflexión sobre el valor intrínseco de la vejez”, en Luis Gutiérrez, Leoncio Lara y Salvador Vega y León (eds.), *Derechos humanos de*

- las personas de la tercera edad. México ante los desafíos del envejecimiento*, Universidad Autónoma Metropolitana/Grupo Interdisciplinario de Estudios sobre el Envejecimiento/Instituto Nacional de Geriátría, México, pp. 31-42.
- Gutiérrez, Paola (2019), “Percepciones, imágenes y opiniones sobre la vejez desde la mirada de los adultos y jóvenes en México”, *Espiral*, vol. xxvi, núm. 75, pp. 197-237.
- Hernando, Luis Alberto (2010), *El refrán como unidad lingüística del discurso repetido*, Escolar y Mayo Editores (Colección Lengua y Discurso), Madrid.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2021), Comunicado de Prensa núm. 547/21, 29 de septiembre, [https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/aproposito/2021/EAP_ADULMAYOR_21.pdf] (consultado el 2 de julio de 2022).
- Instituto Nacional de Geriátría (Inger) (2017), “Envejecimiento”, [<http://www.geriatria.salud.gob.mx/contenidos/institucional/envejecimiento.html#:~:text=La%20vejez%20es%20la%20etapa,es%20a%20los%2065%20a%C3%B1os.>] (consultado el 28 de junio de 2022).
- Instituto Nacional de las Personas Adultas Mayores (Inapam) (2019), “¿Sabías que el término tercera edad es incorrecto para referirse a las personas mayores? ¡Aquí te lo contamos!”, [<https://m.facebook.com/INAPAM/photos/a.315820351932585/1377145299133413/?-type=3&source=48>] (consultado el 1º de julio de 2022).
- Kehl, Susana y J. Manuel Fernández (2001), “La construcción social de la vejez”, [<https://revistas.ucm.es/index.php/CUTS/article/view/CUTS0101110125A/7995>] (consultado el 23 de junio de 2022).
- Kelly, Patricia (2019), “Aprendiendo a envejecer”, [<https://canalonce.mx/programas/aprender-a-envejecer>] (consultado el 7 de junio de 2022).
- La Jornada (1999), “Acompañar la plenitud y la tristeza, cualidad de Sabinés”, *La Jornada*, 20 de marzo, [<https://www.jornada.com.mx/1999/03/20/cul-acompanar.html>] (consultado el 28 de junio de 2022).

- Maass, Margarita y Virginia Reyes (coords.) (2018), *Calidad de vida en la vejez*, UNAM, México.
- Montes de Oca, Verónica y Marissa Vivaldo (2021), “México: Día mundial para la toma de conciencia del abuso y maltrato en la vejez”, *Red Latinoamericana de Gerontología*, [<https://www.gerontologia.org/portal/information/showInformation.php?idinfo=4790#:~:text=El%20viejismo%20es%20una%20forma,existe%20la%20convivencia%20entre%20los>] (consultado el 16 de febrero de 2021).
- Muñoz, Inés (2005), “Los estereotipos de la vejez: un problema social en vías de superación”, *Pedagogía y Saberes*, núm. 22, [<https://revistas.pedagogica.edu.co/index.php/PYS/article/view/6725/5493>] (consultado el 19 de abril de 2019).
- Neufert, Ernst (1973), *Arte de proyectar en arquitectura*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona.
- Organización Mundial de la Salud (OMS) (2021), “Envejecimiento y salud. Notas descriptivas”, [<https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/ageing-and-health>] (consultado el 1º de julio de 2022).
- Organización Mundial de la Salud (OMS) (2014), *Active Ageing: A Policy Framework*, [<https://extranet.who.int/agefriendlyworld/wp-content/uploads/2014/06/WHO-Active-Ageing-Framework.pdf>] (consultado el 28 de junio de 2022).
- Organización Mundial de la Salud (OMS) (2007), *Ciudades globales amigables con los mayores: una guía*, [https://apps.who.int/iris/bitstream/handle/10665/43805/9789243547305_spa.pdf?sequence=1&isAllowed=y] (consultado el 21 junio de 2022).
- Ortega Medina, Miguel (2015), *Diseño, personas adultas mayores y espacios laborales. Modelos de evaluación de espacios laborales donde participan personas adultas mayores. Empacadores voluntarios*, tesis de maestría en Ciencias y Artes para el Diseño, UAM-Xochimilco, México.
- Panero, Julius y Martin Zelnik (1993), *Las dimensiones humanas en los espacios interiores*, Ediciones Gustavo Gili, México.
- Platón (1988), *República: Diálogos IV*, Gredos, Madrid.

- Poulin, Richard (2012), *El lenguaje del diseño gráfico: conocimiento y aplicación práctica de los principios fundamentales del diseño*, Promopress, Barcelona.
- Sartori, Giovanni (2007), *Homo videns. La sociedad teledirigida*, Punto de Lectura, México.
- Símbolo Internacional de Accesibilidad (SIA) (s.a.), [<https://www.ciudadaccesible.cl/simbolointernacional-de-accesibilidad-versiones-para-un-cambio/>] (consultado el 8 de agosto de 2022).
- Tapia, Alejandro (2014), “Retórica de la discapacidad”, en Dulce García (comp.), *Diseño para la discapacidad*, Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- Tapia, Alejandro (2011), “Diseño gráfico, tecnología y democracia”, en Antonio Rivera (comp.), *Ensayos sobre retórica y diseño*, Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- Wilde, Oscar (2019), *El retrato de Dorian Gray* [1890], Editorial Alma, España.
- Zárate, Julieta (2017), *Arquitectura y habitabilidad para la vejez*, UNAM, México.

Fecha de recepción: 21/02/22
Fecha de aceptación: 21/05/22

DOI: 10.24275/tramas/uamx/202257289-322

convergencias

Infancias invisibles: la vulnerabilidad de niñas, niños y adolescentes ante la pandemia de Covid-19

*Yolanda Corona-Caraveo**
*Carlos Pérez y Zavala**

Resumen

En este artículo se ofrece una introducción breve sobre la pandemia de Covid-19 y su impacto en niñas, niños y adolescentes. Se plantea que la infancia ha quedado relegada e invisibilizada en las acciones que han tomado los gobiernos para contrarrestar los contagios y se analiza lo que ha acontecido con la institución educativa, el juego y los espacios públicos desde una perspectiva de derechos. Se mencionan los resultados de diversos estudios que se han llevado a cabo en México y se finaliza con algunas recomendaciones para restaurar el lugar de niñas y niños en nuestra sociedad.

Palabras clave: Covid-19, confinamiento, escuela, políticas públicas para la infancia, derechos de los niños.

Abstract

This paper offers a brief introduction on the Covid-19 pandemic and its impact on children and adolescents in Mexico. It argues that children have been left behind and made invisible in the actions taken by governments to counteract the contagion. This paper also analyzes what has happened as a result of changes regarding confinement, the play, the use of

* Profesores-investigadores del Departamento de Educación y Comunicación en la UAM-Xochimilco. Correos electrónicos: [yolanda.corona.c@gmail.com], [cperez49@yahoo.com.mx].

streets and public spaces and the educational institutions, from a children's rights perspective. The results of several studies that have been carried out in our country are mentioned and end with some recommendations regarding recognition of the important place children hold in our society.

Keywords: Covid-19, confinement, school, public policies for children, children's rights.

Introducción

Desde la primavera de 2020 la población mundial se ha visto sometida a la pandemia de Covid-19 que, en cierta manera, nos ha hermanado como humanidad por la necesidad de enfrentar los efectos letales que han traído los contagios en todos los países. La pandemia ha tenido un efecto en nuestras vidas desde distintas dimensiones: el presente nos abruma y difícilmente nos permite pensar en un escenario que vaya más allá del aquí y el ahora. El virus ha actuado como un catalizador de nuestras respuestas de emergencia. A nivel social, grupal y personal hemos estado expuestos a la presencia de condiciones inéditas que actúan como un lente de aumento y que nos hacen reflexionar sobre todas las expectativas, los comportamientos y las decisiones que tomamos. Vemos el aquí y el ahora como un claustro; vivimos en una cápsula detenida por el tiempo y, sin embargo, vemos a través de nuestras pantallas cómo circula la vida de los otros en un universo paralelo. Después de dos años de cuarentena generalizada se han alterado las formas de vida, la comunicación, los hábitos, las percepciones del mundo, así como los valores que están detrás de nuestras relaciones.

Ciertamente no es la primera vez que nos enfrentamos a este tipo de crisis sanitaria, ya que, como lo señala Guiomar Huguet Pané (2020):

La enfermedad forma parte de la historia de la humanidad de manera intrínseca. En la actualidad estamos sufriendo el coronavirus, pero desde

que el ser humano empezó a **organizarse en sociedad y a crear núcleos de personas que convivían juntos en un mismo espacio territorial**, las enfermedades contagiosas tomaron un especial protagonismo. A medida que la población mundial fue creciendo, cuando una enfermedad se extendía y afectaba a varias regiones del planeta, convirtiéndose en una amenaza para la población, se empezaron a documentar las primeras pandemias. Estas pandemias en ocasiones **transformaron las sociedades en las que aparecieron** y, muy posiblemente, han cambiado o influido decisivamente en el curso de la historia (2020:3).

Aun cuando el efecto del virus es semejante en todos los países, es real que existen ciertas regiones que están más expuestas a los riesgos que esta crisis sanitaria implica. Los países pobres son las primeras víctimas en virtud de la precariedad de los sistemas de salud y la falta de políticas públicas que realmente atiendan a su población. La pandemia pone al descubierto las condiciones de desigualdad y las condiciones vulnerables de vida en amplios sectores sociales, permitiéndonos, además, evaluar las difíciles decisiones que han tenido que tomar algunos gobiernos para enfrentar esta catástrofe.

Ahora bien, podemos decir que el grupo poblacional de niñas, niños y jóvenes es un sector que ha permanecido invisible en términos de atención de las autoridades. Qvortrup (2000) ha acuñado el término de “el *apartheid* generacional”, que se refiere a la manera en que las estructuras sociales que actualmente existen se han construido a espaldas de la niñez, sin considerar las necesidades de la infancia al nivel de planificación macrosocial.

La reflexión y discusión sobre los impactos que ha tenido la pandemia de Covid-19 en la infancia es un tema relevante, puesto que representa al menos una tercera parte de la población mundial. Específicamente, en México el sector de niñas, niños y jóvenes menores de 18 años es de 30.1% (Inegi, 2018). El confinamiento ha obligado a las familias a llevar a cabo sus actividades a través de las pantallas o los dispositivos electrónicos; nunca antes las niñas, niños y adolescentes se vieron por tanto tiempo reclusos y sin contacto con sus pares, maestros y familiares que vivan fuera de su ámbito doméstico.

El primer informe sobre la pandemia del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef) (2020a) concluye que en el mes de noviembre del año 2020 los niños y adolescentes menores de 20 años representaban una de cada nueve infecciones por Covid-19, 11% de los 25.7 millones de infecciones notificadas por algunos países.¹ También reportó que, en el mes de octubre de 2020, 265 millones de niños seguían sin recibir alimentos por parte de las escuelas de todo el mundo. Además, la crisis económica provocada por la Covid-19 ha golpeado a los niños con más fuerza, ya que el número de niños que viven en la pobreza multidimensional –sin acceso a educación, salud, vivienda, nutrición, saneamiento o agua– se ha disparado en 15%, es decir, 150 millones de niños más para mediados de 2020 (Unicef, 2020b).

En cuanto a la situación de México, ha sido evidente la invisibilidad de la infancia para el gobierno de nuestro país, ya que realmente no se han propuesto programas que atiendan el impacto que ha tenido la pandemia en niñas y niños, que viven con violencia familiar, pobreza, demandas escolares excesivas y falta de atención por parte de los padres. Durante el último año no se han visto programas que salvaguarden su integridad, los protejan de la violencia y acojan a la gran cantidad de huérfanos que existen por motivos de las muertes de sus madres. El censo de niños huérfanos por Covid es imprescindible, ya que el gobierno tiene la obligación de garantizar los derechos de todos esos niños que quedan desprotegidos ante la muerte de sus padres; sin embargo, hasta ahora no existe una propuesta para recabar datos sobre menores en esta situación, ni tampoco políticas públicas o programas específicos de atención para ellos. Esto se vuelve más relevante en nuestro país porque, en términos de la conformación familiar, existe una gran cantidad de familias monoparentales en las que la mujer es la cabeza de familia.² Por ello es necesario

¹ Dato recabado en 87 países que contaban con datos desglosados por edad.

² Chant (1998), Acosta (1998) y Giorguli (2002) (citados por Mendoza y López, 2012) sostienen que el factor más importante para la jefatura femenina en los hogares monoparentales de Latinoamérica se debe a la cuestión económica, así como a la limitada importancia funcional del hombre en la unidad doméstica.

que el gobierno implemente una política de registro que dé cuenta de los niños y las niñas que quedaron desamparados.

Es importante aclarar que en este artículo partimos del enfoque de derechos de la infancia, avalados en primera instancia por la Convención sobre los Derechos del Niño de 1989 que fue firmada y ratificada por nuestro país. Gracias a este documento se transforma la visión de la infancia como objetos de protección al considerarlos como sujetos sociales de derecho que tienen la capacidad no sólo de entender las circunstancias que viven, sino la posibilidad de influir en su entorno y, por tanto, transformarlo. Desde este planteamiento, sustentado también por Vergara *et al.* (2015), hemos argumentado que es necesario incluir la noción de agencia infantil, ya que permite ser considerados como miembros plenos de la comunidad a la que pertenecen, con la capacidad de asumir responsabilidades y de actuar sobre las situaciones en que viven (Corona, Gómez y Zanabria, 2017).

Del derecho a participar al confinamiento y el control de los adultos

En México la situación que vivieron niñas y niños durante el confinamiento implicó un impacto directo en su propio desarrollo. Desde el mes de abril de 2020, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) advertía acerca del impacto físico, psicológico y emocional que provocaría el confinamiento en las niñas y los niños. Específicamente, en términos emocionales hay que tomar en cuenta que los niños pequeños no podían entender claramente lo que estaba sucediendo y, por tanto, podrían interpretar el no salir de casa como un castigo por algo que ellos han hecho mal. Todos los niños y las niñas tendrían que recibir información y a la vez consuelo ante la ansiedad que les causa no salir y no ver a sus amigos.

Durante la situación emergente se vieron trastocados algunos de los derechos de niñas y niños, y es muy claro que el escenario de encierro significó un paso atrás en términos de cumplimiento y garantía de

sus derechos. Realmente es preocupante que los avances en el ámbito de la participación infantil que se habían observado en las tres últimas décadas hayan desaparecido casi de inmediato con la aparición de la pandemia. Ante la emergencia, ni los gobiernos, ni las autoridades escolares, ni los padres se preocuparon por conocer y entender las difíciles experiencias por las que pasaron las niñas y los niños.

Recordemos que la pandemia puso en juego la movilidad, que es el primer impedimento que obstaculiza y vulnera otros derechos, por ejemplo, el derecho al juego, al descanso, a la salud, a las actividades culturales y otros. La socialización, el juego, la participación y otras actividades son cruciales para el sentido de identidad y para el sano desarrollo de niñas y niños. De acuerdo con la Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México (CDHCM), el confinamiento ha tenido efectos muy directos en su proceso de desarrollo e implica una afectación importante en términos psicológicos, lúdicos y relacionales. Por ello recomienda reconocerles como grupo de atención prioritaria y recurrir a las medidas necesarias que permitan garantizar sus derechos y atender su interés superior (CDHCM, 2020). Otro factor que tiene que ser tomado en cuenta es que la actividad física para las niñas y los niños tiene un impacto directo en el peso, las habilidades motoras y, por tanto, el estado general de su salud. En este sentido, el confinamiento tiene repercusiones más graves en este grupo poblacional. A esto hay que añadir el que sea posible que por cuestiones económicas tampoco se estén alimentando de manera saludable.³ El que sus derechos sean vulnerados y no se tomen en cuenta sus experiencias obstaculiza su participación como agentes de cambio, precariza sus vidas e impide un avance en materia de política pública que permita a las autoridades afrontar la situación actual a partir de sus testimonios.

Otro problema acuciante ha sido el efecto que han tenido los niveles de pobreza en el aumento de la violencia a la que se han visto expuestas las mujeres y los niños en el ámbito doméstico durante el

³ Consúltese [<https://www.animalpolitico.com/2020/04/salud-nutricion-encierro-ninos-mexico/>].

confinamiento. Aparte del aislamiento y el hacinamiento, los ingresos familiares se han visto disminuidos y sujetos a una inestabilidad importante. Esto ha alterado notoriamente el estado de ánimo de los padres y cuidadores, que se han vuelto más irritables y reaccionan de manera violenta. Tan sólo a cuatro meses del confinamiento, la violencia contra mujeres, niñas, niños y adolescentes se había incrementado 81% respecto al mismo periodo de 2019. La Red Nacional de Refugios A. C. reportó haber atendido a 14 599 mujeres con sus hijas e hijos entre marzo y junio de 2020. La Red insistió en que la violencia machista estaba afectando gravemente a la infancia, pues 46% de hijas e hijos de las mujeres que pidieron apoyo fueron víctimas de violencias en sus casas durante el confinamiento; 8% (casi 500 menores de edad) fue víctima de violencia sexual mientras se quedaba en casa, “lo que nuevamente evidencia que no todas las familias mexicanas son espacios de fraternidad”.⁴

Como hemos visto, la pandemia ha maximizado un abanico de problemáticas que no han sido abordadas adecuadamente por las autoridades. Ante cualquier circunstancia, los derechos de las niñas y los niños no pueden esperar, ni mucho menos verse anulados. A pesar de que los gobiernos se han visto rebasados por las circunstancias, es necesario recordar que su deber incluye garantizar “el interés superior del niño”, tal como lo postula la Convención de los Derechos del Niño (CDN).

El confinamiento del juego infantil: la pérdida de la calle y los espacios públicos

Partimos del reconocimiento de la importancia que tiene el juego para la infancia. La investigación desde la psicología y pedagogía ha explorado sobre todo la relación que tiene el juego con el desarrollo óptimo de niñas y niños, los beneficios que implica su utilización

⁴ Consúltese [<https://www.animalpolitico.com/2020/07/violencia-mujeres-hijos-aumentada-pandemia-refugios/>].

para los procesos de enseñanza-aprendizaje, así como para cultivar habilidades cognitivas, físicas, sociales y emocionales. Strauss y Allen (2006), así como Isen y Reeve (2006), han planteado que los estados emocionales que se generan durante el juego permite que los niños puedan tener respuestas mucho más creativas a las situaciones problemáticas que viven. También se ha explorado la manera en que el juego ofrece a los niños la oportunidad de hacer ejercicio físico, ayudándoles a tener mejor resistencia y más control en los movimientos de su cuerpo, y el efecto que tiene en el fortalecimiento de la autoestima, así como la posibilidad de manejar situaciones traumáticas o angustiantes, lo que aumenta su capacidad de resiliencia. En cuanto a las habilidades sociales, facilita el aprendizaje en grupo, les permite desarrollar capacidades de negociación y de toma de decisiones (Corona, 2013; Lester y Russell, 2011).

Otro aspecto que se relaciona con las emociones positivas que produce el juego tiene que ver con la capacidad de crear mundos imaginarios. Winnicott (1971) ha planteado la forma en que la capacidad creativa está relacionada a la capacidad de sentirse vivo. Quien renuncia a su viveza, habrá renunciado a su propia humanidad. El crear mundos posibles a través del juego les posibilita imaginar una realidad distinta, más soportable a la actual. El juego se configura entonces como un escape parcial de la realidad para eludir momentáneamente el sofocante encierro, es una vía de escape ante el confinamiento y sus imposiciones.

El problema que se presenta es que existe una insensibilidad e incluso una ceguera acerca de las bondades de esta cualidad lúdica. Cuando se pregunta a los niños sobre el juego sus respuestas son siempre que se sienten felices cuando juegan y que es una de las actividades que más les gusta; sin embargo, se enfrentan a la ignorancia que los padres y maestros tienen sobre los beneficios que implica para el desarrollo del niño. Hace unos años, cuando realizamos una consulta en ocho países del mundo⁵ –incluido México– para ver cuáles eran los obstáculos que

⁵ Realizada con la Asociación Internacional del Juego (IPA) en Bulgaria, India, Kenia, Japón, Líbano, México, Sudáfrica y Tailandia (IPA, 2010).

impedían jugar a niñas y niños, la primera causa que surgió fue la falta de conciencia de los adultos acerca de la importancia del juego y, por tanto, su negativa a permitir que sus hijos o alumnos se dedicaran a él, privilegiando en su lugar el estudio y el trabajo.

En la Observación General núm. 17 sobre el Derecho de los Niños al descanso, el esparcimiento, el juego, la recreación y la participación en la cultura y las artes, se ha hecho énfasis en la importancia que tiene la oportunidad de jugar al aire libre y de interactuar con entornos naturales. Un aspecto esencial es que ellos cuenten con un tiempo y espacio accesible *sin el control ni la gestión de los adultos*. Por ello, la importancia que tenía el tiempo libre es que había una posibilidad, aunque fuera mínima, de poder convivir y jugar con otros niños, lo que tenía, por ejemplo, una influencia en las capacidades de negociación, un aprendizaje de la solidaridad, reciprocidad y pertenencia social al grupo de pares. Asimismo, el juego les permitía un fortalecimiento de la propia agencia en el sentido de proponer y llevar a cabo lo que ellos decidan.

La pérdida del acceso que tienen niñas, niños y jóvenes a los espacios públicos y a la calle, tan evidente en estos tiempos de pandemia, en realidad empezó desde hace mucho tiempo. Sanz (2020) ha planteado que mucho antes de la pandemia, probablemente cuarenta años atrás, inició la pérdida de la calle y los espacios públicos para la infancia. Su presencia ha disminuido enormemente en estos lugares y cuando los vemos se trata sobre todo de una presencia tutelada. En menos de dos generaciones, la libertad que se contaba para jugar en las calles, para ir a los parques o a las canchas sin acompañamiento adulto se desvaneció paulatinamente. Ahora, durante esta crisis sanitaria, Sanz plantea que se considera al sector de niños y niñas como “vectores de contagio” o “transmisores del virus”, a pesar de que se sabe que este sector poblacional no es tan propenso a la enfermedad. En este sentido, lo que acontece con la pandemia es uno de los últimos pasos para expulsarlos de las calles.

En estudios anteriores (Corona y Gülgönen, 2015) hemos planteado que desde hace ya varias décadas se empezó a considerar las calles y los espacios públicos (parques, plazas y jardines) como lugares

hostiles y peligrosos y, por tanto, las niñas y los niños se vieron confinados en espacios cerrados y privados. Las principales razones que los adultos han planteado para impedir que salgan a la calle y jueguen en los espacios públicos es la inseguridad, sobre todo el miedo al secuestro y al robo de niños y niñas. En cuanto a las razones que niñas y niños dieron para justificar que las calles son peligrosas, se encuentran diversas formas de violencia de las que ellos han sido testigos, por ejemplo: asaltos, disparos, peleas, humillaciones, así como personas peligrosas en sus alrededores. Para ellos la calle tiene la única función de tránsito de un lado a otro y mencionan incluso que “la calle es para morir”, debido a que los atropellamientos a niños al entrar y salir de la escuela son una de las primeras causas de muerte en la infancia. La introyección de este sentimiento de miedo e inseguridad es reforzada por los medios de comunicación en los que no se comparten imágenes donde aparezcan niños solos en las calles.

La percepción de peligro que genera el espacio público se hace cada vez mayor y, por tanto, hay muy pocos lugares en los que se les permite jugar. Con la pandemia, el espacio público no sólo ha quedado relegado, sino que incluso ya no puede utilizarse ni siquiera para trasladarse de un lugar a otro. Sin embargo, con las restricciones de la pandemia, el sector de la infancia estuvo cautivo en una especie de “arresto domiciliario”, encerrado en casa por periodos prolongados y bajo la constante vigilancia de los adultos de su familia y de los hermanos mayores.

La tensión entre la protección del sector infantil y su autonomía es un punto central cuando se piensa en los espacios que se les ofrecen, nos encontramos muchos testimonios de niñas y niños que manifestaban tener que pasar todo el día en espacios cerrados, lugares que no les gustaban porque no se podía jugar, porque estaban solos o porque siempre los están regañando. Este comentario tuvo su contraparte en las consultas que se hicieron en distintos lugares de nuestro país donde se detectó que hay una línea de trabajo pendiente con las empresas inmobiliarias, pues nunca toman en cuenta a los niños durante la planeación y construcción de las viviendas. La mayor parte de los conjuntos habitacionales populares no cuentan con espacios abiertos dedicados a la infancia, y dentro de las casas

habitación tampoco se contemplan lugares en donde los niños puedan jugar con el suficiente espacio que requieren. Una consecuencia del confinamiento de la pandemia de 2020 y 2021 es que la alternativa de los parques infantiles y los espacios verdes de la ciudad no estuvieron accesibles para ellos.

La escuela en casa: un desatino de las políticas públicas

Otro terreno que ha sido ampliamente afectado con la llegada de la pandemia es la educación: la oferta educativa presencial desapareció en México en el mes de abril de 2020 y a medida que pasa el tiempo las brechas de desigualdad se han hecho más visibles. En México, por lo menos seis de cada diez niñas y niños no han recibido educación por falta de recursos para adaptarse a las nuevas formas de aprendizaje (CDHCM, 2020),⁶ y durante el periodo de la pandemia, al menos 10% de niñas y niños de primaria y secundaria abandonaron sus estudios.

En números específicos, de acuerdo con el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2018) en México residen 38.3 millones de niñas, niños y adolescentes menores de 18 años, de los cuales 13.2 millones de niños se encuentran en edad escolar. Durante la pandemia se estima que 26.6% de la población de 3 a 29 años no se inscribió al ciclo 2021; 25.3% dejó los estudios porque los padres se quedaron sin empleo, en tanto que 21.9% no continuó estudiando porque carecía de computadora, *tablet* o conexión de Internet (Pérez, 2021). En el estudio “Los costos educativos de la crisis sanitaria en América Latina y el Caribe” (Acevedo *et al.*, 2020), se prevé que México sea el segundo país que tendrá el mayor abandono escolar de niñas y niños entre 6 y 17 años, por lo que el porcentaje de exclusión subirá de 18% que hubo en 2020 a 22% en 2021. Este nivel fue el que se registró en 2012, por lo que el efecto de la pandemia significa casi una década perdida.

⁶ En México sólo 44.3% de los hogares tiene computadora y sólo 52.9% de las familias tiene acceso a Internet mediante conexión fija o móvil (Redim, 2020).

La llegada de la Covid-19 potencializó y dejó al descubierto cantidad de problemáticas que ciertamente venían aconteciendo desde mucho tiempo atrás. Si el sistema de salud se encontraba con múltiples deficiencias, lo mismo podríamos decirse acerca del sistema educativo. En términos de la crisis de los sistemas educativos de América Latina y el Caribe (Cepal y Unicef, 2020:8), México es uno de los países que tenía menos establecidos cuatro factores importantes: 1) conectividad en las escuelas, 2) la existencia de plataforma digitales, 3) la posibilidad de tutoría virtual, y 4) la existencia de paquetes de recursos digitales.

Sin embargo, creemos que es imprescindible enfatizar el retroceso en términos del derecho a la participación que se dio en el ámbito escolar durante la pandemia, ya que ante la necesidad que tuvieron los maestros de “cumplir con el programa” se impuso una gran presión sobre las niñas y los niños, que se concretizó en una serie interminable de tareas y de exigencias muy difíciles de cumplir. Lo que es evidente es la carencia de un enfoque que comprenda y atienda las necesidades no sólo cognitivas, sino sobre todo emocionales que enfrentaron los niños en esta crisis sanitaria. En lugar de que el sistema educativo entienda y resuelva la profundidad de los efectos psicológicos que tiene el encerramiento para los niños, se atrincheran en demandas escolares, como si no estuviéramos en una situación de crisis. La propuesta virtual en términos educativos sobrecargó también el trabajo de las madres, quienes se vieron abrumadas por la asignación de nuevas responsabilidades educativas con sus hijos y que se aumentarían las tareas de cuidado que generalmente tienen asignadas, sin tomar en cuenta que, en nuestro país, muchas de ellas son las jefas de hogar, cuyos ingresos vienen de actividades que desempeñan en el sector informal, que fue el que más se vio afectado por las medidas de aislamiento preventivo. Lo más grave es que las autoridades no generaron datos de lo que está sucediendo con la educación en la población infantil que vive en áreas rurales, o que se encuentra en situaciones de vulnerabilidad.

Se tiene que luchar para que los maestros y los padres adopten un enfoque de protección de la infancia que tenga un horizonte más

amplio, en el sentido de considerar *el bienestar* de niñas y niños, es decir, una protección positiva que favorezca su desarrollo, en lugar de dar prioridad a las exigencias institucionales. Es necesario difundir más el principio del “interés superior del niño” (Alston, 1994; Colegio Jurista, 2021), que es un principio constitucional en nuestro país, derivado de la CDN, que ha sido incorporado en la Ley General de los Derechos de Niñas, Niños y Adolescentes, y es un principio vigente en México desde 1990. Gracias a este principio se enfatiza que todas las decisiones que se hagan deben tomar en cuenta el bienestar físico, mental y emocional de la niñez.

Por otro lado, es necesario recalcar que las propuestas de la sociología y la antropología de la infancia (Gaitán, 2006; Sepúlveda, 2021; Calderón Carrillo, 2015) han enfatizado la importancia de que los estudios que se realicen sobre este sector deben tener un enfoque que permita visibilizar sus propias perspectivas y, por tanto, que incluya sus testimonios, en lugar de las interpretaciones adultas sobre la visión que ellos podrían tener. Por ello se han desarrollado metodologías de intervención que favorecen entender la cultura infantil a través de lo que ellos pueden contar (Podestá, 2007; Glocner, 2008). Este artículo incluye los testimonios que recopilamos en el estudio que llevamos a cabo, así como los que reportan otros documentos sobre la Covid, como los de Melel Xojobal, la Secretaría Ejecutiva del Sistema Nacional de Protección de Niñas, Niños y Adolescentes (Sipinna) y la Comisión de Derechos Humanos.

El efecto poco reconocido del confinamiento en los niños y de las transformaciones en el escenario escolar y doméstico

En términos de los niños de edad escolar, hay que tomar en cuenta que, de acuerdo con la teoría del desarrollo moral de Kohlberg, ellos inician pensando en los otros más que en sí mismos (Ísaksson, 2006). Pueden preocuparse de lo que les pueda pasar a los otros y sentir la necesidad de vigilar que los padres hagan lo que sea necesario para que no les vaya a pasar nada. También tienen el sentido de futuro más

desarrollado, pueden generar miedos de lo que puede pasar con ellos o con sus familias. Como veremos en la discusión posterior, uno de los miedos más expresados es que alguno de sus familiares se muera; otro es el quedarse sin dinero y, por tanto, no tener para comer.

Aun cuando se han mencionado los efectos psicológicos del confinamiento, poco se ha hablado de que para muchos niños y niñas este suceso ha sido una experiencia abrumadora, que les ha producido una sensación de estar completamente indefensos y sin esperanza. Se ha encontrado que mientras más pequeño sea el niño, es más probable que se angustie por hechos que podrían no afectar a niños más grandes o a los adultos. Sin embargo, la larga duración de un encerramiento de tal naturaleza y la información que recibieron de que no se sabe cuándo terminaría, tuvo un impacto muy fuerte tanto en niños pequeños como en los más grandes. Por ejemplo, en el trabajo de acompañamiento que hicimos en 2020 una niña de 6 años dice:

no puedo jugar porque me dan mucha tarea y me aburro y mi mamá me regaña porque no me apuro. Por eso me duele el corazón como si me lo apachurraran, entonces me escondo en mi cuarto y me pongo a llorar, a veces le hago un dibujo a mi mamá y a mi papá para que sepan que me rompieron mi corazón y abro la puerta y se los aviento.

La madre de esta niña nos comenta que su comportamiento ha cambiado mucho y que continuamente se esconde para llorar. Ciertamente no podemos evaluar todavía el impacto que experimentan los niños y las niñas, ya que las consecuencias pueden ser mucho más evidentes hasta después de cierto tiempo. Otro niño de 10 años nos comentó:

Estoy encerrado, aburrido y estresado porque no puedo salir y por toda la tarea que tengo que hacer, y me desespero porque no se sabe cuándo va a terminar esto. Pienso que voy a reprobar y que ya no voy a poder ver a mis amigos nunca. Primero estaba contento porque pensaba que iba a tener 40 días de vacaciones, pero ahora ya no se sabe cuándo se va a terminar.

Una niña de 11 años nos compartió lo siguiente:

Con la pandemia casi siempre mi emoción es más el enojo que tristeza y felicidad. Es casi más enojo, cualquier cosa que me dicen me enojo, ponte a hacer la tarea, recoge esto, así cosas. Y lo que me da miedo es que nunca haya cura y que me tenga que estar encerrada para toda la vida. Sería feo ya no poder ser libres, salir a donde quieras, a la hora que quieras (Corona, 2021).

Como se puede ver en los anteriores testimonios, estos niños y niñas manifestaron sentirse abrumados por distintas causas y también expresaron su temor de que la pandemia fuera una situación que perdurara, sin que ellos tuvieran la posibilidad de hacer algo. Podemos decir con seguridad que este confinamiento por más de un año realmente ha sido una experiencia traumática para la mayoría de los niños.

Ahora bien, ya hemos mencionado la manera en que la violencia se incrementó durante la pandemia, específicamente el abuso familiar hacia la infancia es la violencia más común que experimentan niñas y niños, ya que muchas veces los niños, principalmente las niñas, son atacados físicamente por los padres, padrastros o los hermanos, y muchas veces se quedan paralizados al ser testigos de una escena de violencia, escondiéndose y tratando de ser invisibles para escapar de ser objeto de la misma. Aparte de la agresión física, la violencia psicológica, las humillaciones y las amenazas son conductas que agobian a los niños, sin que puedan expresar lo que les pasa.

El Comité de los Derechos del Niño (CDN), mediante la Observación General núm. 13, plantea los efectos devastadores de la violencia contra los niños, que van desde problemas de salud física, retraso en el desarrollo, dificultades de aprendizaje y consecuencias psicológicas y emocionales, como rechazo, temores, ansiedad y problemas de autoestima. En casos más graves afecta la salud mental provocando ansiedad e incluso intentos de suicidio. En la consulta que se hizo a niños en 2018, mencionan que los riesgos pueden ir escalando y poniendo en peligro la seguridad e incluso la vida de niñas y niños. Sin embargo, no se puede minimizar el efecto altamente destructivo de la violencia verbal y psicológica que puede incluir desprecio, hu-

millación y ridiculización, hasta amenazas, aislamiento y hacerles sentir que nunca debieron de haber nacido o que deberían estar muertos. La tipificación de negligencia también podría entrar en la respuesta de “me hacen sentir mal”, ya que aborda, por ejemplo, ignorar sus necesidades afectivas, su desempeño escolar, sus amistades, descuidar su alimentación, vestimenta y otros más (Unicef, 2020a:14). La violencia que han recibido tiene que ver con los golpes, las groserías o el que los hagan sentir mal. Ciertamente, la violencia física es la que representa un riesgo mayor en ese sentido.

Recuperar las voces de la infancia: ¿qué piensan las niñas y los niños respecto de la Covid-19?

Antes de comenzar a retomar las experiencias de niñas y niños en estos tiempos de pandemia, nos gustaría hacer un pequeño paréntesis para mencionar que, ante la crisis que sufre el país y el mundo actualmente, experimentamos una ruptura en los modelos prescritos en la sociedad, el panorama emergente nos interpela y nos hace cuestionarnos si los modelos teóricos y metodológicos actuales pueden comprender la complejidad de los cambios y las transformaciones producidas por la Covid-19. Frente a dicho escenario tornadizo, inconstante y lleno de incertidumbres, es de vital importancia contar con los testimonios de niñas y niños, que nos hablan de los cambios tan intensos que han estado viviendo y que de alguna manera ha modificado su forma de concebir el mundo.

Con la llegada de la Covid-19 se han tomado decisiones que involucran directamente al sector infantil sin considerar sus experiencias y opiniones. El que las niñas y los niños estén encerrados en casa significa mucho más que protegerse de un virus, porque para ellos la socialización es uno de los ejes principales del desarrollo. Aun cuando niñas y niños comparten muchas situaciones, también viven diversas experiencias dentro de sus hogares y enfrentan sus propias particularidades y vicisitudes. Es importante conocer cuáles son sus

opiniones acerca de la Covid-19, cuáles son sus inquietudes, temores o deseos; entender cómo han experimentado en carne propia el confinamiento. Al hablar de sus vivencias, niñas y niños no sólo están compartiendo su experiencia y opinión, sino también ayudando a que los adultos podamos comprender sus percepciones y el impacto que está teniendo esta situación en su propia subjetividad.

En este apartado se reportan los resultados de un ejercicio de acompañamiento a 45 niñas y niños de 6 a 12 años (20 niños y 25 niñas) que se hizo por medio de entrevistas telefónicas durante el mes de agosto de 2020 (Corona, 2021). El objetivo era permitir que los niños pudieran hablar sobre la situación que estaban viviendo. Se les preguntaba cómo estaban y si querían hablar de algo que les importara a ellos en ese momento. Todos los niños mostraron mucho gusto en platicar sobre lo que les pasaba y preguntaban insistentemente si les podíamos volver a llamar. Nos parece que esto mostró la necesidad de desahogarse y relacionarse con alguien que no fuera de su familia. Los datos se complementan con tres encuestas que se han hecho en México para entender la situación de la infancia y adolescencia durante la pandemia; una fue realizada por la Comisión de Derechos Humanos, otra por el Sipinna (realizada con niños menores de 6 años) y la otra por la organización de la sociedad civil Melel Xojobal, que atiende a niños trabajadores en el sureste del país.

Los testimonios nos permiten observar que las niñas y los niños muestran pleno conocimiento de las medidas de seguridad e higiene para evitar el contagio y la propagación del virus. Son conscientes de lo que el virus puede ocasionar y manifiestan ciertas preocupaciones por su estancia y duración. Responden claramente sobre la situación actual y sus cambios confusos, y expresan que el encierro y la cancelación de las clases escolares se deben a dicho problema.

Es importante considerar que en la consulta realizada por Melel Xojobal la mayor parte de las niñas y los niños son de procedencia indígena y casi la mitad provienen de hogares monoparentales,⁷

⁷ En esta población, las mujeres son las jefas del hogar en 99% de los casos.

por lo cual ellos tienen que trabajar para ayudar al ingreso familiar. En este sentido, hay una diferencia en sus preocupaciones, ya que más de 65% de las niñas y los niños manifiestan estar preocupados por ganar menos dinero, quedarse sin trabajo o tener que buscar otro.

En primer lugar, es necesario señalar la elocuencia de los testimonios de niñas, niños y adolescentes en relación con las consecuencias de vivir en confinamiento. Para los niños trabajadores del sureste mexicano la situación laboral es una de las cosas más importantes, por ejemplo, un niño de 10 años menciona que: “casi no vienen varios a comprar al mercado, vendemos en nuestro local con mi familia, pero no viene gente y no tenemos dinero”. Una adolescente de 14 años menciona que con la Covid la situación ha cambiado: “Mucho, en que a veces, cuando me pagaban le daba a mi mamá para que comprara sus cosas y ahora no ajusta”. Otra jovencita de 16 años dice que: “El dinero me servía para mis estudios y ha sido difícil porque ahora no tengo mi trabajo y no tengo con qué pagar el Internet o lo que necesito para la escuela” (Melel Xojobal, 2020:15).

En todas las consultas y en el trabajo de acompañamiento que hicimos, una evidencia generalizada es el surgimiento de estados de ánimo que van desde el aburrimiento, el miedo, la incertidumbre y la tristeza. Tanto niñas y niños como adolescentes expresan su malestar emocional ante las consecuencias de la pandemia en su vida cotidiana. Una niña de 5 años plantea que: “estoy muy triste en las tardes, porque los días que mi papá da sus clases en línea no me deja participar y me pide que guarde silencio, y peor cuando está en junta, cuando tiene junta no puedo ni respirar”; varios niños de entre 6 y 9 años manifiestan que sus papás o padrastros los golpean a ellos o a sus hermanos: “no me gusta que mi padrastro me pegue con el cinturón”, “no quiero que mi papá le pegue a mis hermanitos”, “ahora mi papá no tiene trabajo y se enoja por todo, hasta me avienta patadas” (Corona, 2021).

Hay una gran preocupación por la posibilidad de que sus seres queridos se enfermen, y al mismo tiempo un gran temor de que sus padres pierdan su trabajo y con ello puedan carecer de ingresos para

poder satisfacer sus necesidades básicas. Hay que mencionar especialmente la preocupación que tienen por sus abuelos y la tristeza que manifiestan de no poder visitarlos y abrazarlos. Por ejemplo, una niña de 8 años expresó: “La hermana de mi abuelito ya se murió y yo no he podido ir a ver a mis abuelitos, me da mucho miedo que también se vayan a morir”; otro niño de 10 años nos dijo: “Es que mi papá no se pone el cubrebocas y yo le digo que se puede morir, porque tiene que ir a trabajar en el metro donde van muchas personas” (Corona, 2021:5).

Es importante observar que los adolescentes tienen una percepción mucho más amplia de las condiciones de riesgo en las que se encuentran y por ello desarrollan emociones más complejas que los acercan a experimentar estrés, angustia y ansiedad. La familia aparece como un espacio social privilegiado en donde se viven de manera muy intensa emociones que en el mejor de los casos pueden regular los miedos y las dificultades de socializar con otras personas. Algunos de los testimonios se refieren a la casa como un espacio de cuidado y donde tienen lugar todas las actividades e interacciones posibles. Sin embargo, muchos niños manifiestan que han observado que hay un mayor número de discusiones al interior del seno familiar. Un ejemplo de ello son los testimonios de los niños menores de 6 años; ellos dicen: “Lo que me pone triste es cuando se enojan mis papitos entre ellos”, “Que mis papás se separaran”, “[Me pone triste] mi familia, me hace sentir triste que mi papá se enoja con mi mamá o conmigo”, “Que papá le hable feo a mamá y ella lo corra de la casa”, “Cuando me regaña mi papá porque se pone como Hulk” (SIPINNA, 2019). Aun cuando no hay muchos testimonios que hablen de las formas de violencia familiar directa hacia ellos, pensamos que esta ausencia tiene que ver con que la mayor parte de las consultas que se han hecho han sido por *ZOOM* y, por tanto, la probabilidad de que su familia esté escuchando es muy alta, por lo que no se animan a expresarse abiertamente sobre ese tema.

Otra de las áreas que han explorado los estudios mencionados tiene que ver con el juego como actividad fundamental, sobre todo en el caso de los niños y las niñas. Hay abiertamente una gran nostalgia

por la cercanía con sus pares, sus familiares y amigos con quienes regularmente llevaban a cabo actividades lúdicas. Manifiestan que no pueden jugar y que sus padres no los dejan jugar mucho tiempo en la computadora. Los más pequeños dicen que les gustaría poder correr y hacer deporte con sus amigos.

En términos de las actividades escolares, los testimonios no podrían ser más desoladores. Las expresiones de desencanto, aburrimiento, agobio y desazón que genera la educación a distancia son vividas como un periodo muy poco afortunado. La gran queja es que se aburren muchísimo en las clases y que no entienden lo que los maestros enseñan. Mencionan que extrañan ir a la escuela y ver a sus amigos, pero también a sus maestros. Un niño de 10 dice: “las clases son aburridísimas y lo peor es que mi mamá se enfurece si no hago rápido la tarea, pero es muchísima, mucho más que cuando íbamos a la escuela. Eso me pone muy nervioso”; una niña de primer año de primaria nos cuenta: “Ni mi mamá ni yo sabíamos cómo mandar la tarea y pasamos mucho tiempo sin que pudiéramos, yo creo que me van a reprobar”. Finalmente, varios niños mencionaron que mejor ya no quieren asistir a la escuela y sus madres confirmaron que ellas no podían estar apoyándolos como quisieran porque estaban trabajando (Corona, 2021:12).

Reflexiones finales

Ante la situación que nos está tocando vivir en estos tiempos se impone la necesidad de vislumbrar salidas que cuestionen nuestro sistema actual, los vínculos que hemos establecido con los demás y con el planeta mismo. Se requiere un nuevo pacto ecológico y social a nivel global que incluya también a la infancia, que en medio de esta crisis ha sido invisible para los gobiernos y las autoridades sanitarias. Es urgente tomar medidas para la protección de los derechos de las niñas y los niños que respondan a las situaciones particulares que están viviendo. En términos intergeneracionales se requiere establecer un paradigma relacional que responda al principio del interés supe-

rior del niño, postulado por la Convención sobre los Derechos del Niño, y que los reconozca como sujetos sociales de derechos.

En este artículo hemos planteado que la pandemia no sólo ha rebasado las acciones de los distintos gobiernos para atender a la población en general, sino que nos ha mostrado las condiciones de vulnerabilidad de ciertos sectores de la población, como es la infancia. Aun cuando se plantea que los niños no corren tanto riesgo de contagio, lo que es evidente es que para ellos el confinamiento es un evento traumático que les afecta profundamente y que marcará sus vidas a mediano y largo plazo.

Particularmente en México, los niños están siendo víctimas directas de agresiones por parte de sus padres en el ámbito doméstico, tanto en términos de violencia física como psicológica. Se han alterado las condiciones de vida relacionadas con sus procesos de socialización, debido a la imposibilidad de salir a la escuela, a la calle y a los espacios públicos. De forma paralela, los ámbitos de socialización relacionados con actividades lúdicas son prácticamente inexistentes, por lo que se han volcado a los juegos digitales como medio de entretenimiento. Mencionamos, además, que la escolarización a través de los medios de comunicación y las plataformas digitales no ha cumplido con las condiciones mínimas para facilitar el aprendizaje y se ha convertido en una pesada carga por las múltiples e irracionales exigencias que los maestros y la institución les imponen.

Ante estas situaciones pensamos que se requieren respuestas a nivel gubernamental, como revertir el aumento de la pobreza infantil, garantizar una mayor inclusión para apoyar y proteger la salud física y mental de niños y jóvenes, y poner fin al abuso, la violencia de género y la negligencia en la infancia. Para lograrlo, se deben plantear programas educativos que permitan la participación de los niños en la toma de decisiones y brindarles apoyos para que todas y todos tengan la misma oportunidad y acceso a la educación. En términos del bienestar de la infancia es esencial que los padres y maestros atiendan principalmente las necesidades emocionales de los niños, proporcionándoles la información y el consuelo que requieran para poder elaborar la situación que están viviendo; tendríamos que con-

siderar cuáles son los deseos de las niñas y los niños para equilibrar sus necesidades con las de los padres y maestros, así como el hecho de que sus discursos son los que tienen mayor predominancia.

No conocemos todavía las consecuencias que va a tener este tiempo de privaciones y confinamiento que ha sido realmente impactante para los niños, pero, por sus características, estamos seguros de que tendrá repercusiones significativas a mediano y largo plazo. De lo que debemos estar conscientes es que, para que los niños puedan elaborar su experiencia, se requiere que exista un adulto disponible que les dé un sentido de seguridad y estabilidad, y que pueda contenerlos ante la experiencia que están viviendo.

También es difícil prever cuáles serán los cambios que experimentaremos como sociedad una vez superada esta crisis, sin embargo, podríamos anticipar algunas de ellas: la transformación de las formas de convivencia y socialización en todos los ámbitos, el cambio de hábitos y comportamientos al interior de los hogares, el cambio en los patrones de consumo y muchos más. Es evidente lo imprescindible que es construir relaciones de equilibrio y respeto con nuestros semejantes y con la naturaleza, lo cual también alude a las relaciones intergeneracionales y al papel que los adultos tenemos en este nuevo orden social que ha traído la pandemia. Tenemos que asumir que la estructura social se construye cotidianamente y que los adultos, las autoridades y la sociedad civil tenemos una responsabilidad colectiva ante las nuevas generaciones.

Para terminar, queremos aludir a la propuesta de Almeida y Ramos do Ó (2020), quienes nos invitan a mirar hacia adelante para saber cuáles son los horizontes que se pueden abrir después de la pandemia. Los autores plantean que esta crisis en realidad ha venido a dislocar la manera en que nos relacionamos con la vida y con los otros y que, por tanto, es una oportunidad para recomenzar. En nuestro caso, pensamos que nos da la oportunidad de renovar las relaciones intergeneracionales, de manera que podamos reconocer la importancia que tiene la infancia en nuestra sociedad.

Bibliografía

- Acevedo, I. *et al.* (2020), “Los costos educativos de la crisis sanitaria en América Latina y el Caribe”, BID-División de Educación, Sector Social.
- Almeida, T. y J. Ramos do Ó (2020), “A vida como acontecimiento e a potência do indeterminado em tempos de pandemia para pensar a relação com a infância”, *Sociedad e Infancias*, núm. 4, pp. 285-288.
- Alston, P. (1994), *The Best Interests of the Child: Reconciling Culture and Human Rights*, Oxford University Press, Oxford.
- Álvarez, M. y J. Castillo (2019), *Panorama estadístico de la violencia contra niñas, niños y adolescentes en México*, Unicef, México.
- Asociación Internacional del Juego (IPA) (2010), “IPA Consulta Mundial sobre el derecho de niñas y niños a jugar. Resumen del Informe”, International Play Association.
- Calderón Carrillo, D. (2015), “Los niños como sujetos sociales. Notas sobre la Antropología de la Infancia”, *Nueva Antropología*, vol. 28, núm. 82, enero-junio, pp. 125-140.
- Colegio Jurista (2021), “¿Qué es el interés superior de la niñez?”, [<https://www.colegiojurista.com/blog/art/que-es-el-interes-superior-de-la-ninez/>].
- Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México (CDHCM) (2020), *Infancias encerradas. Consulta a niñas, niños y adolescentes*, Reporte de la Ciudad de México, CDHCM.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) y Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef) (2020), *Violencia contra niñas, niños y adolescents en tiempos de Covid-19*, Cepal-División de Desarrollo Social.
- Corona, Y. (2021), “Preocupaciones y testimonios de niñas y niños en tiempos de Covid”, reporte de investigación, UAM-Xochimilco.
- Corona, Y. (2013), “El rescate del juego: nuestra responsabilidad colectiva hacia la infancia”, *Anuario de Investigación 2013*, pp. 1-16.
- Corona, Y. y T. Gülgönen (2015), “Los espacios de juego para la primera infancia”, en N. del Río (coord.), *La primera infancia en el espacio público. Experiencias latinoamericanas*, UAM/Childwatch International/CEI-Programa Infancia, México.

- Corona, Y., M. Gómez Plata y M. Zanabria (2017), “Niñas, niños y adolescentes como agentes sociales, ¿una realidad posible?”, *Tramas*, núm. 45, pp. 221-239.
- Derr, V., Y. Corona y T. Gülgönen (2019), “Children’s Perceptions of and Engagement in Urban Resilience in the United States and Mexico”, *Journal of Planning Education and Research*, vol. 39, núm. 1, pp. 7-17.
- Fattore, T., J. Mason y E. Watson (2016), *Children’s Understanding of Well-being. Towards a Child Standpoint*, Dordrecht, Springer.
- Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef) (2020a), “Unicef pide evitar una generación perdida a medida que la Covid-19 amenaza con causar daños irreversibles a la educación, la nutrición y el bienestar de los niños”, [<https://www.unicef.es/prensa/unicef-pide-evitar-una-generacion-perdida-mediada-que-la-covid-19-amenaza-con-causar-danos>] (consultado el 21 de marzo de 2021).
- Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef) (2020b), “A Six-Point Plan to Protect Our Children. Global Coordination is Urgently Needed to Prevent the COVID-19 Crisis from Becoming a Child-Rights Crisis”, [<https://www.unicef.org/coronavirus/six-point-plan-protect-children>] (consultado el 21 de marzo de 2021).
- Gaitán, L. (2006), “La nueva sociología de la infancia. Aportaciones de una mirada distinta”, *Política y Sociedad*, vol. 43, núm. 1, pp. 9-26.
- Glockner, V. (2008), *De la montaña a la frontera, identidad, representaciones sociales y migración de los niños mixtecos de Guerrero*, El Colegio de Michoacán, México.
- Gülgönen, T. y Y. Corona (2019), “¿Jugar en la ciudad? La percepción de niñas y niños de la Ciudad de México sobre su entorno urbano”, *Cadernos de Pesquisa em Educação*, vol. 21, núm. 49, pp. 60-80.
- Huguet Pané, G. (2020), “Grandes pandemias de la historia”, *Historia National Geographic*, [http://historia.nationalgeographic.com.es/a/grandes-pandemias-historia_15178].
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2018), *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo. IV Trimestre 2018. Base de datos*, [<https://www.inegi.org.mx/programas/enoe/15ymas/default.html>].

- Ísaksson, A. (2006), “Kohlberg’s Theory of Moral Development and its Relevance to Education” [1979], *Scandinavian Journal of Educational Research*, vol. 23, pp. 47-63.
- Isen, A. y J. Reeve (2006), “The Influence of Positive Affect on Intrinsic and Extrinsic Motivation: Facilitating Enjoyment of Play, Responsible Work behavior and Self-control”, *Motivation and Emotion*, vol. 29, núm. 4, pp. 297-325.
- Lester, S. y W. Russell (2011), *El derecho de los niños y las niñas a jugar*, Fundación Bernard van Leer, La Haya.
- Martínez, M., I. Rodríguez y G. Velásquez (2020), *Infancia confinada. ¿Cómo viven la situación de confinamiento niñas, niños y adolescentes?*, Enclave, Madrid.
- Melel Xojobal (2020), “¿Cómo viven las niñas, niños y adolescentes de San Cristóbal de las Casas la pandemia del coronavirus?”, Consulta e Informe Ejecutivo, organizado por Sueniños, Tierra Roja A. C. y Melel Xojobal, San Cristóbal de las Casas.
- Mendoza Rivas, L. y R. E. López Estrada (2012), “Monoparentalidad y jefatura femenina: resultados empíricos en Nuevo León”, *Revista de Trabajo Social e Intervención Social*, pp. 383-410.
- Pérez Solís, I. (2021), “Aumento de abandono escolar y trabajo infantil, consecuencias del coronavirus”, *Ciencia UNAM*, [<https://ciencia.unam.mx/leer/1120/aumento-de-abandono-escolar-y-trabajo-infantil-consecuencia-del-coronavirus>].
- Podestá, R. (2007), “Nuevos retos y roles intelectuales en metodologías participativas”, *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. 12, núm. 34, pp. 937-1014.
- Qvortrup, J. (2000), “Macroanalysis of Childhood”, en P. Christensen y A. James (eds.), *Research with Children: Perspectives and Practices*, Falmer Press, Londres, pp. 66-86.
- Red por los derechos de la infancia en México (Redim) (2020). *Balace Anual Redim 2020. El año de la sindemia y el abandono de la niñez en México*, Redim, México.
- Reimers, F. y A. Schleicher (2020), *Un marco para guiar una respuesta educativa a la pandemia del 2020 del Covid-19*, Enseña Perú.

- Román, M. y B. Pernas (2009), *¡Hagan sitio, por favor! La reintroducción de la infancia en la ciudad*, Centro Nacional de Educación Ambiental/Naturaleza y Parques Nacionales (Serie Educación Ambiental), Madrid.
- Sanz Román, B. (2020), “40 días y 40 años. El confinamiento de la infancia más allá de la pandemia”, *Sociedad e Infancias*, vol. 4, pp. 229-234.
- Sepúlveda, N. (2021), “Sociología de la infancia y América Latina como su lugar de enunciación”, *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 25, núm. 70 (segundo cuatrimestre), pp. 133-150.
- Sistema Nacional de Protección de Niñas, Niños y Adolescentes (SINFINNA) (2019), *Primer ejercicio de Participación Ciudadana por la Primera Infancia, Reporte de Resultados preliminares*, Pacto por la Primera Infancia.
- Strauss, G. y P. Allen (2006), “The Experience of Positive Emotion is Associated with the Automatic Processing of Positive Emotional Words”, *Journal of Positive Psychology*, vol. 1, núm. 3, pp. 150-159.
- UniverZoom (2020), “¿Qué pasa con la salud mental de los niños durante el confinamiento?”, [<http://blogs.universum.unam.mx/univerzoom/2020/10/10/que-pasa-con-la-salud-mental-de-los-ninos-durante-el-confinamiento/>] (consultado el 23 de marzo de 2021).
- Vergara, A. *et al.* (2015), “Los niños como sujetos sociales: el aporte de los nuevos estudios sociales de la infancia y el análisis crítico del discurso”, *Psicoperspectivas*, vol. 14, núm. 1, pp. 55-65.
- Winnicott, D. W. (1971), *Realidad y juego*, Gedisa, Barcelona.

Fecha de recepción: 27/05/22

Fecha de aceptación: 26/08/22

DOI: 10.24275/tramas/uamx/202257323-350

documentos

Envejecimiento y bienestar en el México del siglo XXI

*Myriam Cardozo Brum**

Resumen

Con el objetivo de caracterizar a la población de México como sociedad de envejecimiento, el artículo comienza con la revisión del concepto y lo que ha sufrido en el marco de las Naciones Unidas; luego se procede al análisis de datos demográficos del país de las últimas décadas. La información objetiva disponible en censos y encuestas nacionales permite caracterizar el envejecimiento en términos de su nivel de pobreza y principales carencias. La aplicación de entrevistas a profesionales de la educación superior brindó datos objetivos y subjetivos para contrastarlos con los recogidos de trabajadores manuales, para comparar las condiciones de vida de quienes continúan laborando y ya se han jubilado, e incluso de quienes cotizaron para diferentes institutos de seguridad social. Una conclusión que se extrae del estudio es la primera preocupación de los adultos mayores: la disponibilidad de recursos suficientes para enfrentar sus necesidades de salud, lo que llega a provocarles angustias e incluso trastornos emocionales.

Palabras clave: envejecimiento, condiciones de vida, bienestar objetivo, bienestar subjetivo, problemas emocionales.

* Doctora en Ciencias Políticas y Sociales, jubilada del Departamento de Política y Cultura en la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM-Xochimilco. Correo electrónico: [mcardozo@correo.xoc.uam.mx].

Abstract

In order to characterize the population of Mexico as an aging society, this paper begins with a review of the concept and what it has undergone within the framework of the United Nations; then we proceed to the analysis of demographic data of the country in the last decades. The objective information available in censuses and national surveys makes it possible to characterize aging in terms of its level of poverty and main shortages. The application of interviews to higher education professionals gave us objective and subjective data to contrast them with those collected from manual workers, to compare the living conditions of those who continue to work and have already retired, and even those who contributed to different security social. One conclusion drawn from the study is the first concern of older adults: the availability of sufficient resources to meet their health needs, which can cause anxiety and even emotional disorders.

Keywords: aging, living conditions, objective well-being, subjective well-being, emotional problems.

Introducción

Desde hace varias décadas estamos atravesando una etapa de transición demográfica en la cual la población mundial está envejeciendo de forma acelerada, al tiempo que se reduce el número de nacimientos. En 2009, el número total de personas de 60 años o más en el mundo era de 700 millones, y se proyectaba que alcanzaría los 2 000 millones en 2050 (United Nations, 2009). En América Latina y el Caribe, se estimó que, entre 2010 y 2030, dicha población se duplicará pasando de 58.57 millones a 119.67 millones de personas, y en 2050 alcanzará 195.87 millones, con ello el porcentaje de personas mayores será cercano a 25% de la población total (Cepal, 2019). También habrá aumentado la edad promedio de este grupo, ya que el número de personas de 80 años o más habrá crecido en mayor proporción que los de 60 a 80 años (United Nations, 2019).

El *envejecimiento* se entiende como un proceso que inicia desde el nacimiento de la persona y se caracteriza por los cambios en los niveles físicos, mentales, individuales y colectivos (OPS, 2002), de ahí que se estudie desde diversas perspectivas: cronológica, biológica, psíquica o social. Por otra parte, la tercera edad ha sido caracterizada como la etapa en que la integridad (valoración de lo vivido, superación de las pérdidas) lucha contra su opuesto: la desesperación agravada por el temor a la muerte (Erickson, 1982).

Por sus características psicosociales, la población que vive esa etapa está provocando la necesidad de crear nuevos servicios para ser ofrecidos a las familias, la sociedad y el Estado, asumidos con un enfoque efectivo de derechos humanos, el cual reemplace su consideración como objeto de asistencia argumentando su desgaste o decrepitud por otro que los reconozca como sujetos de derechos, valorados por sus contribuciones y experiencias. Además de los servicios de salud mental, ayudarían a mejorar su calidad de vida, es decir, la percepción sobre “su posición en la vida dentro del contexto cultural y del sistema de valores en el que vive y con respecto a sus metas, expectativas, normas y preocupaciones” (OMS, 2002:98), evitando así que el adulto mayor viva con sentimientos de soledad, tristeza, melancolía, ansiedad, provocados por una pérdida de sentido de su vida, lo cual lo vuelve más vulnerable ante la enfermedad y lo puede sumir incluso en la depresión. Su situación se agrava porque, a diferencia de otras personas, es difícil que los adultos mayores se puedan agrupar, acceder a los medios de comunicación y las redes digitales, así como a las esferas de poder para plantear sus problemas y propuestas.¹

Por estas razones, las preguntas que guían este artículo son: ¿cuál es la situación actual de los adultos mayores en México? y ¿qué tanto se ha avanzado en su bienestar en las dos primeras décadas del

¹ Las excepciones no son frecuentes, pero en este momento existe una muy interesante: un urólogo español jubilado de 78 años ha lanzado una iniciativa en Change.org: “Soy mayor, pero no idiota”, con el objetivo de dignificar el trato a los mayores, especialmente en los bancos. Lleva ya más de medio millón de firmas que espera duplicar antes del 8 de febrero de 2022. Cuenta con el respaldo de la Confederación Española de Organizaciones de Mayores de 65 años, con apoyo de más de 5.5 millones de personas.

siglo xxi? Para responderlas utilizaremos información estadística de un conjunto de datos fácticos agregados, relativos al denominado bienestar objetivo, posteriormente se profundizará en ella mediante metodologías cualitativas que integren entrevistas para conocer de forma directa su bienestar subjetivo, expresado a través de sus saberes, opiniones, creencias y sentimientos.

Se plantearán problemas significativos como el retiro y la jubilación, los cambios de rol en la familia y en la sociedad, la salud y la situación emocional, entre otros, para provocar la autoevaluación de lo realizado. Primero, en tanto construcción del yo, como reflexión subjetiva del sujeto sobre sí mismo frente al rol o lugar que ocupa u ocupó en la sociedad; segundo, para saber si está satisfecho con la forma en que ha vivido respecto de las convicciones y los valores con que construyó su proyecto de vida en el entorno de las relaciones de poder y roles sociales imperantes.

Es importante aclarar que no se entrará en la discusión de si la “vejez” debe ser mencionada como tal o con eufemismos como personas adultas mayores, de edad avanzada o tercera edad, por lo que los utilizaremos indistintamente para toda persona mayor de 60 o de 65 años, dependiendo de la definición efectuada por la instancia de que se trate.²

Antecedentes internacionales

La primera referencia al tema aparece establecida en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948 (ONU, s.a.), que señala que toda persona tiene derecho a un nivel de vida digna y a “la garantía de seguridad para la vejez”. Posteriormente (cuadro 1), el tema se ha discutido lentamente en diversos eventos organizados por la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

² Generalmente, la referencia es a 60 años, pero en algunos casos la edad en que inicia esta etapa la población considerada se eleva a los 65 años. Se trata, por ejemplo, del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) o algunos países desarrollados y, en México, del Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval).

Cuadro 1. Resumen cronológico de los principales antecedentes internacionales en torno al envejecimiento

Año	Organización	Declaraciones e instrumentos
1948	ONU	Declaración Universal de los Derechos Humanos
1982	ONU	Plan de Acción Internacional de Viena sobre el Envejecimiento
1999	ONU	Año Internacional de las Personas de Edad
1999	ONU	Principios de las Naciones Unidas en favor de las Personas de Edad
2002	ONU	Declaración Política y Plan de Acción Internacional de Madrid sobre el Envejecimiento
2002	OMS	Adopción de la Política de Envejecimiento Activo
2003	Cepal	Estrategia Regional de Implementación para América Latina y el Caribe del Plan de Acción Internacional de Madrid sobre el Envejecimiento
2004	CEDAW	Recomendación General núm. 27
2007	Cepal	Declaración de Brasilia
2012	Cepal	Carta de San José
2015	OEA	Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores
2020	ONU	Declaración de la Década del Envejecimiento Saludable

Fuente: elaboración propia con la información citada en el texto.

En 1982, la Asamblea General de las Naciones Unidas presentó un Plan Internacional sobre el Envejecimiento para fomentar la comprensión, nacional e internacional, de las consecuencias económicas, sociales y culturales que el envejecimiento tiene en el proceso de desarrollo (Resolución 37/51). Posteriormente, propuso reconocer a 1999 como el Año Internacional de las Personas de Edad, con el objetivo de iniciar un debate mundial y crear un consenso entre los protagonistas institucionales de la sociedad a fin de definir las estrategias para lograr una sociedad para todas las edades.

También en 1999 emitió los Principios de las Naciones Unidas en favor de las Personas de Edad, con más énfasis en los derechos humanos, centrandos sus recomendaciones en el individuo más que en la responsabilidad colectiva (Huenchuan y Rodríguez, 2010). En el caso de los cuidados, los Principios afirman que las personas de edad que se encuentren en residencias o instituciones de cuidado o de tratamiento deben contar con atenciones familiares, asistencia médica y disfrutar de los derechos humanos y las libertades fundamentales. En materia de autorrealización, deben acceder a recursos educativos, culturales, espirituales y recreativos de sus respectivas sociedades. Por último, en relación con la dignidad, deben vivir con seguridad, no sufrir explotación ni malos tratos físicos y mentales, ser tratadas con decoro, con independencia de su edad, sexo, raza, etnia, discapacidad, situación económica o cualquier otra condición, y ser valoradas cualquiera sea su contribución económica (Naciones Unidas, 1991).

Un paso más fue dado en 2002 con la emisión de la Declaración Política y el Plan de Acción Internacional de Madrid sobre el Envejecimiento. Recién en 2015 se aprobó el primer documento internacional de la Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores, agrupando los derechos y principios que deben incluirse en la legislación y las políticas públicas de los Estados miembros (OEA, 2015). Finalmente, en mayo de 2020, la Asamblea General de las Naciones Unidas declaró al periodo 2021-2030 como la Década del Envejecimiento Saludable (OMS, s.a.), consistente en un esfuerzo de los gobiernos, la sociedad civil, los organismos internacionales, los profesionales, las instituciones académicas, los medios de comunicación y el sector privado para mejorar la calidad de vida de estas personas, así como la de sus familias y comunidades.

En el largo proceso reseñado, es importante señalar las aportaciones de órganos especializados de la ONU como la Organización Mundial de la Salud (OMS) que, en 2002, adoptó la política de envejecimiento activo, incorporando en las políticas de salud los derechos humanos fundamentales, consagrados en los Principios; asunto retomado a nivel regional por la Organización Panamericana de la

Salud (ops). Por su parte, el Comité para la Eliminación de la Discriminación contra la Mujer (CEDAW, por sus siglas en inglés) aprobó la Decisión 26/III del año 2000 como contribución a la Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento, celebrada en Madrid. En 2004 adoptó la Recomendación General núm. 27, que identifica las múltiples formas de discriminación que sufren los adultos mayores y entregan lineamientos sobre las obligaciones de los Estados miembros de la Convención en materia de envejecimiento con dignidad y derechos de las mujeres (Huenchuan y Rodríguez, 2010).

Adicionalmente, los Estados miembros de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) adoptaron en 2003 la Estrategia Regional de Implementación para América Latina y el Caribe del Plan de Acción Internacional de Madrid sobre el Envejecimiento, ratificada mediante la Resolución 604. En 2007, la Cepal organizó la segunda Conferencia Regional Intergubernamental sobre el Envejecimiento en América Latina y el Caribe, en la cual se aprobó la Declaración de Brasilia, que reafirma el compromiso de los Estados miembros para promover y proteger los derechos humanos y las libertades de todas las personas de edad, erradicar todas las formas de discriminación y violencia, y crear redes de protección para hacer efectivos sus derechos. En 2012 se aprobó la Carta de San José sobre los Derechos de las Personas Mayores de América Latina y el Caribe.

Bienestar objetivo y acciones públicas hacia los adultos mayores en México

Hasta el inicio del siglo XXI, México contaba con poca información sistemática sobre el tema, aunque se percibía la precariedad de las condiciones de vida de los adultos mayores. El Censo de Población y Vivienda del año 2000 arrojó la información sintetizada en el cuadro 2 (columna 2). Se destaca la velocidad del cambio demográfico provocado por el crecimiento de 3.5% de la población mayor de 60 años frente a 1.7% de la población general.

Cuadro 2. Principales indicadores de la situación de los adultos mayores de 60 años y más en México

Temas	Censo 2000	Censo 2010	Censo 2020
Número de personas adultas mayores (PAM) y porcentaje	6.90 millones 7% de la población total	10.1 millones 9% de la población total	15.1 millones 12% de la población total
Esperanza de vida	77 años mujeres 74 años hombres	77 años mujeres 71 años hombres	75 años, en general
Razón de dependencia por vejez o Índice de envejecimiento	8.2 PAM/100 personas 15-64 años (razón)	9.7 PAM/100 personas 15-64 años (razón)	48 PAM/100 niños < 15 años (índice)
Discapacidad	No disponible	27% de PAM	27% de PAM
Ocupación laboral	29%	31.8%	29%*
Educación	Analfabetismo: 28.7% de mujeres 19.9% de hombres	Analfabetismo: 30.1%	Analfabetismo: 16%
Salud	48.1 % derechohabientes	71.4 % derechohabientes	63% derechohabientes
Vivienda	5.3 millones de hogares con población ≥ 60 años	7.4 millones de hogares con población ≥ 60 años	7 millones de hogares con población ≥ 60 años
Pobreza	No disponible	45.7%**	41.1%**
Programas gubernamentales de apoyo	No disponible	32.6%	38.3% recibe pensión

* Datos de ENOE, Primer Trimestre de 2021.

** Datos de Job (2020).

Fuente: Inegi (2000, 2010, 2020).

México compartía con los demás países de América Latina importantes problemas de pobreza, concentrada en algunos grupos entre los que se incluía el de edad avanzada. No contaba con una política integral dirigida a ese grupo de personas, cuyas múltiples facetas requerían de un enfoque que trascendiera las disciplinas, integrando en el diagnóstico de sus condiciones de vida y en la formulación de políticas públicas los componentes provenientes de la geriatría, gerontología, psicogerontología y también de la economía, sociología, antropología, educación, arquitectura y urbanística, entre otras. En cambio, el Instituto Nacional de las Personas Adultas Mayores (Inapam), la Asociación Mexicana de Gerontología y Geriatría A. C. y algunas fundaciones brindaban información, cursos y publicaban artículos especializados sobre el proceso de envejecimiento, salud, nutrición, derechos humanos, así como orientación y apoyos.

Un problema fundamental lo constituía el alto número de personas de 65 años o más con ingreso insuficiente para satisfacer sus necesidades básicas, relacionado con la pequeña proporción de ellos que trabajó en el sector formal y aportó lo suficiente durante su vida laboral para contar con una jubilación o pensión de tipo contributivo en su edad adulta mayor. En 2001, sólo 41.6% de la población económicamente activa (PEA) cotizaba en alguno de los institutos de seguridad social del país. Ante esa situación, se volvió imprescindible la creación de programas sociales financiados con recursos fiscales, iniciativa del Gobierno del Distrito Federal mediante la pensión para adultos mayores, de tipo no contributivo, denominada Programa de Apoyo Alimentario, Atención Médica y Medicamentos Gratuitos para Adultos Mayores de 70 años residentes en el Distrito Federal (cuadro 3). En 2002, se aprobó la Ley de los Derechos de las Personas Adultas Mayores (Cámara de Diputados, 2022) con el objetivo de explicitarlos y garantizar su cumplimiento.

*Cuadro 3. Principales acciones legislativas
y gubernamentales de México*

Año	Órgano responsable	Acción
2001	Gobierno del Distrito Federal	Pensión para Adultos Mayores de 70 años
2002	Poder Legislativo	Ley de los Derechos de las Personas Adultas Mayores
2003	Gobierno Federal	Programa de Atención a Adultos Mayores en Zonas Rurales
2004	Gobierno Federal	Creación del llamado Seguro Popular
2005	Gobierno Federal	Componente de Apoyo para Adultos Mayores del Programa Oportunidades
2007	Gobierno Federal	Programa 70 y Más
2012	Decreto Presidencial	Creación del Instituto Nacional de Geriátría (Inger)
2019	Gobierno Federal	Pensión para el Bienestar de los Adultos Mayores de 65 años

Fuente: elaboración propia con información citada en el texto.

A partir de 2003 se aplicó el programa federal de Atención a Adultos Mayores en Zonas Rurales, al cual, en 2007, le sucedió el Programa 70 y Más, con un apoyo de 500 pesos mensuales en efectivo a través de entregas bimestrales a más de 2.1 millones de beneficiarios de 76 315 localidades del país. Entre esas dos fechas, en 2005 se incorporó el componente de apoyo para adultos mayores del Programa Oportunidades. En el cuadro 2 (columna 3), se resume la información generada por el Censo de Población y Vivienda de 2010 que muestra un sensible aumento de la población, especialmente de adultos mayores, y de la razón de dependencia por vejez. El incremento del indicador social que más resalta es el de derechohabiencia en salud, debido a la creación del controvertido Seguro Popular que cubría a 28.1% de la población.

En 2012 se agregó un Instituto Nacional de Geriátría al conjunto de institutos nacionales de salud del país, con el objetivo de formar recursos humanos y realizar investigación sobre el envejecimiento, las enfermedades y los cuidados del adulto mayor. En 2014 el gobierno federal inició el programa social, no contributivo, Pensión para Adultos Mayores (PAM), que otorgaba una transferencia monetaria de 580 pesos mensuales a adultos mayores de 65 años de edad. A partir de 2019, con el nuevo gobierno federal, la PAM pasó a llamarse Pensión para el Bienestar de los Adultos Mayores (PBAM), duplicó su monto y se constituyó en un derecho universal.

La Ley de los Derechos de las Personas Adultas Mayores de 60 años había sido reformada y establecía diversos principios rectores como la autonomía y autorrealización, participación, equidad, corresponsabilidad y atención preferente (artículo 4), y los derechos de integridad, dignidad y preferencia, certeza jurídica, protección a la salud, la alimentación y la familia, a la educación, al trabajo y sus capacidades económicas, a la asistencia social, la participación, la denuncia popular y el acceso a los servicios (artículo 5), entre otros, pero existía una gran dispersión jurídica para facilitar su pleno ejercicio.

El Censo de Población y Vivienda de 2020 informó (cuadro 2 columna 4) que los hogares con población de más de 60 años se habían reducido, mientras la población de esa edad seguía en aumento. El analfabetismo se había reducido sensiblemente y la derechohabencia en servicios de salud había vuelto a disminuir con la sustitución del Seguro Popular por el Instituto de Salud para el Bienestar (Insabi). El Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval) informaba una reducción de la pobreza en este grupo de edad y un aumento del apoyo de programas gubernamentales anteriores: del total de hogares en que vivía al menos una persona de 65 años o más, 52.7% había recibido ingresos de Prospera, Oportunidades, PAM y Procampo, principalmente. Consideraba que 47.6% de esta población no contaba con ingresos suficientes para satisfacer sus necesidades básicas (Coneval, 2020).

De 2020 a la fecha, a pesar de los incrementos de pensionados del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) (4.39 millones a finales

de 2020 y 4.59 en noviembre de 2021) y de los aumentos a las pensiones no contributivas, la población sufrió los efectos de la pandemia de Covid-19. Para los adultos mayores significó un riesgo aún más grave que para el conjunto de la población, que se incrementaba en caso de padecer enfermedades como diabetes mellitus o hipertensión, muy comunes entre ellos. Como resultado del confinamiento, sus vidas cambiaron totalmente: algunos dejaron de participar en reuniones, cursos y paseos, mientras que otros vieron sus viviendas abarrotadas de familiares que a toda hora trabajaban en casa o hacían sus labores escolares. El miedo al aislamiento y el apoyo de algunas organizaciones motivó a muchos a aprender a usar teléfonos celulares y computadoras. De acuerdo con la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), durante el primer trimestre de 2021, la tasa de actividad económica de los adultos mayores fue de 29 por ciento.

Actualmente, la PBAM es un derecho de las personas de 65 años y más, se eliminó la exclusión de los jubilados o pensionados que recibieran más 1 092 pesos mensuales (que regía en el anterior periodo de gobierno) y desde 2022 se está entregando 3 850 pesos bimestrales, con el compromiso de aumentar 20% más en los meses de enero de 2023 y 2024, hasta alcanzar 6 000 pesos. De esta manera, a inicios de 2022 se informa que casi se ha alcanzado a 10 millones de personas de la población objetivo.

En lo que va del siglo XXI, poco a poco, los programas dirigidos a apoyar a los adultos mayores se han ido modificando, además de su nombre, la edad exigida, la cobertura geográfica, los montos de los apoyos, entre otros. Sin embargo, considerando que entre 1990 y 2020, el porcentaje de población mayor de 60 años pasó de 6 a 12% del total, y que el índice de envejecimiento llegó a 48 adultos mayores por cada 100 niños o niñas con menos de 15 años, confirmamos que también la población de México se ha venido transformando en una sociedad del envejecimiento. En cambio, a diferencia de otros países, sólo hay 18 925 personas con más de 100 años de edad en una población total de 126 millones (Inegi, 2021).

La discusión que se ha planteado en México, y prácticamente en todo el mundo, es si la atención de las personas de edad debe ser

responsabilidad del Estado (no sólo de algún gobierno esporádico), con personal especializado, como sucede, por ejemplo, en Noruega, Suecia o Canadá; o debe ser asumida por las familias. En el último caso, puede recargar de trabajo a la mujer e impedir su desarrollo fuera del hogar, o bien que se tenga que asumir el costo de optar por las residencias privadas. Una posibilidad intermedia, mientras el adulto mayor quiere y puede valerse por sí mismo, son las residencias o los clubes de día, que le permiten continuar manteniendo su preciada autonomía. A esto debe sumarse la necesaria adecuación de la infraestructura urbana: banquetas y transporte colectivo con accesos adecuados (Klein, 2021) o rampas para sillas de ruedas en los hospitales y lugares públicos.

Desigualdad y pensiones

México es un país de fuertes contrastes socioeconómicos: en 2018 presentaba un coeficiente de Gini de 45.4% (Banco Mundial, 2020), de los más altos de América Latina, situación que se agudiza entre poblaciones de edad avanzada. Además, con excepción de la PBAM, para una parte importante de estas últimas, la pensión no es factible porque han trabajado en la informalidad o han hecho aportaciones por tiempo insuficiente para obtener una jubilación.

Aun entre quienes reciben una pensión, México muestra una diversidad de sistemas, requisitos y montos. A partir de 2001 cuenta con cuatro sistemas: 1) pensión mínima no contributiva, financiada con recursos públicos, como la PBAM; 2) pensión de beneficio definido o pensión de reparto, de carácter obligatorio y financiada de manera tripartita: patrón, trabajador y gobierno federal, las aportaciones se integran en un fondo común, con el que se pagan las pensiones; actualmente se utiliza sólo para la generación de transición, debido a las reformas a los sistemas de pensiones; 3) pensión de contribución definida o de capitalización individual, igualmente obligatoria; en este caso, cada individuo es dueño de sus ahorros que, junto con los rendimientos de sus inversiones, constituirán los fon-

dos para financiar su pensión, está vigente para la mayoría de los trabajadores formales del país; y 4) diferentes tipos de ahorro voluntario, como las cuentas individuales, planes de ahorro privados para pensiones y planes *ad hoc* de los empleadores, son esquemas flexibles, discrecionales y distintos entre sí (Villarreal y Macías, 2020).

De los sistemas mencionados, el segundo y tercero están mayoritariamente a cargo del IMSS, seguido del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE) y una pequeña parte por otros institutos: Petróleos Mexicanos (Pemex) o Comisión Federal de Electricidad (CFE). Los montos de las pensiones otorgadas por los sistemas anteriores son muy variados; por ejemplo, mientras que en el ISSSTE el tope de las jubilaciones ha permitido obtener un máximo de 26 400 pesos hasta diciembre de 2021; en el IMSS se puede alcanzar el doble y aún más en los otros sistemas. Además, existe la posibilidad de que un adulto mayor haya cotizado en los dos sistemas y obtenga las dos pensiones. Por último, como actualmente la PBAM es un derecho universal, una persona podría obtener una tercera pensión no contributiva. Esto genera serias desigualdades, incluso entre los pensionados, especialmente entre pensiones contributivas y no contributivas. Coneval afirmaba en 2018 que 30.9% de la población de 65 años y más contaba con una pensión por el sistema contributivo, con un ingreso promedio de 5 878 pesos mensuales; mientras que el PAM (no contributivo) apoyaba a 43.2% de la misma población, con un monto promedio de 550 pesos por mes. Por su parte, la Auditoría Superior de la Federación (ASF) agregaba que 56.5% (cerca de 2.8 millones) de las personas con beneficio definido obtuvo una pensión inferior a 5 000 pesos, mientras que 0.2% (8 814 personas) se ubicó por encima de 100 000 pesos (Zepeda, 2019).

También entre grupos específicos de jubilados, como los que trabajaron en la educación superior, se repiten las diferencias por pertenecer algunos al sistema del ISSSTE y otros al del IMSS. Debido al tope que ha estado vigente para la mayoría del ISSSTE, entre los profesores ha existido la tendencia a no jubilarse para evitar la enorme reducción de ingresos que obtendrían, lo que provoca que los jóvenes

tengas pocas oportunidades para incorporarse al trabajo académico. Ante esa situación, diversas instituciones (El Colegio de México, Universidad Nacional Autónoma de México) han diseñado proyectos que complementan las jubilaciones ofrecidas por la seguridad social, como parte del cuarto sistema antes descrito. Sin embargo, a su discrecionalidad y flexibilidad, se ha agregado recientemente su incertidumbre jurídica. En 2018, la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) creó el Programa Temporal de Renovación de la Planta Académica mediante el Acuerdo 14-2018, que ofreció a un grupo de 50 profesores, con más de 70 años de edad y más de 30 años de trabajo en la UAM un estímulo de 25 000 pesos mensuales para complementar la pensión del ISSSTE. Sin embargo, en abril de 2021 se les comunicó que ya no se contaba con suficientes fondos para cumplir el Acuerdo y se les ofreció una compensación de 1.25 millones de pesos mediante el Acuerdo 10-2021, que la mayoría aceptó considerándolo injusto.

Como se ha podido ver en los apartados previos, México ha ido aumentando la disponibilidad de información objetiva respecto de los adultos mayores, pero estos datos estadísticos se concretan en escenarios vivenciales muy diversos, con problemas, percepciones, emociones y propuestas de los que poco se sabe: en un extremo, el de quienes viven en la calle, en extrema pobreza, o de quienes lo hacen con familias que los maltratan y se apoderan de sus bienes e ingresos; en el polo opuesto, el de aquellos que continúan viviendo con sus familias, que los aman y cuidan o que están en condiciones de pagar por una buena atención en una residencia privada. De ahí el interés de profundizar más en materia de bienestar subjetivo que, en estos momentos de pandemia, sólo se logró mediante un limitado número de entrevistados que compartieron sus experiencias en situaciones variadas.

Testimonios: datos objetivos y subjetivos

Un primer antecedente de la información subjetiva general fue reportado por Inegi en 2012, 2014 y 2021, al levantar la Encuesta Nacional de Bienestar Autorreportado (Enbiare), la cual informa que 15.4% de la población encuestada padece tristeza, falta de concentración, depresión o no duerme bien, entre otros, hasta llegar a 19.5% entre las mujeres; mientras que sentirse severamente nervioso, intranquilo o preocupado alcanza a 19.3 por ciento.

Al profundizar en el ámbito subjetivo de la tercera edad, se hizo un esfuerzo por contar con testimonios actuales de residentes en diferentes entidades federativas, con diversas situaciones socioeconómicas, casos de personas jubiladas y en edad de jubilarse, hombres y mujeres, y distintas edades. Evidentemente, no constituyen una muestra representativa, sino que los participantes fueron seleccionados con la mayor diversidad posible dentro de las restricciones impuestas por la pandemia. Se logró un total de 13 testimonios: siete personas de la Ciudad de México, cuatro del estado de Morelos, uno de Jalisco y otro de Chiapas. Dos de ellos aún trabajan en universidades del país y gozan de una situación económica holgada; ocho son jubilados de dichas instituciones con situaciones variables; una se desempeñó en cargos administrativos y dos más son trabajadores manuales con ingresos bajos. Ocho son mujeres y cinco hombres; sus edades varían entre los 56 años y 88 años.

Sus presentaciones inician con algunos datos generales que permiten caracterizar cuantitativamente su situación en torno a sus ingresos, jubilación y gastos; luego se incorpora la información subjetiva. Los testimonios se presentan ordenados por edades, de menor a mayor, y con nombres ficticios.

1) Comenzamos con Rafael, de 56 años que, si bien no alcanza la edad mínima para incorporarse al grupo de adultos mayores, disfruta ya de dos jubilaciones, una del sector educativo y otra de una empresa paraestatal. Trabajó cuatro años de manera informal y luego cotizó al IMSS por más de 30. Hoy en día recibe 60 000 pesos men-

suales de pensión. Vive solo, pero cubre los gastos de manutención y colegiaturas de sus hijos. Mientras trabajaba, revisaba regularmente su estado de salud; ese tema y el familiar son sus principales motivos de preocupación.

A pesar de contar con un doctorado finalizado, ahora utiliza parte de su tiempo libre en estudiar otro posgrado. El resto del tiempo lo dedica al deporte, baile, lectura y televisión. Se considera satisfecho con su vida por motivos intelectuales y profesionales, no menciona otros. Expresa que no planeó su vida, sino que se preparó y tomó las oportunidades que se le fueron presentando con inteligencia y responsabilidad. Su mayor pérdida ha sido la muerte de su padre, pero no se refiere a su proceso de duelo. Expresa que a veces siente un poco de depresión, pero considera que se encuentra dentro de rangos “naturales”. Debido a su edad y compañía familiar no ha sentido la conveniencia de vivir en una residencia para adultos, pero no la descarta a futuro. Considera que la vejez se debe vivir en un contexto de dignidad, autonomía, seguridad, libertad, no violencia, no discriminación y acceso a la cultura, pero su calidad de vida podría mejorar contando con un ingreso mayor, que le permitiera disponer de un seguro de gastos médicos mayores, que recientemente debió cancelar.

2) César tiene 60 años de edad y es trabajador manual. Durante nueve años no cotizó a ninguna institución, pero ya tiene 30 haciéndolo en el IMSS. Si bien ya podría jubilarse, sigue trabajando para tratar de mejorar su pensión futura. Su salario actual es de 8600 pesos mensuales, aunque también realiza otras “chambitas”; debido a su edad, aún no puede acceder al PBAM. Piensa que si se jubilara recibiría una pensión de 75% de su salario actual y con ello debería hacer frente a los gastos de las cuatro personas que dependen económicamente de él. Sus principales erogaciones son la compra de alimentos y el pago de servicios. Su estado de salud lo revisaba con regularidad en el IMSS hasta que dejó de hacerlo por la pandemia, pero está satisfecho con su atención.

En su tiempo libre le gusta leer, mirar televisión, bailar, un poco de Internet y también hacer trabajos extra. Se siente satisfecho con

su vida y su familia, a pesar de que ha tenido pérdidas cercanas; sus hijos valoran su esfuerzo, que permitió a uno de ellos llegar a obtener un título universitario. Considera que no padece ningún problema emocional o psicológico, sólo le preocupa que le pueda pasar algo malo a su familia. No considera aún la posibilidad de vivir en una residencia o asilo para ancianos, pero tampoco lo descarta a futuro para no constituirse en una carga familiar. Piensa que la mayoría de las características con que se debería vivir la vejez (autonomía, libertad, etcétera) se gozan con restricciones y que su calidad de vida mejoraría si contara con “más salud”.

3) Felipe coincide mucho con el caso anterior. También tiene 60 años y se desempeña como trabajador manual. Lleva 25 años cotizando en el IMSS, continúa trabajando y actualmente gana 6800 pesos mensuales, con lo que cubre el gasto familiar de él y su esposa, ya que sus cuatro hijos son independientes. Desea jubilarse, pero también lo duda porque su ingreso se reducía a cerca de 5000 pesos mensuales y aún no tiene edad para acceder al PBAM. Se siente bien de salud, visita poco a los médicos y, si tiene que hacerlo, recurre a los servicios del IMSS que considera satisfactorios.

Su pasión es la música, mira televisión, lee poco y baila algo. Hubiera querido vivir económicamente mejor y ser más saludable, pero se siente contento y valorado a pesar de sus pérdidas familiares. Considera que no padece problemas emocionales, tiene amigos de su edad con los que platica y comparten problemas, como la falta de trabajo. En el futuro le gustaría vivir en un hogar de ancianos para cambiar “de tanta familia”.

4) Gavilán es una mujer de 66 años que estudió hasta el bachillerato y ha trabajado en administración de manera informal durante doce años, otros doce cotizó en el IMSS y doce más en el ISSSTE. Vive con otras cuatro personas que no dependen económicamente de ella. Recibe apoyo del PBAM. Sus principales gastos son de alimentación y transporte. No desea jubilarse, por lo que ya retiró sus dos fondos. Asiste a servicios médicos del ISSSTE y está satisfecha, salvo por la reducción del número de estudios.

Le gusta leer, mirar televisión y navegar por Internet. A pesar de que también ha tenido pérdidas familiares, está satisfecha porque vivió como se lo propuso. No padece problemas emocionales, tiene amistades con las que platica y le preocupa cómo va a afectar la situación actual a los jóvenes. Le gustaría vivir en una residencia cuando sea necesario para recibir cuidados especializados. Considera que se cumplen las características establecidas por la ley para los adultos mayores y sólo aspira a tener buena salud y mejorar sus ingresos.

5) Arturo tiene 68 años, trabajó casi toda su vida en el sector educativo y tiene grado de doctor. Cotizó tanto en el IMSS como en el ISSSTE durante 42 años. Está jubilado por este último instituto y, hasta diciembre pasado, recibía la pensión máxima de 26 400 pesos mensuales y otros 3 100 pesos bimestrales (con datos de diciembre del año pasado) del PBAM. Con dicho ingreso cubre principalmente seguros y gastos de manutención. Asiste regularmente a revisión médica particular y está satisfecho con su calidad.

Su tiempo libre lo destina a actividades muy variadas: ejercicio, danza, lectura, música, Internet, y cine y teatro en menor cantidad desde el inicio de la pandemia. Se dice satisfecho con lo vivido y menciona su actividad académica y política como sus principales causas. Ha obtenido sus logros poco a poco, sin planear su vida; también ha debido enfrentar la pérdida de su padre y varios amigos. De niño y adolescente no se sentía aceptado y se automarginó, luego cambió completamente y se volvió extrovertido, ahora siente un poco de retroceso, agravado por el retiro laboral y la pandemia, que le provoca un poco de tristeza y tendencia a emocionarse demasiado, así como ansiedad por compartir más con la familia y sus muchos amigos. No tiene preocupaciones económicas, pero sí temor a enfermarse y perder autonomía, sobre todo porque integra un matrimonio sin hijos. Por el momento, desea seguir viviendo en su casa, pero si en el futuro tuviera que vivir en una residencia para ancianos, piensa que se adaptaría. Siente que su tercera edad la vive con dignidad y sin violencia, con mediana libertad para decidir, vulnerable en términos de seguridad y discriminación y, aunque tiene acceso a

la cultura, quisiera ampliarla, sobre todo, que no sólo fuera virtual. Para gozar de mejor calidad de vida demanda más centros de atención públicos para personas mayores de los que puedan entrar y salir libremente, mayor educación para dichas personas y sus familias, y que se cumpla y supervise la Ley de los Derechos de las Personas Adultas Mayores, ya que su ejecutor, el Inapam, muestra una capacidad limitada y no se espera que la amplíe porque se ha propuesto que pase a formar parte de la Secretaría del Bienestar.

6) Ikubrick también obtuvo grado de doctora y labora en el sector educativo, tiene 70 años de edad y cuarenta de cotizar en el ISSSTE, después de dos años de trabajo informal. Sus ingresos son relativamente altos y no recibe apoyo de ningún programa gubernamental. Vive sola, aunque tiene un dependiente económico y sus mayores gastos son de carácter médico. No está segura de querer jubilarse porque piensa que recibiría unos 25 000 pesos de pensión, lo que no le alcanzaría, además de que le gusta su trabajo. No va periódicamente a revisión médica, sólo cuando sufre una enfermedad o accidente.

En su tiempo libre le gusta hacer deporte, leer, mirar televisión, ir al cine y escuchar música. Aunque también ha tenido pérdidas familiares, se reconoce el esfuerzo realizado y se siente satisfecha con su vida. Mientras se encuentra acompañada no padece problemas emocionales, pero una vez sola, puede sufrirlos. Tiene amigos, platica con ellos, no sabe si le gustaría estar en una residencia para personas mayores. Duda mucho que se logren los atributos deseables con que debería vivirse la vejez (dignidad, seguridad, etcétera), salvo el caso de acceso a la cultura. Su única demanda para tener buena calidad de vida es gozar de una jubilación digna.

7) Moy también tiene 70 años, con grado de doctora, y trabaja en el sector académico. Laboró informalmente durante tres años y luego ha cotizado en el IMSS y en el ISSSTE durante 44 más. Actualmente gana unos 95 000 pesos mensuales y recibe el apoyo del PBAM. Desea jubilarse, pero piensa que sólo recibiría unos 29 000 pesos y teme vivir más aislada. Sus principales gastos son la remuneración de tra-

bajadoras del hogar y la salud. Asiste regularmente a revisión médica privada y está de acuerdo con su calidad.

Le gusta hacer deporte, mirar televisión, leer, usar Internet y meditar. No todo ha sido como se lo propuso, por lo que expresa estar medianamente satisfecha con su vida por motivos familiares, pérdidas importantes y problemas de socialización. Sus inquietudes y las de sus amigos y amigas son la salud y las relaciones familiares. Consecuentemente, afirma padecer soledad, tristeza, ansiedad, angustia y depresión. Le gustaría vivir en una residencia para adultos mayores para tener compañía y atención especializada. Piensa que su calidad de vida mejoraría si dispusiera de compañía familiar y una red más amplia de amistades. Considera que actualmente la vejez se vive con dignidad, autonomía y acceso a la cultura, pero no necesariamente con seguridad, ausencia de violencia, de discriminación y libertad para decidir.

8) Violeta tiene 72 años, con grado de doctora, quien fuera maestra del sector educativo. Cotizó en el ISSSTE durante 44 años y actualmente recibe 25 000 pesos mensuales de pensión. Formó parte del mencionado Programa Temporal de Renovación de la Planta Académica de la UAM, cancelado en abril de 2021, que le aportaba otros 25 000 pesos mensuales. Actualmente recibe apoyo de su familia. Vive con dos personas que no dependen económicamente de ella y su principal erogación consiste en el pago de préstamos adquiridos antes de jubilarse. Asiste regularmente a revisión médica privada.

Realiza actividades como deporte, lectura, ver televisión, usar Internet, ir al cine, bailar y oír música. Se considera satisfecha con su vida por el trabajo académico realizado y la obtención de premios, aunque no se los reconozcan, por lo que considera que ha vivido como se lo propuso. Como la mayoría de los entrevistados, ha sufrido la pérdida de familiares cercanos y distanciamiento de amistades, pero su formación psicológica le permite fundamentar que no padece soledad ni problemas emocionales ya que está rodeada de familiares y amigos. También menciona la pérdida de la mitad de su jubilación por decisión unilateral de la UAM, que ha provocado

su mayor preocupación: temor de que la compensación recibida de 1.25 millones de pesos resulte insuficiente para cubrir los gastos del resto de su vida, sin tener que depender de sus hijos. No le gustaría vivir en una residencia para adultos porque considera que implica ver personas suplicando que las visiten, que se enferman y que mueren. Afirma que la vejez sólo se vive con dignidad si se trata de una persona independiente y, con autonomía, si cuenta con buena salud. En cambio, considera que se puede acceder a la cultura y tener libertad para decidir. Ella se siente segura, pero insiste en la discriminación sufrida de parte de la Rectoría de la UAM y considera como su única condición para vivir mejor que el Rector se retracte y regrese al grupo el apoyo vitalicio que los motivó a jubilarse.

9) El caso de Coco, de 74 años de edad, con formación de licenciatura, es de un trabajador administrativo en el sector educativo y la administración pública. Cotizó en el ISSSTE durante 25 años, pero ha trabajado 22 años de manera informal y continúa haciéndolo. Actualmente está tramitando su jubilación, considera que la retrasó por negligencia y “demasiada burocracia” y desconoce cuánto podrá recibir de pensión. También es beneficiario del PBAM. Vive con una persona que no depende económicamente de él. Sus principales gastos son la alimentación y recreación; no acude regularmente el servicio médico.

Entre sus actividades libres figura la lectura y la música. Está satisfecho de su vida porque disfrutó de los trabajos que realizó y sigue activo con un negocio personal. No puede decir que realizó todo como se había propuesto, pero el balance es favorable: más satisfacciones en la salud, vida familiar y amigos, que problemas. Sin embargo, ha tenido todo tipo de pérdidas: familiares, amigos y económicas. Padece depresión ocasionalmente, sobre todo como efecto residual de la Covid-19. Los temas recurrentes con sus amigos son la salud y la seguridad económica. Está de acuerdo con vivir en una residencia para adultos para no afectar a algún familiar con su cuidado. Considera que, en su caso, la vejez se vive con dignidad, autonomía, libertad para decidir y acceso a la cultura; en cambio, representan

restricciones la seguridad, la violencia y la discriminación. Su calidad de vida mejoraría teniendo espacios para realizar actividades sociales y compartir experiencias.

10) María también es doctora, tiene 75 años de edad, trabajó principalmente en el sector educativo, lo hizo informalmente durante un año, luego cotizó durante 42 años en el IMSS y el ISSSTE y se jubiló por el último. Recibe la pensión máxima de 26 400 pesos hasta diciembre pasado. Solicitó apoyo del PBAM, pero aún no lo ha recibido. Para complementar, imparte algunas clases y asesorías de forma esporádica. Vive sola, pero brinda apoyos a sus hijos; estos últimos, los gastos en salud y los seguros constituyen sus principales erogaciones. Asiste regularmente a servicios médicos privados y a uno especializado de la UNAM; ambos le resultan de buena calidad.

Sus actividades libres incluyen ejercicio, lectura, Internet, televisión, cine y música. Considera muy satisfactorio el trabajo académico realizado, pero en el plano familiar no está totalmente satisfecha, su planeación fue bastante diferente. Entre sus pérdidas figuran: familiares, alejamiento de personas cercanas, cambios en la cultura y tradiciones y de carácter económico. Sus amigos son pocos; no tiene mucha oportunidad de platicar con gente de su edad. Puede vivir un poco de nostalgia y tristeza, a veces angustia y un poco de soledad. Esta última la vive con ambigüedad porque también la disfruta ya que le permite sentirse libre y tranquila. Se puede “deprimir” cuando no encuentra solución a los problemas familiares. De momento, su estado de salud es bastante bueno y le permite vivir sola, pero le preocupa el futuro. No le entusiasma vivir en una residencia de adultos, pero tal vez la tenga que aceptar para liberar a su familia de cuidados, contar con servicios especializados y, quizá, tener compañía. Sin embargo, le preocupa su adecuada selección porque cree que muchas instituciones no cumplen los estándares deseables. Su principal inquietud es tener suficientes recursos para las dificultades a enfrentar en el futuro, especialmente servicios médicos. De momento sigue pagando su seguro de gastos médicos mayores, pero le preocupa que los incrementos de precios lo vuelvan incosteable: entre 2020 y

2021 el suyo aumentó 75%. Por ello considera que para mejorar sus condiciones de vida necesitaría más seguridad económica, servicios de salud y mejorar sus relaciones afectivas. Piensa que se debe vivir la vejez con los requisitos que establece la ley, pero también que varios de ellos no se cumplen a cabalidad, como seguridad, no violencia, no discriminación y libertad para decidir.

11) Lili trabajó en el sector financiero y también en la educación superior, tiene 76 años y cuenta con una licenciatura. Cotizó en el IMSS durante treinta años y su jubilación es de alrededor de 40 000 pesos; además, recibe apoyo del PBAM. Vive sola y no tiene dependientes económicos; sus gastos principales se vinculan con la alimentación y los servicios de su casa. Acude regularmente al servicio médico de la empresa en que trabajó.

En su tiempo libre realiza deportes, lee, usa Internet, va al cine y escucha música. Se valora y reconoce a sí misma por la vida que ha llevado, bastante cercana a la que planeó. Ha perdido familiares y amigos, pero continúa interactuando con otros; reconoce que a veces padece soledad y tristeza y su principal preocupación es la salud. No le gustaría vivir en una residencia porque teme perder libertad. No cree que en general se cumplan las características que la vejez debería tener (autonomía, seguridad, etcétera), pero en su caso particular las considera satisfechas. Para mejorar su calidad de vida le gustaría hacer un trabajo social que le permitiera apoyar a los demás.

12) Bertha tiene 78 años, con grado de maestría, trabajó diez años de manera informal y durante otros treinta cotizó en el ISSSTE desde el sector educativo. Actualmente, recibe 24 000 pesos mensuales de jubilación y el apoyo del PBAM. Vive sola y carece de dependientes económicos; sus principales gastos cubren los conceptos de alimentación y pago de servicio doméstico. Se considera a sí misma como una persona muy saludable que utiliza servicios médicos homeopáticos, aunque cada mes recoge medicamentos del IMSS para quien fuera su esposo, por lo que valora su atención como muy buena.

Sus principales actividades en tiempo libre son: leer, ver televisión, usar Internet, escuchar música, meditar, orar y hablar por teléfono con familiares y amigos. Está satisfecha con su vida porque ha tenido maravillosos familiares, amigos y empleadores, que le han ayudado a sobrellevar experiencias difíciles y conocerse más a sí misma, con sus aciertos y malas decisiones. Expresa que está en paz porque ha podido perdonar y pedir perdón a quienes lastimó. Sin embargo, ésta no fue la vida que se propuso, cumplir a plenitud lo socialmente establecido: casarse, tener hijos, etcétera. Cuando esto no sucedió como esperaba, sufrió mucho antes de aceptarse a sí misma. Además de la separación del esposo, ha sufrido la pérdida de familiares y amigos, y cambios de creencias religiosas impuestas y de ideología de extrema derecha por una de izquierda moderada. Actualmente siente tristeza por algún problema de salud u otro de su familia y también por los niveles de violencia y pobreza en el país. Cuenta con amigos y amigas, le preocupa principalmente la situación económica de las personas que carecen de una pensión. Personalmente, no le atrae la idea de vivir en una residencia, preferiría quedarse en su casa con una cuidadora, pero considera que sería lo mejor para liberar a sus hijas de esa preocupación. También piensa que, en su caso, se cumple con las expectativas de cómo se debe vivir la vejez, pero que la mayoría de los ancianos sufren vejaciones y la pasan mal. Ella está satisfecha y para vivir mejor sólo tendría que tener más voluntad para hacer ejercicio.

13) Jimena es la mayor de las entrevistadas, pero se ve muy bien a sus 88 años. Tiene grado de maestra, también trabajó en la educación y en tres países diferentes. Alcanzó a cotizar 21 años en el ISSSTE y ha obtenido una pensión de 18 000, a la que se suma el apoyo del PBAM y pensiones muy pequeñas de los demás países en que vivió. Esporádicamente, aún realiza algún trabajo. Con estos ingresos vive ella y otra persona adulta. Acude a realizarse revisiones médicas con un médico homeópata privado y está satisfecha con sus servicios.

Se mantiene muy activa en su tiempo libre con actividades de lectura, ejercicio, bailes, televisión, Internet, y cine y teatro antes de la

pandemia. Valora lo vivido y está satisfecha porque, aunque no tiene mucho dinero, vive bien. Sin embargo, no puede decir que vivió como se lo propuso porque su familia está dispersa entre México y el exterior, incluso tiene nietos que casi no conoce. Ha tenido pérdidas importantes: padres y hermano que murieron lejos y también pérdidas económicas debido a los cambios de lugar de residencia. A veces puede padecer tristeza y ansiedad por el futuro de la persona que vive con ella, pero no angustia ni depresión. Se reúne semanalmente con un grupo de amigas, aunque a veces se siente un poco ajena por diferencias socioeconómicas, culturales y políticas. Manifiesta que al rededor de su casa no hay convivencia, los vecinos casi no se conocen, echa de menos experiencias comunitarias muy gratas, vividas en el pasado; en cambio, manifiesta que mantiene una buena relación con su empleada doméstica. Está contenta como vive, no se propone mudarse a una residencia para ancianos, al menos por ahora. En este momento sólo tiene acceso a la cultura por Internet y, puesto que trata poca gente, afirma que desconoce cómo viven los demás su vejez. Sólo desea salir y comunicarse un poquito más con su entorno para mejorar su calidad de vida.

El conjunto de testimonios presentados permite confirmar una vez más las grandes desigualdades económicas encontradas entre profesionales y trabajadores manuales, y, entre los primeros, entre quienes continúan trabajando y las personas que ya se han jubilado; también, en el último caso, entre quienes cuentan con una pensión del IMSS o del ISSSTE. Sorprende encontrar un profesional con 22 años de trabajo en la informalidad. Asimismo, muestra una diversidad de situaciones subjetivas que van desde quienes no expresan padecer ningún problema o trastorno emocional hasta quien asume que sufre soledad, tristeza, ansiedad, angustia incluso depresión. La mayoría coincide en que la vejez tiene acceso a la cultura, pero carece de diversas características reconocidas como derechos, especialmente seguridad, no violencia y no discriminación. Sus preocupaciones más comunes son la situación económica, la salud y los cuidados futuros. Sobre estos últimos, las opiniones están divididas entre quienes planean vivir

en una residencia o asilo, quienes aún no lo consideran o lo dudan, y personas que lo descartan de forma contundente.

Conclusiones

Con base en los datos objetivos presentados, es posible concluir que la situación de los adultos mayores en México se encuentra relativamente estancada en las dos décadas recientes. Se informa que hasta 2020 se había incrementado la población con derecho a servicios de salud y reducido el analfabetismo y la pobreza; mientras que los indicadores como la esperanza de vida, los niveles de discapacidad y de ocupación no presentaban mayores cambios, y se identificaba una dependencia creciente de esta población frente al grupo de adultos activos. Sin embargo, esta evolución puede estar cambiando y habrá que esperar para tener información suficiente para valorarla. Por el lado positivo, desde 2019 ha habido una gran ampliación de la cobertura y los montos del Programa PBAM; por el negativo, la tercera edad ha sufrido los estragos provocados por la pandemia desde 2020.

Los censos y las encuestas nacionales revisados, a los que se agregan los testimonios actuales de dos trabajadores manuales, muestran los niveles de pobreza que aquejan actualmente a un alto porcentaje de adultos mayores en México, a pesar de los programas gubernamentales aplicados en el país desde 2003, cuyos montos reales se han incrementado recientemente. Incluso en el grupo de profesionales de ingresos medio-altos, la mitad alcanzó el máximo grado de estudios y ha trabajado y cotizado en instituciones de seguridad social durante más de cuarenta años. Dentro de ese grupo, los que ya se jubilaron lo hicieron a través del ISSSTE y sus ingresos corresponden al tope máximo de 26 400 pesos (hasta diciembre pasado), aproximadamente 30% de lo que ganaban cuando estaban activos en el sector de educación superior. Se trata de una cantidad que, cuando la persona ha perdido su autonomía, apenas puede alcanzar para pagar una residencia colectiva y un seguro de gastos médicos mayores, de los

más económicos del mercado. Esto explica la reticencia a jubilarse de quienes ya cumplen los requisitos para hacerlo.

Algo similar sucede con la desigualdad socioeconómica mostrada por las estadísticas nacionales e internacionales y confirmada vía testimonios: entre los adultos mayores activos, los profesores de educación superior pueden ganar más de diez veces el salario de un trabajador manual; entre las personas activas y las jubiladas, los profesores activos ganan tres veces más que los inactivos, y los trabajadores manuales que se jubilan por el IMSS pierden 25% de su salario; por último, entre quienes ya se jubilaron, la pensión de uno de los entrevistados supera en más de 120% a la que reciben los profesores universitarios jubilados por el ISSSTE.

En la reflexión subjetiva de las personas respecto de sí mismas, las respuestas de las entrevistas muestran gran diversidad. Todos los entrevistados han sufrido pérdidas de familiares muy cercanos y amigos, como era esperable en edades avanzadas, y ninguno refiere sus procesos de duelo y resolución. En cambio, mientras las cuatro personas de menores ingresos afirman vivir bien y estar contentas, en el extremo opuesto hay dos entrevistadas que se consideran medianamente satisfechas y son las únicas que mencionan motivos familiares y sociales, ya que el resto sólo alude a su trabajo profesional y labor-político. No se trata de que no hayan vivido su parresía (Foucault, 2014), de acuerdo con las convicciones y los valores de sus proyectos de vida, sino que temen que sus roles sociales y políticos pudieran haber interferido con sus desempeños familiares. También sobre esto las mismas dos personas son las más enfáticas en reconocer problemas de soledad, tristeza, angustia, ansiedad y “depresión”; en cambio, tres personas los descartan totalmente (entre ellos los trabajadores manuales), mientras que el resto refiere la presencia de los mismos, pero en menor grado. Lo relevante es que en ningún caso podría hablarse de una pérdida de sentido de sus vidas.

La preocupación por la salud es compartida por 11 de los 13 entrevistados y la replantean como requisito para mejorar sus condiciones de vida. Frente a la necesidad de cuidados futuros, las opiniones están muy divididas en cuanto a la posibilidad de recibirlos viviendo

en una residencia colectiva. La segunda preocupación importante es la situación económica general, especialmente, la ligada a los montos de jubilación, mencionada por seis de ellos. También se propone más actividad familiar, social y educativa, así como el interés de hacer algún trabajo social en beneficios de los demás y compartir experiencias. La mayoría considera que no se están cumpliendo varios de los principios establecidos en la Ley de los Derechos de las Personas Adultas Mayores.

En síntesis, en este primer acercamiento hacia un diagnóstico de las condiciones de vida de la tercera edad en México, que urge ampliar y profundizar, se encontraron altos niveles de pobreza y marcadas desigualdades socioeconómicas, así como ingresos limitados en el sector de los profesionales jubilados de la educación superior que reciben una pensión del ISSSTE. Esta situación se vive con preocupación en torno a la suficiencia de recursos para enfrentar posibles gastos futuros, especialmente de salud, llegando a provocar angustias e incluso trastornos emocionales.

Bibliografía

- Banco Mundial (2020), “Índice de Gini-México”, [<https://datos.bancomundial.org/indicador/SI.POV.GINI?locations=MX>].
- Cámara de Diputados (2002-2022), “Ley de los Derechos de las Personas Adultas Mayores, México”, [<http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/LDPAM.pdf>].
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) (2019), “Envejecimiento y derechos humanos: la Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores”, *Boletín Envejecimiento y Desarrollo*, núm. 17, sección Enfoques.
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval) (2020), “Se debe garantizar el acceso a los derechos sociales de las personas mayores, particularmente en pensiones, ingreso y ocupación”, Comunicado núm. 29, [<https://www.cone->

- val.org.mx/SalaPrensa/Comunicadosprensa/Documents/2020/COMUNICADO_29_POBREZA_Y_ADULTOS_MAYORES.pdf].
- Erickson, Erick (1982), *The Life Cycle Completed*, Norton, Nueva York.
- Foucault, Michel (2014), *El coraje de la verdad. El gobierno de sí y de los otros*, tomo II, Akal, Madrid.
- Fundación Bienestar del Adulto Mayor-Caritas Ancianidad (s.a.), “¿Qué sabes de la ancianidad?”, folleto, México.
- Huenchuan, Sandra y Luis Rodríguez Piñero (2010), *Envejecimiento y derechos humanos: situación y perspectivas de protección*, Cepal, Santiago de Chile.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2021), “Encuesta Nacional de Bienestar Autorreportado (Enbiare) 2021”, [<https://www.inegi.org.mx/programas/enbiare/2021>].
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2000, 2010, 2020), *Censos de Población y Vivienda*, [<https://www.inegi.org.mx>].
- Job, Vanessa (2020), “Pese a aumento de pensiones, 41% de adultos mayores vive en pobreza: Coneval”, *Milenio*, 28 de agosto, [<https://www.milenio.com/politica/comunidad/adultos-mayores-41-vive-pobreza-pese-pensiones-coneval>].
- Klein, Alejandro (2021), “Nueva vejez en el siglo XXI” (entrevista), *En perspectiva*, Uruguay, [<https://www.youtube.com/watch?v=ZzT-Lq-Km-UE>].
- Naciones Unidas (1991), “Los Principios de las Naciones Unidas en favor de las personas de edad”, [<https://www.un.org/development/desa/ageing/resources/international-year-of-older-persons-1999/principles/los-principios-de-las-naciones-unidas-en-favor-de-las-personas-de-edad.html>].
- Organización de las Naciones Unidas (ONU) (s.a.), “Declaración Universal de los Derechos Humanos”, [<https://www.un.org/es/about-us/universal-declaration-of-human-rights>].
- Organización de los Estados Americanos (OEA) (2015), “Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores”, [<https://www.oas.org/es/sla/ddi/>

- docs/tratados_multilaterales_interamericanos_A_70_derechos_humanos_personas_mayores.pdf].
- Organización Mundial de la Salud (OMS) (2002), “Envejecimiento activo: un marco político. Programa envejecimiento y ciclo vital”, *Revista Española de Geriátría y Gerontología*, vol. 37, suplemento 2, pp. 74-105.
- Organización Mundial de la Salud (OMS) (s.a.), “Década del Envejecimiento Saludable 2021-2030”, [<https://www.who.int/es/initiatives/decade-of-healthy-ageing>].
- Organización Panamericana de la Salud (OPS) (2002), “Promover un estilo de vida para las personas adultas mayores”, *Guía Regional para la Promoción de la Actividad Física*, Washington.
- United Nations (2019), “Envejecimiento”, [<http://www.un.org/es/global-issues/ageing>].
- United Nations (2009), *World Population Ageing* (ESA/P/WP/212), Nueva York.
- Villarreal, Héctor y Alejandra Macías (2020), *El sistema de pensiones en México. Institucionalidad, gasto público y sostenibilidad financiera*, Cepal (Serie Macroeconomía del Desarrollo 210), Santiago de Chile.
- Zepeda, Clara (2019), “El 56% de pensionados recibe menos de 5 mil pesos al mes y solo 0.2%, más de 100 mil: ASF”, *El Financiero*, 4 de noviembre.

Fecha de recepción: 10/02/22

Fecha de aceptación: 08/04/22

DOI: 10.24275/tramas/uamx/202257351-382

Las putas* viejas: exclusión y pobreza en el trabajo sexual de calle en la Ciudad de México

Virginia Ramírez Jiménez**

Resumen

El presente artículo tiene como objetivo dialogar con la interseccionalidad que atraviesa a las mujeres Cis y Trans¹ de la tercera edad que ejercen el trabajo sexual en las calles de la Ciudad de México. Para ello, recurro a los datos construidos mediante la observación participante durante mi trabajo de campo. Dichos datos forman parte de mi investigación etnográfica como estudiante del doctorado en Antropología Social. A través del trabajo de campo he identificado los malestares sociales de las trabajadoras sexuales de la tercera edad. A lo largo de sus vidas, estas mujeres han sido sujetas de múltiples violencias por parte de familiares, autoridades, instituciones gubernamentales y organizaciones criminales. Su vejez vislumbra

* Durante el artículo el lector podrá encontrar la categoría puta/putas como parte de un lenguaje *emic*, el cual trata de dar agencia a las verbalizaciones locales que adquieren un significado entre las personas que habitan en el lugar donde hago trabajo de campo. Esto se puede entender cuando las mujeres trabajadoras sexuales recurren a la categoría puta/putas como una forma de reivindicar su lucha política por la dignificación del trabajo sexual. Puta/putas no tiene una connotación despectiva entre ellas.

** Estudiante del doctorado en Antropología Social del Departamento de Ciencias Sociales y Políticas, de la Universidad Iberoamericana. Correo electrónico: [bickymz@gmail.com].

¹ Cisgénero (Cis como abreviatura) y Transgénero (Trans como abreviatura) son identidades de género. Las personas Cis o cisgénero son aquellas que se identifican con el género que se les asignó al nacer y que coincide con su fenotipo biológico/sexual, haciendo referencia a la clasificación femenino/masculino. En tanto que las personas con identidad transgénero o Trans son quienes se sienten y se conciben como pertenecientes al género opuesto al que social y culturalmente se le asignó a su sexo de nacimiento. Estas personas optan por una reasignación hormonal o quirúrgica de sus órganos sexuales internos o externos para la transición de su sexo al otro.

la falta de oportunidades a las que fueron sujetas durante toda su vida, incluso antes de ejercer el trabajo sexual. Decidí omitir el lugar exacto en donde realizo la investigación para evitar que mis informantes sean señaladas y hostigadas. También modifiqué sus nombres con la finalidad de proteger su identidad.

Palabras clave: trabajo sexual, vejez, género, exclusión, pobreza.

Abstrac

This paper aims to dialogue with the intersectionality that crosses the Cis and Trans women of the third age who practice sex work in the streets of Mexico City. To do this, I use the data constructed through participant observation during my fieldwork. These data are part of my ethnographic research as a doctoral student in Social Anthropology. Through fieldwork I have identified the social discomforts that these women experience in their old age as sex workers. Throughout their lives, these women have been subjected to multiple forms of violence by family members, authorities, governmental institutions, and criminal organizations. Their old age is a glimpse of the lack of opportunities to which they were subjected throughout their lives, even before engaging in sex work. I omitted the exact place where I do my research, this to avoid my informants being singled out and harassed. I also modified their names in order to protect their integrity.

Keywords: sex work, old age, gender, exclusion, poverty.

Un breve acercamiento al concepto de vejez

Si bien el envejecimiento es un proceso biológico, adquiere un significado diferente dependiendo del entorno social en que se habita. Por ejemplo, mientras que en las grandes ciudades envejecer representa una carga o problema para los familiares; en comunidades ru-

rales, una persona de la tercera edad es valorada por su sabiduría y experiencia. El envejecimiento también puede ser visto como un proceso cultural (Hareven y Adams, 1982) que se corporaliza y se produce en las personas como actores de los dramas cotidianos de la sociedad.

El envejecimiento es una fase obligatoria en la vida de todo ser humano que debe ser interpretada como un fenómeno delineado por las estructuras sociales. Esta etapa no puede entenderse de forma lineal, pues no todas las personas envejecen de igual forma. Nelly Snyder Salgado y Rebeca Wong (2007) mencionan que las inequidades del envejecimiento están íntimamente vinculadas con el género y la pobreza. Estos fenómenos están sujetos a la secuencia de acciones y experiencias sociales que se inician desde una edad temprana y culminan en la vejez. Por ejemplo, los hombres y las mujeres no experimentan el mismo proceso de envejecimiento, ya que, históricamente, las relaciones de poder han favorecido más a los hombres:

las mujeres se encuentran vulnerables por su relativamente bajo nivel educativo, poca participación en actividades económicas a lo largo de su vida, la ausencia de la pareja durante la vejez y la pérdida económica y de protección institucional que ello puede representar. Para los hombres, la trayectoria de vida en general se resume como de alta participación en actividades económicas, relativamente poca interacción con una red social y familiar, y poca familiaridad con el sistema de salud (Snyder y Wong, 2007).

Esta idea también se puede entender desde las aportaciones de Nigel Edley (2017), quien señala que uno de los elementos que da sentido a la identidad social es el rol de género que delinea el sentido de ser hombre o mujer. Estos patrones de comportamiento adquiridos desde la infancia son reafirmados por instituciones como la familia o la escuela (Edley, 2017). Por ello, la categoría de género es el primer indicador que determinará el nivel de bienestar que una persona obtendrá a lo largo de su vida: oportunidades laborales, económicas y sociales.

No obstante, habría que reconsiderar que, en comparación con los hombres, si las mujeres Cis obtienen menos retribuciones salariales por su condición de género, las mujeres Trans están sujetas a una múltiple vulnerabilidad laboral que se sustenta en la discriminación y falta de tolerancia. Esta idea la desglosaré y ejemplificaré más adelante.

Jubilarse con éxito

Uno de los malestares que implica ser una persona de la tercera edad es que el ser viejo se relaciona con vulnerabilidad, malestares corporales, problemas de salud y desmercantilización (Orejuela y Robledo, 2020). La condición biológica, psicomotriz y la falta de conocimiento respecto a la tecnología que se ocupa en la vida laboral, así como la infantilización de la vejez, son algunos de los factores que impiden que esta población se considere menos productiva en el mercado laboral. Por ello, la disminución de actividades durante la tercera edad está en gran medida relacionada con el desempleo, que va de la mano con la disminución de ingresos.

Jubilarse es una de las etapas que marca la transición entre la madurez y la vejez, y no sólo está relacionado con el ámbito económico. Jonny Orejuela y Carlos Robledo (2020) afirman que trabajar implica más que obtener ingresos: trabajar también tiene un fin social. Cuando una persona trabaja, estructura el tiempo. El trabajo es el espacio en donde puede entablar relaciones sociales y rutinas que lo hacen sentir una persona útil. Trabajar también tiene funciones psicodinámicas que evitan la depresión y enaltecen el sentido de pertenencia (2020). Pese a que las aportaciones de los autores intentan destacar la importancia de involucrar a las personas de la tercera edad en el mercado laboral, esta idea sólo aplicaría para aquellas que, tras una jubilación, adquirieron prestaciones que les garantizarán seguridad social y económica hasta el último día de sus vidas.

Probablemente la única preocupación de las/os adultas/os mayores jubiladas/os radique en sentirse poco productivos. Esta población

ha buscado su reivindicación al rechazar su infantilización y la creencia de que son seres poco productivos, llenos de ternura, que quieren pasar el resto de sus días cuidando nietos. Los tiempos han cambiado y el mercado ofrece nuevas ocupaciones para las personas jubiladas, sobre todo para aquellas que gozan de una pensión.

La condición económica que hombres y mujeres de la tercera edad hayan logrado consolidar durante toda su juventud, probablemente les brindará entretenimiento hasta el último día de sus vidas. Entonces, envejecer con “dignidad” depende del género, la clase y el lugar de origen de cada persona. Por lo tanto, la dignificación del envejecimiento es un privilegio.

Ser mujer y no jubilarse

Para las mujeres con empleos informales la situación es diferente. El trabajo se vuelve una actividad eterna y lo único que puede dar descanso es la intervención de familiares o el deceso. Mi trabajo de campo como estudiante del doctorado en Antropología Social en las calles de la Ciudad de México me ha permitido identificar que las trabajadoras sexuales Cis y Trans de la tercera edad reconocen que, pese a su edad, su única opción es trabajar y que sólo la muerte será el suceso que les brindará descanso. Muchas de ellas no saben leer ni escribir. Son mujeres de escasos recursos que a lo largo de sus vidas han sobrevivido en trabajos informales y mal pagados. Su condición social y su necesidad por mejorar su situación económica las llevó a ejercer el trabajo sexual. Entonces, a su analfabetismo y pobreza se sumó el estigma de ser “mujeres de la mala vida”. Con el paso del tiempo, no sólo encarnaron la pobreza, la exclusión social y el estigma, ahora lidian con la vejez. Esto es lo que me llevó a considerar que, “no todas las personas envejecen de la misma forma” (Snyder y Wong, 2007).

Para sustentar mi propuesta, expondré tres casos: el de Liz, mujer Trans² y trabajadora sexual de 60 años; Carito, mujer Cis³ trabaja-

² Transexual/Trans.

³ Cisgénero/Cis.

dora sexual de 63 años, y Pao, mujer cisgénero trabajadora sexual en situación de calle de 65 años de edad. Pese a que las tres mujeres ejercen el mismo oficio en el mismo espacio, sus oportunidades laborales dentro del trabajo sexual fueron determinadas por su género, su lugar de origen, su condición como madres de familia y su grado de estudios. Con el paso del tiempo, esta intersección delineó la forma en la que se encuentran viviendo su vejez.

Trabajadora sexual y madre

El sacrificio expuesto a través de la maternidad es el acto que marca la vida para algunas mujeres Cis que ejercen el trabajo sexual. Sin embargo, es la clase social la que determina en gran medida la forma en que una mujer vivirá su maternidad (Lagarde, 2015). Carito y Pao son dos mujeres que han vivido toda su vida en condición de pobreza, en tanto que su condición de madres fue el hecho que definió su vida laboral. La preocupación de que sus hijos vivieran las mismas carencias que ellas, fue lo que las orilló a “sacrificarse” ejerciendo el trabajo sexual. Esta actividad era la única opción que les permitía generar más recursos y obtener más tiempo para hacerse cargo de sus hijos, en comparación con un trabajo como empleada doméstica, en donde recibían bajos salarios a cambio de largas jornadas laborales y humillaciones.

Su sacrificio las transformó en mujeres recias, capaces de soportar cualquier adversidad por más difícil o dura que fuera. El sacrificio las legitimó como “buenas madres”. Esta idea está ligada al instinto y amor materno. De ello se derivan las virtudes de: paciencia, tolerancia, capacidad de consuelo, capacidad de sanar, de cuidar, de atender, de escuchar, de proteger, de sacrificarse (Palomar, 2004).

Los relatos que expondré a continuación han sido retomados de mis diarios de campo. La narrativa es una mezcla entre estilo formal y descriptivo, con la finalidad de reflejar la comunicación cotidiana de las trabajadoras sexuales y ayudar a las y los lectores a construir las situaciones, sin alterar la realidad de las mujeres con quienes convivo.

Breve historia de Carito

Carito jamás pensó que se dedicaría al trabajo sexual y aunque no se arrepiente de ello, reconoce que fue parte de los sacrificios que tuvo que hacer como madre. Hoy, a sus 65 años, se siente tranquila de haber sacado a sus hijos adelante. Su sacrificio está marcado por una profunda cicatriz en el cuello, resultado de un asalto mientras esperaba a sus clientes en el parque.

Ella se distingue entre sus compañeras por ser una mujer tranquila y muy amigable. Su complexión delgada y pequeña la hacen parecer vulnerable, aunque esa percepción cambia cuando sus clientes la hacen enojar. No le gusta meterse en problemas y cuando identifica alguna riña entre sus compañeras, ella prefiere buscar otro lugar para sentarse y esperar por un servicio mientras juega con su celular.

Carito comenzó a ejercer el trabajo sexual a los 36 años. En comparación con sus demás compañeras, ella ya era muy vieja para dedicarse a putear.⁴ Antes de ser trabajadora sexual, Carito laboraba como cocinera en un pequeño restaurante ubicado a un costado de un parque del centro histórico de la Ciudad de México. Una tarde fue despedida:

—Mi patrón me corrió porque ya no tenía dinero para pagarme. El restaurante estaba en quiebra y cerró semanas después de mi despido. Aquella tarde yo no sabía qué hacer. ¡Yo tenía cuatro hijos que sacar adelante!

Por unos segundos Carito miró fijamente hacia el parque. Supuse que se sentía incómoda:

—¿Estás bien? Si quieres mejor dejamos para otro día la charla.

Carito: —No, mi amor. No es que no te quiera contestar. Es que me estoy acordando de cómo me sentía aquella tarde que me corrieron y no puedo creer que hayan pasado más de veinte años. ¿Ves esa banca que está allá? [señala con su mano izquierda]. Justo esa tarde que me corrieron me senté allí, tenía mucho miedo y pensaba en cómo le iba a hacer para mantener a mis chamacos. En eso un hombre se me acercó y me preguntó: ¿Vamos?

⁴ Esta categoría *emic* se refiere al acto cotidiano de ejercer el trabajo sexual. La categoría *putear* es muy recurrente entre las personas que ejercen este oficio.

—¿Era un cliente? [le pregunté].

Carito: —Sí. Ese hombre fue mi primer cliente. Mamita, yo no lo pensé ni un segundo. Yo sólo me paré y le dije que sí. Caminamos al hotel que está allá [señala nuevamente con la mano izquierda]. Le pedí a ese hombre que me diera dinero para comprar un condón y entonces ¡ya era una puta! [ambas reímos].

—¿Sentiste miedo?

Carito: —La verdad sí. Estaba muy nerviosa porque yo sabía que lo que hacía no estaba bien. Pero también sabía que ya estaba grande y que nadie me iba a dar trabajo. Yo sólo terminé la primaria. No tengo estudios, soy una mujer ignorante. Además, tenía que darle de comer a mis hijos. Eso fue lo que me motivó.

Hasta el momento, los hijos de Carito no saben que su madre es trabajadora sexual. Dos de ellos ya fallecieron y hasta el último día de sus vidas dieron por hecho que su madre se dedicaba a la costura.

—¡Dios sabe que lo que hago fue por mis hijos! Ahora ellos ya están grandes. Les di el bachillerato y ellos se hicieron de un oficio.

Carito cuenta con el apoyo de sus dos sus hijos y, ocasionalmente, obtiene ingresos haciendo algunos trabajos de costura, pero no gana mucho en comparación con el trabajo sexual. Uno de los motivos por los que ella no deja la calle es que se siente triste de estar en su casa, pues aún no supera la muerte de sus hijos. Cuando sale a putear puede mitigar la tristeza.

—¿Has pensado en dejar el oficio?

Carito: —No, mamita. Yo creo que voy a hacer esto hasta que me muera. En mi casa no tengo nada que hacer. Mis hijos tienen su vida y no me gusta estar con ellos de metiche. Mejor me vengo aquí. Al menos aquí platico con las muchachas, me distraigo un rato y me gano mis centavos.

La personalidad de Carito la ha llevado a ganar pretendientes. No es para sorprenderse que Carito siempre reciba flores, chocolates, postres, o peluches por parte de sus “amiguitos”, como ella les llama. Incluso ha recibido propuestas de matrimonio que ha rechazado.

—Yo he visto que tienes mucho pegué,⁵ Carito. ¿No tienes novio?

⁵ Tener “pegue” es una expresión que se utiliza en México para hacer referencia a despertar interés romántico o sexual en otras personas.

Carito: —[ríe] Yo sólo tengo a mis amiguitos. A mí ya no me quedaron ganas de casarme. Mi primer y único esposo me pegaba muy feo, mamita. Me tiraba al piso y me pateaba hasta que se cansaba. Mis niños nada más se ponían a llorar y me dolía mucho que vieran a su padre violento.

—¿Entonces comenzaste a ejercer el trabajo sexual cuando ya estabas divorciada?

Carito: —¡Sí claro! Ese hombre no me dejaba ni salir ni a la tienda.

—¿Y cómo fue que te separaste si tu exmarido no te dejaba salir?

Carito: —Un día el muy cobarde estaba pasado de copas y comenzó a pegarle a uno de mis niños. Entonces me encabroné muchísimo porque una cosa era que me pegaran a mí, pero a mis niños no me gustaba que les tocaran ni un pelo. Mi exmarido tenía guardada un arma en el ropero, fui rápido por la pistola y que le digo: ¡o sueltas a mi hijo o te mato, cabrón! Y entonces el muy desgraciado se comenzó a burlar de mí, y me dijo que yo era vieja y que no sabía usar un arma.

—¿Y sabías usarla, Caro?

Carito: —En mi vida había tomado una pistola, mamita. Sólo lo había visto en películas. Entonces del coraje le disparé y que le doy en un pie [ríe]. El cobarde salió corriendo y jamás regresó.

—¿Y se hizo responsable de tus hijos?

Carito: —No, mamita. Ése era un alcohólico, un hijo de la chingada. Un maldito borracho. Todo el dinero se lo gastaba en el vicio. Mis hijos comenzaron a vivir mejor cuando yo los mantenía. Teníamos carencias, pero nunca les faltó de comer y tampoco escuela.

—¿Volviste a ver a tu exmarido?

Carito: —Me imagino que se arrepintió porque fue a buscar a los hijos, pero cuando éstos ya eran adultos. No tiene mucho que ese hombre murió. Que Dios lo perdone.

Durante el confinamiento por Covid-19, Carito recibió la ayuda de sus dos hijos. Ocasionalmente asistía al parque a ejercer el trabajo sexual, pero al igual que sus compañeras, no tenía mucho éxito consiguiendo clientes, pues las calles estaban vacías. Caro sabe que, a diferencia de sus compañeras trabajadoras sexuales, ella no morirá en la calle. Ella sigue trabajando para pagar su funeral y con ello evitar que sus hijos se hagan responsables de su muerte. En realidad, la preocupación de Carito es que sus dos últimos hijos se enteren que fue trabajadora sexual, pero no

quiere dejar el oficio, pues a su edad nadie quiere emplearla. Ella ya se siente vieja y augura que está viviendo los últimos años de su vida.

—Soy una mujer vieja y tengo mis canas, pero me sigue gustando la calle. Ahora mi objetivo es dejar todo listo para cuando me muera. Y no me da miedo morirme porque sé que en el más allá me esperan mis dos hijos y ya los quiero abrazar.

(fragmento de diario de campo, 21 de julio de 2021).

Este fragmento de diario de campo, que refuerzo con una entrevista, me permitió reconocer que Carito forma parte de las cifras de mujeres adultas, analfabetas y madres de familia que han tenido dificultades para acceder al mercado laboral formal. Caro no es la única trabajadora sexual que sobrevivió bajo estas condiciones. Persiste una generación de trabajadoras sexuales de calle que llegaron a ejercer este oficio hasta una edad madura como consecuencia de su condición de mujeres analfabetas, con escasos recursos, madres solteras y esposas violentadas. Para ellas no había espacios laborales con salarios gratificantes, el trabajo sexual fue su única opción, aunque ello implicara el rechazo social y el estigma por convertirse en “malas mujeres”. Carito no conoce de prestaciones de ley y ella misma anuncia que su jubilación está determinada por su muerte.

En comparación con Caro, Paola es una mujer que se sacrificó por obligación y no por amor. Ella está arrepentida de haberse preocupado durante sus mejores años de vida en sacar a sus hijas adelante, luego de que ellas la rechazaran cuando se enteraron que ejercía el trabajo sexual. Pao siempre creyó que el sacrificio era parte de sus obligaciones como mujer, aunque era augurio de su futura pobreza, la cual se agudiza conforme va envejeciendo.

Breve historia de Paola

Paola vive en la calle, pero la puedo encontrar con facilidad. Sé que la puedo buscar en su casita de campaña improvisada con viejos plásticos y cobijas que destaca entre los puestos ambulantes que se forman en la

zona. Aunque tiene una ligera discapacidad en las piernas, siempre se le ve yendo y viniendo con mucha prisa. Pao siempre tiene cosas que hacer: ir a buscar comida, hacer mandados, ir a recoger botellas de PET o visitar a las compañeras que le han prometido algún tipo de ayuda.

A sus 65 años Pao ejerce el trabajo sexual, pero son pocos los clientes que le pagan por un servicio completo. Ella me cuenta que a veces la buscan para servicios rápidos (como ella les llama): sexo oral o masturbar. Para Paola es muy difícil hacerse de un cliente, por eso busca otras formas de ganar dinero. Barre locales, cuida las pertenencias de sus demás compañeras, vende la ropa usada que le regalan o las despensas que organizaciones civiles le otorgan.

Pao vive en condición de calle desde hace dos años. Su economía llegó a la decadencia tras el confinamiento por Covid. Desde 2020 la mujer no puede costear el cuarto de un hotel o pagar una casa de huéspedes. La directora de casa Xochiquétzal,⁶ Yesica Vargas, la ha invitado en repetidas ocasiones a vivir en el asilo, pero Pao lo piensa mucho.

—¿Por qué no vas? Allí no pasarías hambre, ni frío y tendrías agua caliente para bañarte.

Pao: —Lo sigo pensando. Es que estar encerrada no es lo mío. Yo siempre quiero estar haciendo algo. Si voy a encerrarme me voy a hacer más vieja y no quiero.

Paola habla mucho. Es fácil ganarse su confianza mientras sepas escucharla, pues siempre tiene algo de qué quejarse y busca aliados. Aunque jamás te dará una entrevista.

—No. A mí no me vengas a poner una grabadora enfrente porque me pongo muy nerviosa. Si vas a grabar, hazlo sin que me dé cuenta. Total, no tengo nada que esconder. Mi vida siempre ha sido miserable. No tengo nada interesante que contar.

* *

Pao es originaria de Puebla. Tras el abandono de su padre biológico, su madre se juntó con otro hombre. Ella creció creyendo que su padre biológico había muerto, pues eso fue lo que toda la familia le había dicho.

⁶ Casa Xochiquétzal es un asilo para mujeres trabajadoras sexuales de la tercera edad que opera desde el año 2006. Ese espacio se creó con la finalidad de brindar respuesta a las necesidades de las mujeres trabajadoras sexuales de la tercera edad que dormían en la calle.

Uno de los episodios que marcó su vida fue el día en que supo que su padre vivía y que era un hombre en situación de calle:

—Yo tenía como 13 años y cuando pasaba por la iglesia de mi pueblo vi a un señor todo sucio y borracho. El señor se me quedó viendo y se puso a llorar. Me preguntó si yo era Paola. Yo le dije que sí. Entonces me dijo que él era mi papá. Yo sentí muy feo porque pensé que mi padre había sido un hombre trabajador. Jamás creí que mi padre fuera un teporocho⁷ de la calle. Sentí mucha vergüenza, no sé cómo explicarlo.

Pao estudió hasta el cuarto año de primaria y a los 15 años migró a la Ciudad de México. Fue recomendada por una de sus amigas para trabajar como personal de limpieza en una casa particular en la colonia Pedregal durante la década 1970. Ella reconoce que es muy buena trabajando, el problema es el trato que se desprende de la relación patrón-subordinado. Es una queja recurrente entre aquellas que, antes de ser trabajadoras sexuales, ejercían un trabajo “honesto”.

—Yo te se planchar, limpiar, lavar ropa a mano. Te cocino de todo. Pero en ese tiempo tenía que estar todo el día con la patrona y no ganaba tanto. Además, la vieja era una culera que me humillaba. Pinche vieja fufurufa.⁸

A Pao le cuesta mucho trabajo reconocer la forma en la que se inició en el trabajo sexual. A veces dice que fue influenciada por una de sus amigas, quien la llevó a una fiesta en un salón de baile en donde se ofrecía servicio de variedad. Otras veces dice que su exmarido la cambió por dinero con un hombre que la maltrataba físicamente y que la padroteaba. Lo único que reconoce es que, en sus “buenos tiempos”, llegó a ganar mucho dinero, pero tras sufrir un accidente automovilístico que le dejó graves secuelas para caminar, Pao no volvió a tener la misma entrada de dinero ejerciendo el trabajo sexual.

—Fíjate, el accidente lo tuve ya grande, a los 36 años. Todo el dinero que tenía se me fue en mis piernas. A la par tenía que pagar las quimioterapias de mi madre, Q.E.P. No tenía seguro médico y se me fue mi dinero. Pero viví mis buenos tiempos, me daba una buena vida. Pagaba mi departamento y saqué a mis hijas adelante, puteando. Aunque son mal agradecidas, porque gracias a mi sacrificio nunca les faltó nada y ahora las culeras ni me dirigen la palabra.

⁷ Borracho, alcohólico.

⁸ Presumida.

El accidente fue el episodio que cambió su vida. Debido a ese evento, su familia supo que Paola era trabajadora sexual. Esto le hizo ganarse el desprecio de su familia, sobre todo el de sus hijas. Por su ligera discapacidad fue despedida del salón de variedades donde trabajaba y eso la llevó a ejercer el trabajo sexual en la calle. Pao se paró en un parque a la edad de 40 años.

La depresión que le causó el rechazo de sus hijas y las burlas de sus compañeras por cojear al caminar la llevaron a refugiarse en el alcohol y la piedra.⁹ El único familiar que no la rechazó fue uno de sus hermanos que vive en Puebla. Pero Pao no va a su pueblo por miedo a ser juzgada.

—Yo estoy sola. A nadie le importo. Pero yo me las voy arreglar para salir adelante. Aquí en el parque todas son culeras, te dejan sola. Lo único que quiero es un trabajo para poder pagar un cuarto, pero siempre me rechazan por mi edad. Estoy cansada de dormir en la calle, siento que nunca descanso.

(fragmento de diario de campo, 24 de agosto de 2021).

La situación de Paola ejemplifica la idea de que no todas las personas logran envejecer de igual forma y que la vejez está delineada por una intersección. A lo largo de su vida, la falta de oportunidades llevó a Paola a acumular situaciones que la fueron excluyendo socialmente.

Pao no sólo es trabajadora sexual, es analfabeta, discapacitada, de escasos recursos, con fuertes adicciones a las drogas. Todo ello se ve opacado por su condición social: es una mujer que vive en situación de calle; las personas la miran con desprecio y pocas veces le ofrecen ayuda. Incluso es despreciada por sus propias compañeras trabajadoras sexuales, quienes la culpan de su situación y la tachan de floja, peleonera y drogadicta. Hoy en día Paola sobrevive con problemas de depresión que la han orillado a consumir alcohol y piedra. Estar bajo los efectos de esas sustancias le permiten aliviar momentáneamente su tristeza, en tanto que su agresividad es una respuesta biológica de su adicción.

⁹ Cocaína en piedra, también conocida como *crack*.

Aunque Pao es una persona de la tercera edad, ella evita que la infantilicen. A Pao aún le gusta mantenerse activa y el rechazo a pisar un asilo se debe a que ella aún se considera una mujer productiva que podría trabajar como ayudante de limpieza, el problema es que nadie la quiere contratar por ser una trabajadora sexual en situación de calle.

La consecuencia de ser mujer Trans en la década de 1970

En comparación con sus compañeras, el sacrificio de Liz fue para ella misma. Uno de los objetivos por los que Liz trabajaba era parecer “mujer”. Pasó por un proceso hormonal y se puso implantes en las nalgas y senos. Algunas autoras como Annick Prieur (2008) explican que la apariencia para una Trans requiere inversión de tiempo y dinero. Para las Trans jóvenes vale la pena la transformación porque se vuelven sexualmente atractivas, lo que las lleva a incrementar sus ingresos. Aunque la inversión va produciendo menos frutos conforme se va envejeciendo (Prieur, 2008).

Para Liz el trabajo sexual siempre fue gratificante económica y personalmente. Gracias al trabajo sexual logró transformarse en una mujer muy atractiva y eso la hizo generar recursos. Sin embargo, el dinero que generaba sirvió para pagar multas y sobornos. Muchas veces, mientras era detenida por ejercer el trabajo sexual, los policías le robaban el dinero que había ganado. El abuso de poder por parte de la policía era el motivo por el que Liz buscó por mucho tiempo otro oficio que no fuera el trabajo sexual, pero nunca logró conseguir otro trabajo debido a su género, a su condición de analfabeta y por ser una persona de escasos recursos. Estos tres factores limitaron su integración a otro tipo de ambientes sociales y laborales.

La última vez que Liz supo de su familia fue a los 17 años, cuando tuvo que ir a casa de su madre por su acta de nacimiento. Ahora Liz tiene 60 años y vive con un hombre que anteriormente era su cliente y dice que ahora es su amigo, aunque asegura que no le gusta vivir con él, porque cuando su amigo está pasado de copas se pone agresivo

y comienza a insultarla. Vivir con ese hombre es mucho mejor que vivir en la calle. En varias ocasiones Liz me ha dicho que no tendría problema alguno en morir. No le gusta envejecer, pues eso le resta oportunidades como trabajadora sexual, además de que, asegura, ya vivió lo que tenía que vivir.

Breve historia de Liz

—¡Ay, mana! La juventud me está ganando.

Ésa fue la frase que Liz, mujer Trans y trabajadora sexual de la tercera edad, me expresó en un acto de desesperación. La mujer había pasado todo el día en el parque sin haber obtenido ningún ingreso.

—Los clientes prefieren a las jóvenes. Cada vez hay menos trabajo para mí. ¡Yo no sé qué voy a hacer!

La voz se le quebraba, pero se resistía a llorar. Liz me explicó que había permanecido todo el día de pie, usando un vestido de encaje. Cuando la temperatura comenzó a bajar se vio obligada a ponerse un pantalón blanco. Para su mala suerte, se sentó en un lugar sucio, manchando la parte trasera de su prenda.

—[...] y luego me senté en esa banca y ¡que me mancho el pantalón! Parece que me cagué. Por eso los clientes ni se me acercan. Hoy no es mi día, mana.

Una de las molestias de Liz es la presencia de nuevas mujeres trabajadoras sexuales en el lugar. Muchas de ellas mujeres Cis y Trans que llaman la atención por ser muy jóvenes. Para ella esto representa una competencia desleal, luego de que Liz y otras compañeras estuvieron inmersas en la lucha política de la década de 1990 por la dignificación del trabajo sexual en la Ciudad de México.

—¿Por qué no le dices a Mónica que les diga algo? Igual a ella sí le hacen caso. —Le sugerí para aminorar su coraje.

Liz: —¡Qué caso le van a hacer! Mónica no puede hacer nada. Siempre se les dice que se vayan para allá [señala una de las avenidas], pero les vale madres. Oye, manita, ¿no me prestas cuarenta pesos para una piedra? ¡Ándale!, para que se me quite el frío y el hambre.

* * *

Liz es originaria del Estado de México. Cuando era un niño de 8 años supo que era mujer, aunque biológicamente era hombre. Su modo “afeminado” fue motivo para que su madre la abandonara con su abuela. Ella tenía 6 años.

—Vivía con mi abuela y con un tío que me trataba mal. Él era muy machista y me decía que a él no le gustaban los putos y por eso me golpeaba mucho. Todavía recuerdo cuando mi madre me fue a regalar. Me dejó en el puesto de quesadillas de mi abuela y ese día supe que tenía una abuela.

Desde niña a Liz le asignaron tareas domésticas: prender el anafre, poner el café, barrer, llenar botes con agua. Liz nunca fue a la escuela, por ello no sabe leer ni escribir. Su abuela falleció cuatro años más tarde y nuevamente su madre se volvió a hacer responsable de Liz.

—Mi madre ya tenía otra familia y me ocupó para cuidar a sus hijos. Me echó la culpa de la muerte de una de sus hijas. Una bebé de meses de nacida que me dejó cuidando. Yo tenía 11 años, yo no sabía sobre bebés. Yo le daba su mamila con atole y la cargaba, pero la niña se murió. Entonces mi madre me corrió de su casa.

Liz explica que durante su adolescencia le costó mucho trabajo hacerse de un trabajo formal que le dejara buenos ingresos. Pese a que era una mujer joven, era visto como un hombre afeminado, tampoco sabía leer ni escribir y no contaba con ningún documento que la identificara. Esto ponía en duda su integridad como persona.

Liz: —Cuando eres chica Trans pocas personas te aceptan. En aquel tiempo la gente no me quería porque era un niño muy femenino. A la gente le daba vergüenza contratar a una persona como yo. El único trabajo formal que tuve fue en una lonchería que estaba por San Juan de Letrán. Aunque no me vestía como mujer, sí se notaba que yo era como “unisex”.

—¿Y cómo fue que llegaste al trabajo sexual? [le pregunté].

Liz: —En ese trabajo fue donde conocí a una chica de nombre Yesenia que se paraba afuera de la lonchería. Ella me comenzó a hacer la plática y la sentí como mi amiga. A veces yo le regalaba un taco, porque, pobrecita, ella no comía y en la lonchería sobraba mucha comida. Un día mi patrona me despidió porque le llegaron chismes de que yo había metido a las prostitutas a su negocio. Fue muy triste porque yo vivía allí y entonces ya no tenía a donde ir.

Fue así como Liz comenzó a ejercer el trabajo sexual, influenciada por Yessenia, quien le enseñó a maquillarse, peinarse y a cobrar por los servicios sexuales. Los primeros años Liz fue padroteada por Yessenia, sin embargo, a Liz nunca le pareció que su amiga ganara dinero sólo por conseguirle clientes. Por ese motivo decidió independizarse y comenzar a trabajar por cuenta propia. Pese a que ella generaba muchos ingresos como trabajadora sexual, nunca tuvo ningún patrimonio.

Liz fue una de tantas trabajadoras sexuales que lidió con los operativos policíacos durante la década de 1970 y hasta principios del año 2000. Desde los 17 años era detenida de forma violenta por el personal del extinto departamento del Servicio Secreto de la División de Investigaciones para la Prevención de la Delincuencia (DIPD). Ella explica que durante la década de 1970 los alrededores del Ángel de la Independencia era uno de los puntos para ejercer el trabajo sexual, actividad que era considerada un delito. Muchas trabajadoras sexuales Cis y Trans eran encarceladas durante quince días. Liz no recuerda cuántas veces fue a la cárcel, sólo reitera que fueron varias.

—Nos llevaban bajo el delito de usurpar la personalidad de una mujer. Nos metían a la cárcel por quince días porque nuestro delito era disfrazarnos de mujer. También decían que les robábamos a los borrachos o incautos, como ellos le decían. Pero si un borracho me pegaba, eso no era delito, me lo merecía por ser puto.

(fragmento de diario de campo, 3 de noviembre de 2021).

La situación precaria de Liz es el resultado de las campañas moralizadoras que afectaron a las personas no heteronormativas desde la década de 1940 hasta finales de 1990, encasillando a las mujeres Trans como hombres homosexuales y sujetos peligrosos (Sosenski y Pulido, 2019), hecho que limitaba su integración a la sociedad y al mundo laboral. La situación de pobreza extrema, el analfabetismo y la falta de vivienda son las situaciones en las que coinciden las mujeres Trans trabajadoras sexuales de calle de la tercera edad en la urbe de la Ciudad de México.

Aunque la tolerancia para las personas Trans obtenida mediante la lucha política LGBTTTTIQA+ a partir del año 2000 ha trazado nuevas

oportunidades de crecimiento social y económico para esta comunidad, esa lucha no ha logrado incluir del todo a las mujeres Trans de la tercera edad y mucho menos a quienes ejercen el trabajo sexual de calle y sobreviven en condiciones de marginalidad.

Viejas y putas

La intersección conformada por el género, la condición social, el lugar de origen y el grado de estudios fue uno de los factores que determinaron la calidad de vida de las trabajadoras sexuales de calle de la tercera edad. Muchas comenzaron a laborar entre los 15 o 17 años. Esta intersección que las atraviesa fue determinante para excluirlas de un mercado laboral que les permitiera obtener prestaciones como seguro médico o pensión, lo que probablemente hubiera cambiado el destino de su vejez.

Algunas asociaciones civiles encaminadas a la defensa del trabajo sexual en la Ciudad de México han buscado inalcanzablemente la dignificación de esta actividad, así como justicia para aquellas que siguen siendo extorsionadas por organizaciones criminales. Sin embargo, de acuerdo con los datos recabados en mi trabajo de campo, hoy en día el cobro de piso y la edad son los elementos que determinan las ganancias de una trabajadora sexual de calle. La única ventaja para las trabajadoras de la tercera edad es que ellas no pagan derecho de piso, pues ya no son consideradas rentables.

Las generaciones más viejas fueron testigos de otro tipo de violencia sustentada por la policía y el Estado. Las cosas cambiaron y ya no existen condenas ni operativos por ejercer el trabajo sexual. Eso representa una gran ventaja pues hay más libertad para ejercer esta actividad, lamentablemente, muchas de ellas son casi ancianas. Ahora su preocupación es sobrevivir. Las trabajadoras sexuales de la tercera edad reconocen que el sufrimiento es parte de su mundo y todas deben de vivirlo:

—La que no pague va a amanecer colgada, pero las que van a pagar son las nuevas generaciones. Nosotras ya no vamos a pagar porque ya somos viejas, ya vivimos de todo. Les toca a las nuevas, a las jóvenes.

(fragmento de diario de campo, 19 de octubre de 2021).

Las mujeres de la tercera edad con las que he convivido son fuentes de información que también me permiten ver los legados de la desigualdad (Colmex, 2018) y la distribución inequitativa de oportunidades a las que siempre estuvieron sujetas. Ellas siempre supieron que su futuro estaba destinado a la pobreza. Con lo que respecta al futuro de las nuevas generaciones de trabajadoras sexuales de calle, se puede vislumbrar mucho más catastrófico que en los casos de Paola, Carito o Liz. Muchas de ellas no llegan siquiera a cumplir los 30 años: están muriendo muy jóvenes.

Su falta de oportunidades está sujeta a su condición de migrantes, indocumentadas, mujeres en situación de calle, adictas a las drogas y el estigma que aún predomina por ejercer el trabajo sexual. En las nuevas generaciones de trabajadoras no encaja la condición de la maternidad, pero sí el consumo de drogas.

Uno de los fenómenos que está delineando su futuro es el esfuerzo que hacen para pagar el cobro por derecho de piso. Sin darse cuenta, ellas trabajan para organizaciones criminales, hecho que las estigmatiza como mujeres peligrosas, cuando son ellas quienes constantemente corren peligro. Sus jornadas laborales varían conforme los días festivos, los días de quincena y, recientemente, el confinamiento que desató la pandemia de Covid-19.

Hasta el momento, tengo el registro de dos asesinatos de trabajadoras sexuales en la zona en la que hago trabajo de campo, ninguno de ellos fue cubierto por la prensa. A finales de 2021, Cristian, una chica Trans de 28 años, perdió una pierna cuando fue atropellada por un camión de basura. Sólo en 2021 y parte de 2022 he presenciado cuatro funerales de trabajadoras sexuales: Amanda de 21 años, mujer Cis en situación de calle, que falleció de sida; Kaori, mujer Trans en situación de calle, de 28 años de edad que falleció a

consecuencia del consumo de alcohol y piedra; Valeria, mujer Cis de 30 años, que falleció por consumo de drogas; Pina, mujer Trans de 45 años, que murió por insuficiencia renal, resultado de su alcoholismo.

Los casos expuestos me llevan a considerar que la vejez no debe ser vista de forma lineal. Aunque bien dicen que el futuro es incierto, la incertidumbre depende de las oportunidades, pero las oportunidades están delineadas por el género, la clase, la condición social, económica y laboral. El futuro de las trabajadoras sexuales de calle no es incierto, ellas saben que su desenlace siempre estará vinculado a la pobreza, a la exclusión social o la muerte en una etapa joven.

Bibliografía

- El Colegio de México (Colmex) (2018), *Desigualdades en México / 2018*, Colmex, México.
- Edley, N. (2017), *Men and Masculinity: The Basics*, Universidad de California, San Diego.
- Hareven, T. y K. Adams (1982), *Aging and Life Course Transitions: An Interdisciplinary*, Guilford Press, Nueva York.
- Iuliano, R. (coord.) (2019), *Vejez y envejecimiento: aportes para la investigación y la intervención con adultos mayores desde las ciencias sociales, la psicología y la educación*, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Lagarde, M. (2015), *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*, Siglo XXI Editores, Ciudad de México.
- Orejuela, J. y C. Robledo (2020), “Vejez, trabajo y futuro pospandemia”, en C. Robledo (ed.), *La vejez: reflexiones de pospandemia*, Fundación Opción Colombia, Medellín, pp. 187-196.
- Palomar Vereá, C. (2004), “‘Malas madres’: la construcción social de la maternidad”, *Debate Feminista*, núm. 30, pp. 12-34.
- Prieur, A. (2008), *La casa de la Mema: travestis, locas y machos*, UNAM-Programa Universitario de Estudios de Género, Ciudad de México.

- Snyder, N. S. de y R. Wong (2007), “Género y pobreza: determinantes de la salud en la vejez”, *Salud Pública de México*, vol. 49 supl. 4, [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0036-36342007001000011].
- Sosenski, S. y G. Pulido (coords.) (2019), *Hampones, pelados y peccarices. Sujetos peligrosos de la ciudad de Mexico (1940-1960)*, FCE, Ciudad de México.

Fecha de recepción: 21/02/22
Fecha de aceptación: 08/04/22

DOI: 10.24275/tramas/uamx/202257383-404

Mujeres en Organizaciones de Mayores: nuevos liderazgos y procesos de subjetivación femenina

*Corina Soliverez**

*María Julia Xifra***

Resumen

El proceso de envejecimiento demográfico es global y está caracterizado por la feminización de la vejez. Esto conduce a pensar el género y la edad como parte de procesos sociales que operan generando desigualdades que afectan en mayor medida a las mujeres que a los hombres. Este artículo tiene como objetivo resaltar el valor positivo de los Centros de Jubilados argentinos y describir los cambios en las relaciones de género que se están gestando en los mismos. Los hallazgos evidencian que se registra un mayor protagonismo de las mujeres en los cargos jerárquicos, lo cual cuestiona el rasgo masculino de este tipo de instituciones. Este estudio plantea la importancia de promover el fortalecimiento de estas organizaciones como lugares de pertenencia e inclusión social, además de incorporar la perspectiva de género en las instituciones donde transitan las mujeres mayores para que puedan asumir liderazgos y promover procesos de subjetivación femenina.

* Licenciada en Psicología. Docente de la Facultad de Psicología y coordinadora del Programa Gerontológico de la misma facultad. Investigadora del Instituto de Psicología Básica, Aplicada y Tecnologías (Ipsibat) de la Facultad de Psicología en la Universidad Nacional de Mar del Plata/Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet). Correo electrónico: [csoliverez@yahoo.com.ar].

** Licenciada en Terapia Ocupacional y maestra en Gerontología. Docente e investigadora de la Carrera de Terapia Ocupacional en la Facultad de Ciencias de la Salud y Trabajo Social. Coordinadora Técnica de la Especialización en Gerontología de la Facultad de Ciencias de la Salud y Trabajo Social de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Correo electrónico: [julyxifra@yahoo.com.ar].

Palabras clave: envejecimiento, organizaciones de personas mayores, género, liderazgo, subjetividad.

Abstract

The demographic aging process is global and is characterized by the feminization of old age. This leads us to think of gender and age as part of social processes that operate generating inequalities and these affect women more than men. This paper aims to highlight the positive value of Argentine Retirement Centers and describe the changes in gender relations that are taking place in them. The findings show that there is a greater role for women in hierarchical positions, which questions the masculine trait of this type of institution. This study raises the importance of promoting the strengthening of these organizations as places of belonging and social inclusion, as well as incorporating the gender perspective in the institutions where older women transit so that they can act as leaders and promote processes of female subjectivation.

Keywords: aging, older people's organizations, gender, leadership, subjectivity.

Introducción

El envejecimiento de la población se ha acelerado en todo el mundo y, por primera vez en la historia, la mayoría de las personas pueden aspirar a vivir por encima de los 60 años (OMS, 2015). El proceso de envejecimiento demográfico es global y acompaña las múltiples transformaciones que acontecen. En este sentido, un nuevo grupo social evidenciará los diversos cambios sociales, tanto cualitativos como cuantitativos, redefiniendo el concepto de longevidad (Bernardini, 2021). Asimismo, el privilegio que hasta hace un siglo era reservado para unos pocos, hoy en día se vislumbra como una experiencia colectiva posible.

Si se considera que el género no es un fenómeno independiente de la construcción social de la vejez, será fundamental abordar el envejecimiento poblacional desde una perspectiva de género (Aguirre y Scavino, 2018). En otras palabras, el aumento en la expectativa de vida irá acompañado de una feminización de la vejez —ya que la mortalidad es menor en las mujeres mayores que en los varones—, como también de un fenómeno multigeneracional, es decir, con la convivencia de tres o cuatro generaciones que simultáneamente forman parte de una misma familia (bisabuelos/as, abuelos/as, padres/madres e hijos/as). Esto conduce, por lo tanto, a pensar el género y la edad como parte de procesos sociales que, sumados a la situación de las mujeres mayores en relación con su salud, formación, trayectoria laboral, estrato socioeconómico y participación, determinarán diversas vejezes y heterogeneidad de su curso vital.

Esto lleva a reflexionar sobre los diversos espacios de participación de las personas mayores, en particular de las mujeres mayores, en los sistemas de apoyo que respondan a una real demanda de acuerdo con las necesidades de este colectivo y habiliten oportunidades de inclusión y participación comunitaria. Entre estas alternativas encontramos las Organizaciones de Mayores (OMA), como los Centros de Jubilados, que nuclean pares por afinidades e intereses comunes, amigos, vecinos, brindando distintos tipos de apoyos (Golpe y Arias, 2005).

En este contexto y frente al nuevo escenario que expone la nueva longevidad, el presente artículo pretende describir el rol de las personas mayores que gestionan los Centros de Jubilados. En particular, la mirada recae en las denominadas mujeres hacedoras (Xifra, 2020) desde una posición feminista con perspectiva de género, para analizar los cambios acontecidos en los últimos años tanto en las dinámicas institucionales de las Organizaciones de Mayores como en los Centros de Jubilados, en tanto espacios de inclusión, pertenencia y resistencia frente a la discriminación edaísta.

Centros de Jubilados: espacios de inclusión, pertenencia y resistencia

Los Centros de Jubilados pueden ser definidos como instituciones que, mediante el desarrollo de diversas actividades: educativas, recreativas, deportivas, preventivas y socioculturales, aspiran a promover el intercambio de vivencias y experiencias entre personas mayores y así generar lazos de apoyo. Tienen como destinatarios a los mayores independientes o semidependientes, ya que algunos funcionan como comedores comunitarios, proveen alimentos, propician la participación en actividades o talleres, proporcionan atención de enfermería, pedicura, guardias de trabajadores sociales para la gestión de trámites, etcétera. En estas instituciones, las personas mayores pueden ingresar, permanecer o retirarse cuando lo deseen, por lo que la decisión de asistir es voluntaria y motivada por la satisfacción de una necesidad puntual.

Si bien los primeros Centros de Jubilados que se gestaron fueron por oficios, en la actualidad la mayor parte de ellos se encuentran vinculados al Instituto Nacional de Servicios Sociales para Jubilados y Pensionados (PAMI), por lo que los programas sociopreventivos (Actividades Sociopreventivas y Educación Alimentaria Nutricional) y Pro Bienestar funcionan en ellos. Como toda institución, están dotados de normas de organización, regulación, transformación y transmisión. Poseen una comisión directiva, definida en un orden jerárquico en el que las máximas autoridades son el presidente y el vicepresidente. A lo largo de los años se ha observado el rasgo masculino en este tipo de instituciones (Golpe *et al.*, 2014), en las que, si bien las mujeres han mostrado una importante participación, son los varones quienes han ocupado en mayor proporción los cargos jerárquicos.

La institución posee la capacidad de promover un orden simbólico y formar un tipo de sujeto ligado a cierto orden (Dubet, 2006). Es por ello que las instituciones inscriben una cultura en la subjetividad de los individuos, institucionalizando valores y símbolos. La *institución*, según Kaës (2004), es el orden por el cual se funda un

colectivo con el objetivo de realizar una tarea útil, necesaria para el funcionamiento social. Los Centros de Jubilados en tanto institución garantizan una previsibilidad, un campo de certidumbre y una estabilidad en un colectivo que, al concluir su vida productiva y disponer de una imagen disvaliosa de la vejez, genera una disrupción, la cual tensiona y pone en cuestión el sí mismo (Iacub, 2011). De este modo, los Centros de Jubilados son espacios identitarios que operan como un nucleamiento de sujetos, que lo que connota es, por un lado, un lugar que proporciona apoyo social y un espacio de resistencia para un grupo discriminado y, por otro lado, un lugar de enunciación (Golpe y Arias, 2005), con enunciados performativos frente a una sociedad que legitima esta inclusión por exclusión. El análisis de las instituciones facilita la observación y el despliegue de una lógica binaria (Bhabha, 1994), en la cual pueden construirse identidades de diferencia (viejo/joven, yo/otro), que no hacen más que visibilizar opuestos que indican categorías (adentro/fuera, inclusión/exclusión), en las cuales los sujetos ven dificultadas sus oportunidades de circulación.

Los Centros de Jubilados son un colectivo instituido, organizado y legislado en el campo de las relaciones sociales, se materializan en estas organizaciones sin fines de lucro y forman parte de la sociedad civil. Se constituyen como lugares que construyen, remarcan y desarrollan el sentido de pertenencia social en las personas mayores. Además, fomentan un reconocimiento institucional y formal de la vejez, facilitan el empoderamiento en las personas mayores y la apropiación de un espacio que los define. Esto resignifica la función de los Centros de Jubilados, donde pertenencia, inclusión, construcción de lazos, vínculos y redes, proyectos y prácticas se complementan y articulan para establecer relaciones de complejidad creciente, superadoras de una mirada estereotipada de la vejez, que habilitan el desarrollo de los derechos humanos y las libertades. En este sentido, las personas mayores se reúnen con un objetivo común, que los nuclea en las actividades y necesidades compartidas, en un entramado social donde la defensa de derechos del colectivo, ante la discriminación edaísta, se constituye en un orden de resistencia. Este análisis

nos conduce a pensar estas instituciones como un campo de lucha, en el cual las personas mayores se vuelven protagonistas, enuncian su presencia ejerciendo su ciudadanía como una alternativa frente al edaísmo y la segregación social; son espacios de reconocimiento social e individual que favorecen una nueva lectura de sí y permiten alojar ese sentir que genera perplejidad en esta etapa de la vida.

Personas mayores hacedoras: las y los líderes de los Centros de Jubilados

Existe una amplia variabilidad de personas mayores que concurren a los Centros de Jubilados. Se encuentran aquellas que se dirigen para solicitar y tramitar prestaciones y/o recursos, otras que se acercan para participar de talleres y/o actividades recreativas y también están aquellas que, mediante gestiones en esos centros, promueven beneficios para sus pares. Dentro de este último grupo están las personas mayores que son líderes de las OMA. A este grupo de personas se las denominó *hacedoras*. Si bien, como expresan algunos autores (Clark, 1997; Wilcock, 2011; Wood, 1998), ser un ser humano es *ser ocupacional*, ya que las personas con su compromiso en ocupaciones se definen a partir del *hacer, ser y convertirse* (Wilcock, 2011), al focalizar esto en las personas mayores, se ha reservado el término *hacedor o hacedora* para los y las líderes de OMA que, más allá de lo que hacen con su tiempo, cómo organicen sus actividades y los propósitos y significado que le otorguen, son capaces de relegar lo personal por el bien de un colectivo o su comunidad (Xifra, 2020). Ulloa (2011) analiza lo que sucede cuando el malestar deviene cultura, cuando cada sujeto integrante de la cultura es a un tiempo *hechura y hacedor* de ella. Puede ser considerado hechura en tanto que demora parte de su libertad en compromiso con el bien común de su comunidad; esa demora de su propio juego libre va edificando en él una ética de compromiso cultural. Esta renuncia, legítima su condición de protagonista *hacedor* de esa cultura, al postergar parte de la propia libertad.

Las personas mayores hacedoras, es decir, las y los líderes de OMA, participan activamente en la toma de decisiones, ya sea recibiendo a los profesionales y afiliados, o estando en contacto permanente con la sede de PAMI para demandar recursos para el resto del colectivo. A partir de la gestión garantizan el funcionamiento de los Programas Sociopreventivo (actividades/talleres, refrigerio, E.A.N.) y Pro Bienestar (comedor y bolsón), organizan además eventos, gestionan viajes y demandan recursos a PAMI para el resto de las personas mayores (por ejemplo, bastones, sillas de ruedas, anteojos, medicamentos, etcétera), entre otros. Todo este conjunto de actividades los convierte en protagonistas y dinamiza su trayectoria vital.

Participar de y en una organización es mucho más que asociarse o concurrir, es sentir a la misma como algo propio, es implicarse en los asuntos que hacen a la organización, no es sólo estar, sino sentirse dentro/parte (Burín, Karl y Levin, 1996, citado en Fassio, 2015). La participación en actividades sociales o comunitarias, como puede ser formar parte de un Centro de Jubilados, desempeñando actividades a nivel institucional y manteniendo relaciones con personas a las cuales se puede o no estar ligado afectivamente, implica un compromiso con los objetivos comunes para el beneficio propio o de su grupo de pares, cuidado y asistencia de otras personas. Estos mayores hacedores se empoderan, son protagonistas, se constituyen como un agente transformador participativo en actividades generacionales autogestivas. La participación permite, entonces, la ejecución de acciones colectivas de reivindicación y de lucha y modifica también la posición subjetiva. Como refiriera Golpe *et al.* (2014), las y los líderes de OMA explican la construcción de un poder social y simbólico, poniendo en discusión convenciones naturalizadas con respecto a la vejez, que tienden a establecer jerarquías de edad privando de poder a los mayores.

Las personas mayores hacedoras se implican en tareas de voluntariado, realizando actividades generativas (Villar, 2012). Se entiende como actividades generativas aquellas que contribuyen al bien común de los entornos en los que las personas participan (la familia, la comunidad, etcétera), para reforzar y/o enriquecer a las institucio-

nes sociales, asegurar la continuidad entre generaciones o plantear mejoras sociales. Se puede observar que la participación en las OMA permite a las personas mayores su desarrollo a partir de la cooperación y el ejercicio de su solidaridad. Esta tarea desempeñada por las y los hacedores no busca una recompensa o retribución económica, sino que se sostiene a partir de las posibilidades de conseguir beneficios para otras personas mayores, en la búsqueda de mejorar la calidad de vida. Los Centros de Jubilados se constituyen como un dispositivo de apoyo social que permiten establecer relaciones de ayuda mutua, recíproca. Quienes organizan/gestionan no sólo dan, sino reciben. Brindan su tiempo, asumiendo su responsabilidad ante los demás, pero también son escuchados; muchas veces adquieren reconocimiento, reciben el afecto de las personas concurrentes y encuentran la posibilidad de brindar su experiencia a los otros. La actividad generativa en la vejez no implica sólo contribuir a la mejora y el sostenimiento de un espacio en el que se participa, sino también es una actividad que da sentido y propósito a la vida. Por ello contribuir aporta no sólo beneficios para los demás, sino también genera recompensas personales (Villar, López y Celdrán, 2013).

Mujeres hacedoras: un nuevo liderazgo en los Centros de Jubilados

Los Centros de Jubilados son espacios que nuclean a personas mayores. En ellos se generan grupos, vínculos interpersonales en la búsqueda de objetivos comunes y existen relaciones asimétricas de poder entre sus miembros. Al igual que en otras instituciones hay alianzas, competencias, jerarquías, liderazgos y autoridad. La visita a los Centros de Jubilados ha permitido observar cómo se manifiestan estas relaciones de poder, donde además las relaciones de género se tornan fundamentales para entender la transición que está aconteciendo en el presente, en un contexto de una nueva longevidad, caracterizado por la feminización de la vejez.

Para un estudio realizado en Mar del Plata entre los años 2007 y 2008 (Golpe *et al.*, 2014) fueron entrevistados líderes de OMA. Se observó que, si bien participaban tanto varones como mujeres en actividades de gestión, el cargo de la presidencia o vicepresidencia era ocupado mayoritariamente por hombres. En la actualidad se observa un mayor protagonismo de las mujeres en los cargos jerárquicos (Xifra, 2020). Se advierte un aumento en la cantidad de líderes femeninas que participan activamente en estos espacios, que cuestionan el rasgo masculino de ese tipo de instituciones y expresan otras democratizaciones.

Datos recientes, facilitados por los y las trabajadoras sociales de PAMI de la UGL XI, permiten realizar un análisis de género de las personas mayores hacedoras. El registro se realizó sobre 34 de los 54 Centros de Jubilados vinculados a PAMI, es decir, de aquellos donde se desarrollan los Programas Pro Bienestar junto con los Sociopreventivos. Con respecto al cargo de presidente/a, 58.8% son mujeres y 41.2%, varones. El cargo de vicepresidente/a es ejercido por 64.7% de mujeres y 35.3% de varones. En cuanto al cargo de tesorero/a, la diferencia es aún mayor, registrándose 73.5% de mujeres y sólo 26.5% de hombres. Es importante resaltar, además, que, de los 34 centros registrados, 11 (32.3%) se encuentran compuestos exclusivamente por mujeres hacedoras, no observándose ningún hombre que se desempeñe en actividades de gestión. Si bien en muchos centros se advierte un varón registrado en la comisión directiva, en la práctica son *ellas* quienes adquieren protagonismo y se encuentran tomando decisiones, es decir, son las que ponen el cuerpo día a día desempeñándose en ese rol que expande su experiencia vital.

Envejecimiento y género

Al abordar la cuestión social del envejecimiento, es fundamental focalizar todos los factores que se articulan y determinan realidades, como la pobreza, el género, las migraciones, etcétera, que dan cuenta de las diversas vejeces y de la heterogeneidad en el proceso de enve-

jecer. En este sentido, existe una interseccionalidad de vectores entre los que se encuentra el género, la clase social, el nivel de instrucción, que de alguna manera operan como opresión estructural, hacen visibles múltiples vejez y configuran diversas vivencias que dependen no sólo del sujeto, sino también del contexto (Manes *et al.*, 2016). Por lo tanto, no será igual la vejez en el hombre que en la mujer, pues el género femenino, sin duda, es el que presenta una situación de desventaja económica, material y cultural, que se visibiliza, por ejemplo, en la accesibilidad a la educación y en el menor nivel de instrucción.

El estudio de la relación entre género y envejecimiento es reciente en la literatura científica, a pesar de que, desde la década de 1970, los estudios feministas ponían de manifiesto los determinantes de las relaciones entre los sexos, así como las marcas que dejan en la constitución de las subjetividades femeninas la opresión de la mujer. Para Scott (1986), el género no es sólo la construcción social de la diferencia sexual, sino también una forma de significar las relaciones de poder. En tanto construcción social, el género instituye un orden social, produce significados respecto a los diferentes roles y lugares para mujeres y varones, como también asigna normas regulatorias de comportamiento.

Arber y Ginn (1996) fueron pioneras en resaltar el papel del género en el proceso de envejecimiento diferencial en hombres y mujeres, destacando la importancia de comprender cómo se relacionan edad y género con la distribución de poder, privilegios y bienestar en una sociedad. Estas autoras sostienen que las funciones asignadas a los géneros y las configuraciones identitarias desarrolladas en las primeras fases del curso vital, mediante prácticas patriarcales en la familia, en el mercado laboral y por medio del Estado, siguen estructurando las relaciones de las mujeres y los hombres en la vejez. El proceso de envejecer no es igual para las mujeres que para los varones, sobre todo si se tiene en cuenta las diferentes trayectorias de vida de tipo personal, social y profesional que han desarrollado, como la diferente implicación que hombres y mujeres mayores han tenido en las tareas de cuidado y sostenibilidad de la vida (Freixas, 2008). La

función de cuidado conlleva que las mujeres sólo trabajen en el hogar, tomen trabajos mal pagados o con menor carga horaria, tiempo que no dedican a sí mismas, a su formación personal, profesional e intelectual, perdiendo así oportunidades de crecimiento laboral.

La cultura ha identificado a las mujeres, en tanto sujetos, con la maternidad, configurando así ciertos roles de género específicamente femeninos: el maternal, el de esposa, el de ama de casa (Burin, 1996), roles que se desarrollan en el campo de lo privado, donde la mujer se encuentra ligada a la esfera doméstica y el varón a la pública, ya que esta segunda, en las diversas sociedades, ha sido más valorizada, al aportar mayor prestigio (Segato, 2010). Estos mandatos y roles diferenciados son parte de un ordenamiento social no visibilizado hasta hace pocos años que establece ámbitos diferenciados de desempeño. Yuni y Urbano (2001) sostienen que la cultura patriarcal ha impuesto restricciones al género femenino y esto ha determinado modos de sentir, pensar, asumir derechos, ocupar espacios, realizar funciones y sostener valores. Se instruye sobre lo que se espera socialmente de los varones y las mujeres (Aguirre y Scavino, 2018).

De esta manera, los patrones de género, los mandatos y los roles desempeñados por las mujeres durante su trayectoria vital en sociedades donde predomina el sistema patriarcal, sin duda condicionan modos de envejecer. Como refiere Freixas (2013), los sistemas de género generan desigualdades y las mismas afectan en mayor medida a las mujeres que a los hombres. Las mujeres mayores son vulnerabilizadas y su calidad de vida se ve deteriorada por la falta de recursos y de protección institucional (Sánchez, 2011). Si bien algunas condiciones, por género, impactan negativamente en las mujeres durante toda su trayectoria vital, al operar como estructuras de opresión, al mismo tiempo existen diferencias individuales que dependerán de variables, como el estado civil, el nivel de instrucción alcanzado, la clase social, etcétera, que permitirán observar la heterogeneidad de estas mujeres a lo largo de su curso vital, particularmente en su vejez.

En la actualidad se está gestando una transformación de los roles y lugares asignados tradicionalmente a las mujeres, tal como puede observarse en los Centros de Jubilados. Ana María Fernández (1993)

describe este momento sociohistórico de irrupción de las mujeres en espacios públicos y visibles, laborales, culturales, científicos y políticos, que tradicionalmente eran ocupados por hombres. Esta penetración forma parte de un proceso más amplio, que ha implicado transformaciones de las prácticas sociales, subjetividades y mentalidades colectivas, lugares sociales y subjetivos, que en el campo de las relaciones de género ha ido modificando la imagen de la mujer y del hombre; aunque indudablemente no es una lucha ganada, ya que en la actualidad coexisten prácticas sociales públicas y privadas innovadoras con prácticas tradicionales de desventaja, discriminación y subordinación.

Estas transformaciones en la subjetividad posibilitan las condiciones que habilitan el protagonismo de las mujeres en espacios sociales tradicionalmente ocupados por hombres. El rol de las mujeres en los Centros de Jubilados se vuelve revelador de una experiencia femenina que ha adquirido nuevos significados. Las mujeres hacedoras pueden desmarcarse de expectativas y mandatos tradicionales que pesan sobre su condición, en cuanto a la edad y el género, al hallar un espacio que las vuelve protagonistas, redefiniéndose en un proceso de subjetivación femenina. Mientras que en algunos casos las estructuras de opresión operan negativamente sobre las mujeres, en otros pueden conducir a la generación de estrategias de empoderamiento y participación en la vejez. El desempeño como líder en las OMA habilita nuevas formas de funcionamiento, diversas posibilidades y oportunidades para probarse, superar crisis y transiciones que permitan aprender y re-aprenderse, resignificarse y reelaborar su identidad.

Estas mujeres pudieron no sólo confrontar los mandatos y las exigencias sociales imperantes, sino que posibilitan un modelo instituyente para las generaciones futuras. Mujeres que se problematizaron, resistieron al edadismo y a las normas culturales que limitan la vida para muchas mujeres. Hoy en día lideran organizaciones, deconstruyen un imaginario subalterno de la mujer y hacen uso del poder del que disponen. El desarrollo de actividades en los centros permite a las mujeres hacedoras explorar sus potencialidades, desplegar un

proyecto no desarrollado, cumplir sueños pendientes, iniciar una búsqueda de sentido, deseos e ideales, poniendo en juego nuevas inquietudes, seguridades, responsabilidades y libertades.

Consideraciones finales

El escenario actual de envejecimiento poblacional, global y multigeneracional, caracterizado por la feminización de la vejez que acompaña diversos cambios sociales, cualitativos y cuantitativos, que redefinen el concepto de longevidad, exige desde las distintas disciplinas y desde los diversos actores sociales el análisis de aquellos espacios que fomentan un reconocimiento institucional y formal de la vejez. Por tanto, se debe promover el desarrollo y fortalecimiento de espacios que nucleen a las personas mayores como una forma de empoderamiento, lugares de pertenencia que permiten la inclusión social y comunitaria. En este sentido, el objetivo de este artículo es resaltar el valor positivo de los Centros de Jubilados, que se constituyen en alternativas frente a la discriminación y la mirada estereotipada que prevalece en la sociedad, pero también plantear como desafío la generación de espacios superadores de la lógica binaria (joven/viejo, yo/otro) desde un intersticio que posibilite la integración intergeneracional, facilitando la circulación de las personas mayores.

Las personas mayores hacedoras que gestionan los Centros de Jubilados encuentran un espacio del cual apropiarse, que habilita posibilidades y el establecimiento de nuevos vínculos, el desarrollo de la solidaridad y el cooperativismo. Estos espacios hoy en día se encuentran en transición, ya que se ha comenzado a cuestionar el rasgo masculino de este tipo de instituciones, expresando otras democratizaciones donde las mujeres han comenzado a obtener protagonismo. Por consiguiente, los nuevos sujetos de análisis son las mujeres hacedoras que, en la búsqueda de superar mandatos y expectativas patriarcales, ocupan un lugar postergado, desafían el orden femenino y masculino con sus demarcaciones de lo público y lo privado,

comienzan a desempeñarse como líderes, adoptan responsabilidades y encuentran un proyecto generativo en el cual desarrollarse.

Esta primera aproximación al análisis de las mujeres hacedoras desde una posición feminista con perspectiva de género pretende arrojar algunos hallazgos respecto a este colectivo e interpelarnos acerca de la necesidad de profundizar en el curso vital y las trayectorias individuales situadas, que conduzcan a una mejor comprensión de *ellas* y de las instituciones que las nuclea y facilitan su expansión, más allá de los imaginarios acerca de la vejez, las desigualdades y las estructuras de opresión que operen condicionando su envejecimiento.

Bibliografía

- Aguirre Cuns, R. y S. Scavino Solari (2018), *Vejezes de las mujeres. Desafíos para la igualdad de género y la justicia social en Uruguay*, Doble Clic Editoras, Uruguay.
- Arber, S. y J. Ginn (1996), *Relación entre género y envejecimiento: enfoque sociológico*, Narcea, Madrid.
- Bernardini Zambrini, D. (2021), “Hacia el diseño sostenible de una nueva longevidad”, *Cuadernos del Centro de Estudios en Diseño y Comunicación*, núm. 128, pp. 145-155.
- Bhabha, H. K. (1994), *El lugar de la cultura*, Ediciones Manantial, Buenos Aires.
- Burin, M. (1996), “Género y psicoanálisis: subjetividades femeninas vulnerables”, en M. Burin y E. Bleichmar (comps.), *Género, psicoanálisis, subjetividad*, Paidós, Buenos Aires, pp. 61-99.
- Clark, F. (1997), “Reflections on the Human as an Occupational Being: Biological Need, Tempo and Temporality”, *Journal of Occupational Science*, vol. 4, núm. 3, pp. 86-92.
- Dubet, F. (2006), *El declive de la institución: profesiones, sujetos e individuos ante la reforma del Estado*, Barcelona, Gedisa.
- Fassio, A. (2015), “Inclusión social y participación en la vejez”, en M. Roqué y A. Fassio, *Políticas públicas sobre envejecimiento en los países del Cono Sur*, Flacso, Santiago de Chile, pp. 241-266.

- Fernandez, A. M. (1993), *La mujer de la ilusión: pactos y contratos entre hombres y mujeres*, Paidós, Buenos Aires.
- Freixas Farré, A. (2013), *Tan frescas. Las nuevas mujeres mayores del siglo XXI*, Paidós, Madrid.
- Freixas Farré, A. (2008), “La vida de las mujeres mayores a la luz de la investigación gerontológica feminista”, *Anuario de Psicología*, vol. 39, núm. 1, pp. 41-57.
- Golpe, L. y C. Arias (2005), *Sistemas formales e informales de apoyo social para los adultos mayores*, Ediciones Suárez/Grupo SAVYPC/ UNMDP, Mar del Plata.
- Golpe, L., P. Perez, L. Giorgetti, N. Molero, L. Bidegain, S. Lado y D. Avale (2014), *Vejez frágil: criterios de institucionalización y derechos de los adultos mayores. Un debate para la gerontología institucional*, UNMDP/Ediciones Suárez, Mar del Plata.
- Iacub, R. (2011), *Identidad y envejecimiento*, Paidós, Buenos Aires.
- Kaës, R. (2004), “Complejidad de los espacios institucionales y trayectos de los proyectos psíquicos”, *Psicoanálisis. Revista editada por la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires*, vol. XXVI, núm. 3, pp. 655-670.
- Manes, R., B. Carballo, R. Cejas, E. Machado, S. Prins, D. Savino y S. Wood (2016), “Vejez desiguales. Un análisis desde el enfoque de los derechos de las personas mayores”, *Margen*, núm. 83, pp. 1-13.
- Organización Mundial de la Salud (OMS) (2015), *Informe Mundial sobre el envejecimiento y la salud*, OMS, Ginebra.
- Sánchez Guzmán, M. (2011), “Género y vejez: una mirada distinta a un problema común”, *Ciencia*, vol. 62, núm. 1, pp. 48-53.
- Scott, J. W. (1986), “Gender: A Useful Category of Historical Analysis”, *American Historical Review*, vol. 91, núm. 5, pp. 1053-1075.
- Segato, R. (2010), *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayo sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*, Prometeo Libros, Buenos Aires.
- Ulloa, F. (2011), *Salud ele-Mental. Con toda la mar detrás*, Libros del Zorzal, Buenos Aires.
- Villar, F. (2012), “Hacerse bien haciendo el bien: la contribución de la generatividad al estudio del buen envejecer”, *Información Psicológica*, núm. 104, pp. 39-56.

- Villar, F., O. López y M. Celdrán (2013), “La generatividad en la vejez y su relación con el bienestar: ¿Quién más contribuye es quien más se beneficia?”, *Anales de Psicología*, vol. 29, núm. 3, pp. 897-906.
- Wilcock, A. (2011), “A Theory of the Human Need for Occupation” (1993), *Journal of Occupational Science*, vol. 1, núm. 1, pp. 17-24, [doi:10.1080/14427591.1993.9686375].
- Wood, W. (1998), “Biological Requirements for Occupation in Primates: An Exploratory Study and Theoretical Synthesis”, *Journal of Occupational Science*, vol. 5, núm. 2, pp. 68-81.
- Xifra, M. J. (2020), “Estereotipos, factores psíquicos protectores y apoyo social percibido en personas mayores hacedoras y receptoras de la ciudad de Mar del Plata”, *Revista Argentina de Terapia Ocupacional*, año 6, núm. 2, pp. 42-52.
- Yuni, J. y C. Urbano (2001), *Mírame otra vez: madurescencia femenina*, Mi Facu, Córdoba, Argentina.

Fecha de recepción: 15/03/22

Fecha de aceptación: 08/04/22

DOI: 10.24275/tramas/uamx/202257405-422

reseñas

Indicios visionarios y la práctica psi*

Raquel Aguilar García**

Ser afectada significa que algo pasa que te detiene en el recorrido: de repente, ante tu mirada ha aparecido otra cosa que no esperabas.

Zenia Yébenes

Ante cierto relativismo actual parece que el término “creencia” apunta al ámbito de lo privado y, por tanto, al cierre de la discusión. Alguien tiene creencias religiosas, otros creen que la tierra es plana y unos con posiciones más peligrosas hasta creen que las vacunas no son buena idea. Cada uno desde de su habitación, gritando desde su ventana de la Torre de Babel. Al fin y al cabo “cada quien su punto de vista” se repite hasta el cansancio y, claro, también en algunos casos se administra como un antídoto contra la conciencia social y el posicionamiento político.

Bueno, así cada uno en su casa con su escepticismo relativista como escudo, pero con la conciencia tranquila de no caer en el fanatismo dogmático. Es que a veces parece tan difícil escuchar al otro en los tiempos del *fast food* y el acceso a la vida plena en *podcasts* de tres minutos. Si soltamos la aceleración y el afán de rendimiento por un momento, el libro de Zenia Yébenes ofrece a sus lectores una experiencia valiosa. La experiencia de encontrarnos con aquello para lo que nuestras categorías no alcanzan a encuadrar, aquello que nuestro discurso se ve en aprietos para nombrar. Nos orilla a arriesgar nuestras certezas e ir más allá de frases como “es real para quien lo cree”.

* Zenia Yébenes Escardó (2021), *Indicios visionarios para una prehistoria de la alucinación*, UAM-Cuajimalpa/Universidad del Rosario, Bogotá/Ciudad de México.

** Doctora en Filosofía y practicante del psicoanálisis, miembro adscrito del Círculo Psicoanalítico Mexicano. Correo electrónico: [aguilargarciaraquel@gmail.com].

Para quienes no somos especialistas en los temas de la mística puede ser un lugar común el ponerla en “el mismo saco” que a las prácticas religiosas. No obstante, gracias al texto de Yébenes nos percatamos que los místicos resultan bastante contestatarios para la época, en el caso del libro en cuestión: siglos XVI y XVII. Curiosamente, la Iglesia no ve con buenos ojos esos cuerpos místicos que se manifiestan violentamente y que perciben imágenes y sonidos que las autoridades religiosas no alcanzan a vislumbrar.

Pero no sólo la comunidad eclesiástica se pone inquieta ante el fenómeno místico, las prácticas “psi”, como la psiquiatría y el psicoanálisis, mantienen su “sana distancia” mediante la nominación de síntomas, contagia, pérdida de conciencia, entre muchos otros. Resulta fácil considerar que nuestros anteojos de la posmodernidad nos permiten ver con nitidez cualquier experiencia para en el minuto siguiente guardarla en el saco correspondiente. Pero ¿qué sucede si nos percatamos de que en lugar de anteojos el cristal que tenemos enfrente es el de una pecera? Una pecera epistemológica que sólo nos permite percibir ciertas cosas y en ciertas condiciones, no más allá.

Hasta este momento resulta evidente que, en lugar de exponer sucintamente los contenidos de cada capítulo, elijo en este espacio dar cuenta de aquello que me despertó su lectura. El archivo visionario que Zenia Yébenes explora, justamente, muestra cómo la experiencia visionaria de los siglos XVI y XVII pasa a ser nombrada alucinación por los alienistas del siglo XIX. El psiquiatra Étienne Esquirol coloca a todas las alucinaciones en una bolsa: se trata de errores de los sentidos y basta con medicalizarlas. Zenia Yébenes menciona:

El problema para mí no es teológico, *sino político y ético* desde que se trata de si podemos *dejarnos atravesar* (intelectual y afectivamente) por las aseveraciones de nuestros sujetos de estudio que más nos alejan de nosotros mismos. ¿Es posible pensar seriamente en el que quepan muchos mundos? Esto no importa no sólo porque, como señala Orsi, la presencia de los dioses, a pesar de la narrativa hegemónica de la modernidad, *persiste en el mundo contemporáneo*, sino porque vuelve ineludible voltear la mirada a las historias que nos contamos acerca de nosotros mismos y frente a otros (2021:21-22).

Al leer estas palabras me quedaba pensando cuántas veces nos permitimos dejarnos atravesar por la otredad. En su lugar y en este caso particularmente en el ámbito de las prácticas “psi”, rápidamente corremos en busca de la categoría nosológica que dé cuenta del determinado fenómeno, de algo que pasa frente a nosotros y que despierta inquietud. Tal vez algún practicante del psicoanálisis mencione que justamente llevar eso a nuestro propio análisis y/o a supervisión resulta la condición de posibilidad para genuinamente poner en marcha la escucha, pero ¿qué más se puede decir de nuestro encuentro con esas alteridades? Considero que el libro puede lanzarnos pautas provocativas para al menos plantearnos la pregunta con menos ingenuidad.

La autora de *Indicios visionarios* emprende una prehistoria de la alucinación siguiendo a Terence Cave (1999). Una prehistoria porque apunta a la oscuridad de la historia, lejos del canon y de los grandes relatos que en ocasiones dejan de lado los detalles, los inquietantes... Yébenes pone en la mesa la invitación de Orsi a resistirnos a esa interpretación moderna de la historia que favorece la genealogía de la secularización y la ausencia de lo divino.

Yébenes retoma a Orsi para mencionar que la modernidad se define por la ausencia, ausencia de lo divino. Bien podríamos agregar ausencia de ideales políticos, ausencia de relatos fundadores. Justamente para Michel de Certeau, la mística tiene que ver con la presencia cuando los espacios ya no acogen las narrativas, Estas surgen y pululan fuera de la Iglesia y los textos sagrados. La mística da cuenta de un quiebre epistemológico cuyos efectos, en tanto sujetos modernos, difícilmente advertimos.

Uno de los autores que acompañan a Zenia Yébenes es Michel Foucault. En diálogo con el filósofo de Poitiers, la autora nos explica cómo lo que se privilegia captar con determinado sentido obedece a una epistemología epocal. En el terreno de la distinción entre lo patológico y lo que impone la norma es todavía más árido.

La evidencia empírica no siempre fue criterio de verdad. Claro, ya Descartes había dicho que nuestros sentidos son engañosos y, por tal, los positivistas no tardaron en proponer “la medición” como cri-

terio de observación. Pero ¿qué sucede cuando ese y otros criterios no alcanzan a dar cuenta de lo que acontece, cuando la presencia que se revela atañe a lo que no logramos poner en palabras? No logramos ponerlo en palabras sin que eso impida que lo intentemos imperiosamente, muchas veces a través de la escritura, del testimonio, del relato, entre otros.

De la mano de diversos autores, Zenia Yébenes nos muestra que la forma en que miramos obedece ya a cierta lógica. La creencia se construye con más que “razón”, también se compone de emociones, deseos y, desde luego, de un cuerpo-creyente, si se da un paso más allá y se asume la posibilidad de que coexistan distintos modos de apropiación del mundo. La creencia de la que habla la autora no surge ante la ausencia argumentativa, sino que se articula con las prácticas cotidianas de los sujetos y que constituyen quiénes son.

Una de las figuras relevantes en el libro *Indicios visionarios* es la de Joseph-Surin, jesuita que participó en los exorcismos de Loudun en el convento de las monjas ursulinas en 1634. A Surin le fue encomendada la misión de exorcizar a la priora Juana de los Ángeles, y optó por ofrecerse a sí mismo, tomar el lugar de Juana de los Ángeles, y se deja “atravesar por la alteridad” en lugar de simplemente “expulsarla” como le ordena la autoridad eclesiástica.

Ante los testimonios vertidos en el libro, la psicóloga, el practicante de psicoanálisis o la terapeuta no podrán evitar aplicar rápidamente sus categorías nosológicas. Pero si resisten un poco, encontrarán que las visiones no siempre se viven de manera trágica, que las creencias no son una suerte de sombrero que el sujeto se coloca y quita a placer, sino, como menciona Yébenes, que esas creencias “marcan” la realidad.

Nuestros sentidos corporales, asimismo, no se reducan a lo construido; sin embargo, *son modelados y entrenados socialmente a partir de prácticas y actos discursivos*. Los sujetos miran, pero con ojos que no son sólo suyos porque lo hacen a través de prácticas visuales que comparten con otros miembros del grupo. Con base en esta lectura, el cuerpo del sujeto no es una condición estática, sino un proceso materializado por las

prácticas reguladoras y discursivas en virtud de la reiteración forzada de esas prácticas que acaecen en un medio social. Esta disciplina, en el caso que nos ocupa, supone el desarrollo de una técnica religiosa para la habilitación *de una nueva forma de percepción* (2021:206-207).

El propio libro de Zenia Yébenes es una experiencia hacia lo inestable. Para alguien más la lectura de ese libro puede ser una suerte de experiencia estética, para mí fue como tallarme los ojos ante la clínica para unos segundos después darme cuenta de que esos ojos no eran los míos.

Fecha de recepción: 07/03/22
Fecha de aceptación: 14/07/22

DOI: 10.24275/tramas/uamx/202257423-430

algo más

Tengo vejez

*María Guadalupe Hernández Romero**

*Adriana María Ulloa Hernández***

Tengo arrugas sobre las arrugas
que la vida me arrojó al rostro
y cargo conmigo los dobleces del mundo,
¿soy un cuerpo desvencijado o veo tan sólo la armadura?
Sé que cada día muero un poco y... malpasada,
¿cómo nutrir mi alma cuando el cuerpo todo rechaza?
¿Cómo darle voluntad a la fuerza que amaina?
Cada amanecer me pregunto de qué me cansé
y de qué me hago té:
a sorbos y a ratos, cerebro, respiro;
no todo ha fenecido, mi alma insiste
en resistir lo que mi yo-cuerpo no responde,
¿camino o detengo mi andar con mis dolencias?
¿Me rindo o venzo el invierno de esta mano doliente?,
apenas con guantes siga y escriba...
no sé si me duelen el frío o los años o,
eso sí lo sé, las decisiones tomadas a destiempo.

* No soy sor Juana, soy María Guadalupe. Las circunstancias me obligaron a dejar la escuela secundaria casi desde el inicio. Me casé, tuve tres hijos y una hija. Veinte años después me divorcié. Empecé a trabajar por mi cuenta, siguiendo la tradición familiar: compra-venta de insumos alimenticios. Ahora tengo 78 años y una gran familia, 12 nietas/os y 15 bisnietas/os. Vivo con Parkinson desde 2019, con algunos problemas del corazón y la tiroides, feliz con mi familia, que me ha brindado todo su amor. Correo electrónico: [guadalupehernandez1944@gmail.com].

** La hija, comunicóloga y científica social, investigadora independiente. Ha transitado por la UNAM (FES-Acatlán), la Universidad Complutense de Madrid y la UAM-Azcapotzalco, hasta el posdoctorado en Sociología. Ha publicado cuatro poemas autobiográficos; cursa el cuarto semestre de formación en el IFAS del Círculo Psicoanalítico Mexicano, A. C. Correo electrónico: [adriana_ulloa@yahoo.com].

¿Qué hicieron de mí, cuerpo y mundo?
Si no fuera a morir, no querría atestiguar lo que soy y...
tras tanto hacer, sola puedo dejarme ser un poco más:
cada jornada, cada sueño, algo muere en mí y algo me revive.
¿Acabada con 28 mil días, o aún más?
Luego de tenerme tanto
vivo tejiendo y destejiendo mi vejez,
la llevo contada en hombros... ¿hasta adónde?

Fecha de recepción: 11/02/22
Fecha de aceptación: 05/05/22

DOI: 10.24275/tramas/uamx/202257431-432

Un lugar azul

*Leticia Flores Flores**

No sé por qué en algunas expresiones lenguajeras, el azul está asociado con la tristeza. En realidad creo que el gris encaja mejor.

Cuando de niña venía a la Ciudad de México, no veía el azul por ninguna parte, y eso me hacía pensar que esta ciudad detrás de tanto ajetreo tenía una gran tristeza. Quizá la tristeza la traía yo cuando mis padres me enviaban a visitar a una tía lejana, cuyo parentesco nunca me quedó claro. Ella siempre vestía de colores oscuros, parecía cargar cien años encima y toda ella me hundía en el gris. Su casa, la zona donde vivía, el paisaje que mostraban sus ventanas... todo era gris. No recuerdo haber visto el color de las jacarandas en aquellos años, ni el blanco de los volcanes, ni el verde en paisaje alguno. El gris de aquellas visitas se conserva en mi memoria disociado de los colores que muchos años después la ciudad me mostró, cuando, por razones que todavía no entiendo, me abrió sus puertas para hacer en ella mi hogar. Quizá por eso he sido una especie de gitana urbana, viviendo aquí y allá, buscando aire, buscando el verde, y cualquier color que no sea el gris. Cuando echo raíces y estas empiezan a envejecer y desnudan su color, decido mejor partir. No ha sido fácil, todo con tal de respirar.

De mis viajes infantiles a la ciudad, no puedo olvidar un hotel, enclavado en medio del concreto gris de la ciudad, bajito, de color azul, que permitía la entrada a sus huéspedes de una forma inusual, pues, sin tener que descender de su auto, accedían directamente a una habitación. Ese hotel estaba a unos pasos de la casa de mi tía,

* Co-coordinadora del proyecto de investigación "Salud mental y subjetividad y salud mental en México: análisis y perspectivas". Profesora de la licenciatura en Psicología en la UAM-Xochimilco, adscrita al Departamento de Educación y Comunicación. Correo electrónico: [lfloresf@gmail.com].

podía verlo desde la ventana de una de las recámaras y con el afán de buscar un poco de color en esa grisácea ciudad de mi infancia me sentaba cerca y miraba tras la ventana aquellos autos que entraban y salían, incluso dos o tres, de las habitaciones de ese extraño hotel azul. Mi tía me reprendía cuando se daba cuenta que estaba demasiado tiempo ahí. A pesar de la dulzura que mostraba siempre conmigo, le disgustaba mi interés por el paisaje que mostraba esa ventana. Yo le preguntaba para qué llegaban a ese lugar personas, que por lo general solían ir en parejas, de sexo indistinto, por solo unas horas. ¿Un hotel no era para dormir?, y que no tuviera ni jardines, ni fuentes, ni alberca, ¿qué interés podía despertar en los visitantes?

En alguna ocasión vi que llegaba una mujer sola, cosa que ya resultaba extraña, pero, además, contrario a lo que era habitual en ese lugar, permaneció varios días ahí sin salir. Su auto estacionado frente a la puerta, era el signo indudable de su presencia. Me causó tal desconcierto que en esa ocasión le conté a mi tía lo que estaba sucediendo. Por fin había visto una persona que usaba ese hotel como “Dios manda”, pero parecía una turista poco interesada en conocer la ciudad, porque nunca salía de ahí. Yo la entendía perfectamente. ¿Para qué salir a ver el gris de los muros y el asfalto? Pero mi tía se alarmó. La noté desconcertada. Yo entendía cada vez menos. Eso despertó mayor interés en ella y junto a mí pasábamos horas mirando el misterio del auto y su dueña. Todo seguía igual. El auto y un enigma detrás de la puerta junto a él. Ambas sumergidas en preguntas. Quizá distintas. Extrañadas que una mujer se hospedara así, ahí.

Mi tía resultó más curiosa que yo. Como adulta muy adulta que era, señora muy respetable, decidió acudir al hotel y preguntar. La traté de disuadir. Aunque yo era pequeña, tenía pudor. Le dije que era natural y sensato que nadie quisiera salir en esta ciudad tan gris, que mejor lo dejara así. Ella me abrazó. Parecía compadecerse de mí. Pero eso no bastó para que tomara la decisión de acudir al hotel. La noté preocupada, como si intuyera una catástrofe, algo grave, y ella era la única que podía evitarla.

Por supuesto, no me dejó acompañarla, pero lo vi todo. Vi cuando mi tía, acompañada de una ama de llaves, tocó la puerta de esa

habitación. Lo hizo varias veces hasta que la mujer abrió. Mi tía se quedó hablando con aquella mujer un tiempo que me pareció eterno. Y luego regresó. Me contó lo que pudo y lo que yo podía entender. Me dijo que hay personas que buscan paz y serenidad cuando algo en sus vidas se les derrumba, y por más extraño que nos parezca, cada quien encuentra las formas. Y ella, esa señora misteriosa, cuando le entraba la tristeza gris, sí, la gris, así lo dijo, se apaciguaba, y así podía de nuevo retomar su vida.

Curioso que a través de los colores y una extraña huésped del lugar vecino pudiéramos por fin, mi tía y yo, entendernos. A pesar del mundo enorme que nos separaba, me pareció más próxima, más humana. Le mostré por la ventana lo que para mí representaba la sabiduría de aquella mujer al decidir meterse ahí: el color azul del hotel.

Fecha de recepción: 04/05/22
Fecha de aceptación: 07/07/22

DOI: 10.24275/tramas/uamx/202257433-435

CRITERIOS EDITORIALES PARA ENVÍO DE ARTÍCULOS

- Los artículos enviados deberán estar escritos en idioma español, el título en español e inglés, con una extensión mínima de 15 cuartillas y máxima de 25; incluyendo notas, citas, bibliografía completa, datos de adscripción, resumen y *abstract*, palabras clave, dedicatorias, epígrafes, imágenes, cuadros, tablas, gráficas, etcétera. El autor o autores deberán enviar su ORCID junto con el artículo propuesto.
- Los artículos deberán ser resultado de investigación dentro de la línea temática de la convocatoria correspondiente o de la temática general de la revista. Por lo que deberán ser inéditos y no estar sometidos simultáneamente a la consideración de otras publicaciones.
- Los textos recibidos podrán ser artículos temáticos, documentos, reseñas, entrevistas, cuentos y textos poéticos. Considerando las reseñas, cuentos y textos poéticos con un máximo de 5 cuartillas. El comité podrá decidir sobre casos especiales.
- Los trabajos deberán ser capturados en procesador de texto Microsoft Office Word (.docx), escritos en fuente Times New Roman a 12 puntos e interlineado de 1.5. El nombre del archivo deberá contener referencia al primer apellido y nombre del autor, además del título del artículo.
- El título del artículo no deberá exceder los 100 caracteres, incluyendo espacios y subtítulos.
- Los cuadros, las tablas y las gráficas que ilustren el artículo deberán entregarse en el archivo original en que fueron procesados. Fotografías, imágenes e ilustraciones, deberán adjuntarse en formato jpg 300 dpi.
- Queda establecido que no se podrá publicar en más de dos convocatorias seguidas, sin importar la sección en la que se publica.
- Los artículos se someterán a revisión técnica, con apoyo de aplicaciones idóneas (Ithenticate por ejemplo) para verificar que no se incurra en plagio.
- El comité se puede reservar el derecho de publicar artículos que no coincidan con el perfil, los contenidos y formatos que la revista promueve.
- Los documentos deberán enviarse vía correo electrónico a revista.tramas.uamx@gmail.com adjuntando la carta compromiso llenada y firmada por cada autor.

CARACTERÍSTICAS DEL TEXTO

Encabezado

Fuente tipográfica: Times New Roman, 12 puntos.

Título del trabajo en idioma español e inglés: No mayor de 100 caracteres, contando espacios y subtítulos.

Autor(es): Nombre(s) y apellidos.

Datos de adscripción por cada autor: que se incluya el área y nombre de la Institución a la que pertenece con dirección, teléfono y correo electrónico. Seguido de su ORCID ID*.

* En caso de no contar con cuenta ORCID, se puede crear de manera gratuita en www.orcid.org

Resumen del trabajo

Se ubicará al principio del texto.

En idioma español e inglés.

Extensión máxima de 150 palabras.

Incluir cinco palabras claves en español e inglés.

Epígrafes y/o dedicatorias

Fuente tipográfica: Times New Roman, 10 puntos, interlineado sencillo, en estilo de fuente itálica alineado a la derecha.

Texto

Título de capítulo: en negrita, 12 puntos.

Subtítulo de capítulo: en itálica sin negrita, 12 puntos.

Cuerpo del texto: 12 puntos, justificado, interlineado 1.5

Citas: Usar sistema Harvard: Ej. "(Reyes, 1998:55)". Las citas igual o menores a tres líneas estarán integradas al texto. Mayores a tres líneas en párrafo independiente en 11 puntos y sangrado a la izquierda. En caso de traducción propia, deberá ser explicitado.

Notas al pie de página: En 10 puntos, numeradas. No se usarán para referencias bibliográficas.

Los cuadros, las tablas, las gráficas, las fotografías y las imágenes deberán contar con la fuente de elaboración y/o autor.

Bibliografía

Se ubicará al final del texto.

Fuente tipográfica: Times New Roman, 12 puntos. Título de la obra en cursiva.

Ejemplos:

- Verón, Eliseo (1987), *Construir el acontecimiento*, Gedisa, Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (1976), "Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico", en *Obras completas [1911]*, Tomo XII, Amorrortu Editores, Buenos Aires.

Se aceptarán los artículos que cumplan con todos los requisitos aquí señalados. Todas las colaboraciones estarán sujetas a un primer dictamen del Comité Editorial y una vez aprobado, a dos dictámenes posteriores de especialistas en la materia con el formato *doble ciego*, considerando la pertinencia temática y sus contenidos académicos y formales. Dichos resultados se notificarán a la brevedad a los (las) autores (as). Las colaboraciones aceptadas se someterán a corrección de estilo y su publicación estará sujeta a la disponibilidad de espacio de cada número.

tramas

subjetividad y procesos sociales

- 29 Los placeres de la vida cotidiana
- 30 Los usos del miedo
- 31 Subjetividades juveniles, riesgo y creación
- 32 Los territorios del cuerpo
- 33 La experiencia del tiempo
- 34 Comunidad: aproximaciones teóricas y experiencias comunitarias
- 35 Autonomía e intervención
- 36 Nuevas subjetividades
- 37 Historia y nuevas subjetividades
- 38 Memoria social y subjetividad
- 39 Sujeto, mirada y cultura visual
- 40 Juventudes y ciudadanías
- 41 Víctimas y testimonio
- 42 Encrucijadas en el campo de la salud mental
- 43 Alternativas de abordaje frente al sufrimiento psíquico
- 44 Las advocaciones del mal
- 45 La subjetividad y los procesos sociales: 25 años después
- 46 Experiencia, acción y palabra
- 47 Arte, subjetividad y política
- 48 Subjetividades migrantes. Desplazamientos, nomadismos y globalización
- 49 Expresiones de la sexualidad: problemáticas y desafíos
- 50 Memorialia
- 51 Entramado de las pasiones
- 52 Sujeto político, autonomía y autogestión
- 53 Violencia contra las mujeres y las niñas: desafíos actuales
- 54 Identidad, voz y cuerpo
- 55 Procesos de subjetivación y resistencia
- 56 El cuidado. Perspectivas y debates en tiempos de pandemia

<http://tramas.xoc.uam.mx>



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades
Departamento de Educación y Comunicación

suscripciones: 55-5483-7444 • tramas@correo.xoc.uam.mx

PUBLICACIÓN DEL DEPARTAMENTO DE EDUCACIÓN Y COMUNICACIÓN

COLECCIÓN TRAZOS Y CONTEXTOS

2017-2021



TRAMAS. SUBJETIVIDAD Y PROCESOS SOCIALES,
núm. 57, se terminó de imprimir en febrero de
2023. La tipografía se realizó en tipos A Gara-
mond, Arial, Helvética y Univers. Se tiraron 500
ejemplares en papel Unibond marfil de 90 g.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades
Departamento de Educación y Comunicación